AGATHA CHRISTIE | LOS RELOJES

Selecciones de Biblioteca Oro

Desde el número 19 de Wilbraham Crescent alguien llama solicitando una mecanógrafa, con preferencia Sheila Webb. La llamada es atendida y Sheila es enviada a la dirección reseñada con el encargo de presentarse a miss Pebmarsh.

Al llegar allí se encuentra la puerta abierta y se introduce en un saloncito que le llama la atención por los numerosos relojes que distingue y porque junto al sofá descubre el cuerpo de un hombre con los ojos entreabiertos, unos ojos que miran sin ver ya que está muerto. Afortunadamente del caso se encarga finalmente Hércules Poirot.

Agatha Christie

Los relojes

Hércules Poirot - 36

ePUB r1.2
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The clocks*
Agatha Christie, 1963
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: betatron
ePub base r1.0

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BECK Coronel: Jefe de Colin Lamb.
BLAND Josaiah: Maestro de obras.
BLAND Señora: Esposa del anterior.
BRENT Edna: Compañera de Sheila Webb.
CRAY Sargento: Uno de los suboficiales del detective inspector Hardcastle.
CURRY R. H.: Supuesto nombre del individuo asesinado.
CURTIN Señora: Empleada de limpieza de la señorita Pebmarsh.
CURTIN Ernie: Hijo de la anterior.
GEORGE: Servidor de Hércules Poirot.
GERALDINE: Niña de diez años de edad.
GRETEL: Servidora de los McNaugthon.
HARDCASTLE Richard: Detective inspector.
HEAD Señora: Servidora de los Waterhouse.
HEMMING Señora: Una de las vecinas de Wilbraham Crescent.
INGRID: Servidora de Geraldine.
JANET: Compañera de Sheila Webb.
LAMB Colin: Agente del Servicio Secreto y especialista en biología marítima.
LAWTON Ann: Madre de Sheila Webb.
LAWTON Señora: Tía de Sheila Webb.
MARTINDALE K.: Directora del Cavendish Secretarial Bureau.
MCNAUGHTON Señora: Una de las vecinas de Wilbraham Crescent.
MCNAUGHTON Angus: Esposo de la anterior.

PEBMARSH Millicent: Habitante de la casa número 19 de Wilbraham Crescent, ciega, profesora de una entidad dedicada a la enseñanza de niños invidentes.
PIERCE Agente: Uno de los subordinados del detective inspector Hardcastle.
POIROT Hércules: Famoso detective belga.
RAMSAY Señora: Una de las vecinas de Wilbraham Crescent.
RAMSAY Bill: Hijo de la anterior.
RAMSAY Ted: Hermano del anterior e hijo de la señora Ramsay.
RIGG Doctor: Médico de la Policía.
RIVAL Merlina: Ex actriz.
SOLOMAN Señor: Librero de viejo.
WATERHOUSE Edith: Una de las vecinas de Wilbraham Crescent.
WATERHOUSE James: Hermano de la anterior.
WEBB Sheila: Sobrina de la señora Lawton, empleada de Cavendish Secretarial Bureau.
WEST Maureen: Una de las compañeras de Sheila Webb.

Prólogo

La tarde del día 9 de septiembre fue como tantas otras. Ninguna de las personas afectadas por los acontecimientos de aquel día pudo alegar haber abrigado algún presentimiento anunciador de una inminente desgracia. (Con la excepción de la señora Packer, domiciliada en Wilbraham Crescent, número 47, quien especializada en toda clase de presagios, describió con mucha posterioridad a los acontecimientos, las inquietudes y preocupaciones que habíanla asaltado. Ahora bien, la señora Packer, ocupante, quedaba tan apartada del 19, y se hallaba tan escasamente ligada al suceso ocurrido en esta última casa, que no tenía por qué haberse sentido asaltada por presentimiento de ningún tipo).

En el *Cavendish Secretarial* & *Typewriting Bureau*, cuya directora era la señorita K. Martindale, el día 9 había ido desarrollándose al ritmo de tantos otros, resultando una rutinaria jornada más. Sonaba de vez en cuando el teléfono, trabajaban las chicas en sus máquinas respectivas y la labor, en general, venía siendo sostenida, sin excesos, ni por encima ni por debajo de otros muchos días anteriores. Ninguna de las tareas que se llevaban entre manos era tampoco particularmente interesante; hasta las dos y treinta y cinco minutos de la tarde del día 9 de septiembre hubiera podido juzgarse una jornada más que iba a pasar sin pena ni gloria.

A las dos y treinta y cinco minutos sonó el zumbido del intercomunicador. Llamaba la señorita Martindale y Edna Brent, en la oficina exterior, se apresuró a contestar. Su voz sonaba ligeramente nasal y un tanto confusa porque al mismo tiempo se paseaba un caramelo a lo largo de la mandíbula.

—Diga, señorita Martindale…

—Edna… Eso no es lo que te he enseñado. Cuando hables por teléfono, o por el intercomunicador, acostúmbrate a pronunciar con toda claridad las palabras, procurando que tu respiración no resulte ruidosa.

—Lo siento, señorita Martindale.

—En cuanto te lo propongas, lograrás lo que te he dicho. Dile a Sheila Webb que venga a verme.

—Salió a comer y no ha regresado todavía, señorita Martindale.

—¡Ah!

Frente a la mesa de trabajo de la señorita Martindale había un reloj. Esta levantó la vista hasta él. Eran las dos y treinta y seis minutos. Seis minutos, exactamente, de retraso. Últimamente, Sheila Webb había estado descuidando su trabajo.

—Dile que venga a verme en cuanto llegue.

—Sí, señorita.

Edna trasladó el caramelo al centro de la lengua, chupándolo con fruición. Luego se dispuso a continuar su interrumpida labor. Estaba pasando a máquina una novela de Armand Levine que se titulaba «Amor al desnudo». Pese al forzado carácter erótico de sus páginas, la joven seguía el texto con un interés relativo. Lo mismo, en definitiva, les ocurriría a los lectores del señor Levine, pese a los desvelos de éste. La obra venía a ser una clara demostración de que no hay nada que sea tan aburrido como la insulsa pornografía. A pesar del señuelo de las sugestivas cubiertas y de los provocativos títulos, las ventas de aquel escritor bajaban año tras año y la última factura, correspondiente a diversos trabajos de mecanografía, le había sido enviada por tres veces, sin que el cobrador lograra nada positivo.

Abrióse la puerta, entrando en el local Sheila Webb, respirando algo agitadamente.

—«Sandy Cat»[1] ha preguntado por ti —le notificó Edna.

Sheila Webb hizo una mueca.

—¡Qué suerte la mía! ¡Un día que llego tarde!

La joven se alisó los cabellos, cogió un bloc y un lápiz y llamó al despacho de la directora.

La señorita Martindale levantó la vista. Era una mujer de cuarenta y tantos años de edad, de aire seguro y vivos modales. Por

sus rojizos cabellos y el hecho de ser Katherine su nombre de pila, las chicas que tenía a sus órdenes la designaban, secretamente entre ellas, desde luego, con el apodo de «Sandy Cat».

—Se ha retrasado usted, señorita Webb.

—Lo siento, señorita Martindale. Se ha producido un embotellamiento en el tráfico cuando regresaba.

—A esta hora del día esa clase de incidentes se repiten con mucha frecuencia —la señorita Martindale señaló con un movimiento de cabeza un bloc que tenía sobre la mesa—. Ha telefoneado una tal señorita Pebmarsh. Necesita una taquígrafa a las tres. Se ha interesado por usted especialmente. ¿Ha trabajado con ella en alguna otra ocasión?

—No recuerdo, señorita Martindale. Últimamente, no, desde luego.

—Las señas son: Wilbraham Crescent, número 19.

La señorita Martindale hizo ahora un gesto de interrogación. Sheila Webb movió la cabeza, denegando.

—No me acuerdo de haber estado ahí…

Su interlocutora consultó el reloj.

—A las tres. No le será difícil atender esa llamada. ¿Tenía usted alguna cita esta tarde? ¡Ah, sí! —la señorita Martindale echó un vistazo a su bloc de apuntes—. La del profesor Purdy, en el «Curlew Hotel». A las cinco. Antes de esta hora usted habrá vuelto. De no ser así enviaré a Janet.

La directora hizo un gesto de despedida y Sheila regresó a la oficina.

—¿Algo de interés, Sheila?

—¡Bah! Lo de todos los días. Una vieja que ha llamado desde Wilbraham Crescent… Y a las cinco el profesor Purdy. Ya me figuro lo que me espera, con sus interminables series de nombres relativos a la Arqueología. ¡Uf! ¡Qué ganas tengo ya de que me suceda algo emocionante, que me saque de la rutina cotidiana!

Abrióse la puerta del despacho de la señorita Martindale.

—Olvidaba las instrucciones que me dieron al llamar, Sheila. Las había anotado aquí. Si al llegar usted a la casa comprueba que la señorita Pebmarsh no ha regresado aún, entre. Verá que la puerta no está cerrada con llave. Espere en la habitación situada a la

derecha del vestíbulo. ¿Se acordará de todo o quiere que se lo escriba?

—No lo olvidaré, señorita.

La directora volvió a penetrar en su despacho.

Edna Brent rebuscó bajo su silla, de donde extrajo un zapato de un color bastante chillón y el afilado tacón que se había desprendido del mismo.

—¿Cómo voy a regresar ahora a casa? —gimió la joven.

—¡Oh, Edna! Deja ya de quejarte, por favor… Ya pensaremos en algo —dijo una de las chicas reanudando su trabajo.

Edna suspiró, poniendo en la máquina otra hoja del papel: «*El deseo le dominaba… Con dedos temblorosos desgarró la frágil tela que cubría sus senos, forzándola a…*».

—¡Maldita sea! Ya me he equivocado —murmuró Edna, buscando encima de la mesa su goma de borrar.

Sheila cogió su bolso y salió.

* * *

Wilbraham Crescent era una fantasía en piedra, obra de un constructor victoriano, del 1880 y pico. Y adoptaba la forma de una media luna, hallándose constituida por casas dobles con sus jardines respectivos, orientadas en sentido contrario. Tal disposición suponía para las gentes ajenas a la localidad una fuente de considerables dificultades. Aquellos que llegaban por la parte exterior eran incapaces de localizar los números bajos y los que visitaban primero el lado opuesto se quedaban desconcertados al intentar hallar los altos. Las viviendas ofrecían un aspecto impecable, digno, contando las fachadas con artísticos adornos. La modernización apenas las había afectado, esto es, por lo que afectaba a lo que se veía desde la calle. Las cocinas y los cuartos de baño habían sido las primeras piezas de aquellas casas que conocieran los fuertes aires —el vendaval, mejor dicho—, del cambio.

Nada de particular presentaba la vivienda que ostentaba encima de la entrada el número 19. Las cortinas de las ventanas veíanse muy limpias; el tirador de latón de la puerta brillaba; el sendero que

conducía a la entrada principal hallábase bordeado de rosales.

Sheila Webb abrió la primera puerta y después de cubrir la pequeña distancia que le separaba de la otra, oprimió el botón del timbre. Nadie contestó a su llamada y tras aguardar prudentemente un minuto o dos, se decidió a obrar de acuerdo con las instrucciones que le habían dado. La puerta quedó abierta y ella penetró en la casa. La correspondiente a la derecha del vestíbulo estaba entornada. Llamó con los nudillos y esperó un momento, penetrando seguidamente en la habitación. Encontróse con un agradable cuarto de estar, excesivamente recargado de muebles, quizá, para el gusto moderno. Lo que más le llamó la atención fue el número de relojes que descubrió allí… Oyó el tictac de un reloj de caja en un rincón; sobre la repisa de la chimenea había otro de porcelana de Dresden; un pupitre contaba con uno de plata; en un juguetero admiró un ejemplar menudo, de gran fantasía, dorado; sobre una mesa vio otro en su estuche de cuero, de matiz algo desvaído, una pieza de utilidad para el viaje. En uno de sus lados aparecían unas desgastadas letras doradas, componiendo un nombre: *Rosemary*.

Sheila Webb consultó el reloj del pupitre, no pudiendo evitar un gesto de sorpresa. Marcaba las cuatro y diez minutos, aproximadamente. Su mirada se posó en el ejemplar de la repisa de la chimenea. Sus manecillas señalaban la misma hora.

La joven experimentó un enorme sobresalto al oír por encima de su cabeza un levísimo susurro metálico seguido de un golpe seco. Por la puertecilla de la caja, artísticamente labrada, de un reloj de cuclillo, abierta de pronto, salió el clásico pajarito… ¡*Cucú*! ¡*Cucú*! ¡*Cucú*! En estas notas parecía haber un acento de amenaza. El animalito desapareció, cerrándose la portezuela bruscamente.

Sheila Webb sonrió débilmente y miró a su alrededor, fijando luego la vista de un modo distraído en un extremo del sofá que quedaba no muy lejos de ella. Y fue entonces cuando, repentinamente, se quedó inmóvil, irguiéndose poco a poco después, estremecida.

Tendido en el suelo, acababa de distinguir el cuerpo de un hombre. Tenia éste los ojos entreabiertos, unos ojos que, evidentemente, miraban sin ver. Frente a aquél, que vestía un traje

gris oscuro, divisó una húmeda mancha negruzca. Mecánicamente, Sheila se agachó, acercándose al cadáver para tocar sus mejillas, frías, una de sus manos… A continuación rozó con las yemas de los dedos la misma mancha, retirando apresuradamente el brazo, sin apartar un momento la vista del cuerpo inánime, horrorizada…

En aquel preciso instante oyó el ruido de una puerta fuera, volviendo la cabeza rápidamente hacia la ventana. Vio la figura de una mujer caminando por el sendero, con cierta prisa. Sheila tragó saliva… Tenía la garganta completamente seca. Permaneció quieta, como enraizada al suelo, incapaz de moverse, de gritar, mirando hacia delante.

Abrióse la puerta y entró en la casa una mujer alta de algunos años ya, portadora de un gran bolso, del tipo de los que se usan habitualmente para ir de compras. Sus ondulados cabellos tenían muchas hebras grises. La recién llegada los llevaba recogidos hacia atrás. Sus ojos eran grandes, hermosamente azules. La mirada de la mujer pasó sobre Sheila, sin ver la dueña de aquéllos a la joven. De la boca de ésta salió un inarticulado sonido. Aquellos ojos azules se volvieron en dirección a Sheila, buscándola. La mujer inquirió con brusquedad:

—¿Quién anda por ahí?

—Yo… Es que…

La joven se interrumpió, asustada, al ver que la otra se disponía a acercarse a ella pasando por detrás del sofá. Y entonces lanzó un grito.

—No… no se mueva… Tropezará con… Y *él*… *él está muerto*…

Capítulo I

RELATO DE COLIN LAMB

Para decirlo en términos policíacos: a las dos y cincuenta y nueve minutos, el día 9 de septiembre, yo me deslizaba a lo largo de Wilbraham Crescent, encaminándome al Oeste. Era la primera vez que visitaba aquel lugar, y francamente, Wilbraham Crescent consiguió desconcertarme.

Me había estado dejando gobernar por una corazonada, tanto más persistente cuanto menos probables oportunidades me ofrecía aquélla, al correr de los días, de conducirme a resultados prácticos. No lo puedo remediar. Yo soy así.

El número que deseaba yo hallar era el 61. ¿Daría con él al fin? No. Me sería imposible. Habiendo seguido aplicadamente los números que iban del 1 al 28 no logré otra cosa que alcanzar el otro extremo de Wilbraham Crescent. Una vía bautizada con el nombre de Albany Road obstaculizaba mi camino. Volví sobre mis pasos. Por la parte norte no había ninguna casa; un muro tan sólo. Al otro lado de éste se elevaban varios bloques de modernos pisos, a los cuales se entraba, bien claro se veía, por otra carretera. Nada había que hacer por allí.

Levanté la vista hacia los números de las casas frente a las cuales estaba pasando en aquellos momentos: 24, 23, 22, 21, «Diana Lodge» (presumiblemente el 20, con un gato color naranja pasándose las manos por el hocico, en la parte de la valla), el 19…

La puerta de la casa que tenía este número se abrió inopinadamente y por ella salió corriendo, en dirección al sendero, una muchacha que daba la impresión de ser impulsada por un cohete. Su semejanza con éste aparecía realzada por el prolongado

chillido que acompañaba su avance. Era un alarido agudo, ensordecedor, singularmente inhumano. A la altura de la puerta exterior la joven se me echó encima, con tal violencia que estuvimos a punto de rodar los dos por el suelo. Pero no fue sólo el tropezón… La chica se aferró desesperadamente a mis brazos, poseída de un loco frenesí.

—Quieta —le dije cuando conseguí recuperar el equilibrio, sacudiéndola ligeramente—. Vamos, serénese.

La joven obedeció. Continuaba agarrada a mí, pero había cesado de gritar. Abría la boca angustiada, sollozando ahogadamente.

No puedo decir que mi reacción fue muy brillante. Le pregunté si le ocurría algo. Reconociendo que mi pregunta era obvia, quise enmendarla.

—¿Qué le ocurre?

La muchacha hizo una profunda inspiración.

—¡Allí! ¡Allí! —exclamó señalando hacia la casa.

—Siga, siga…

—Hay un hombre tendido en el suelo… muerto… La mujer iba a tropezar con él.

—¿Quién era? ¿Por qué iba a tropezar con él?

—Creo, creo que es ciega. Y ese hombre tiene las ropas manchadas de sangre.

La joven fijó la mirada en su vestido, soltando uno de mis brazos.

—También hay manchas de sangre en mi vestido —añadió.

—En efecto —yo mismo acababa de advertir algo raro en una de las mangas de mi chaqueta—. Ahora yo me encuentro en ese caso. Fíjese… —suspiré, procurando considerar la situación con frialdad —. Será mejor que me lleve ahí dentro, que me enseñe…

Pero ella comenzó a temblar de nuevo.

—No puedo, no puedo… No volveré a entrar ahí.

—Tal vez ese proceder sea el más sensato.

Miré a mi alrededor. No descubrí ningún sitio adecuado para dejar a una chica que estaba a punto de desmayarse. La deposité suavemente en el suelo, colocándola con la espalda apoyada en los hierros de la pequeña cerca.

—Quédese ahí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho. No se

mueva. No le pasará nada. Inclínese hacia delante. Descanse la cabeza sobre las rodillas si siente algo raro.

—Creo… creo que me encuentro mejor ya.

No parecía muy convencida, sin embargo. Yo no quise prolongar más tiempo aquella conversación. Procuré tranquilizarla dándole unas palmaditas de consuelo en un hombro y me dirigí hacia la entrada de la casa. Crucé el umbral, vacilando un momento al llegar al vestíbulo. Me asomé a una habitación que quedaba a la izquierda y resultó ser el comedor, vacío en aquellos instantes, pasando luego al cuarto opuesto…

Lo primero que vi fue una mujer ya entrada en años, de grises cabellos, quien se encontraba sentada en una silla. Aquélla volvió la cabeza con rapidez al entrar yo.

—¿Quién es?

Me di cuenta inmediatamente de que la mujer era ciega. Sus ojos, que parecían mirarme a mí, se hallaban en realidad orientados hacia mi oreja izquierda.

No anduve con rodeos.

—De esta casa salió hace unos minutos una joven gritando. Me aseguró que había visto el cadáver de un hombre.

Mis palabras, noté, parecían absurdas… No era posible que allí, en aquella aseada habitación, donde se encontraba una mujer, serena, tranquilamente sentada en una silla, hubiera ningún cadáver. Contemplé la figura de la desconocida, con las manos plegadas sobre el regazo, poseída de una extraña calma. Pero su respuesta no se hizo esperar.

—Detrás del sofá —manifestó.

Me desplacé unos centímetros en aquella dirección. Y entonces vi al hombre… Tenía los brazos extendidos. Sus vidriosos ojos daban la impresión de estar contemplando el charco de sangre…

—¿Cómo ha pasado esto?

—Lo ignoro.

—Pero, seguramente… ¿De quién se trata?

—No tengo la menor idea.

—Debemos llamar a la policía —eché un vistazo en torno a mí —. ¿Dónde para el teléfono?

—No tengo teléfono.

Me acerqué a mi lacónica interlocutora.

—¿Vive usted aquí? ¿Es ésta su casa?

—Sí.

—¿Quiere referirme lo sucedido?

—Desde luego. Regresaba de hacer unas compras… —fijé la vista en el gran bolso que había sobre una de las sillas situadas junto a la puerta—. Entré en la casa… Me di cuenta de que había alguien aquí. Los ciegos advertimos fácilmente estas cosas. Hice una pregunta en voz alta… No oí otra cosa que la agitada respiración de una persona. Me dirigí hacia ella… Luego percibí un grito. Alguien me habló de un cadáver, de que iba a tropezar con él… A continuación el grito de antes se perdió más allá de estas paredes.

Asentí. Los relatos de las dos mujeres coincidían.

—¿Qué hizo usted después?

—Avancé cuidadosamente, hasta que mis pies hallaron un obstáculo.

—¿Y luego?

—Me arrodillé. Mi mano entró en contacto con otra, perteneciente a un hombre. Estaba fría… Tanteé inútilmente sus muñecas, en busca del pulso… Me levanté, sentándome en esta silla, esperando. Alguien se acercaría a la casa. La joven, quienquiera que fuese, daría la voz de alarma, pensé. Me dije que sería mejor que no abandonara la casa.

Me dejó profundamente impresionado la extraordinaria calma de aquella mujer. No había gritado a impulsos del miedo, ni echado a correr por la casa, presa del pánico, un pánico muy explicable además. Había decidido esperar, sencillamente. Era esto también lo más sensato, pero de todos modos tenía que haberse esforzado mucho para contenerse.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Me llamo Colin Lamb. Pasaba por aquí casualmente.

—¿Dónde se encuentra la joven?

—La dejé junto a la puerta exterior. Se halla aún bajo los efectos de la tremenda impresión sufrida. ¿Cuál es el teléfono más próximo a esta casa?

—Hay una cabina pública a unos cincuenta metros de la entrada, al volver la esquina de la calle, justamente.

—Es cierto. Recuerdo haber pasado ante ella. Iré allí. He de llamar a la policía. Se…

Vacilé. Iba a preguntarle: «¿se queda usted aquí, entretanto?», o «¿No le importa continuar esperando en esta habitación?».

La mujer le relevó de la obligación de pronunciar una de esas dos frases.

—Sería mejor que hiciera entrar a esa chica —opinó, decidida.

—No sé sí querrá.

—No hay por qué hacerla pasar a esta habitación. Instálela en el comedor, al otro lado del vestíbulo. Dígale que voy a hacer un poco de té.

La mujer se levantó acercándose a mí.

—Pero…, ¿podrá usted…?

Una débil sonrisa flotó unos segundos en aquel rostro.

—Mi querido joven: llevo haciendo mis comidas catorce años, desde que me trasladé a esta casa. El ciego no tiene por qué ser un desvalido.

—Lo siento. Dije una estupidez. Tal vez fuera conveniente que me diera a conocer su nombre…

—Millicent Pebmarsh… Señorita…

Salí de la casa. Junto a la última puerta la joven levantó la vista a mi llegada, haciendo un esfuerzo para ponerse en pie.

—Me parece que estoy ya casi bien… La ayudé, contestándole animoso:

—¿Casi?

—Había… había un hombre muerto ahí dentro, ¿verdad?

Asentí.

—Desde luego. Me dirijo a la cabina telefónica para dar cuenta del hecho a la policía. En su lugar yo preferiría esperar dentro de la casa —levanté la voz para atajar su protesta—. Entre en el comedor… Queda a la izquierda del vestíbulo. La señorita Pebmarsh le está haciendo una taza de té.

—Así pues, ésa era la señorita Pebmarsh, ¿no? Es ciega, ¿verdad?

—Sí. La cosa le ha producido también a ella una impresión enorme. Pero es una mujer extraordinariamente sensata. Vamos. La acompañaré. Mientras aguardamos la llegada de la policía, una taza

de té le sentará magníficamente.

Le pasé uno de mis brazos por los hombros, incitándola a que echara a andar por el sendero. Unos segundos después se hallaba confortablemente acomodada en el comedor de la casa y yo eché a correr en busca del teléfono.

* * *

Una voz impersonal dijo:

—Sección de Policía de Crowdean.

—¿Podría hablar con el Detective Inspector Hardcastle?

La voz respondió, cautelosamente:

—Ignoro si se encuentra aquí. ¿Quién está al aparato?

—Dígale que soy Colin Lamb.

—Un momento, por favor.

Esperé. En seguida llegó a mis oídos la voz de Dick Hardcastle.

—¿Colin? No te esperaba aún… ¿Dónde estás?

—En Crowdean. Concretamente en Wilbraham Crescent. En el número 19 hay un hombre muerto tendido en el suelo. Creo que ha sido apuñalado. Debió morir hace una media hora, aproximadamente.

—¿Quién encontró el cadáver? ¿Tú?

—No. Yo sólo era en aquellos instantes un inocente transeúnte. Una muchacha que salía de una de las casas de por aquí con la velocidad de un rayo se me echó encima. Estuvo a punto de derribarme. Muy nerviosa, casi sin poder hablar, me comunicó que había visto el cadáver de un hombre y que una mujer ciega iba a tropezar con él.

—Bueno, Colin, no querrás tomarme el pelo, ¿verdad?

La voz de Dick era ahora de desconfianza.

—Admito que la cosa suena a fantasía, Dick; pero lo cierto es que todo ocurrió tal como acabo de explicártelo. La mujer ciega es la señorita Millicent Pebmarsh, la dueña de la casa.

—E iba a tropezar con el cadáver… ¿Cómo pudo ser eso?

—Por el hecho de ser ciega parece ser que no se había dado cuenta, que no sabía que el cadáver estaba allí.

—Pondré la maquinaria policíaca en funcionamiento. Espérame ahí. ¿Qué has hecho con la chica?

—La señorita Pebmarsh le está preparando una taza de té.

El comentario de Dick fue que todo parecía allí muy tranquilo, muy sereno y hasta hogareño…

Capítulo II

En el número 19 de Wilbraham Crescent la maquinaria de la ley había comenzado a funcionar. Encontrábanse allí un médico, un fotógrafo, el especialista en huellas digitales… Todos se movían eficientemente de un lado para otro, concentrados en sus tareas respectivas.

Finalmente llegó el Detective Inspector Hardcastle, un hombre alto, de rostro severo, sobre cuyos ojos campeaban unas expresivas cejas. Deseaba comprobar si cada una de las piezas del complicado mecanismo funcionaba bien, si todo se iba haciendo adecuadamente. Echó un último vistazo al cadáver, intercambió unas breves palabras con el médico, un forense del servicio policíaco, y pasó al comedor, donde se hallaban reunidas tres personas ante sendas tazas de té ya vacías: la señorita Pebmarsh, Colin Lamb y una joven de espigada figura y rizados cabellos castaños, de ojos inmensamente grandes y atemorizados. «Muy linda», pensó el inspector entra paréntesis.

Se presentó a la señorita Pebmarsh.

—Soy el Detective Inspector Hardcastle.

Algo sabía acerca de la señorita Pebmarsh, si bien en el terreno profesional sus caminos no se habían cruzado nunca. Habíala visto algunas veces. Tratábase de una maestra de escuela quien había conseguido un empleo relacionado con la enseñanza del sistema Braille en el *Aaronberg Institute*, que acogía a muchas criaturas privadas del sentido de la vista. Quedaba absolutamente fuera de lo normal que su impecable casa hubiese sido escenario de un crimen… Ahora bien, las cosas improbables se dan en la vida con más frecuencia de la que uno desearía.

—Esto, señorita Pebmarsh, debe haber constituido una

experiencia terrible para usted —dijo Hardcastle—. Tiene que haberle causado una impresión tremenda, forzosamente. Lo que yo necesito ahora es un relato escueto de los hechos, por el orden en que sucedieron éstos. Tengo entendido que fue la señorita… —Hardcastle echó una rápida mirada a su bloc de notas—, Sheila Webb quien realmente descubrió el cadáver. Si usted me lo permite, señorita Pebmarsh, me iré con esta joven a la cocina. Así podré charlar con ella tranquilamente.

El inspector abrió la puerta que ponía en comunicación el comedor con la cocina, aguardando a que la chica pasara ante él. Dentro de aquella pequeña dependencia se encontraba ya un agente, quien escribía apoyado en una mesita cuyo tablero era de «fórmica».

—Esta silla parece bastante cómoda —dijo Hardcastle, ofreciendo a Sheila Webb una versión moderna de una silla estilo Windsor.

La chica, todavía muy nerviosa, tomó asiento, observando al policía con sus grandes y asustados ojos.

Hardcastle estuvo a punto de decirle. «No tengas miedo, hijita, que no voy a comerte». Pero, naturalmente, se contuvo, concentrándose de un modo exclusivo en el interrogatorio oficial.

—No tiene usted por qué estar preocupada. Ye he dicho que lo único que deseo es hacerme con un relato claro de lo sucedido. Veamos… Se llama usted Sheila Webb. ¿Vive en…?

—Palmerston Road, número 14… Detrás de la fábrica de gas.

—Sí, ya sé. Supongo que trabaja usted en algún sitio.

—En efecto. Soy taquimecanógrafa. Trabajo en el «Secretarial Bureau», de la señorita Martindale.

—La razón social completa es «Cavendish Secretarial & Typewriting Bureau», ¿verdad?

—Así es.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabaja usted para esa firma?

—Estoy allí desde hace un año aproximadamente. Bueno, unos diez meses, para concretar más.

—Entendido. Ahora explíqueme cómo el venir aquí, al número diecinueve de Wilbraham Crescent, hoy.

—Se lo diré en seguida, sí, señor —Sheila Webb parecía

expresarse en aquellos instantes con menos nerviosismo—. La señorita Pebmarsh llamó al «Bureau» por teléfono, solicitando los servicios de una taquígrafa para las tres. Al regresar a la oficina, después de la comida de mediodía, la señorita Martindale me comunicó el recado.

—Esa venía a ser una de tantas cosas como se presentan durante el día, ¿verdad? Quiero decir que era lo normal… ¿Le dieron el recado porque era usted la siguiente en una supuesta lista…? Bueno, es que yo ignoro su forma habitual de distribuirse el trabajo…

—Fui la designada yo porque la señorita Pebmarsh preguntó por mí, señalando que debía ser Sheila Webb quien fuera a su casa.

—¿La señorita Pebmarsh pidió que la enviaran a usted? —las cejas de Hardcastle subrayaron aquella circunstancia—. ¡Ah, bien! Ya comprendo. Había trabajado usted para ella en otra ocasión anterior, ¿verdad?

—No —respondió Sheila, rápidamente.

—¿Que no? ¿Está segura de lo que dice?

—Sí que lo estoy. La señorita Pebmarsh no es una de esas personas de las cuales una se olvida fácilmente. Eso sí que resulta extraño, ¿no le parece?

—¡Y tanto! Bueno, dejemos tal hecho a un lado, de momento. ¿A qué hora llegó usted aquí?

—Tuvo que ser antes de las tres porque el reloj de cuclillo… —Sheila se interrumpió de pronto—. ¡Qué raro! De veras que es rarísimo —sus hermosos ojos se habían dilatado—. No llegué a darme cuenta de ello en el momento preciso…

—¿De qué no se dio usted cuenta, señorita Webb?

—Pues… de los relojes. Fíjese: el cuclillo dio las tres cuando debía ser esta hora. En cambio los otros marchaban adelantados en más de sesenta minutos. ¿No le parece extraño?

—Lo es —convino el inspector—. Dígame: ¿en qué momento descubrió el cadáver?

—En el instante en que me disponía a pasar por detrás del sofá. Sí… allí estaba… él… Fue terrible, terrible.

—La comprendo perfectamente. ¿Reconoció usted al hombre? ¿Le había visto con anterioridad?

—¡Oh, no!

—¿Está segura de lo que dice? Tenga presente que su aspecto podía diferir bastante del habitual en él. Piense, piense… ¿Está segura de no haber visto antes a ese hombre?

—Completamente segura.

—Está bien. No hablemos más de eso. ¿Qué hizo usted luego?

—¿Qué hice luego?

—Sí.

—Pues… nada, nada en absoluto. No hubiera podido…

—¿No tocó el cadáver?

—Sí… sí… Para ver… sólo para ver… sí… Pero aquel cuerpo estaba frío… y yo… me manché la mano de sangre. ¡Oh! Fue espantoso… Tenia los dedos cubiertos de una sustancia espesa y pegajosa.

Sheila Webb comenzó a temblar.

—Vamos, vamos, cálmese —dijo Hardcastle, cortésmente—. Todo pasó ya. Olvídese de esa sangre. Vayamos a lo siguiente. ¿Qué sucedió después?

—No sé… ¡Ah, sí! Ella entró en la casa.

—¿Se refiere a la señorita Pebmarsh?

—En efecto. Claro que yo no pensé entonces que pudiera tratarse de la misma. Entró con *su gran cesto* en una mano.

La joven había aludido a aquél recalcando mucho las palabras, como si fuese un elemento incongruente, fuera de lugar, en el cuadro que estaba intentando reconstruir de la mano del inspector.

—¿Y qué dijo usted entonces?

—No sé si llegué a hablar… Intenté hacerlo, pero me fue imposible. Sentía un ahogo tremendo.

Sheila se llevó una mano a la garganta y el inspector asintió.

—Y luego… ella preguntó: «¿Quién anda por ahí?». Nada más pronunciar esta frase fue a deslizarse por detrás del sofá y yo pensé… pensé… que iba a tropezarse con *aquello*. Y grité… Y después no pude dejar de continuar gritando. No sé por qué salí corriendo de la habitación, de la casa…

—Igual que un cohete —apuntó el inspector, recordando la descripción de Colin.

Sheila Webb le miró pensativa, diciendo un tanto

inesperadamente:

—Lo siento, inspector.

—No tiene usted que preocuparse. Ha compuesto un relato muy completo de los hechos que con su persona guardan relación. Deje de pensar en todo esto ahora. ¡Ah! Se me ocurre una pregunta. ¿Por qué se encontraba usted en el cuarto de estar?

—¿Por qué…? —inquirió la joven, perpleja.

—Sí. Usted llegó aquí posiblemente con unos minutos de anticipación a la hora señalada. Me imagino que pulsaría el botón del timbre. No habiéndole contestado nadie, ¿por qué entró?

—¡Oh! Porque ésas fueron las instrucciones que me dieron.

—¿Dictadas, por quién?

—Por la señorita Pebmarsh.

—Pero… Yo creí que entre ustedes dos no se había cruzado una sola palabra.

—Y no está equivocado. Ella habló con la señorita Martindale… Yo debería entrar en la casa y esperar en el cuarto de estar, que se halla en la parte derecha del vestíbulo.

Hardcastle se quedó pensativo.

Sheila Webb le preguntó tímidamente.

—¿Es… eso todo, inspector?

—Me parece que sí. Le agradecería que aguardara aquí diez minutos más por si surge algo nuevo y tengo necesidad de formularle varias preguntas más. Después la enviaré a su casa en un coche de la policía. ¿Vive usted con sus familiares?

—Mis padres murieron ya. Yo vivo con una tía.

—¿Su nombre?

—La señora Lawton.

El inspector se puso en pie, tendiendo su mano a la chica.

—Muchas gracias, señorita Webb —dijo—. Intente descansar esta noche. Lo necesita después de las emociones sufridas hoy.

La joven sonrió débilmente en el momento de deslizarse dentro del comedor.

—Cuida de la señorita Webb, Colin —dijo el inspector—. Ahora, señorita Pebmarsh, ¿tendría usted inconveniente en pasar aquí?

Hardcastle había alargado una mano para guiar a la señorita Pebmarsh, pero ésta avanzó resueltamente ante él, buscó a tientas

una silla que había arrimada a la pared, la separó unos centímetros de ésta y se sentó.

El inspector cerró la puerta. Antes de que llegara a pronunciar una palabra, Millicent Pebmarsh inquirió bruscamente:

—¿Quién es ese joven?

—Colin Lamb es su nombre.

—Eso me dijo, pero, ¿quién es? ¿Por qué se encuentra aquí en esta casa?

Hardcastle contempló unos instantes a la ciega, un tanto sorprendido.

—Pasaba casualmente por la calle cuando la señorita Webb salió corriendo, dando gritos… Después de entrar aquí y ver lo que había sucedido nos telefoneó. Yo mismo le pedí que no se marchara.

—Se ha dirigido a él llamándole, simplemente, Colin.

—Es usted una buena observadora, señorita Pebmarsh. —¿Observadora? ¡Qué difícilmente encajaba en aquel caso tal palabra! Y, sin embargo, al mismo tiempo, no había ninguna otra que cuadrara mejor—. Colin Lamb es amigo mío. He de añadir que hacia tiempo que no le veía. —Hardcastle añadió—: Se trata de un especialista en biología marina.

—¿Ah, sí?

—Bueno, señorita Pebmarsh, me sentiría muy satisfecho si usted pudiera referirme algo con relación a este sorprendente asunto.

—Lo haré de buena gana. No obstante, poco es lo que puedo contarle.

—Creo que hace ya tiempo que reside usted aquí, ¿no?

—Desde el año mil novecientos cincuenta. Yo soy… era… maestra. Cuando mi médico me comunicó que todo cuanto probara a hacer por salvarme la vista, cada vez más débil, resultaría en balde, me afané por especializarme en el sistema «Braille» y en diversas técnicas más proyectadas para ayudar a los ciegos. Actualmente trabajo en el «Aaronberg Institute», que acoge a los niños ciegos o con taras de otra índole.

—Gracias por su información. Pasemos a examinar los acontecimientos de esta tarde. ¿Esperaba usted alguna visita hoy?

—No.

—Le leeré una descripción del hombre muerto. Quizá le sugiera

la imagen de alguna persona conocida. Altura: 1,73 a 1,75; edad: 60 años, aproximadamente; cabellos: oscuros tirando a grises; ojos castaños, rostro completamente afeitado, de rasgos regulares, mandíbula firme… Bien constituido, sin exceso de grasas. Traje gris oscuro, manos perfectamente conservadas. Podría ser un empleado de banca, un contable, un abogado o un individuo que ejerciera una profesión liberal, de un tipo u otro. ¿Puede usted localizar con los datos anteriores a un hombre por el estilo entre sus amistades?

Millicent Pebmarsh reflexionó detenidamente antes de contestar.

—Es difícil pronunciarse en un sentido u otro. Por supuesto, esa descripción fija unos límites muy amplios. Se adaptaría a un sinfín de personas. Tal vez haya visto a ese hombre en alguna ocasión, pero jamás podría estar segura de ello.

—¿No ha recibido usted últimamente ninguna carta, anunciándole una visita?

—Con toda certeza que no.

—Perfectamente. Usted telefoneó al «Cavendish Secretarial Bureau» solicitando los servicios de una taquígrafa y…

Millicent Pebmarsh interrumpió al inspector.

—Perdone. Yo no hice nada de eso.

—¿Que usted *no* telefoneó al «Cavendish Secretarial Bureau» para pedir…?

Hardcastle escrutó atentamente la faz de la señorita Pebmarsh.

—No hay teléfono en la casa.

—Al final de la calle hay una cabina de servicio público —se apresuró a puntualizar el inspector Hardcastle.

—Sí, ya lo sé. Mire… Puedo asegurarle, inspector, que en ningún instante he tenido necesidad de disponer de una taquígrafa y que, por tanto, no, se lo repito, *no* telefoneé a esa firma que acaba usted de mencionar.

—¿No se interesó usted especialmente por la señorita Sheila Webb?

—Jamás oí tal nombre antes de hoy.

Hardcastle, asombrado, miró atentamente a su interlocutora.

—No cerró usted la puerta principal de la casa con llave…

—Es una cosa que hago con gran frecuencia durante el día.

—Cualquiera podría entrar.

—Eso es precisamente lo que parece haber ocurrido en el presente caso —manifestó la señorita Pebmarsh secamente.

—Señorita Pebmarsh, ese hombre, de acuerdo con el testimonio del forense, murió aproximadamente, entre la 1:30 y las 2:45. ¿Dónde se encontraba usted entonces?

Millicent Pebmarsh reflexionó.

—A la 1:30 debía estar disponiéndome a abandonar la casa si es que no me había ido ya. Tenía que comprar algunas cosas.

—¿Puede decirme exactamente a dónde fue?

—Déjeme pensar… Fui a la oficina de Correos, en Albany Road hay una, para depositar un paquete y adquirir algunos sellos… Después me marché de compras, sí… En «Field & Wren», un establecimiento de mercería, compré unos alfileres e imperdibles que necesitaba. A continuación emprendí el regreso. Puedo decirle exactamente qué hora era al llegar aquí. Mi reloj de cuclillo sonó por tres veces cuando yo avanzaba por el sendero que conduce a la entrada.

—Y de los otros relojes, ¿qué me dice?

—¿Cómo?

—Al parecer, sus otros relojes marchaban una hora adelantados.

—¿Adelantados? ¿Me está usted hablando del reloj de caja que hay en un rincón del cuarto de estar?

—No se trata de ése solamente… A los otros relojes de esa habitación les ocurre lo mismo.

—No le entiendo. En el cuarto de estar no hay más relojes que los que yo he mencionado.

Capítulo III

Hardcastle se quedó con la vista fija en la señorita Pebmarsh, absorto.

—Vamos, vamos, señorita Pebmarsh. ¿Qué me dice de ese bonito reloj de porcelana de Dresden que se encuentra sobre la repisa de su chimenea? ¿Y el otro, el francés de dorados metales? Hay que mencionar, además el de plata y… ¡Oh, sí!, aquel que lleva la inscripción «Rosemary» en uno de sus cantos.

En la faz de la ciega se reflejó el más profundo asombro.

—Uno de los dos debe estar loco, inspector. Le aseguro que no poseo ningún reloj de porcelana, que no sé absolutamente nada acerca del de la inscripción, ni del francés, ni… ¿Cuál era el otro?

—El de plata —respondió Hardcastle mecánicamente.

—No. Tampoco éste me dice nada. Si no me cree pregunte a la mujer que viene a casa a limpiar, la señora Curtin.

El detective inspector Hardcastle se hallaba en verdad desconcertado. Había en las palabras de su interlocutora una seguridad positiva, una viveza que invitaba al convencimiento. Hubo una pausa en la conversación. Hardcastle reflexionaba. Finalmente se puso en pie.

—¿Quiere usted acompañarme a la otra habitación, señorita Pebmarsh?

—No tengo inconveniente, desde luego. Con franqueza, me gustaría ver esos relojes.

—¿Ver?

Hardcastle se había apresurado a subrayar la palabra.

—Hablaría con más propiedad si dijera *examinar* —señaló Millicent Pebmarsh—. Tenga en cuenta, inspector que hasta los ciegos se expresan a veces de un modo convencional, no

adaptándose siempre sus frases a sus especiales facultades. Al decir que me gustaría ver esos relojes quiero especificar que desearía examinarlos, pasear mis dedos por ellos, reconocerlos por medio del tacto.

Seguido por la señorita Pebmarsh, Hardcastle abandonó la cocina. Cruzó el pequeño vestíbulo y penetró en el cuarto de estar. El especialista en huellas dactilares que trabajaba allí le miró.

—Estoy a punto de terminar, señor —manifestó—. Puede tocar lo que le parezca.

El inspector asintió, cogiendo el menudo reloj de viaje que ostentaba la inscripción mencionada por él antes en uno de sus bordes, colocándolo después en las manos de la dueña de la casa. Esta paseó las yemas de sus dedos por él cuidadosamente.

—Se trata, sin duda, de un reloj de viaje corriente —manifestó la señorita Pebmarsh—, de los que se acomodan en un estuche de cuero, una simple caja que se cierra y que cuando está abierta le sirve de pie. No es mío, inspector, y no se encontraba en este cuarto cuando salí de la casa a la una y media. Estoy absolutamente segura de ello.

—Gracias.

El inspector recogió el reloj de sus manos. Después le entregó el de porcelana de Dresden que presidía la habitación desde la repisa de la chimenea.

—Cuidado con éste… Podría romperse fácilmente.

Millicent Pebmarsh repitió la operación de minutos antes. Delicadamente, sus finos dedos fueron recorriendo todos los contornos de aquella linda pieza. Después hizo un movimiento denegatorio con la cabeza.

—El reloj debe ser precioso —declaró—, pero tampoco es mío. ¿Dónde lo encontraron?

—Hacia la derecha de la repisa de la chimenea.

—Ahí habría uno de los dos candelabros de porcelana que poseo.

—Sí, en efecto, y aquí sigue, sólo que unos centímetros más cerca del final de la repisa.

—Me dijo usted que aún había otro reloj.

—Dos más.

Después de colocar el de porcelana en su sitio, el inspector puso en manos de la ciega el modelo francés. La señorita Pebmarsh lo tanteó rápidamente, devolviéndoselo.

—No. Tampoco es mío.

Su reacción ante el de plata fue similar.

—Los únicos relojes que ha habido siempre en esta habitación han sido el de la caja, en el rincón…

—De acuerdo.

—… y el de cuclillo, que se encuentra colgado en la pared y cerca de la puerta.

Hardcastle ya no supo qué decir después. Una vez más escrutó el rostro de la mujer que tenía delante, con la serenidad del que se sabe no observado por nadie. La arruga de su frente denotaba su perplejidad. Limitóse luego a manifestar:

—Simplemente: no acierto a comprenderlo.

La señorita Pebmarsh extendió una mano. Su gesto denotaba que sabía exactamente en qué parte del cuarto de estar se hallaba en aquellos instantes. Cogió una silla y se sentó. El inspector miró al especialista en huellas digitales, que se había quedado junto a la puerta.

—¿Ha terminado con esos relojes, no? —inquirió.

—Y con todo lo demás, señor. En ese reloj de dorados metales no he descubierto absolutamente nada. Sus finas superficies no son las más idóneas desde el punto de vista de mi trabajo. Lo mismo ocurre con el de porcelana y los restantes… Ahora bien, esto no es normal. En el de plata y en el del estuche de cuero debiera haber ciertas señales. A propósito: a ninguno de ellos se les ha dado cuerda y todos marcan la misma hora: las cuatro y trece minutos.

—¿Tiene algo que decirme con respecto a las otras cosas de la habitación?

—He descubierto tres o cuatro juegos de huellas dactilares en distintos sitios, yo creo que todas pertenecientes a dedos femeninos. Sobre la mesa verá los efectos que contenían los bolsillos de la víctima.

El hombre hizo un expresivo movimiento de cabeza. Hardcastle se acercó a la mesa. Encima de ésta había un billetero con siete libras y algunas monedas pequeñas, un pañuelo de seda sin marcar,

una cajita de píldoras digestivas y una tarjeta. El inspector se inclinó, a fin de poder leer el texto.

R. H. CURRY

Metrópolis & Provincial Insurance Co. Ltd.
7, Denvers Street — Londres, W. 2

Hardcastle se aproximó a la señorita Pebmarsh.

—¿Esperaba usted acaso la visita de algún agente de una Compañía de Seguros?

—¿La visita de…? No, desde luego que no.

—«Metrópolis & Provincial Insurance Company…». ¿No le dice nada esta razón social?

La señorita Pebmarsh hizo un gesto de negación.

—Nunca oí hablar de esa firma.

—¿No proyectó nunca hacerse un seguro de una clase u otra?

—No. Tengo una póliza de incendio y robo suscrita con la «Jove Insurance Company», una de cuyas sucursales se encuentra en este distrito. No he contratado con nadie ningún seguro personal. Carezco de familia, de parientes cercanos incluso, de manera que, ¿qué lograría contratando, por ejemplo, una póliza de vida?

—Comprendido. ¿Le dice algo el apellido Curry? El nombre completo es R. H. Curry.

Hardcastle no perdía ni uno solo de los gestos de Millicent Pebmarsh pero no observó la menor reacción en su faz.

—Curry, Curry… —repitió la ciega. Después movió la cabeza—. Ese apellido es poco corriente, ¿no le parece? No creo haberlo oído nunca antes… ¿Se trata del nombre de la víctima?

—Es posible.

La señorita Pebmarsh vaciló un momento. Luego preguntó:

—¿Quiere usted que… toque…?

El inspector entendió en seguida sus palabras.

—¿Lo desea usted, señorita Pebmarsh? Por mi parte no hay inconveniente, si bien se me figura que es pedirle mucho. No entiendo mucho de estas cosas, pero es lo más probable que sus dedos le hablen del aspecto de la víctima con mayor elocuencia que

la más detallada de las descripciones.

—Exacto. Eso para mí supone una experiencia verdaderamente desagradable, pero lo haré si estima que tal cosa puede servirle de ayuda.

—Muy agradecido —contestó Hardcastle—. Si me permite la guiare hasta…

El inspector colocó a la señorita Pebmarsh tras el sofá, señalándole cuando debía arrodillarse. A continuación puso sus manos sobre el rostro del cadáver. Ella se encontraba muy tranquila, no revelando la menor emoción. Sus dedos recorrieron los cabellos, las orejas de la víctima, deteniéndose un instante tras la izquierda, la línea de la nariz, de la boca y la barbilla… Después hizo un movimiento de cabeza y se incorporó.

—He adquirido una clara idea sobre su aspecto y ahora puedo afirmar aún con más seguridad que antes que no he conocido ni visto jamás a este hombre.

Entre tanto el agente encargado de las huellas dactilares habíase guardado su equipo, abandonando la habitación. Unos minutos después asomaba la cabeza…

—Han venido a por él —dijo, indicando el cadáver—. ¿Pueden llevárselo ya?

—Si. ¿Me hace el favor, señorita Pebmarsh? ¿Quiere sentarse aquí?

El inspector la acomodó en una silla que había en un rincón. Dos hombres penetraron en el cuarto. En un santiamén, merced a la destreza profesional que sólo da una dilatada experiencia, se llevaron al señor Curry. Hardcastle salió a la puerta un momento, regresando a continuación al cuarto de estar. Sentóse al lado de la ciega.

—Nos encontramos ante un asunto auténticamente extraordinario, señorita Pebmarsh. Me agradaría volver sobre los principales puntos de aquél en su compañía, para comprobar si lo he interpretado todo bien. Corríjame si ve que me equivoco. Usted hoy no esperaba a nadie, no ha hecho ninguna consulta relativa a seguros de una clase u otra y no ha recibido ningún aviso anunciándole la visita de un agente… ¿Es así?

—En todos sus extremos.

—Usted no necesitó los servicios de una taquígrafa o mecanógrafa y no llamó al «Cavendish Bureau» por teléfono para solicitar la presencia de una empleada a las tres de la tarde.

—También es correcto.

—Cuando usted abandonó esta casa, a la una y media, aproximadamente, no había en esta habitación más que dos relojes, el de cuclillo y el de caja.

La señorita Pebmarsh meditó su respuesta.

—Yo no podría declarar eso que acaba de decir bajo juramento. Por mi estado no me es posible afirmar la presencia o la falta de elementos ajenos a este cuarto, así, de buenas a primeras. Hubo un momento del día en que supe con plena certeza, sin la más leve vacilación, cuáles eran exactamente las cosas que esta habitación contenía: esta mañana, a primera hora, cuando yo limpiaba la misma, todo se hallaba en su sitio. Suelo ocuparme yo del aseo de este cuartito. Las mujeres que ayudan a las amas de casa son, casi siempre, descuidadas con los objetos de adorno.

—¿Salió de su casa esta mañana?

—Sí. A las diez fui como de costumbre, al «Aaronberg Institute». Aquí doy clases hasta las doce y cuarto. Regresé a la una menos cuarto quizás. Entré en la cocina y me hice unos huevos revueltos y una taza de té tornando a salir, como ya le notifiqué antes, para comprar unas cosas, a la una y media. A propósito, comí en la cocina, no entrando para nada en esta habitación.

—Así pues, aun cuando usted puede afirmar categóricamente que a las diez de la mañana de hoy no se encontraban aquí esos relojes, existe la posibilidad de que los mismos fuesen introducidos a partir de dicha hora y la de su regreso.

—Con relación a tal extremo debiera usted interrogar a la mujer que viene a limpiar aquí, la señora Curtin. Suele llegar a las diez y se marcha alrededor de las doce. Vive en el número diecisiete de Dipper Street.

—Gracias, señorita Pebmarsh. Ocupémonos de ciertos hechos acerca de los cuales le agradecería me diese a conocer sus ideas o sugerencias, las que se le ocurran. Esta mañana, a una hora que todavía desconocemos, fueron introducidos aquí cuatro relojes. Las manecillas de éstos marcan las cuatro y trece minutos. ¿Le sugiere

algo dicha hora a usted?

—Las cuatro y trece minutos… —repitió Millicent Pebmarsh, moviendo la cabeza—. No, no me dice nada, en absoluto.

—Pasemos ahora de los relojes al cadáver, al hombre que fue hallado aquí dentro. Parece improbable que la señora Curtin le abriera la puerta, dejándole entrar en la casa. Para eso hubiera tenido usted que decirle que le esperaba. Bueno, ya veremos lo que nos cuenta aquélla. Ese individuo vino a verla por alguna razón de carácter privado u oficial. Entre la una y media y las dos menos cuarto fue apuñalado. Hay que pensar que estaba relacionado con el negocio de los seguros… Sin embargo, ¿de qué nos puede servir tal dato? La puerta no había sido cerrada con llave. Pudo, por tanto, haber entrado, esperándola a usted… Ahora bien, ¿por qué? ¿Con qué fin?

—Aquí no hay nada que tenga sentido, al parecer —dijo Millicent con un gesto de impaciencia—. De manera que usted cree que este hombre… como se llame… Curry… fue quien trajo los relojes…

—No ha sido descubierto ningún embalaje en el interior de la casa —manifestó Hardcastle—. No cabe pensar que llevara aquéllos distribuidos por los bolsillos. Ahora, señorita Pebmarsh, le ruego que reflexione antes de contestar… ¿Podría relacionar de algún modo esos relojes con algo, con cualquier cosa? ¿Le dice a usted algo la hora que marcan sus manecillas, esto es, las cuatro y trece minutos?

Millicent Pebmarsh hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—He estado pensando que todo esto pudiera ser obra de un loco o de una persona que se hubiese equivocado de casa. Pero ni eso siquiera explica lo ocurrido. No, inspector, no me es posible serle útil.

Entró un joven agente. Hardcastle le salió al encuentro y los dos pasaron al vestíbulo y de aquí a la puerta exterior. El inspector habló durante unos instantes con sus hombres.

—Ya puede usted llevarse a esa chica —le dijo a uno— la dirección es la siguiente: Palmerston Road, número catorce.

Hardcastle regresó al comedor. La puerta que daba a la cocina se hallaba abierta y la señorita Pebmarsh se movía afanosa frente al

fregadero. El inspector se quedó plantado en el umbral.

—He de llevarme esos relojes, señorita. Le entregaré el correspondiente recibo.

—Perfectamente, inspector… No son míos…

Hardcastle miró a Sheila Webb.

—Ya puede irse, señorita Webb. Uno de nuestros coches la llevará a su casa.

Sheila y Colin se pusieron en pie.

—Acompáñala hasta el coche, ¿quieres, Colin? —dijo Hardcastle al mismo tiempo que acercaba una silla a la mesa, comenzando a extender un recibo.

Colin y Sheila salieron del comedor. Unos segundos después avanzaban por el sendero de la entrada. La joven, de pronto, se detuvo.

—Mis guantes… Los dejé…

—Yo iré a por ellos.

—No… Sé dónde los puse. No me importa volver a entrar en esa casa. Ya se lo han llevado…

La chica se alejó de Colin Lamb a toda prisa, regresando poco después.

—Siento haberme dejado llevar de los nervios antes…

—A cualquiera le hubiera pasado lo mismo —señaló Colin.

Hardcastle se unió a la pareja en el instante en que Sheila penetraba en el coche. Al alejarse éste, el inspector se volvió hacia el joven agente.

—Quiero que embale usted esos relojes del cuarto de estar cuidadosamente. Todos ellos excepto el de cuclillo y el de caja que hay en un rincón.

Dio algunas instrucciones a sus subordinados y luego miró a su amigo.

—Voy a ir de visiteo. ¿Quieres acompañarme?

—No hay inconveniente —repuso Colin.

Capítulo IV

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Dick Hardcastle.

Este se dirigió al chófer del vehículo.

—Llévenos al «Cavendish Secretarial Bureau». Este se encuentra en Palace Street. Suba la explanada que queda a la derecha.

—Sí, señor.

El coche arrancó. Por los alrededores de la casa había algunas personas que estudiaban con interés aquélla. El gato color naranja se hallaba sentado todavía a la entrada de la vivienda vecina, la de Diana Lodge. Ya no se pasaba las manos por los hocicos sino que permanecía muy erguido, haciendo oscilar su cola con ligereza. Por su elevada posición quedaba al nivel de las cabezas de los curiosos, a los que contemplaba con ese absoluto desdén que por los humanos sienten, más que ningún otro animal, los gatos y los camellos.

—El «Secretarial Bureau» y luego la mujer de la limpieza, por ese orden —manifestó Hardcastle—. El tiempo pasa… —El inspector consultó su reloj de pulsera—. Hace un rato que dieron las cuatro —hizo una pausa antes de añadir—: Una chica atractiva, ¿verdad?

—Muy atractiva —respondí.

Hardcastle me miró, divertido.

—Nos contó una notable historia, querido. Será mejor que procedamos a comprobarla cuanto antes…

—¿No pensarás que…?

Hardcastle me atajó.

—Siempre he sentido un gran interés por las personas que

encuentran por casualidad un cadáver…

—Pero, ¡si esa muchacha estuvo a punto de enloquecer a causa del pánico! Debieras haberla oído gritar…

Dick me miró burlonamente una vez más, repitiendo que se trataba de una joven sumamente atractiva.

—Bueno, ¿y cómo fue que te encontraras vagando por Wilbraham Crescent, Colin? ¿Qué hacías por allí? ¿Admirar nuestra hermosa arquitectura victoriana? ¿O te plantaste en aquel distrito con un fin concreto?

—Tenía un propósito, desde luego. Buscaba el número sesenta y uno… y no logré dar con él. ¿Es que no existe?

—Naturalmente que existe. La numeración llega al ochenta y ocho, según creo.

—Pero… Fíjate, Dick: al alcanzar el número veintiocho vi el final de Wilbraham Crescent.

—La gente que no conoce bien el lugar sufre siempre esas confusiones. Si giras hacia la derecha por Albany Road arriba y das otra media vuelta poco más adelante te encontrarás en la otra mitad de Wilbraham Crescent. Las viviendas se hallan unidas por sus partes posteriores, esto es, jardín contra jardín…

—Ya comprendo —respondí después de haber escuchado atentamente su explicación—. Pasa una cosa semejante con muchas plazas y parques de Londres. Ahí tienes la plaza Onslow. O si no, Cadogan. Echas a andar por un lado y de repente te encuentras en una plaza o en unos jardines. Hasta los taxistas suelen desorientarse. Pero, sea como sea, ese número sesenta y uno existe. ¿Tienes alguna idea sobre la identidad de las personas que viven allí?

—¿En el sesenta y uno? Veamos… Sí. En esa casa habita, seguramente, Bland, el maestro de obras.

—¡Oh! Mal asunto.

—¿Qué pasa?

—No había pensado precisamente en un maestro de obras. A menos… ¿Vive allí desde hace tiempo? ¿Ha comenzado a trabajar ahora como tal maestro?

—Bland nació allí, creo. Se trata, pues, de un vecino. ¿Quién con más derecho que él a ostentar ese título? Trabaja en su profesión

desde hace años.

—Desconcertante.

—En su profesión es de lo peor que existe. Acostumbra utilizar en las obras que le encomiendan materiales de nula calidad. Levanta ese tipo de casas que producen una excelente impresión a primera vista, dentro de las cuales todo se cae o funciona mal cuando alguien se decide a habitarlas. El hombre se bandea bien. Se comprende: la mucha práctica. Por ahora va escapando…

—No está bien que me tientes, Dick. El hombre que yo quiero habría de ser una criatura de inquebrantables virtudes.

—Bland se hizo de un puñado de dinero hace un año… Mejor dicho, fue su esposa quien lo consiguió. Ella es canadiense; llegó aquí durante la guerra y conoció a nuestro hombre. Su familia se opuso a su matrimonio con Bland y en cierto modo rompió con ellos cuando se casaron. Hace unos meses murió un tío abuelo de la señora. Había perdido aquél a su único hijo en un accidente aéreo. Esto, unido a las bajas habidas en la familia en los distintos frentes en que luchaban las fuerzas armadas y otras circunstancias dejaba a la señora Bland como heredera única. En consecuencia, el abuelo le legó su dinero. Tengo entendido que gracias a esto se libró Bland de la ruina. Por entonces iba a declararse en quiebra.

—Parece ser que sabes muchas cosas acerca de ese buen maestro.

—¡Oh! Ya sabes lo que pasa… Los organismos de la Hacienda nacional se interesan siempre por aquellos hombres que se hacen ricos de la noche a la mañana. Sus jefes se preguntan si habrán llevado o no a la práctica determinadas triquiñuelas y al final optan por llevar a cabo a su vez las comprobaciones precisas. Así procedieron en este caso y todo resulto bien.

—De todas maneras, un hombre que se ha vuelto rico repentinamente no me interesa. No encaja en lo que yo busco.

—¿No?

Incliné la cabeza.

—¿Y terminaste con ello?

—Se trata de una historia que resultaría un poco larga de tenerla que contar —respondí evasivamente—. ¿Quieres que cenemos juntos esta noche, tal como habíamos planeado, o supone un

obstáculo tu trabajo…?

—Nada de eso. De momento sólo hay que preocuparse de poner nuestra maquinaria en funcionamiento. Nos proponemos averiguar cuanto sea posible acerca del señor Curry. Una vez sepamos quién era y a qué se dedicaba es muy probable que entremos en posesión de ciertos datos que nos permitan dar con la persona o personas interesadas más o menos directamente en quitarlo de en medio.

Hardcastle fijó su mirada en los edificios cercanos a la calzada.

—Hemos llegado.

El «Cavendish Secretarial & Typewriting Bureau» se encontraba situado en la principal vía comercial, denominada, un tanto grandilocuentemente, Palace Street. Al igual que muchos otros locales del distrito, ofrecía el aspecto de una casa de estilo victoriano debidamente adaptada al gusto moderno. A la derecha de ella, en una construcción similar, se leía el siguiente rótulo: «Edwin Glen, Fotógrafo Artista. Especialidad en retratos infantiles, grupos de bodas, etc». Para realzar tal anuncio el escaparate se hallaba lleno de ampliaciones en todos los tamaños imaginables, en las que aparecían efigies de niños hasta la edad de seis años. Esto, evidentemente, había sido proyectado para atraer a las mamás. Veíanse también algunas parejas y hombres de aire tímido acompañados por sonrientes niñas. Al otro lado del «Cavendish Secretarial Bureau», estaban las oficinas de una anticuada firma dedicada al comercio de carbones. Más allá surgía un moderno edificio de tres pisos, en brusco contraste con las casas circundantes, proclamándose a sí mismo el «Oriente», café y restaurante.

Hardcastle y yo penetramos en el edificio que habíamos estado buscando, utilizando luego las escaleras. En el piso correspondiente encontramos una puerta abierta, que cruzamos siguiendo la indicación de un rótulo, que había a la derecha, el cual rezaba: «Entre, por favor». Vimos una sala espaciosa en la que tres jóvenes escribían a máquina. Dos de ellas continuaron absortas en su tarea pese a nuestra llegada. La tercera, acomodada ante una mesa sobre la cual había un intercomunicador, hizo un alto en su labor mirándonos con un gesto de interrogación. Parecía tener un caramelo en la boca. Habiéndoselo colocado dentro de ésta en una

posición conveniente nos preguntó con voz un poco gangosa:

—¿En qué puedo servirles?

—¿La señorita Martindale? —inquirió Hardcastle.

—Me parece que en este momento se encuentra ocupada telefoneando…

La chica manipuló en el intercomunicador diciendo por fin ante el mismo:

—Dos caballeros desean verla, señorita Martindale. —La joven levantó la vista, preguntándonos—: ¿sus nombres, por favor?

—Hardcastle —repuso Dick.

—El señor Hardcastle, señorita Martindale. —Seguidamente la muchacha interrumpió la comunicación, poniéndose en pie, agregando—. Por aquí, hagan el favor.

La joven nos condujo ante una puerta en la que en letras doradas aparecía el apellido de la directora del establecimiento. Abierta aquélla se hizo a un lado para dejarnos pasar.

—El señor Hardcastle —anunció al tiempo que cerraba la puerta a nuestras espaldas.

La señorita Martindale estaba sentada tras una gran mesa. Al entrar nosotros nos miró atentamente. Era una mujer de aspecto vivaz que rondaría los cincuenta años. Llevaba sus rojizos cabellos peinados a lo «pompadour». Tenía unos ojos brillantes que daban la impresión de mantenerse siempre alerta.

Su mirada se detuvo en Dick, fijándose luego en mí.

—¿El señor Hardcastle?

Dick sacó de su cartera una de sus tarjetas oficiales, entregándosela. Yo procuré quedar en segundo plano ocupando una silla junto a la entrada del despacho.

La señorita Martindale enarcó las cejas, denotando su sorpresa y su disgusto.

—¿El detective inspector Hardcastle? ¿En qué puedo serle útil, inspector?

—He venido para solicitar de usted una pequeña información, señorita. Creo que está en condiciones de poder ayudarme.

Guiándome por el tono de su voz pensé que Dick había decidido andarse con ciertos rodeos antes de abordar la cuestión que le había llevado allí, mostrándose lo más amable posible. Yo dudaba de que

la señorita Martindale respondiera adecuadamente a su sutil maniobra. Pertenecía a ese tipo humano que los franceses denominan con la frase *une femme formidable*.

Yo estaba estudiando el escenario de la entrevista. En la pared, por encima de la cabeza de la directora de la firma, descubrí toda una colección de fotografías dedicadas. Una de ellas era de Ariadne Oliver, escritora de novelas policíacas, a la que conocía superficialmente. *Afectuosamente suya, Ariadne Oliver*, rezaba su dedicatoria, estampada a través del retrato. *Muy agradecido, Garry Gregson*, eran las palabras que se leía en otro. Garry Gregson, escritor de obras de misterio, había muerto dieciséis años atrás. *Suya siempre, Miriam*, era la dedicatoria que figuraba en otra fotografía de Miriam Hogg, escritora especializada en la novela de tipo romántico. La literatura atrevida quedaba representada allí por Armand Levine, cuyo rostro tímido, coronado por una gran calva, se asomaba al despacho desde su retrato, en el que el escritor había dejado correr la pluma brevemente, poniendo en letra muy menuda: «Reconocido», palabra que iba seguida de su nombre completo. Existía cierta similitud en los «trofeos» ostentados por cada una de aquellas personas. Los hombres, en su mayoría, vestían trajes de gruesa lana y las mujeres, muy serias, tendían a perderse entre una masa de pieles.

Mientras yo repasaba todo aquello, no dando descanso a los ojos, Hardcastle comenzó a disparar sus preguntas.

—Trabaja aquí una chica llamada Sheila Webb, ¿verdad?

—En efecto. Me parece que no se encuentra en este instante en la oficina… Al menos…

La señorita Martindale oprimió uno de los botones de su intercomunicador, diciendo.

—Edna: ¿ha vuelto ya Sheila Webb?

—No, señorita Martindale, todavía no.

Aquélla cortó la comunicación.

—Salió a primera hora de la tarde para atender a un cliente —explicó—. Debe estar de regreso ya. También es posible que luego se fuera al «Curlew Hotel», al final de la Explanada, donde tenía que presentarse a las cinco.

—Muy bien. ¿Qué podría contarme usted en relación con la

señorita Sheila Webb?

—Poca cosa —replicó la señorita Martindale—. Trabaja conmigo desde… veamos, sí, desde hace un año, aproximadamente. Como empleada no puedo reprocharle nada.

—¿Sabe usted dónde estuvo trabajando anteriormente?

—No me sería difícil averiguarlo si le interesa conocer tal dato, inspector Hardcastle. Debemos tener en nuestro archivo sus referencias. De memoria puedo adelantarle que figuró en la nómina de otra firma londinense y que sus antiguos patronos dieron de ella unas referencias excelentes. Creo, aunque no estoy segura, que se trataba de una entidad dedicada a la compra-venta de inmuebles…

—¿Ha dicho usted que es eficiente en su cometido?

—Muy eficiente —señaló la señorita Martindale, quien no daba la impresión de ser una de esas personas que prodigan los elogios.

—¿Extraordinaria?

—No, yo no llegaría a afirmar eso. Trabaja con bastante rapidez y es una chica bien educada. Como mecanógrafa resulta cuidadosa y exacta.

—¿Existe entre ustedes alguna relación de carácter privado?

—No. Sheila Webb vive con una tía suya. —Al tocar este punto la señorita Martindale dio señales de desasosiego—. ¿Podría saber, inspector Hardcastle, por qué me hace todas esas preguntas? ¿Es que se ha metido en algún lío esta chica?

—Yo no diría tanto… ¿Conoce usted a una tal señorita Millicent Pebmarsh?

—Pebmarsh… —repitió la señorita Martindale enarcando las cejas—. Pues… sí. Ahora lo recuerdo, por supuesto. Sheila fue a su casa esta tarde. La cita quedó fijada para las tres.

—¿Cómo se concertó aquélla?

—Por teléfono. La señorita Pebmarsh requirió los servicios de una taquimecanógrafa y yo le envié a esa joven.

—¿Se interesó ella especialmente por Sheila Webb?

—Sí.

—¿A qué hora se produjo la llamada telefónica?

La señorita Martindale reflexionó unos segundos.

—Fui yo quien habló con ella. Esto quiere decir que la chica estaría comiendo. Serían las dos menos diez… Antes de las dos, de

todos modos. ¡Ah! Aquí veo un apunte, en mi bloc de notas. Era la una y cuarenta y nueve minutos, exactamente.

—¿Le habló la misma señorita Pebmarsh?

La señorita Martindale no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Eso supongo.

—¿No reconoció usted su voz? ¿No la conoce personalmente?

—No. No la conozco. Me dijo que se llamaba Millicent Pebmarsh, dándome a continuación sus señas, un número de Wilbraham Crescent. Luego, como ya he dicho, preguntó por Sheila Webb. Quiso saber si estaba libre y si podría presentarse en su casa a las tres.

La declaración era clara, terminante. Me dije que la señorita Martindale sería en determinadas circunstancias una excelente testigo.

—Le quedaría muy reconocida si tuviera la amabilidad de explicarme a qué viene todo esto —solicitó la directora del «Bureau» dando muestras de impaciencia.

—Pues verá, señorita Martindale. Millicent Pebmarsh niega haber hecho tal llamada.

Los ojos de su interlocutora se dilataron a causa del asombro…

—¿De veras? ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Usted, por otra parte, afirma que la llamada telefónica se produjo, si bien no se halla en condiciones de asegurar que fue la propia Millicent quien se encontraba al otro extremo del hilo.

—No, por supuesto. No puedo hacer afirmaciones categóricas en ese aspecto. No conozco a esa mujer. Claro que no se me alcanza qué fin… ¿Ha habido una suplantación de personalidad o algo por el estilo?

—Peor que eso —repuso Hardcastle secamente—. ¿Expuso la señora Pebmarsh, o la persona que fuese, alguna razón para justificar sus preferencias por Sheila Webb?

La señorita Martindale reflexionó un segundo.

—Creo recordar que alegó que la joven había trabajado ya en una ocasión anterior para ella.

—¿Y era cierto eso?

—Sheila dijo que no recordaba haber hecho nada con destino a la señorita Pebmarsh. Sin embargo, inspector, no hay que tomar sus

palabras al pie de la letra. Las chicas visitan puntos muy diferentes y variados de la ciudad y es imposible que se acuerden de si han estado o no en un sitio u otro al cabo de unos meses. Sheila no estaba muy segura… Simplemente: no recordaba haber visitado el domicilio de esa cliente. Bueno, pero aun suponiendo que hubo aquí una suplantación no acierto a ver, inspector, qué puede motivar en este asunto su interés.

—Iba a ocuparme precisamente de eso. Cuando la señorita Webb llegó al número diecinueve de Wilbraham Crescent entró en la casa y luego en el cuarto de estar. La joven me dijo que ésas eran las instrucciones que le habían dado. ¿Está usted de acuerdo?

—De acuerdo por completo —contestó la señorita Martindale—. Nuestra cliente manifestó que podía ser que llegara a la casa con algún retraso. Sheila, de no ser atendida por nadie, debería entrar en la vivienda y aguardar allí a la dueña.

—Cuando la señorita Webb penetró en el cuarto de estar —prosiguió diciendo Hardcastle—, encontró el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

La señorita Martindale contempló absorta al inspector. Por unos segundos no acertó a pronunciar una palabra.

—¿Un cadáver, ha dicho usted?

—El cadáver de un hombre que había muerto asesinado. Precisaré más: el hombre en cuestión murió apuñalado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué impresión tan terrible debió experimentar esa chica!

Era de esperar un comentario de este tipo en una mujer como la señorita Martindale.

—¿Le dice a usted algo el apellido Curry? El nombre completo de la víctima era R. H. Curry.

—No, no me sugiere nada.

—Pertenecía a la «Metropolis & Provincial Insurance Company»…

La señorita Martindale continuó moviendo la cabeza, denegando.

—Ya ve usted cómo queda planteada la situación, señorita. Me ha dicho antes que la señorita Pebmarsh le telefoneó solicitando la presencia de Sheila Webb en su casa a las tres de la tarde. Por otro

lado aquélla niega a haberla llamado. No obstante, Sheila fue allí, descubriendo el cadáver de un hombre…

El inspector esperó la respuesta de la señorita Martindale pacientemente.

Ella le dirigió una inexpresiva mirada.

—Todo esto se me antoja tremendamente extraño —comentó con un gesto de desaprobación.

Dick Hardcastle suspiró, poniéndose en pie.

—Tiene usted un bonito despacho —opinó cortésmente—. Este negocio cuenta ya con algunos años de existencia, ¿verdad?

—Quince, exactamente. Nos ha ido muy bien. Iniciado en pequeña escala hemos ido ampliándolo hasta llegar, quizás, a abarcar más de lo que podemos… En la actualidad empleo ocho chicas, las cuales no paran de trabajar un momento a lo largo de la jornada.

—Ya veo que hacen ustedes una gran cantidad de trabajos literarios —declaró Hardcastle fijándose en las fotografías de las paredes.

—En efecto. Al comenzar todo esto me especialicé con los escritores. Durante muchos años trabajé con el famoso Garry Gregson, autor de novelas de misterio. Financié este «Bureau» con un legado suyo, precisamente. Conocía a algunos de sus amigos y compañeros de profesión y éstos me fueron recomendando a otros. Sabía lo que cada uno deseaba y ello supuso una gran ayuda para mí en la primera etapa del desenvolvimiento del negocio. En el terreno de la investigación presto servicios sumamente útiles, facilitando fechas y citas, aclarando puntos legales y señalando los trámites policíacos en determinadas circunstancias, suministrando detalles referentes a ciertas substancias químicas y sus efectos… Hacemos lo que se presenta en tal aspecto, señor inspector. También facilitamos a nuestros clientes nombres extranjeros de personas o establecimientos públicos, con sus señas respectivas, para las novelas cuya acción transcurre fuera de Inglaterra. Antiguamente, los lectores no exigían de sus escritores favoritos tanta precisión, pero en la actualidad hay muchos que nada más advertir un fallo en ese sentido se apresuran a subrayarlo mediante la oportuna carta…

La señorita Martindale hizo una pausa. Hardcastle dijo cortésmente:

—Estoy seguro de que tiene usted muchos motivos para felicitarse a sí misma.

El inspector fue hacia la puerta. Yo la abrí en el acto.

En la oficina, las tres chicas se preparaban para salir. Las máquinas de escribir estaban ya enfundadas. Edna, la recepcionista, no pudo hacer un gesto más expresivo de desconsuelo en aquellos instantes. Estaba de pie y en una mano tenía uno de sus zapatos y en la otra el tacón correspondiente al mismo.

—Aún no ha transcurrido un mes desde el día que me los compré —declaró, quejosa—. Y me costaron bastante caros. La culpa es de ese enrejado de la esquina, uno de los respiraderos del «Metro». ¿Sabéis a cuál me refiero? Al de enfrente de la pastelería… Metí el pie en aquél y el tacón saltó. Como no podía andar me descalcé, regresando aquí con un par de bollos y los zapatos en las manos. Aún no sé cómo podré coger ahora el autobús…

Al llegar a este punto de su discurso Edna advirtió nuestra presencia, apresurándose a esconder el zapato motivador de su disgusto, al tiempo que miraba de un modo especial a la señorita Martindale, que no me pareció una mujer inclinada a aprobar el calzado femenino de altísimos tacones. Ella misma usaba unos zapatos planos sumamente «sensatos»…

—Gracias por su atención, señorita Martindale —dijo Hardcastle —. Lamento haberla entretenido tanto tiempo. Si repara usted en algo que…

—Naturalmente —contestó la señorita Martindale, interrumpiendo a su interlocutor con franca brusquedad.

En el momento de acomodarnos en el coche dije yo:

—De manera que la historia de Sheila Webb, pese a tus sospechas, resulta ahora ser completamente cierta.

—Está bien, está bien —manifestó Dick—. Tú ganas.

Capítulo V

—Mamá —gritó Ernie Curtin, desistiendo por un momento de su entretenimiento, que en aquellos instantes consistía en hacer correr por el cristal de la ventana un pequeño juguete, acompañándolo de un gimiente zumbido. El chico pretendía imitar el de un cohete espacial al lanzarse al infinito, rumbo a Venus—. ¡Mamá! ¿Qué te parece?

La señora Curtin, una mujer de severa faz, que se hallaba trabajando, muy ocupada, con la limpieza de la vajilla, no contestó.

—Ahí, enfrente de la casa, hay un coche de la policía, mamá.

—No empieces con tus mentiras de costumbre, Ernie —dijo la señora Curtin mientras iba colocando platos y tazas en el escurridero—. Ya sabes lo que te tengo dicho con respecto a eso.

—No miento, mamá —insistió Ernie, muy formal—. Es un coche de la policía y en este momento se apean dos hombres de él.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó su madre, volviéndose rápidamente hacia el chico—. Algún día traeréis la desgracia a esta casa…

—Yo no he hecho nada —protestó Ernie.

—Habrá sido cosa de Alf entonces. De él y de su pandilla. ¡Menudas pandillas las que formáis! Tanto vuestro padre como yo os hemos dicho en infinidad de ocasiones que esas cosas no pueden traer nada bueno. Más o menos tarde surge el conflicto… Primero es el Tribunal de Menores y luego, como lo más seguro, el reformatorio y la cárcel, y yo no quiero vivir nada que se parezca a eso, ¿has oído?

—Se acercan a la puerta principal —anunció Ernie.

La madre de éste abandonó el fregadero, uniéndose a su hijo ante la ventana.

—¡Vaya! —suspiró.

En este preciso instante oyó el ruido del picaporte. Alguien llamaba. La señora Curtin se secó rápidamente las manos en la primera toalla que encontró a mano, saliendo después al pasillo para abrir la puerta. Se quedó mirando con expresión de reto y de duda a un tiempo a los dos hombres que tenía delante.

—¿La señora Curtin? —preguntó el más alto de los dos, adoptando una actitud de extraña cortesía.

—Soy yo, sí.

—¿Me permite que entre un momento? Soy el detective inspector Hardcastle.

La señora Curtin dio un paso atrás de muy mala gana. Abrió la puerta de una habitación e invitó a pasar al inspector. La pieza se veía limpia y ordenada, dando la impresión de ser ocupada raras veces, lo cual era lo que en realidad ocurría.

Ernie, curioso, apareció junto a la entrada del cuarto, procedente de la cocina.

—¿Su hijo? —preguntó Hardcastle.

—Sí —repuso la señora Curtin sin abandonar su agresiva actitud —. Es un buen chico pese a lo que usted pueda decir.

—Estoy convencido de que lo es —contestó el inspector, muy afable.

La faz de la madre de Ernie pareció tornarse menos grave.

—He venido a verla para hacerle unas cuantas preguntas relacionadas con la casa número diecinueve de Wilbraham Crescent. Tengo encendido que trabaja usted allí.

—Yo no he negado eso nunca —replicó la señora Curtin, incapaz de mostrarse más cordial.

—La dueña de la casa es la señorita Millicent Pebmarsh.

—Sí. Trabajo para la señorita Pebmarsh. Una verdadera dama, una mujer muy agradable.

—Ciega —apuntó el inspector.

—Sí, pobrecilla. Pero nadie lo diría. Es maravilloso… ¡Qué bien sabe orientarse, andar de un lado para otro! Lo mismo dentro que fuera de la casa. Ni siquiera los cruces en plena calzada le asustan. No es de esas personas que hacen un mundo de cualquier cosa, grande o pequeña, una nadería a veces… No, no es como algunos

hombres y mujeres que yo conozco.

—Suele usted ir a trabajar allí por las mañanas, ¿no?

—Efectivamente. Acostumbro a llegar entre las nueve y media y las diez de la mañana para marcharme a las doce o cuando termino mi labor —incisiva, la señora Curtin se interrumpió para preguntar, de pronto—: ¿no me irá usted a decir que ha desaparecido… que le han robado alguna cosa a la señorita Pebmarsh?

—Todo lo contrario, señora Curtin —manifestó Hardcastle con el pensamiento fijo en los cuatro relojes.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué es lo que ocurre entonces? —quiso saber.

—Esta tarde fue hallado el cadáver de un hombre en el cuarto de estar de la casa número 19 de Wilbraham Crescent.

La señora Curtin miró muy seria al inspector. Ernie, su hijo, abrió la boca, quedándose como en éxtasis, escapándosele un elocuente «¡Oh!», de franca admiración. En seguida, considerando una imprudencia atraer la atención de los mayores sobre él, procuró hacerse a un lado, intentando pasar desapercibido.

—¿Un cadáver? —inquirió la señora Curtin, con un gesto de incredulidad. Luego añadió—: ¿en el cuarto de estar?

—Sí. El hombre murió apuñalado.

—Quiere usted decir que se trata de un crimen, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Y quién asesinó a ese hombre?

—Lamento tener que decir que aún no hemos llegado tan lejos en nuestras indagaciones —manifestó el inspector—. Pensamos, de momento, que usted podría ayudarnos en nuestra labor.

—Nada sé acerca de ese crimen —contestó la señora Curtin sin la menor vacilación.

—No, pero conviene examinar uno o dos puntos interesantes. Veamos. ¿Visitó alguien la casa esta mañana?

—Que yo recuerde, no. Hoy no, desde luego. ¿Cuáles son las señas de ese hombre?

—Puede fijarse su edad en los sesenta años. Vestía un traje oscuro, de elegante corte. Existe la posibilidad de que se presentara como agente de seguros.

—De haberse presentado allí yo no le habría dejado entrar —

declaró la señora Curtin—. Nada de agentes de seguros, ni de vendedores de aspiradoras de polvo o de ejemplares de la Enciclopedia Británica… A la señorita Pebmarsh no le agradaban los vendedores a domicilio y a mí me ocurre lo mismo.

—Curry… Ese era el apellido de la víctima, de acuerdo con una tarjeta que hallamos en sus bolsillos. ¿Le dice a usted algo aquél?

—¿Curry, Curry…? —la señora Curtin movió la cabeza—. Me suena a indio ese apellido…

—¡Oh, no! —exclamó el inspector Hardcastle—. El hombre en cuestión no tenía nada de tal.

—¿Quién encontró el cadáver? ¿La señorita Pebmarsh?

—Una joven taquimecanógrafa, quien, debido a un probable error, fue enviada a casa de la señorita Pebmarsh para hacerle un trabajo. Ella fue quien descubrió el cadáver. En el instante en que sucedió esto, aproximadamente, se produjo el regreso de Millicent Pebmarsh.

La señora Curtin suspiró.

—¡Qué lío, Señor, qué lío!

—Deseaba pedirle también que echara un vistazo al cadáver para poder decirnos si había visto usted a ese hombre por Wilbraham Crescent o ante la casa de la señorita Pebmarsh alguna vez. Esta afirma no haberle visto jamás. Quiero referirme ahora a otros puntos de importancia secundaria. ¿Sería usted capaz de recordar cuántos relojes hay en el cuarto de estar?

La señora Curtin no vaciló un momento.

—Dentro de esa pieza se encuentra el gran reloj del rincón, el «de caja», le llaman, y también está el de cuclillo, en una de las paredes. Al dar la hora salta un muelle que abre unas portezuelas por las que asoma un pajarito que canta: «¡Cucú!». ¡A veces se lleva una unos sustos con él! —la mujer agregó a toda prisa—: No toqué ninguno de ellos. Nunca lo hago. Es la señorita Pebmarsh quien les da cuerda siempre.

—He de advertirle que esos relojes que ha mencionado siguen marchando sin novedad —dijo Hardcastle para tranquilizar a su interlocutora—. ¿Está usted segura de que esta mañana no había en el cuarto de estar más relojes que aquéllos?

—Desde luego ¿Qué otros podía haber aparte de los indicados?

—¿Está segura, por ejemplo, de que no habla allí un pequeño reloj cuadrado de plata, ni otro de metal dorado, ni uno de porcelana con adornos de flores, ni otro provisto de una funda de cuero, una caja, con la inscripción «Rosemary» en uno de sus cantos?

—Naturalmente que no.

—De haber ocurrido lo contrario, ¿se habría dado cuenta de su presencia allí?

—Por supuesto.

—Las manecillas de esos relojes señalaban una hora que representaba un adelanto de sesenta minutos sobre la marcada por las del reloj de caja y el de cuclillo.

—Porque serán extranjeros —alegó la señora Curtin—. Una vez hice con mi marido un viaje en coche a Suiza y a Italia. Los habitantes de estos países vivían con una hora de adelanto en relación con la nuestra. Puede que eso tenga que ver con el Mercado Común. A mí, y también a mi esposo, aquél nos tiene sin cuidado. Con Inglaterra me basta.

El inspector Hardcastle no quiso meterse en honduras políticas.

—¿Puede usted decirme la hora exacta en que abandonó la casa de la señorita Pebmarsh esta mañana?

—A las doce y cuarto, aproximadamente.

—¿Estaba ella allí en aquellos instantes?

—No, no había regresado todavía. Habitualmente, lo hace entre las doce y doce y media, pero esto, desde luego, varía…

—Y abandonó la casa, ¿cuándo?

—Antes de que yo llegara. Mi hora son las diez.

—Pues muchas gracias, señora Curtin.

—Parece una cosa extraña eso de los relojes —manifestó la mujer—. Tal vez la señorita Pebmarsh estuviera en alguna subasta… Quizá los descubriera en una tienda de antigüedades ¿No se dice así? Por lo que usted me ha contado deben proceder de lugares como ése u otros por el estilo.

—¿Asiste la señorita Pebmarsh a las subastas muy a menudo?

—Hace cuatro meses compró en una de ellas una alfombra de pelo. En muy buen estado, precisamente. Me dijo que muy barata, además. También adquirió varias cortinas de terciopelo. Necesitan

ciertas reformas para adaptarlas a sus ventanas, pero pueden considerarse nuevas prácticamente.

—Bueno, pero a ella no le agradan las curiosidades que suelen encontrarse en las salas de subastas, los cuadros, los objetos de porcelana, por ejemplo…

La señora Curtin hizo un enérgico movimiento de cabeza.

—No es que la conozca muy bien, pero… Cuando una compra un artículo se expone siempre a que la engañen. Y muchas veces ocurre que cuando una llega a casa se pregunta: ¿y qué demonios voy a hacer ahora con esto? En una ocasión, creyéndolo ventajoso, compré seis botes de mermelada. Después, pensando detenidamente en ello, me dije que hubiera podido obtenerlos a menos precio del que pagué. ¿Cómo? Sencillamente, adquiriéndolos en el mercado de cualquier miércoles.

Comprendiendo que de momento no podría conseguir nada más de la señora Curtin, el inspector Hardcastle decidió marcharse. Entonces Ernie aportó su colaboración al asunto de que habían estado ocupándose el detective y su madre.

—¡Un crimen! —exclamó el chico, asombrado aún.

Momentáneamente, la conquista del espacio fue desplazada por el terrible suceso, más actual y próximo para Ernie.

—La señorita Pebmarsh no puede ser la autora de ese crimen, ¿verdad, mamá? —sugirió el muchacho.

—No digas tonterías —repuso la señora Curtin. Un pensamiento cruzó por su cabeza—. Ahora me pregunto si debí decirle…

—¿Qué, mamá?

—Bueno, ¿y a ti qué te importa? Nada, no era nada, en realidad.

Capítulo VI

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Cuando hubimos dado buena cuenta de un par de excelentes bistecs, rociados con numerosos tragos de cerveza, Dick Hardcastle suspiró, satisfecho, anunciando que se sentía mejor que nunca.

—¡Al diablo con los agentes de seguros, los relojes de fantasía y las chicas que dan alocados gritos en plena calle! Veamos qué es lo que te cuentas tú, Colin. Yo creí que habías terminado con esta parte del mundo. Y de pronto te localizamos vagando por las vías más retiradas de Crowdean. Un especialista en biología marítima no puede encontrar nada en Crowdean, querido, te lo digo yo…

—No te rías de la biología marítima, Dick. Se trata de una rama de la Ciencia sumamente útil. Pero sucede que con sólo mencionarla la gente se pone en guardia, temiendo que vayas a explayarte en consideraciones relativas al tema, no dejándote nunca, por tanto, que te expliques.

—Vamos, sí, que no has encontrado ninguna oportunidad de delatarte a ti mismo, ¿verdad?

—Olvidas —dije fríamente— que me gradué en Cambridge. El título no será de mucha categoría, pero es un título oficial al fin y al cabo. La especialidad es muy interesante y un día u otro pienso volver a ella.

—Sé en lo que has estado trabajando, por supuesto —manifestó Hardcastle—. Y no tengo más remedio que felicitarte. El juicio de Larkin se celebrará el mes que viene, ¿verdad?

—Así es.

—Resulta desconcertante. ¿Cómo pudo facilitar informaciones al exterior durante tanto tiempo? Alguien debía haber sospechado de

él…

—Pues no ocurrió nada de eso. Cuando a uno se le mete en la cabeza que tal o cual individuo es una excelente persona ni por asomo se le pasa por aquélla lo contrario.

—Tiene que ser un tipo inteligente —comentó Dick.

—No, yo no creo que lo sea. Me parece que obró de acuerdo con las instrucciones que recibía. Tenía acceso a documentos muy importantes. Se los llevaba y cuando esos papeles eran fotografiados los recogía de nuevo volviéndolos a poner en su sitio dentro del mismo día. Una organización excelente. Adoptó la costumbre de comer cada día en un restaurante distinto. Creemos que colgaba su gabán en aquellas perchas en que descubría una prenda exactamente igual que la suya, si bien el dueño de esta última no era siempre el mismo sujeto. Se producía un sencillo y rápido cambio de gabanes, pero el otro hombre jamás cruzó la palabra con Larkin. Nos gustaría averiguar otros pormenores sobre este asunto. Todo había sido bien planeado. Los dientes de las distintas piezas engranaban perfectamente. Ahí había alguien que tenía con qué pensar.

—¿Y es ése el motivo de que aún andes vagando por la Base Naval de Portlebury?

—Sí. Conocemos las derivaciones del caso en ese sentido y también en el que apunta a Londres. Sabemos cómo, cuándo y dónde Larkin recibió el dinero estipulado. Pero existe una especie de brecha en nuestro muro, un boquete… Entre Portlebury y Londres se desenvuelve la organización aludida. Esa es precisamente la parte de la misma que más nos gustaría conocer porque ahí funciona el cerebro rector. En algún punto de esa brecha se encuentra montado el cuartel general del enemigo, donde se trata todo ordenadamente y de manera que cualquier probable pista dejada pueda inducir a mil confusiones a sus seguidores.

—¿Por qué hizo Larkin eso? —inquirió Hardcastle con curiosidad—. ¿Es un político idealista? ¿Deseaba encumbrarse? ¿Buscaba, sencillamente, dinero?

—Deja a un lado los ideales, Dick —respondí—. A ese hombre lo único que le preocupaba era el dinero.

—¿Y no pudisteis haberlo localizado antes fijándoos en el uso

que de él hacía? Porque la verdad es que se lo gastó, ¿no? No pensó un momento en ahorrar.

—Lo fue malgastando conforme iba llegando a su poder. Lo cierto es que lo cogimos antes de lo que nos agrada admitir públicamente.

Dick asintió sorprendido.

—Entendido. Una vez desenmascarado, sin él saberlo todavía, retrasasteis su detención, ¿no es eso?

—Más o menos… El hombre había logrado pasar determinada información, sumamente valiosa, antes de que lo descubriéramos. Después le permitimos que procediera igual con otros papeles de valor aparente. Dentro del Servicio a que pertenezco hemos de hacernos los tontos muchas veces.

—No creo que me gustara mucho ese trabajo, Colin —dijo Hardcastle pensativamente.

—La nuestra no constituye una tarea tan emocionante como mucha gente cree. En realidad resulta aburrida en muchas ocasiones. Pero hay algo más… Actualmente llega uno a experimentar la impresión de que no existe nada que pueda calificarse de secreto. Nosotros conocemos sus secretos y ellos los nuestros. Nuestros agentes trabajan a veces, con frecuencia, para ellos y viceversa. Al final ese doble juego se convierte en una pesadilla. Hay días en que pienso que todos nos conocemos, militemos en un campo o en otro, y que no hacemos otra cosa que representar una especie de comedia tratando de disimularlo.

—Te comprendo perfectamente —declaró Dick.

Seguidamente me dirigió una mirada de curiosidad.

—Ya me hago cargo de por qué motivo no pierdes de vista Portlebury. Ahora bien, Crowdean se encuentra a más de diez millas de aquel lugar…

—Es que actualmente, amigo mío, estoy dedicado al estudio de todas las «Crescent»[2].

—¿Qué?

Hardcastle parecía desconcertado.

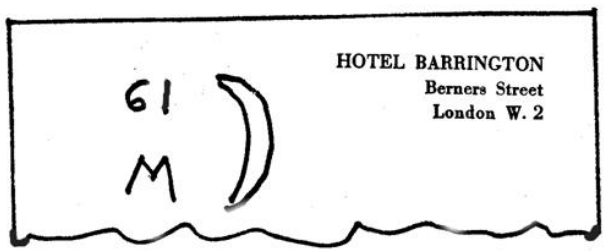
—Sí. Para decirlo de otro modo: lunas. Lunas nuevas, lunas crecientes y así sucesivamente. Comencé mis indagaciones en el mismo Portlebury. Existe allí una taberna denominada «The

Crescent Moon». Perdí mucho tiempo ahondando en lo que se me antoja un detalle bastante particular. A continuación conocí «The Moon an the Stars», «The Rising Moon», «The Jolly Sickle» y «The Cross and the Crescent», esto en una pequeña población llamada Seamede. No hubo nada que hacer pese a que desde mi punto de vista aquéllos parecían unos lugares ideales. Finalmente abandoné las lunas y empecé con las «Crescent». Hay varias de ellas en *Portlebury*: *Lansbory Crescent*, *Aldridge Crescent*, *Livermead Crescent*, *Victoria Crescent*…

Observé la expresión del rostro de Dick en aquel momento y me eché a reír.

—No pongas esa cara, Dick. Poseo algo sólido a que agarrarme.

Saqué mi billetero, buscando en el mismo una hoja de papel que mostré a mi amigo. En el ángulo superior derecho figuraba el membrete de un hotel:



Hallamos este papel, evidentemente un trozo de carta, de esas que suelen entregar a la clientela en ciertos establecimientos públicos cuando alguien solicita el recado de escribir, en la cartera de un tipo llamado Handbury. Este individuo representó un papel importante en el caso Larkin. Era eficiente… muy eficiente. Fue atropellado por un coche en Londres… Nadie consiguió hacerse con la matrícula del vehículo. No sé qué puede significar esto. Pienso, simplemente, que nuestro hombre lo anotaría o copiaría porque lo creyó de gran interés. ¿Se trata de una idea que cruzó por su mente? ¿Algo que vio u oyó? Algo que tenía relación con la luna o media luna «crescent» unida al número 61 y a la letra M. Me ocupé del asunto tras su muerte. No sé concretamente qué es lo que busco, pero estoy seguro de que el papel en cuestión me conducirá a

alguna parte. ¿Qué significa el número 61 y la letra mencionada? Mis indagaciones arrancan de Portlebury. Llevo tres semanas de incesante trabajo sin el menor resultado positivo. Crowdean se encontraba en mi ruta. Con franqueza, Dick, no esperaba descubrir nada allí. En Crowdean no existe más que una «Crescent»: Wilbraham Crescent. Yo estuve dando un paseo a lo largo de Wilbraham Crescent para ver qué me sugería el número 61, antes de preguntarte a ti si poseías alguna información que pudiera serme de utilidad… Me sucedió una cosa: que no conseguí dar con el citado número.

—Yo te notifiqué oportunamente que el 61 corresponde a una vivienda ocupada por un maestro de obras.

—No es eso lo que yo busco. ¿Ha recibido ese hombre alguna ayuda de allende nuestras fronteras, de un tipo u otro?

—Pudiera ser. Eso es frecuente hoy en día. En caso afirmativo habrá quedado constancia de ello en alguna parte. Mañana me ocuparé de verlo.

—Gracias, Dick.

—Mañana también, precisamente, me propongo visitar las casas situadas a uno u otro lado del número 19. Gestiones de trámite: deseo preguntarle a los que las habitan si vieron a alguna persona, a qué hora, etc. Quizás incluya en mi recorrido las viviendas situadas directamente detrás del 19, aquellas cuyos jardines dan a la misma. Me inclino a pensar que la que ostenta el número 61 se encuentra entre las aludidas. Si quieres puedes venirte conmigo.

Me aferré al ofrecimiento de Dick, podría decir que con las dos manos.

—Seré el sargento Lamb, a tus órdenes, y tomaré notas taquigráficas.

Quedamos en que yo me presentaría en su despacho a las nueve y media de la mañana siguiente.

* * *

Llegué allí a la hora convenida. Al enfrentarme con mi amigo vi que estaba indignado, fuera de sus casillas, verdaderamente.

Una vez hubo despedido al grave subordinado con quien había estado hablando hasta aquel instante le pregunté qué ocurría. Durante unos segundos Hardcastle fue incapaz de pronunciar una palabra. Finalmente exclamó:

—¡Esos condenados relojes!

—¿Otra vez los relojes? ¿Qué sucede ahora con ellos?

—Falta uno.

—¿Que falta uno? ¿Cuál?

—El del estuche de cuero, el que lleva la inscripción «Rosemary» en uno de sus bordes.

Emití un silbido de admiración.

—Es realmente extraordinario. ¿Cómo ha podido pasar eso?

—Esos malditos necios… Bueno, yo lo soy tanto como ellos —Dick era un hombre sincero—. Tiene uno que acordarse de los más nimios detalles, estar en todo… De no ser así siempre se produce algún percance. Ayer los relojes estuvieron todo el día en el cuarto de estar. Los puse en manos de la señorita Pebmarsh uno por uno para que los examinara, por si podía reconocerlos. No logramos nada. Luego fueron a por el cadáver…

—¿Y qué más?

—Salí a la puerta para ver cómo se desenvolvía todo. A continuación volví a la casa. Hablé con la señorita Pebmarsh, que estaba en la cocina, y le dije que me iba a llevar los relojes, a cambio de los cuales le entregaría un recibo.

—Sí, recuerdo haberte oído decir eso.

—Después comuniqué a la chica que pensaba enviarla a su casa en uno de nuestros coches y te pedí que la acompañarás hasta el mismo…

—En efecto…

—Entregué a la señorita Pebmarsh el recibo aunque me dijo que no era necesario puesto que los relojes no le pertenecían. Me reuní contigo. Le indiqué a Edwards que quería que embalase con todo cuidado los relojes para traérnoslos aquí. Naturalmente, habría de dejar en la casa el de cuclillo y el de caja… Aquí fue donde me equivoqué. Hubiera debido concretar más, decir *los cuatro* relojes. Edwards me ha informado que procedió en seguida a cumplimentar mis órdenes. Insiste en que allí, aparte de los dos que he señalado,

no había más que tres relojes.

—Poco tiempo supone eso… Tal hecho significa que…

—Millicent Pebmarsh pudo robar el reloj. Quizá se lo llevara cuando yo abandoné la habitación yéndose directamente a la cocina con él.

—Muy probable, pero, ¿por qué razón había de obrar así?

—Tenemos que enterarnos de muchas cosas todavía. ¿Algún otro posible autor o autora de la sustracción? ¿Cabe pensar en la joven? Reflexioné.

—No lo creo. Yo…

Me interrumpí. Acababa de recordar un detalle.

—Continúa, Colin.

—Nos dirigimos hacia el coche que tú habías designado para que la llevara a su casa —declaré bastante molesto—. Se había dejado los guantes en la casa. «Voy a por ellos», le dije. La joven se opuso, alegando que recordaba muy bien dónde los había puesto. Añadió que ya no le importaba volver a entrar en la vivienda porque el cadáver había desaparecido de ella. Echó a correr… Claro que sólo faltó un minuto de mi lado.

—¿Se había puesto los guantes al unirse a ti de nuevo? ¿Los llevaba acaso en la mano?

Vacilé.

—Sí…, sí, yo creo que sí.

—Evidentemente, ni los llevaba en la mano ni se los había puesto. De lo contrario no habrías vacilado.

—Tal vez se los guardara en el bolso.

—Lo peor del caso es que estás «colado» por esa chica —dijo Hardcastle en tono acusador.

—No digas insensateces —repliqué defendiéndome enérgicamente—. A esa joven la vi por vez primera ayer por la tarde y nuestro encuentro no puede calificarse precisamente de romántico.

—No estoy tan seguro de lo que dices —manifestó Hardcastle—. No todos los días asiste uno al espectáculo de una chica cayendo en brazos de un joven, pidiendo auxilio, de acuerdo con lo que pasaba en las obras literarias de la época victoriana. En tales ocasiones, el hombre se siente siempre héroe y galante protector. Pero no tienes

más remedio que abandonar tal actitud, amigo mío. ¿A qué decir más? Sabes muy bien, por lo que hasta ahora conocemos, que Sheila Webb puede que esté metida hasta el cuello en este raro asunto de los relojes.

—¿Qué estás sugiriéndome, Dick? ¿Que esta monería de criatura apuñaló a la victima, escondiendo el arma de manera que ninguno de tus sabuesos pudiera dar con ella, tras lo cual salió corriendo de la casa, para lanzarse en mis brazos sin cesar de gritar, representando en todo momento una verdadera comedia?

—Te quedarías sorprendido si te contara algunas de las cosas raras que he tenido ocasión de presenciar a lo largo de mi carrera —repuso Hardcastle, frunciendo el ceño.

—¿Pero es que no te das cuenta —inquirí indignado— de que estoy cansado de tratar con espías bellísimas de todas las nacionalidades? Todas esas mujeres reunían condiciones más que suficientes para hacer olvidar a un soldado, en unos minutos, sus deberes más elementales, sus responsabilidades más inquietantes. Amigo Dick: yo he sido inmune siempre a los encantos femeninos.

—Al final todo el mundo se enfrenta con su Waterloo correspondiente. Ello depende de la mujer que uno encuentre. Sheila Webb parece ser tu tipo.

—Sea como sea no me explico tus sospechas. ¿Qué es lo que te hace desconfiar de esa muchacha?

Hardcastle suspiró.

—Por lo visto no te has dado cuenta aún de mi situación. Has de fijar, forzosamente, un punto de partida. El cadáver fue hallado en la casa de la señorita Pebmarsh, quien, por tal circunstancia, pasa al primer plano de mi atención. Y fue la señorita Sheila Webb la persona que lo descubrió… No necesitaría decírtelo, pero frecuentemente ocurre que la persona que encuentra un cadáver es al mismo tiempo aquélla que vio por última vez viva a la víctima. Hasta el instante en que conozcamos más hechos, esas dos mujeres tienen que acaparar ineludiblemente nuestra atención.

—Cuando yo entré en el cuarto de estar, después de las tres de la tarde, vi un cadáver que llevaría allí media hora por lo menos, probablemente más tiempo. ¿Qué dices a eso?

—Sheila Webb dispuso para comer de una hora, la que va desde

la 1:30 a las 2:30.

Miré exasperado a Dick.

—¿Qué has averiguado acerca de Curry?

Hardcastle exclamó, con un inesperado acento de amargura:

—¡Nada!

—¿Qué quieres darme a entender con ese «¡nada!»?

—Que no ha existido nunca tal persona.

—¿Y cuáles han sido las manifestaciones de los regidores de la «Metropolis Insurance Company»?

—No nos han podido decir nada porque… tampoco existe tal entidad. Igual ocurre con las señas que conocíamos. Tanto la calle Denvers Street como su número correspondiente, desde luego, así como el apellido citado y la firma comercial, son datos completamente fantásticos.

—Muy interesante —opiné—. Ese hombre, por consiguiente, se procuró unas tarjetas plagadas de falsedades.

—Así es.

—¿Con qué idea?

Hardcastle se encogió de hombros.

—Por ahora todo son suposiciones. Existe la posibilidad de que hiciese seguros tan falsos como todo lo demás, ganándose así alguna que otra prima: tal vez se dedicara a hacer ciertas raterías, siéndole relativamente fácil el acceso a los domicilios particulares; quizá fuese un timador o miembro de una agencia privada de detectives… No sabemos con certeza nada.

—Pero lo averiguaréis.

—¡Oh, sí! Al final lo sabremos. Estudiaremos sus huellas digitales para comprobar si existen antecedentes de él en nuestros archivos. En caso afirmativo habríamos dado un paso hacia delante decisivo. Si no ocurre así tropezaremos con una grave dificultad.

—Detective privado… —dijo pensativamente—. No me parece mal orientada esta suposición. Da lugar a determinadas posibilidades.

—Hipótesis, eso es todo lo que hemos conseguido establecer hasta ahora.

—¿Cuándo será la encuesta judicial?

—Pasado mañana. Una cosa de trámite a la que seguirá un

aplazamiento.

—¿Qué ha dicho el forense?

—La muerte fue causada mediante un cuchillo muy afilado. Igual que el que suele utilizarse en las cocinas para cortar las verduras o un instrumento similar.

—Con eso la señorita Pebmarsh queda eliminada más bien, ¿no te parece? Es muy difícil, por no decir imposible, que una mujer ciega apuñale a un hombre. Bueno, me imagino que es ciega de veras.

—¡Oh, sí! Hemos hecho averiguaciones en ese sentido. No nos ha engañado. La mujer enseñaba matemáticas en un colegio del Norte… Perdió la vista hace unos dieciséis años, se adiestró en la utilización del sistema Braille y por último logró colocarse en el «Aaronberg Institute».

—¿No podría padecer la señorita Pebmarsh alguna aberración mental?

—¿Una manía relacionada con los relojes y los agentes de seguros?

—En realidad es que todo esto resulta tan fantástico… —No pude evitar unas manifestaciones de entusiasmo— lo mismo que Ariadne Oliver en sus peores momentos y Garry Gregson en la plenitud de su forma de escritor…

—Sigue hablando, querido. Diviértete. Tú no tienes que satisfacer las exigencias de un superintendente o de mi inmediato superior…

—¡Dick! Tal vez obtengamos alguna información útil de los vecinos.

—Lo dudo —repuso Hardcastle con amargura—. Si ese hombre fue apuñalado en el jardín de la fachada y dos hombres enmascarados lo trasladaron al interior de la casa nadie puede haberlo visto… Será mala suerte, chico, pero la verdad es que esto no es ningún pueblo. Wilbraham Crescent es una zona residencial situada junto a una carretera. A la una, las mujeres que hubieran podido descubrir algo sospechoso se encontraban ya en sus casas. A esa hora no circula por allí ni un coche de niños…

—Es posible que haya entre los vecinos algún anciano inválido que tenga la costumbre de permanecer junto a la ventana de su

habitación todo el día.

—Lo hemos buscado detenidamente, pero no hay nada de eso por allí.

—¿Qué has averiguado acerca de las casas número 18 y 20?

—La que lleva el número 18 está habitada por el señor Waterhouse, empleado de la firma «Gainsford & Swettenham, Abogados», y su hermana, una mujer muy dominante, que hace de él lo que quiere. Todo lo que sé de la vivienda número 20 es que la ocupa una mujer que mantiene a unos veinte gatos. No me agradan estos bichos…

Le dije a mi amigo que la vida del policía es una de las más duras que se conocen. Seguidamente nos pusimos en marcha.

Capítulo VII

El señor Waterhouse, deteniéndose inseguro en las escaleras de la casa número 18 de Wilbraham Crescent, volvió la cabeza, nervioso, mirando a su hermana.

—¿De veras que te encuentras bien? —inquirió. La señorita Waterhouse respondió algo irritada.

—No te comprendo, James.

El señor Waterhouse era un hombre de tímidos modales, una de esas personas que parecen estar pidiendo perdón, excusándose, por cuanto hacen.

—Es que… considerando lo ocurrido en la casa vecina, querida…

El señor Waterhouse se disponía a partir, en dirección a la oficina de unos abogados, para quienes trabajaba. Era un hombre de aspecto pulcro, ligeramente encorvado, de cabellos grisáceos. Su rostro ofrecía un matiz débilmente sonrosado, pero denotador de una buena salud en su dueño.

La señorita Waterhouse era alta y huesuda. Pertenecía al tipo femenino clásico carente de sentido común que se muestra intolerante con la gente de su misma clase.

—Debo entender, seguramente, que por el hecho de haber habido un crimen en la casa de al lado lo más probable es que hoy sea yo quien muera asesinada, ¿no es así?

—Bueno, Edith… Eso depende de quien sea el autor del crimen.

—Tú, por lo que veo, estás convencido de que hay alguien que anda de un lado para otro de Wilbraham Crescent seleccionado una víctima en cada vivienda. Esto es una blasfemia, casi, James.

—¿Una blasfemia, Edith? —preguntó el señor Waterhouse, muy sorprendido.

En ningún momento se le hubiera ocurrido pensar a aquél en tal aspecto de su observación.

—Se trata de una reminiscencia de la Pascua hebrea —manifestó su hermana—. Estoy hablando, permíteme que te lo recuerde, de la Sagrada Escritura.

—A mí me parece, Edith, que eso encaja aquí de una manera muy forzada.

—No sabes lo que me gustaría ver llegar a alguien a nuestra puerta con la intención de acabar conmigo —dijo la señorita Waterhouse, decidida.

Su hermano se dijo que aquello parecía bastante improbable. Colocándose en el lugar del asesino pensó que la última persona que hubiera escogido habría sido Edith… De intentar alguien atacar a ésta lo más seguro era que el criminal recibiese un buen golpe, propinado con el primer instrumento contundente que su hermana encontrase a mano. Sangrante y humillado, el desventurado agresor iría a parar, inevitablemente, a manos de la policía.

—He querido referirme a que… —su aire de hombre que desea a toda costa que le dispensen lo que va a decir se acentuó ahora—, bueno, tú lo sabes: en esta calle hay algunas personas indeseables.

—Aún no sabemos muchas cosas acerca de lo sucedido. Circulan rumores muy diversos por ahí. La señora Head contaba esta mañana una historia verdaderamente extraordinaria.

El señor Waterhouse consultó su reloj. No tenía el menor interés por oír de labios de su hermana aquélla. Edith no se molestaba en razonar, desbaratando las enmarañadas trampas tejidas por las comadres de la vecindad. Antes bien, gozaba estando al corriente de las mismas, dándolas por buenas.

—Hay gente que afirma que ese hombre era el tesorero o administrador del «Aaronberg Institute». Parece ser que las cuentas de esta entidad no se hallan muy claras y el individuo en cuestión visitó a la señorita Pebmarsh con objeto de hacerle unas preguntas.

—¿Y que entonces la señorita Pebmarsh le asesinó? —inquirió el señor Waterhouse, muy divertido—. ¿Una ciega? Seguramente…

—Echándole un alambre alrededor del cuello no le hubiera sido difícil estrangularle —opinó Edith—. Podía haberle cogido desprevenido. ¿Quién se va a mostrar receloso de una ciega? No es

que yo piense mal de ella… Considero a la señorita Pebmarsh una persona dotada de un carácter excelente. Desde luego hay cosas en las que no estamos de acuerdo, en modo alguno, pero no por eso voy a acusarla de poseer tendencias criminales. Simplemente: juzgo muchos de sus puntos de vista propios de una mujer fanática y extravagante. Al fin y al cabo hay otras escuelas de primera enseñanza que se están levantando por todas partes. Todas ellas de cristal, prácticamente. Fachadas y tejados, por lo menos. Le dan a una la impresión de unos invernaderos, destinados al cultivo de los tomates o las lechugas. Estimo tales construcciones perjudiciales para los pequeños, sobre todo en los meses de verano. La señora Head me ha comunicado que a su hija Susan no le agradan las nuevas aulas en que se ve obligada a trabajar actualmente. Sostiene que es imposible concentrarse en la tarea cotidiana. Con tantas ventanas alrededor resulta difícil resistirse a la tentación de echar un vistazo al paisaje.

—Bien… —dijo el señor Waterhouse, consultando de nuevo su reloj—. Hoy creo que voy a llegar tarde a la oficina. Adiós, querida. Cuídate. Será mejor que cierres la puerta con llave… También sería preferible que echases la cadena.

La señorita Waterhouse dio otro expresivo resoplido. Habiendo cerrado la puerta, nada más irse su hermano, estaba a punto de subir las escaleras, camino de la planta superior, cuando se detuvo, pensativa. Acercóse a su saco de *golf* y sacó del mismo un *stick*, que colocó estratégicamente, junto a la entrada. Edith esbozó una sonrisa de satisfacción. Desde luego, lo que había dicho James era una pura tontería. Pero no estaba de más prepararse… Los establecimientos en que eran recluidos los enfermos mentales dejaban a éstos en libertad muy fácilmente, en su afán de incorporarles a la vida normal. Sin embargo, este proceder exponía a muchos seres inocentes a ciertos peligros.

Edith Waterhouse se hallaba en su dormitorio cuando la señora Head subió apresuradamente las escaleras. Era esta última una mujer menuda y gruesa. Parecía una pelotita de goma. Gozaba de veras estando al corriente de todos los sucesos ocurridos en la vecindad de su casa.

—Dos caballeros quieren verla —dijo la recién llegada, con

avidez—. No se trata de dos *gentlemen*, en realidad… Es la policía.

La señorita Waterhouse cogió la tarjeta que le mostró la mujer.

—«Detective Inspector Hardcastle» —leyó—. ¿Le ha hecho pasar a la sala?

—No. Les llevé al comedor. Había quitado de allí el servicio del desayuno y me figuré que el sitio era indicado para tales visitantes. Quiero decir que después de todo no se trata más que de la policía…

La señorita Waterhouse no acertaba a comprender tal tipo de razonamientos. No obstante, contestó únicamente:

—Bajaré.

—Me imagino que le preguntarán cosas relacionadas con la señorita Pebmarsh —manifestó la señora Head—. Querrán saber si ha observado usted algunos detalles raros en su forma de vivir y conducirse. La gente sufre obsesiones, manías, que surgen de pronto sin haber existido manifestaciones previas. De todos modos se dan en esos casos determinados indicios los cuales según se afirma aparecen en los ojos de las personas afectadas. Claro que eso, ¿en qué puede afectar a una ciega? ¡Oh! —exclamó al final de su discurso la señora Head, moviendo dubitativamente la cabeza.

La señorita Waterhouse bajó las escaleras, penetrando luego en el comedor poseída de una complacida curiosidad que disimulaba con su habitual aire de beligerancia.

—¿Detective Inspector Hardcastle?

—Buenos días, señorita Waterhouse.

El inspector se puso en pie. Le acompañaba un joven alto y moreno a quien la dueña de la casa no se molestó en saludar. No prestó ninguna atención a un leve susurro del que sólo entendió estas dos palabras: «Sargento Lamb».

—Confío en que no estime impertinente mi visita a tan temprana hora —manifestó Hardcastle—. Me figuro que ya conoce lo sucedido en la casa de al lado ayer…

—No es corriente que un crimen ocurrido en la vivienda vecina pase desapercibido —repuso la señorita Waterhouse—. Me he visto obligada incluso a rechazar a uno o dos reporteros que se empeñaron en que les dijera si yo había visto algo.

—¿Les rechazó?

—Naturalmente.

—Obró usted bien —opinó Hardcastle—. Por supuesto, ellos tienen su normas, pero creo que usted, señorita Waterhouse reúne las condiciones precisas para que al tratar con gente así le acompañe el éxito.

Edith se permitió exteriorizar parte de su disimulada complacencia a manera de reacción por el cumplido.

—Espero que no le moleste que ahora nosotros pasemos a hacerle precisamente ese género de preguntas que anteriormente eludió. En efecto, es del máximo interés para nosotros que nos diga si llegó a ver algo en particular ayer alrededor de su casa, por lo cual le quedaremos sumamente reconocidos… ¿Se encontraba usted en esta casa a la hora en que ocurrió todo?

—Yo no sé cuándo se cometió el crimen —objetó la señorita Waterhouse.

—Estimamos que fue entre la 1:30 y 2:30.

—Sí. Me encontraba aquí, desde luego.

—¿Y su hermano?

—Nunca viene a casa a comer. Exactamente, ¿quién fue asesinado? El breve relato que publicó el periódico por la mañana no especificaba nada…

—Todavía ignoramos la identidad de la víctima.

—¿Es un extranjero?

—Eso parece.

—Esa persona, ¿era también desconocida para la señorita Pebmarsh?

—La señorita Pebmarsh nos ha asegurado que no esperaba la visita de nadie. Tampoco tiene la menor idea sobre la identidad del hombre asesinado.

—Debe estar muy segura de lo que dice, por la sencilla razón de que no ve.

—Le hemos facilitado una detallada descripción.

—¿Qué aspecto ofrecía la víctima?

Hardcastle sacó de un bolsillo un sobre y de éste una fotografía.

—He aquí a nuestro hombre. ¿Tiene usted alguna idea sobre quién pueda ser?

La señorita Waterhouse contempló atentamente la fina cartulina.

—No. No… Estoy segura de no haberle visto nunca antes de ahora. ¡Oh, Dios mío! Parece un señor respetable.

—En cuanto a su apariencia no se le puede oponer reparos, efectivamente —comentó el inspector—. Uno diría que aquélla corresponde a la de un abogado u hombre de negocios de cierta posición.

—Así es. Esa fotografía no impone… Diríase que está durmiendo.

Hardcastle no le explicó que aquélla había sido elegida por tal circunstancia de entre las varias que habían sido tomadas del cadáver.

—La muerte puede significar la paz —declaró—. No creo que este hombre sospechara su acercamiento minutos antes de ser asesinado.

—¿Qué ha dicho la señorita Pebmarsh de todo esto? —inquirió Edith Waterhouse.

—Su desconcierto no puede ser mayor.

—Es extraordinario —juzgó la señorita Waterhouse.

—¿No podría usted ayudarnos de alguna manera, señorita? Veamos… Piense en el día de ayer. Usted se encontraba, por ejemplo, asomada a la ventana… O quizá se hallase en el jardín, entre las dos y media y las tres de la tarde.

La señorita Waterhouse reflexionó un momento.

—Sí, yo estaba en el jardín… Déjeme pensar. Debió ser antes de la una. Entré en la casa, aproximadamente a la una menos diez, me lavé las manos y me senté para comer.

—¿Vio usted a la señorita Pebmarsh entrar en su casa, o salir de ella?

—Me parece que entró… Oí el chirrido de la puerta de hierro… Sí. Eso sucedió dadas ya las doce y media.

—¿No habló con ella?

—¡Oh, no! Fue ese chirrido lo que me hizo levantar la cabeza. Es su hora acostumbrada de volver a la casa. Creo que es por entonces cuando termina sus clases. Probablemente se ha enterado usted ya de que se dedica a la enseñanza en un centro que recoge a niños invidentes.

—De acuerdo con lo declarado por ella, la señorita Pebmarsh

volvió a salir a la una y media, aproximadamente. ¿Está usted conforme con sus manifestaciones?

—Pues… No podría decirle la hora exacta, pero… Sí. Recuerdo haberla visto cruzar la entrada de fuera y luego la calle.

—Un momento, señorita Waterhouse. ¿Cruzó la calle de verás la señorita Pebmarsh?

—Ciertamente. Yo me encontraba en mi cuarto de estar. La ventana del mismo da a la calle en tanto que la del comedor, en el que ahora nos hallamos, se asoma, como puede usted observar, al jardín posterior. Pero es que yo tomé el café en la primera de estas piezas, sentándome en un sillón, junto a la ventana. Me entretenía leyendo el The Times y creo que fue al volver una de las hojas del diario cuando advertí la figura de la señorita Pebmarsh en el instante de cruzar la calle. ¿Hay algo extraordinario en eso, inspector?

—No, verdaderamente no hay nada de extraordinario en ello —replicó Hardcastle sonriendo—. Es que yo tengo entendido que la señorita Pebmarsh pretendía entonces tan sólo adquirir unas menudencias que necesitaba de momento y acercarse a la estafeta de Correos, todo lo cual podía hacerlo avanzando a lo largo de la vía simplemente.

—Eso depende de las tiendas que se quieran visitar —declaró la señorita Waterhouse—. Por supuesto, la mayor parte de los establecimientos quedan más cerca así y en Albany Road se encuentra una oficina de Correos…

—Tal vez la señorita Pebmarsh tuviera la costumbre de salir todos los días, a la hora señalada…

—Pues la verdad es que no sé si salía o no y mucho menos cuál era la dirección preferida por esa mujer. No soy de esas personas que se dedican a espiar a sus vecinos, inspector. Soy una mujer muy ocupada y bastante tengo yo con mis cosas. Ya sé que hay gente que pasa el día asomada a las ventanas, observando al que transita por la calle, fijándose además en cuáles son los vecinos que reciben visitas o viven desconectados del mundo. Ese es un hábito propio de inválidos más bien o de personas desocupadas, a quienes no se les ocurre otra cosa que especular con los asuntos de sus vecinos, que no poseen otro afán que el del chismorreo…

La señorita Waterhouse hablaba con tal acritud que el inspector pensó que lo hacía impulsada por alguna razón especial.

—Es cierto, es cierto… —se apresuró a responder.

Seguidamente añadió:

—Apoyándonos en sus manifestaciones, de acuerdo con la dirección tomada por la señorita Pebmarsh, podemos pensar que ésta fue a telefonear… ¿No hay por allí una cabina de teléfono público?

—Sí. Enfrente de la casa que tiene el número 15.

—He aquí la más importante de las preguntas que deseaba hacerle, señorita Waterhouse: ¿presenció usted la llegada del hombre, del hombre misterioso, como creo que han comenzado a llamar los periódicos a la víctima?

La señorita Edith Waterhouse hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—No, no le vi. No vi tampoco a ningún otro visitante.

—¿Qué hizo usted entre la una y media y las tres de la tarde?

—Pasé media hora aproximadamente, llenando el crucigrama de *The Times*, que no sé si logré completar. Luego me fui a la cocina, a fregar los platos de la comida. Veamos… ¿Qué más? ¡Ah! Escribí un par de cartas, extendí varios cheques para pagar unas facturas, subí a las habitaciones superiores para apartar unas prendas que proyectaba enviar a la tintorería… Creo que fue estando en mi dormitorio cuando advertí cierta conmoción en la casa vecina. Oí que alguien gritaba, por lo cual, naturalmente, me acerqué a la ventana. En la puerta exterior había un joven y una chica. El parecía estar abrazándola…

El sargento Lamb, en un gesto completamente involuntario, frunció el ceño. Pero la señorita Waterhouse no llegó ni a reparar en aquél, por la sencilla razón de que no le estaba mirando. Evidentemente, no se le ocurrió ni por un momento relacionar a Colin con el joven a que acababa de aludir.

—Vi a aquel desconocido de espalda. Parecía estar discutiendo con la chica. Finalmente, la dejó sentada junto a la verja. Una decisión extraña… A continuación se apresuró a entrar en la casa.

—¿No vio usted a la señorita Pebmarsh regresar a la misma poco tiempo antes?

La señorita Waterhouse movió la cabeza.

—No. No me asomé a la ventana hasta el instante de oír aquel griterío. Con todo, no presté mucha atención. Las parejas jóvenes suelen hacer cosas raras. Cuando no cantan o chillan se empujan mutuamente bromeando, ríen, corren o dan voces… No pensé en que pudiera tratarse de nada serio. Unicamente cuando se presentaron aquí los coches de la policía comprendí que había sucedido algo que se apartaba de lo normal.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Como es lógico, abandoné la casa, plantándome en la escalinata, llegando después al jardín posterior. Me pregunté qué habría ocurrido. Pero desde aquel sitio poco era lo que podía ver… Al volver sobre mis pasos observé que se había congregado frente a las casas una pequeña multitud. Alguien me notificó que habían asesinado a una persona en la vivienda vecina. Se me antojó sorprendente, ¡muy sorprendente! —exclamó Edith Waterhouse, haciendo elocuentes gestos de desaprobación.

—¿No reparó usted en ninguna otra cosa que pueda ahora confiarnos?

—No, temo que no…

—¿Ha recibido usted últimamente algún escrito proponiéndole asegurarse? ¿Existe alguna persona que le haya anunciado su visita?

—No, nada de eso… Tanto James como yo poseemos pólizas suscritas con la «Mutual Help Assurance Society». Desde luego, una siempre está recibiendo cartas que en realidad son circulares o anuncios de un tipo u otro. Sin embargo, últimamente no ha llegado a nuestro poder nada de eso.

—¿No ha recibido nunca ninguna carta firmada por un tal Curry?

—¿Curry? No.

—Y este apellido, ¿no le dice a usted nada en ningún aspecto?

—No. ¿Debiera decirme algo, quizás?

Hardcastle sonrió.

—No, me parece que no, en realidad. Ese era el apellido de la víctima.

—¿El suyo, el auténtico?

—Tenemos razones para dudar de eso.

—¿Se trataría, tal vez, de algún estafador? —quiso saber la señorita Waterhouse.

—No podemos afirmar tal cosa hasta disponer de las pruebas necesarias.

—Claro, claro. Tienen que andarse con cuidado. Sé muy bien lo que es eso… No se puede ser como mucha gente de por aquí, capaz de decir lo primero que se les pasa por la cabeza. Hay personas, por lo visto, que dedican todo su tiempo libre a la difamación…

—A la calumnia —apuntó el sargento Lamb, quien hablaba por vez primera desde el comienzo de la entrevista.

La señorita Waterhouse dirigió a Colin una mirada de extrañeza, como si hasta aquel momento hubiera considerado al falso sargento una simple prolongación del inspector Hardcastle, carente de personalidad propia.

—Lamento mucho no haberle podido servir de más en sus indagaciones, inspector.

—Yo también lo siento. Una persona de su talento y buen juicio, dotada además de excelentes facultades como observadora, habría sido para mí un testigo de gran valor.

—¡Ojalá hubiese visto algo! —exclamó Edith.

Esta se expresó con la vehemencia de una joven.

—¿Su hermano James no se encuentra aquí?

—James no sabe ni media palabra de todo esto —declaró Edith, un tanto desdeñosa—. En general no se entera nunca de nada. Además, a la hora en que sucedían los hechos que he mencionado se hallaba en Higt Street, trabajando en las oficinas de «Gainsford & Swettensham». ¡Oh, no! James no le podrá prestar la menor ayuda. Ya le he dicho que él no come nunca aquí.

—¿Adónde va habitualmente?

—Suelen prepararle unos bocadillos y una taza de café en «Three Feathers», un establecimiento muy serio. Se halla especializado en comidas rápidas para los que hacen un breve paréntesis al mediodía en su trabajo.

—Gracias, señorita Waterhouse. No podemos entretenerla más tiempo.

Hardcastle se puso en pie, encaminándose al vestíbulo. Lamb cogió el palo de *golf* que aquélla depositara junto a la puerta.

—Muy bueno —comentó elogiosamente Lamb—. Una cabeza que pesa lo suyo. —Colin tanteó el palo—. Ya veo, señorita Waterhouse, que está usted preparada para cualquier eventualidad.

Edith se quedó algo perpleja.

—La verdad es que no acierto a comprender cómo ese palo de *golf* ha podido llegar hasta aquí.

La mujer tomó el *stick* de manos de Colin Lamb, depositándolo en el cesto, junto con los otros.

—Una sabia precaución —opinó Hardcastle.

La señorita Waterhouse les abrió la puerta. Poco después los dos amigos avanzaban por la calle.

—Poco es lo que has podido sacarle a esa mujer pese a no haber desaprovechado ninguna ocasión para adularla —dijo Colin Lamb, con un suspiro—. ¿Utilizas siempre el mismo método?

—El método da con frecuencia resultado aplicado a las personas de su tipo. Las gentes ásperas siempre responden favorablemente al cumplido, al halago.

—Ronroneaba como una gatita a la que se hubiese ofrecido un plato de crema —manifestó Colin—. Desgraciadamente, no reveló nada de interés.

—¿No? —requirió Hardcastle.

Colin dirigió a su amigo una rápida mirada.

—¿En qué piensas?

—En un detalle leve, posiblemente sin importancia. La señorita Pebmarsh se marchó de compras y a la oficina de Correos. Pero luego torció a la *izquierda* en lugar de a la *derecha*, y la llamada telefónica, de acuerdo con lo declarado por la señorita Martindale, tuvo lugar a las dos menos diez minutos.

Colin Lamb escrutó el rostro del inspector.

—¿Crees aún que ella pueda ser la autora del crimen pese a su falta de visión? La señorita Pebmarsh rebosaba en todo momento naturalidad.

Hardcastle contestó, adoptando un tono de reserva:

—En efecto, rebosaba naturalidad.

—Pero, de ser así, ¿por qué lo hizo?

—¡Oh! Todo es un puro porqué —repuso el inspector, impaciente—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Dónde radica el porqué de este

galimatías? De haber sido la señorita Pebmarsh quien llamara por teléfono, ¿por qué deseaba que la chica se presentara en su casa? De ser otra la persona autora de esa llamada, ¿por qué quería complicar a la señorita Pebmarsh en el asunto? No sabemos nada de nada, todavía. Si la Martindale hubiese conocido a la señorita Pebmarsh habría sido capaz de reconocer su voz por teléfono o no… Cuando menos hubiera podido decirnos que era muy semejante. Bueno, poco es lo que hemos obtenido en el número 18. Veamos si en el 20 nos tratan mejor.

Capítulo VIII

Además de su número, la casa que ostentaba el 20 de Wilbraham Crescent tenía un nombre: «Diana Lodge». Las puertas exteriores presentaban serios obstáculos para los rateros merced al pródigo empleo de las telas metálicas. Unos laureles moteados, de melancólico aire, imperfectamente forjados, suponían también en las verjas otros tantos inconvenientes para los intrusos capaces de forzar una puerta.

—Ninguna otra casa pudiera haber sido bautizada con más propiedad que ésta con el nombre de «Los Laureles» —observó Colin Lamb—. ¿A qué viene esa denominación de «Diana Lodge»?[3]

Miró a su alrededor atentamente. En «Diana Lodge» no imperaba el orden. Destacaba la masa de vegetación enmarañada que crecía allí, detalle más saliente del lugar unido a un fuerte olor a amoníaco. La casa no parecía hallarse en muy buenas condiciones y a simple vista se veían en ella cosas que andaban necesitadas de una reparación. La única señal existente de que alguien habitaba la vivienda era la puerta pintada recientemente y cuya brillante superficie azul hacía que fuese más visible el abandono del jardín y de la construcción que lo presidía. No había timbre y el sitio del botón correspondiente lo ocupaba una manecilla de la que, evidentemente, había que tirar. El inspector procedió así, y entonces oyó a lo lejos, dentro del edificio, un remoto tintineo.

Esperaron unos segundos. A continuación percibieron unos sonidos bastante curiosos. Tratábase de un canturreo… Sin duda alguien que cantaba y hablaba a medias.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir Hardcastle.

La persona que canturreaba parecía estar acercándose a la puerta. Ya era posible entender algunas de sus palabras.

—No cariño, por aquí… *Cleo, Cleopatra… Mimiiii…*

Por último quedó abierta la puerta principal. Frente a Colin Lamb y Hardcastle apareció una señora envuelta en una bata de matiz verde algo desvaído, una prenda que según todos los indicios hacía tiempo que se hallaba en uso. Los cabellos de aquella mujer, en grisáceos mechones, habían sido rizados para componer un peinado muy de moda treinta años atrás. Una gargantilla de piel color naranja ceñía el cuello de la dueña de la casa. El inspector preguntó, dudoso:

—¿La señora Hemming?

—Yo soy la señora Hemming. Cuidado, *Sumbeam*, con cuidado, cariño…

Fue entonces cuando Hardcastle se dio cuenta de que lo que había tomado por una gargantilla era en realidad un gato. No era allí dentro el único. En el vestíbulo divisó el inspector tres. Dos de ellos maullaban desesperadamente. No apartaban la vista de los recién llegados, frotando sus lomos contra el borde de las faldas de su ama. Un fuerte olor a gato ofendía el olfato de Hardcastle y su amigo.

—Soy el detective Inspector Hardcastle.

—Me imagino que viene usted a verme por sugerencia de aquel odioso tipo de la Sociedad Protectora de Animales que me visitó hace poco tiempo —manifestó la señora Hemming—. ¡Qué hombre tan antipático! Formulé una denuncia contra él… ¡Decir que mis gatos vivían en condiciones nada favorables para su salud y bienestar! ¡Un sujeto cargante, de veras! Yo vivo exclusivamente para mis gatos, inspector. Son mi único gozo, mi sola distracción y me desvelo para que tengan cuanto necesitan. *Miiii… Miiii…* No, ahí no, cariño. Quieto, quieto, *Cha-Cha-Mimi*.

Cha-cha-Mimi no prestó la menor atención al gesto prohibitivo de su dueña y saltó, plantándose encima de la mesita del vestíbulo. Una vez en ella se quedó sentado, pasándose afanosamente las manos por los hocicos, con los ojos fijos en aquellos desconocidos que tenía delante.

—Entren —dijo la señora Hemming—. No, en esa habitación no. Se me había olvidado…

Abrió una puerta que quedaba a la izquierda. La atmósfera

resultaba irrespirable, casi.

—Vamos, pequeños, vamos.

En el cuarto descubrió Hardcastle varios cepillos y peines sobre las sillas. Había en éstas cojines de desvaídos tonos, sucios. Dentro divisó seis gatos más, como mínimo.

—Vivo para ellos —explicó la señora Hemming—. Entienden todo lo que les digo.

El inspector Hardcastle hizo de tripas corazón, internándose valientemente en el cuarto. Era un hombre verdaderamente alérgico a los gatos. Como siempre suele ocurrir en tales ocasiones, los animalitos mostraron inmediatamente sus preferencias por él. Uno saltó sobre sus rodillas; otro se restregó voluptuosamente contra sus pantalones. El detective inspector Hardcastle, que era un hombre de gran valor, apretó los labios, soportando el tormento.

—Tenía el propósito, señora Hemming, de hacerle unas preguntas acerca de…

—Lo que usted guste —dijo ella, interrumpiéndole—. Nada tengo que ocultar. Puedo enseñarle la comida que reservo a mis animales, el sitio en que duermen. Cinco de ellos comparten conmigo mi habitación; los otros siete se acomodan aquí. No comen más que pescado de buenísima calidad, que yo les preparo personalmente.

—Lo que me ha traído aquí no tiene nada que ver con sus gatos —declaró Hardcastle levantando la voz—. Deseaba hablar con usted sobre el desgraciado suceso que ha tenido por marco la casa vecina. Probablemente conocerá el hecho…

—¿En la casa de al lado? ¿Se está usted refiriendo al perro del señor Josiah?

—No, no. He aludido al número 19, en cuyo interior ayer fue hallado el cadáver de un hombre asesinado.

—¿De veras? —inquirió la señora Hemming, demostrando una cortés atención…, pero nada más.

Manteníase pendiente de sus gatos, constantemente atareados con sus idas y venidas.

—¿Me permite que le pregunte si se encontraba usted ayer en su casa por la tarde? Me refiero al espacio de tiempo comprendido entre la 1:30 y las 3:30.

—¡Oh, sí, pues claro! Habitualmente hago mis compras a primera hora de la mañana. En seguida regreso para hacer la comida de estos pequeños y proceder a su peinado y aseo.

—¿Y no notó usted nada extraño en la casa vecina? ¿No observó la presencia de unos coches de la policía, entre ellos una ambulancia?

—Pues… Creo que no llegué a asomarme por las ventanas de la fachada principal. Penetré en el jardín porque echaba de menos a *Arabella*. Es una gata muy joven, ¿sabe usted? Habíase subido a uno de los árboles y temí que no pudiera bajar de él. Luego probé de tentarla con un plato de pescado, pero la pobrecilla estaba asustada. Al final tuve que renunciar a mi propósito y me metí en la casa. Y, usted no me creerá, pero le aseguro que le estoy diciendo la verdad: en el instante de cruzar el umbral se lanzaba la gatita detrás de mí.

La señora Hemming miró alternativamente a sus visitantes buscando su asentimiento.

—Yo sí la creo —declaró Colin Lamb, incapaz de guardar silencio por más tiempo.

—¿Cómo dice? —le preguntó la señora Hemming, ligeramente sobresaltada.

—Me gustan muchísimo los gatos —manifestó Lamb—, y he hecho un estudio de su carácter y manera de conducirse. Lo que usted cuenta se aviene perfectamente con lo observado por mí en ellos y las reglas que suelen determinar en condiciones normales su comportamiento. Vea usted lo que ocurre en estos momentos dentro de este cuarto… Los animalitos se congregan en torno a mi amigo, a quien, hablando con franqueza, no le agradan los gatos, y en cambio a mí no me prestan la menor atención pese a mi favorable actitud para con ellos.

Tal vez la señora Hemming estuviera pensando en aquellos instantes que Colin no se expresaba de acuerdo con su personalidad de sargento de la policía… Esto era posible, pero su rostro no delató nada. Limitóse a murmurar vagamente:

—Estos pequeños saben muy bien lo que se hacen.

Un hermoso gato persa de pelo gris colocó sus menudas garras sobre la rodilla de Hardcastle, mirando a éste extasiado. Luego clavó aquéllas en la tela del pantalón, tomando ésta sin duda por la

de un cojín o acerico. Incapaz de continuar resistiendo tantos ataques seguidos, el inspector se puso en pie.

—¿Podría ver, señora, el jardín posterior de la casa? —preguntó. Colin esbozó una sonrisa.

—¡No faltaba más!

La señora Hemming había abandonado su asiento también.

El gato de pelo color naranja dejó el cuello de su ama.

Esta le sustituyó, con gesto distraído, por el ejemplar persa. Después echó a andar delante de los dos hombres.

—Nos conoces ya, ¿eh? —dijo Colin dirigiéndose al gato color naranja—. Y tú, sí, tú eres una monería —añadió mirando a otro persa, instalado en una mesa, junto a una lámpara china, el cual no cesaba de hacer oscilar el rabo.

Colin le pasó la mano por el lomo, le rascó detrás de las orejas, y el animal empezó a ronronear.

—Cierre la puerta al salir, por favor, señor… —solicitó la señora Hemming desde el vestíbulo—. Sopla un viento bastante frío hoy y no quiero que mis pequeños se resfríen. Además, por ahí fuera andan esos terribles chiquillos… No se puede dejar a estos animales vagando a sus anchas por el jardín. Se exponen a que les ocurra algo.

La mujer fue al fondo del pasillo y abrió una puerta.

—¿A qué chiquillos se refiere usted? —inquirió el detective inspector Hardcastle.

—A los dos hijos de la señora Ramsay. Viven en la parte sur de la manzana. Nuestros jardines, más o menos aproximadamente, caen enfrente uno del otro. Unos gamberros… Eso es lo que son esas criaturas. Tienen un tirachinas… o lo tenían. Insistí en que debían ser desposeídos de él. Ahora continúan inspirándome la misma desconfianza de siempre. Se esconden por aquí, preparan emboscadas para cazar a mis desventurados animalitos… En la época de verano no paran de arrojar manzanas.

—No hay derecho —comentó Colin.

El jardín posterior se parecía al de la parte delantera de la vivienda. También aquí todo quedaba presidido por el desorden. El césped crecía en el más absoluto abandono; algunos árboles andaban necesitados de una poda a fondo; los arbustos se veían,

asimismo, excesivamente frondosos… Los visitantes encontraron allí más y más laureles. En fin, aquel espacio era una prolongación del que ya examinaran. Había además unos lúgubres cipreses, de los destinados al ornato, que faltos de recorte y cuidados habían desbordado el seto que, indudablemente, fueran destinados en un principio a formar.

Colin Lamb pensó que tanto él como su amigo estaban perdiendo el tiempo allí.

Las ramas de los árboles y arbustos formaban una tupida masa. Desde allí era absolutamente imposible ver el jardín de la señorita Pebmarsh. «Diana Lodge» podía ser considerada una vivienda aparte de las demás. Desde el punto de vista de su única habitante lo mismo hubiera dado que la construcción careciese de casas vecinas.

—¿El número 19, dijo usted? —preguntó la señora Hemming, deteniéndose vacilante en medio del jardín posterior—. Yo creí que en esa casa no vivía más que una persona, una mujer ciega…

—El hombre asesinado no habitaba en aquélla.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó la señora Hemming todavía vagamente—. Vino aquí para ser asesinado. ¡Qué cosa más rara!

—Esa —manifestó Colin, absorto en sus pensamientos de pronto —, constituye una descripción endiabladamente precisa del crimen.

Capítulo IX

Deslizáronse a lo largo de Wilbraham Crescent, girando hacia la derecha luego, ascendiendo por Albany Road. Con un nuevo giro en el mismo sentido se colocaron en el lado opuesto de la manzana.

—Verdaderamente sencillo —comentó Hardcastle.

—Sí, cuando se sabe —dijo Colin.

—El número 61 queda en la parte posterior de la casa de la señora Hemming… Pero una esquina toca el 19, lo cual no está mal del todo. Disfrutarás de la oportunidad de echar un vistazo a tu señor Bland. A propósito, nada de ayuda procedente del extranjero.

—Así pues, ahí existe implícita una hermosa teoría.

El coche se detuvo y los dos hombres apeáronse seguidamente.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Colin—. A esto sí que puede dársele el nombre de jardín.

Este en verdad era un modelo de perfección suburbana en pequeña escala. Había macizos de geranios y setos de lobelias. Encontrábanse allí también grandes begonias de carnoso aspecto y toda una exposición de ornamentos de jardinería: ranas, renacuajos, cómicos gnomos y hadas…

—Este hombre, el señor Bland, tiene que ser forzosamente una persona muy atractiva —manifestó Colin con un encogimiento de hombros—. No hubiera podido llevar a la práctica todas esas ideas en caso contrario. —Lamb añadió, en el instante en que Hardcastle oprimía el botón del timbre—: Pero, ¿de veras que esperas encontrarle en su casa a esta hora de la mañana?

—Le llamé por teléfono —explicó Hardcastle—, para preguntarle si no le resultaría inoportuna mi visita.

En aquel momento se aproximó a ellos un coche, una pequeña furgoneta, la cual penetró lentamente en el garaje, evidentemente

una posterior adición a la casa. Del vehículo se apeó el señor Josaiah Bland, quien cerró aquél dando un fuerte portazo, dirigiéndose luego hacia sus visitantes. Era un hombre de mediana altura, calva cabeza y unos ojos menudos, más bien azules. Sus ademanes detallaban al individuo cordial, abierto.

—¿Inspector Hardcastle? Entren, caballeros.

Les condujo al cuarto de estar, cuyo aspecto denotaba la prosperidad del dueño de la casa. Las lámparas de complicado dibujo, eran de cierto valor, así como el pupitre estilo Imperio que había en la salita, el fulgurante juego de adornos de la repisa de la chimenea y la jardiniére, llena de flores, que ocupaba parte de la ventana.

—Siéntense —dijo el señor Bland, afablemente—. ¿Fuman? ¿O quizá no acostumbran a hacerlo cuando trabajan?

—No, no, gracias —repuso Hardcastle.

—Me imagino que no beben tampoco. Bien. Quizá sea mejor para los tres, si me permiten expresarme así. Veamos… ¿Qué pasa? Supongo que se trata de ese asunto del número 19. Las esquinas de nuestros jardines se tocan, pero la verdad es que no se puede ver mucho del vecino, a menos que uno se asome a las ventanas de la planta superior. Considero en conjunto que el suceso ofrece unas características que invitan a catalogarlo entre los hechos auténticamente extraordinarios. Estoy enterado de todo gracias a la información que ha publicado la Prensa de la mañana. Me encantó tener noticias de usted. Vi que se presentaba la ocasión de poseer una versión directa de lo acaecido. No tiene usted ni idea de los rumores que por ahí circulan… Mi esposa está con los nervios desatados. No hace más que pensar en que anda por ahí suelto un asesino. Francamente: no me parece atinada la costumbre ahora imperante en los establecimientos que acogen a los perturbados mentales de devolver éstos con el menor pretexto a sus casas bajo promesa formal de portarse bien o confiando en la vigilancia de los familiares… Luego, más o menos tarde, la hacen, teniendo que ser recogidos de nuevo. ¿Qué decía yo de los rumores? ¡Ah, sí! Bueno, se quedaría usted sorprendidísimo si tuviera ocasión de oír lo que cuentan el hombre que nos trae la leche, la mujer que ayuda diariamente a mi esposa en sus faenas, el vendedor de periódicos…

Unos afirman que el hombre fue estrangulado con un alambre, otros que aquél murió apuñalado. Hay quien asegura que falleció a consecuencia de los golpes que le fueron propinados con un arma contundente. ¿Quién fue el autor de ese crimen? Otro hombre, me imagino… ¿No opina usted igual? Los periódicos hablan de que la víctima sigue sin identificar…

Finalmente, el señor Bland calló.

Hardcastle sonrió, diciendo en tono de desaprobación:

—Por lo que a la identificación de la víctima respecta, debo comunicarle que en uno de los bolsillos fue hallada una tarjeta, con sus señas.

—Entonces eso es falso… Bien. Ya sabe usted cómo es la gente.

¿Quién ideará tales cosas?

—Ya que nos estamos ocupando de la víctima —indicó Hardcastle—, ¿tendría inconveniente en echar un vistazo a esto?

Una vez más, el inspector sacó la fotografía.

—¡Ah! Es éste el hombre, ¿eh? Un tipo como tantos otros, ¿verdad? Un individuo de aspecto ordinario, como usted o como yo. Supongo que no debo preguntar si existía alguna razón que determinara la eliminación de este desgraciado.

—Es prematuro hablar de eso, señor Bland —manifestó Hardcastle—. Lo que yo deseo saber de momento es si usted ha visto alguna vez a nuestro hombre.

Bland denegó con un movimiento de cabeza.

—Seguro que no. Soy un buen fisonomista.

—¿No ha venido a verle aquí nunca, con el fin, por ejemplo, de ofrecerle una póliza, un aspirador de polvo, una máquina de lavar u otro artefacto por el estilo?

—No. No. Con toda certeza que no.

—Quizá debiera formularle esta pregunta a su esposa. De haber venido a esta casa, después de todo lo más probable es que fuese ella quien le viera.

—Tiene usted mucha razón, inspector, pero no sé… Valerie anda mal de salud, ¿sabe? No quisiera trastornarla más. Estoy pensando en la fotografía del desconocido…

—Ya me hago cargo. Ahora bien, yo no juzgo esta foto impresionante de ningún modo.

—No, no. Está muy bien hecha. El parece como dormido…

—¿Hablas de mi, Josaiah?

Acababa de abrirse la puerta de la habitación vecina y en el umbral de la misma se plantó una mujer de mediana edad. Hardcastle decidió que la recién llegada debía haber estado escuchando toda la conversación.

—¡Ah, querida! Estás ahí… —respondió Bland—. Creí que estabas descabezando el último sueño de la mañana. Le presento a mi esposa, detective inspector Hardcastle.

—Ese terrible crimen… —murmuró la señora Bland—. Me estremezco nada más pensar en él.

La mujer se sentó en un sofá, suspirando.

—Levanta un poco los pies, querida —sugirió Bland.

Su esposa obedeció. Era una mujer de rojizos cabellos, con una voz que sonaba débil, quejumbrosa. Daba la impresión de hallarse anémica. Tenía el aire característico de una persona inválida que acepta su inutilidad con alegría, en parte. Por unos momentos el inspector Hardcastle pensó en que su faz le recordaba la de otra mujer. Intentó localizar mentalmente esta última, sin conseguirlo. La tenue y gimiente voz continuaba llegando a sus oídos.

—No gozando de muy buena salud, inspector Hardcastle, mi esposo procura evitarme, naturalmente, las impresiones fuertes, las preocupaciones normales, incluso. Soy muy sensible a todo esto. Creo recordar que estaban hablando de una fotografía… del hombre asesinado. ¡Oh! ¡Qué frase tan horrible! No sé si podré soportarlo en el caso de que tenga, ineludiblemente, que ver aquélla.

«Se muere de ganas de verla, en realidad», pensó Hardcastle. Ligeramente malicioso, repuso:

—Entonces lo mejor será que no le pida tal cosa, señora Bland. Había pensado, simplemente, en que usted hubiera podido prestarnos un valioso servicio en caso de haberle sido posible asegurar que el hombre en cuestión visitó algún día esta casa.

—Debo cumplir con mi deber de ciudadana, ¿no? —argumento la señora Bland, sonriendo valientemente al tiempo que tendía su mano al inspector.

—¿Crees que el ver eso no te causará una impresión perjudicial, Val?

—No digas tonterías, Josaiah. Por supuesto, debo ver la foto.

La mujer contempló aquélla con mucho interés y un tanto desilusionada. Al menos eso fue lo que se figuró Hardcastle.

—No parece… no parece que esté muerto —comentó la señora Bland—. No hay ningún detalle en él que haga pensar en un asesinato. ¿No será que…? ¿No moriría estrangulado?

—Fue apuñalado —manifestó el inspector. La señora Bland cerró los ojos, estremecida.

—Es terrible —dijo.

—¿No cree haberle visto nunca, señora?

—No —respondió aquélla con evidente desgana—, temo que no. ¿Era uno de esos hombres que… que visitan las casas particulares para vender cosas a su dueño?

—Al parecer trabajaba como agente de seguros —manifestó el inspector, meditando bien sus palabras.

—Ya, ya… No, por aquí no ha pasado ninguna persona así… Estoy segura de ello ¿Recuerdas tú acaso, Josaiah, haberme oído decir algo en tal sentido?

—No.

—¿Era pariente de la señorita Pebmarsh la víctima? —quiso saber la señora Bland.

—No —repuso Hardcastle—. La señorita Pebmarsh no conocía a ese hombre.

—Es curioso.

—¿Conoce usted a la señorita Pebmarsh?

—Pues sí, esto es, como vecina. En ocasiones suele pedir consejos a mi marido en relación con el cuidado del jardín.

—Tengo entendido que es usted un hombre entendido en este aspecto, ¿no?

—No mucho, no mucho… No dispongo de tiempo suficiente para ocuparme de esas cosas. Naturalmente sé algo. Pero me he hecho de un buen colaborador… Viene aquí dos veces por semana. Se ocupa de que el jardín esté bien abastecido de plantas y de que impere la limpieza por todas partes. Supongo que no es posible oponer ningún reparo a aquél, pero a mí no puede conceptuárseme un jardinero auténtico, como lo es mi vecino.

—¿Se refiere usted a Ramsay? ¿A quien de ellos? —inquirió

Hardcastle muy sorprendido.

—No, no. Aléjese usted un poco más. Deténgase en el número 63. Aquí vive el señor McNaughton. Este hombre se halla en el mundo para cuidar de su jardín exclusivamente. En él se pasa todo el día, escarbando, abonando… Por cierto que en la cuestión de los abonos sigue unos criterios… Bueno, me imagino que no es ese el tema que a usted le interesa abordar.

—No, desde luego. Quiero preguntarle si usted o su esposa se encontraban en su jardín por la mañana o a primera hora de la tarde. Después de todo limita con el de la casa número 19 y existe la posibilidad de que ustedes tuvieran ocasión de observar algo de especial interés, o de oír cualquier palabra, frase o conversación…

—A mediodía, ¿no? ¿Cuándo se cometió el crimen?

—Entre la una y las tres de la tarde, he ahí el período de tiempo en que se concentra preferentemente nuestra atención.

Bland hizo un movimiento de cabeza.

—Yo me encontraba dentro de la casa, al igual que Valerie. Nos hallábamos sentados a la mesa y nuestro comedor da a la carretera. Nada podíamos ver que estuviera ocurriendo en el jardín.

—¿A qué hora comen ustedes?

—Alrededor de la una. A veces se nos hace la una y media.

—¿Y no salen a nada luego al jardín?

Bland volvió a mover la cabeza, denegando.

—En realidad mi esposa siempre se acuesta un rato después de comer y yo, si no ando ocupado, echo un sueño en ese sillón. Luego, he de irme. Esto ocurre a las tres menos cuarto… No, desgraciadamente no salí al jardín.

Hardcastle suspiró.

—Ya se harán ustedes cargo. Hemos de formular estas preguntas a todo el mundo.

—Lo comprendo, inspector. Mi deseo hubiera sido resultarles de más utilidad.

—¡Qué bonita casa tienen ustedes! No han escatimado el dinero para hacerla decorativa, si es que me permiten expresar mi admiración.

Bland rió cordialmente.

—¡Oh! Somos algo refinados. Mi esposa es una mujer de gusto.

Tuvimos un golpe de suerte hace un año. Valerie heredó a un tío suyo. Hacía veinticinco años que no le veía. ¡Fue una gran sorpresa! Se lo diré con franqueza: nuestra vida cambió. Procuramos acomodarnos bien y ahora proyectamos uno de esos cruceros de fin de año. Creo que son muy educativos. Ya sabe: Grecia y todo lo demás. Un puñado de profesores se encargan de dar varias series de conferencias. Es que yo, ¿sabe usted, inspector?, he sido un autodidacta y no he dispuesto jamás de tiempo para ocuparme de esas cosas. Me siento interesado por ellas. El que llevó a cabo las excavaciones de Troya creo que era comerciante de ultramarinos. Muy novelesco. Debo decirle que me gustan los viajes al extranjero… Naturalmente, no se me han presentado muchas ocasiones de disfrutar con tales desplazamientos. Sólo algún que otro fin de semana en el alegre París. Sí, eso es todo. He estado considerando la idea de liquidar cuanto aquí tenemos con el propósito de irnos a vivir a España, Portugal o América. Mucha gente ha hecho lo mismo. Se ahorra uno los impuestos. ¡Ah! Pero a mi esposa no le va ese proyecto.

—También a mí me agradan los viajes, pero no transijo con la idea de vivir fuera de Inglaterra —explicó la señora Bland—. Tenemos aquí todos nuestros amigos, a mi hermana incluso… Todo el mundo nos conoce, además. Fuera de nuestro país seríamos, lógicamente, unos desconocidos. Por añadidura, contamos aquí con los servicios de un excelente doctor, quien me atiende perfectamente. ¡Qué horror, ponerme en manos de un médico nuevo, un extraño! De veras: no me inspiraría la menor confianza.

El señor Bland manifestó alegremente:

—Ya veremos qué pasa. Haremos ese crucero de que he hablado antes. A lo mejor, Valerie, te enamoras de una de las islas del archipiélago griego.

Valerie Bland hizo un elocuente gesto, queriendo dar a entender que consideraba aquello muy improbable.

—Es posible que a bordo del buque en que viajemos haya un médico de nuestra misma nacionalidad… —dijo ella vacilante.

—Eso es lo más seguro —afirmó el señor Bland.

El hombre acompañó a Hardcastle y a Colin Lamb hasta la puerta, diciendo una vez más que lamentaba no haberles podido ser

de verdadera utilidad.

—Bien —inquirió el inspector—, ¿qué opinión te merece el señor Bland?

—Desde luego, no sería yo quien le confiaría la construcción de una casa para mí —declaró Colin—. Sin embargo, no es un maestro de obras fullero lo que yo busco… En cuanto al caso criminal debo decirte que has dado con uno auténticamente enrevesado. Supongamos que Bland administra a su esposa una dosis de arsénico y la sepulta en el Egeo a fin de heredar su dinero y contraer matrimonio con una rubia descarriada…

—Ya nos ocuparemos de eso cuando sucedan tales hechos —respondió el inspector Hardcastle—. Entretanto, prosigamos con nuestras investigaciones sobre el crimen que nos ha tocado en suerte descifrar.

Capítulo X

En la casa número 62 de Wilbraham Crescent, la señora Ramsay se estaba diciendo a sí misma, animosamente: «Ya no quedan más que dos días, ya no quedan más que dos días…».

Apartóse de la frente unos húmedos mechones de cabello. Desde la cocina llegó a sus oídos un estruendo imponente. La señora Ramsay no sentía el menor deseo de llegar hasta allí para averiguar qué había ocurrido. ¡Oh, si hubiese sido capaz de desentenderse de todo! Bien… *Dos días solamente*. Cruzó el vestíbulo, abriendo luego violentamente la puerta de la cocina, para preguntar en un tono menos arrebatado que tres semanas atrás:

—¿Qué habéis hecho ahora?

—Lo siento, mamá —replicó su hijo Bill—. Estábamos jugando a bolos con unas cuantas latas y varias de ellas fueron a parar contra el armario en que guardas la vajilla de loza.

—No era nuestra idea —se disculpó Ted, el otro hijo de la señora Ramsay, el más pequeño de los dos, mostrando deseos de agradar a su madre.

—Coged esas cosas y ponedlas en la alacena. Después barreréis los trozos de loza que hay en el suelo, echándolos seguidamente al cubo de la basura.

—¡Oh, mamá! Ahora no.

—Ahora sí.

—Ted puede hacerlo —sugirió Bill.

—¡Hombre! Me gusta —manifestó Ted—. Siempre cargándomelo todo a mí. Pues mira, no pienso hacer nada si tú no me ayudas.

—Apuesto lo que quieras a que de todas maneras lo harás.

—Apuesto lo que quieras a que no hago nada.

Los dos chicos se enredaron en una furiosa pelea. Ted se vio

empujado por su hermano contra la mesa de la cocina. Una huevera que había sobre aquélla empezó a tambalearse peligrosamente…

—¡Fuera de aquí! —gritó la señora Ramsay.

Esta, por fin, logró sacarlos de la cocina, cerrando inmediatamente la puerta. A continuación se puso a recoger los cacharros que habían tirado sus hijos por el suelo, comenzando a barrer los trozos de loza.

«Dos días —pensaba—. Dos días más y habrán vuelto al colegio. ¡Qué perspectiva más agradable para una madre!».

Recordó los comentarios que sobre el particular había hecho una columnista en el diario que habitualmente leía. *Sólo seis días felices a lo largo del año para una mujer*. Los primeros y los últimos días de las vacaciones. ¡Qué verdad era esto!, pensó la señora Ramsay mientras arrinconaba los restos de varios platos, los mejores de su vajilla. ¡Con qué placer, con qué alegría aguardaba el día de la partida de sus vástagos, llegados a la casa apenas cinco semanas antes! «Mañana», decíase una y otra vez. «Mañana Bill y Ted emprenderán el viaje de vuelta al colegio. Casi no puedo creerlo. ¡No puedo aguantar más tiempo!».

¡Y qué contenta se había sentido cinco semanas antes, al ir a recibirlos a la estación! ¡Con qué tempestuoso afecto la habían acogido! En las primeras horas de estancia en el hogar no se cansaban de corretear por la casa y el jardín. Para la hora del té ella les había hecho un hermoso pastel. Y ahora… ¿Qué era lo que ansiaba ahora? Simplemente: un día de paz. Dejaría de preparar las copiosas comidas cotidianas. Ya no habría de estar dedicada exclusivamente a la limpieza de la vivienda. Amaba a sus hijos… Eran unos chicos magníficos, sentíase orgullosa de ellos, pero… ¡resultaban agotadores! Acababan con sus fuerzas. Su desaforado apetito, su extraordinaria vitalidad, la complacían al mismo tiempo que la anonadaban. Y luego, ¡hacían tanto ruido!

En aquel instante oyó una serie de gritos. La señora Ramsay volvió la cabeza, alarmada. No pasaba nada. Los chicos acababan de salir al jardín. Mejor. Allí disponían de más espacio para sus juegos. Molestarían a los vecinos, probablemente. Confiaba en que optaran por dejar en paz a los gatos de la señora Hemming. Tenía que confesar que le interesaba poco la suerte que corrieran aquellos

animalitos. Era que en la tela metálica que rodeaba el jardín de su vecina sus hijos pasaban por el riesgo de dejarse en los alambres sus pantalones. La señora Ramsay echó un vistazo al botiquín, que siempre procuraba tener a mano, en un armario. Se empeñaba en dar determinada orientación a los accidentes naturales a que estaban expuestos sus vigorosos vástagos. Una ingenuidad. En efecto, su primera e inevitable observación, en caso de salir algún herido, era: «Pero, ¿no os he dicho cien veces que no os hagáis sangre en el saloncito? En todo caso venid corriendo aquí, a la cocina, donde cualquier mancha que aparezca en el linóleo puede ser lavada fácilmente».

La señora Ramsay oyó un aullido aterrorizador, cortado bruscamente y seguido de un silencio tan sobrecogedor que no pudo menos que sentirse alarmada, conteniendo de una manera involuntaria el aliento. Verdaderamente, aquel silencio no tenía nada de natural. Permaneció inmóvil unos segundos, sin saber qué hacer, con el recogedor en la mano. Abrióse la puerta de la cocina y apareció ante ella Bill. Su expresión de criatura asustada, casi extática, no cuadraba en su infantil rostro de chiquillo de once años…

—Mamá… *Ahí fuera hay un detective acompañado de otro hombre*.

—¡Oh! —exclamó la señora Ramsay aliviada—. ¿Qué quieren de mí?

—Preguntan por la dueña de la casa. Creo que desean hablar contigo acerca del crimen… Ya sabes, el que se cometió ayer en la vivienda de la señorita Pebmarsh.

—¿Y qué puedo decirles yo sobre eso? —inquirió la madre de Bill, ligeramente enojada.

Una cosa después de otra, se dijo la señora Ramsay. No había otra manera de avanzar por la vida. ¿Cómo iba a poder preparar su estofado si la policía se dedicaba a importunarla a una hora tan crítica del día?

—Bueno —murmuró resignada—. Supongo que no tendré más remedio que recibir a esos hombres.

Arrojó los trozos de loza al cubo de la basura que había debajo del fregadero y se lavó las manos abriendo el grifo del mismo. Luego se alisó los cabellos, disponiéndose por último a echar a

andar detrás de Bill, quien le estaba diciendo ya impacientemente:

—Vamos, vamos, mamá.

El chico escoltaba a su madre en el momento de entrar en el cuarto de estar de la casa. Dos hombres se encontraban de pie allí dentro. Por lo visto se había ocupado de atenderles entretanto Ted, quien no apartaba la mirada de los visitantes.

—¿La señora Ramsay?

—Buenos días, señores.

—Supongo que su chico le habrá dicho que soy el Detective Inspector Hardcastle… ¿Es así?

—Perdóneme, pero esta mañana ando muy atareada. ¿Me entretendrán mucho tiempo?

—Sólo unos minutos —manifestó Hardcastle, tranquilizándola —. ¿Podemos sentarnos?

—¡Oh, sí, sí! Háganlo, por favor.

La señora Ramsay ocupó una de las sillas, mirando a su interlocutor con un gesto de impaciencia. Esperaba que la entrevista fuese aún más breve de lo que le había indicado el inspector.

—No es necesario que vosotros dos os quedéis —señaló Hardcastle afablemente a los chicos.

—¡Ah! Nosotros no nos vamos —replicó Bill.

—Nosotros no nos vamos —repitió como si fuera su eco Ted.

—Queremos enterarnos de todo lo que ha pasado —explicó el primero.

—¡Pues claro! —corroboró su hermano.

—¿Se veía mucha sangre en la habitación? —inquirió el mayor.

—¿Fue todo obra de un ladrón? —quiso saber Ted.

—Callaos —ordenó la señora Ramsay—. ¿No oísteis al señor Hardcastle? ¿No os habéis enterado aún de que no os quiere aquí?

—No nos iremos —aseguró Bill—. Queremos oír todo lo que habléis.

Hardcastle se levantó y cruzando la habitación abrió la puerta. Luego miró gravemente a los dos chicos.

—Fuera —dijo.

No se trataba más que de una palabra, pronunciada sin la menor violencia, serenamente, pero con el acento que emana de la autoridad en tales casos. Sin hacer el menor comentario, Bill y Ted

salieron de la habitación lentamente, arrastrando los pies, con desgana, pero sin osar rebelarse.

«Es maravilloso —pensó la señora Ramsay—. ¿Por qué no podré yo conseguir lo mismo de ellos?».

Imposible, reflexionó. Ella era la madre de los chicos. Había oído afirmar que éstos, fuera del hogar, se conducen de muy distinta manera. Lo peor se lo suele llevar siempre la madre. Pero quizá fuese eso lo más conveniente. Los resultados de disfrutar en casa de unos hijos atentos, corteses, que nada más poner los pies en la calle se convertían en auténticos gamberros, originando desfavorables opiniones en relación con sus personas, tenían que ser catastróficos forzosamente. La señora Ramsay recordó qué era lo que de ella querían sus visitantes cuando el inspector Hardcastle volvió a ocupar su silla.

—Si desea hablar conmigo sobre lo acaecido en la casa número 19 ayer —dijo muy nerviosa—, he de advertirle que no sé nada, inspector. Ni siquiera conozco a las personas que habitan allí.

—En esa casa vive una señorita apellidada Pebmarsh. Es ciega y trabaja en el «Aaronberg Institute».

—Es que apenas conozco a nadie en la otra parte de Wilbraham Crescent… —insistió la señora Ramsay.

—¿Se encontraba usted aquí ayer, entre las doce y media, y las tres de la tarde?

—¡Oh, sí! Tenía que hacer la comida y todo lo demás. Salí a las tres, no obstante. Llevé a mis hijos al cine.

El inspector sacó la fotografía, poniéndola en manos de la señora Ramsay.

—Desearía que me dijese si ha visto alguna vez a este hombre.

Su interlocutora contempló la cartulina con incipiente interés.

—No. No creo haberle visto. Y en caso afirmativo no estoy segura de si llegaría a recordar su faz.

—¿No vino a esta casa en ninguna ocasión, presentándose a usted como agente de seguros o vendedor de artículos de uso doméstico?

La señora Ramsay sacudió la cabeza vigorosamente.

—No. A mi casa no ha venido jamás un hombre como ése.

—Tenemos razones para creer que su nombre era R. Curry.

Hardcastle dirigió otra interrogante mirada a la mujer. Esta negó de nuevo.

—Lo siento inspector —dijo en tono de excusa—. Durante las vacaciones es que no tengo tiempo de observar nada.

—Sí, me hago cargo. Aquéllas suelen ser siempre bastante ajetreadas, ¿eh? Sus chicos son magníficos. Se les ve llenos de vida, inquietos… Demasiado inquietos, quizá, ¿verdad?

La señora Ramsay sonrió.

—En efecto. Resultan algo cansados, pero en el fondo son buenos.

—Naturalmente que lo son —aprobó el inspector—. Yo les veo muy despabilados, inteligentes. Antes de marcharse hablaré con ellos si usted no tiene inconveniente. Los chicos se fijan a veces en cosas que pasan desapercibidas a los mayores, aquéllos con quienes conviven.

—No sé qué pueden haber visto. Al fin y al cabo no se trata de la casa de al lado —argumentó la señora Ramsay.

—En cambio sus jardines caen uno enfrente del otro.

—Sí, pero quedan bastante separados.

—¿Conoce usted a la señora Hemming, la ocupante de la casa número 20?

—En cierto modo, por causa de los gatos…

—¿Le gustan a usted los gatos?

—¡Oh, no! No es eso. Me refería a las quejas habituales por ese motivo.

—¡Ah, vamos!, concrete usted… ¿En qué consisten aquéllas?

La señora Ramsay se ruborizó.

—Cuando la gente se dedica a «almacenar» gatos de esa manera —y creo que la colección de la señora Hemming llega a los catorce ejemplares—, surgen en seguida inconvenientes. Los que así proceden acaban haciendo muchas tonterías. A mí me gustan los gatos. Incluso hemos tenido siempre alguno que otro. El último, de piel moteada, era un excelente cazador de ratones. Pero el proceder de esa mujer bien puede calificarse de extravagante. Esos desventurados animalitos se ven obligados a comer lo que ella les prepara, viviendo una existencia de reclusos humanos. Naturalmente, sus gatos llevan a cabo continuos intentos de

evasión. Yo haría lo mismo en su lugar. Y mis hijos son buenos realmente. Jamás se atreverían a torturar a un animal, de ningún modo. Yo sostengo que los gatos saben cuidarse por sí solos. No precisan de valedores. Esas menudas bestias son muy sensatas siempre que se las trate sensatamente.

—Lo que usted dice es razonable, señora. Desde luego, pocos ratos libres han de quedarle durante las vacaciones si quiere tener entretenidos y bien alimentados a sus dos hijos. ¿Cuándo vuelven al colegio?

—Pasado mañana —declaró la señora Ramsay.

—Ya tendrá ocasión de descansar entonces.

—Me propongo desquitarme, por supuesto.

El joven que acompañaba al inspector no había hecho hasta aquel momento otra cosa que tomar notas, sin mediar en la conversación. La señora Ramsay experimentó un ligero sobresalto al oírle hablar.

—Debiera usted procurarse los servicios de una de esas chicas extranjeras… Se hacen convenios amistosos au pair. Las muchachas trabajan aquí a cambio de aprender el inglés.

—Me imagino que tendré que intentar algo de eso —respondió la señora Ramsay, pensativa—. Pero se me antoja que me ha de costar trabajo entenderme, en muchos aspectos, con una persona extranjera. Mi esposo se ríe de mí, cuando digo esto. Es que, claro, él se halla en condiciones de tratar de este tema con plena autoridad. Yo no he viajado tanto como él fuera de Inglaterra.

—Se encuentra ausente ahora, ¿no? —inquirió Hardcastle.

—Sí… Tenía que ir a Suecia a principios del mes de agosto. Trabaja como técnico de construcciones. ¡Lástima que se marchara al comenzar las vacaciones! El entiende bien a los chiquillos. Es que en realidad le agrada jugar con los trenes eléctricos tanto como a aquéllos. En ocasiones las vías férreas y los apartaderos y todo lo demás queda instalado en el vestíbulo y la habitación vecina. Se expone una a darse un batacazo al pasar por entre el montón de juguetes —la mujer sonrió indulgentemente—. Los hombres son como los niños.

—¿Cuándo cree que volverá su marido, señora?

—Jamás lo sé —la señora Ramsay suspiró—. Es más bien

difícil… saberlo.

La voz le tembló. Colin fijó la mirada en ella con viveza.

—No queremos entretenerla más, señora Ramsay. Hardcastle se puso en pie.

—Tal vez sus hijos accedan a enseñarnos el jardín.

Bill y Ted se encontraban en el vestíbulo y recogieron su sugerencia inmediatamente.

—Desde luego, señor —repuso Bill en tono de excusa, como si quisiera hacerse perdonar su gesto de rebeldía anterior—. Pero ya verá que el jardín no es muy grande.

Había sido realizado un pequeño esfuerzo para mantener el jardín de la casa número 62 de Wilbraham Crescent en orden. A un lado se veía un macizo de dalias y margaritas. Luego había una reducida extensión cubierta de césped irregularmente segado. Los senderos andaban necesitados de alguna labor de azada. Por todas partes se encontraban modelos de aviones, armas espaciales y otras representaciones a pequeña escala de la ciencia moderna en la última etapa de su vida. Al fondo del jardín había un manzano saturado de rojos y redondos frutos. El árbol que se veía junto a él era un peral.

—Eso es todo —dijo Ted. Y luego, señalando la pequeña extensión comprendida entre el manzano y el peral, al fondo de la cual se divisaba perfectamente la casa de la señorita Pebmarsh añadió—. Ahí está el número 19, donde se cometió el crimen.

—Se ve muy bien la casa desde este punto, ¿verdad? —manifestó el inspector—. Y mejor aún, supongo, desde las ventanas de la planta superior, ¿verdad?

—Sí —confirmó Bill—. De haber estado ahí arriba ayer lo hubiéramos visto todo. Pero no nos encontrábamos en casa.

—Fuimos al cine —aclaró Ted.

—¿Se han encontrado huellas dactilares? —preguntó su hermano.

—Las que poseemos no nos pueden servir de mucho. ¿Estuvisteis casi todo el día de ayer divirtiéndoos en el jardín?

—Pues… sí, entrando y saliendo —manifestó Bill—. La mañana, en su mayor parte. Pero no oímos ni vimos nada de particular.

—De habernos hallado aquí por la tarde hubiéramos oído gritos

—declaró Ted, pensativamente—. Alguien estuvo chillando desaforadamente a esas horas.

—¿Conocéis a la señorita Pebmarsh, la mujer qué habita en esa casa?

Los chicos se miraron, asintiendo luego.

—Es ciega —dijo Ted—, pero camina por el jardín con mucha soltura. Jamás se vale de un bastón cuando quiere ir de un lado para otro. Una vez nos tiro una pelota que había caído entre sus matas. Fue muy amable…

—¿No la visteis en todo el día de ayer?

Los chicos respondieron que no.

—Por las mañanas no se la puede ver nunca —declaró Bill— porque está siempre fuera; habitualmente sale al jardín después de la hora del té.

Colin estaba examinando un trozo de manguera unido por un extremo a un grifo. Corría aquél a lo largo del sendero del jardín, pasando cerca del peral.

—Ahora me entero de que los perales aquí necesitan ser regados —observó Lamb.

—¡Oh! —exclamó involuntariamente Bill.

El muchacho parecía un poco inquieto.

—Por otra parte —continuó diciendo Colin—, si uno se sube a ese árbol es facilísimo obsequiar con una formidable ducha al primer gato que se atreva a pasar.

En el rostro de Colin Lamb apareció de pronto una amplia sonrisa.

Los dos hermanos comenzaron a rozar nerviosamente con la suela de sus zapatos la gravilla del jardín, mirando hacia todos los lados menos en dirección al joven que les acababa de hablar.

—A eso habéis estado dedicados, ¿eh? —inquirió Colin.

—¡Oh! No les causábamos ningún daño —dijo Bill—. La honda y el tirachinas… Eso sí que es malo —añadió el chico queriendo sentar, por lo visto, plaza de virtuoso.

—Me imagino que en otras ocasiones habréis utilizado el tirachinas.

—Nunca con la intención de hacer daño a esos animales —aseguró Ted.

—Bueno, el caso es que con esa manguera os habéis divertido bastantes veces, sin duda, y que vuestras travesuras han dado lugar a que la señora Hemming formulase ciertas quejas…

—Siempre se está quejando —notificó Bill.

—¿Habéis llegado a saltar la valla de su jardín?

—Eso no es posible a causa de los alambres y telas metálicas que esa mujer ha puesto ahí —manifestó Ted, sinceramente.

—Pero con todo os habéis colado más de una vez en su jardín, ¿es cierto? ¿Cómo conseguisteis burlar todos los obstáculos?

—Pues… Primero hay que saltar al jardín de la señorita Pebmarsh… Deslizándose cierto trecho a la derecha se llega a un pequeño boquete que conduce al de la señora Hemming.

—¿Es que no puedes callarte, idiota? —dijo Bill.

—Supongo que desde que se cometió el crimen habréis llevado a cabo un sinfín de indagaciones en busca de pistas —sugirió Hardcastle.

Los chicos tornaron a mirarse.

—Cuando volvisteis del cine y os enterasteis de lo que había ocurrido apuesto lo que sea a que cruzasteis el boquete del jardín de la casa número 19 para echar un vistazo por los alrededores.

—Pues…

Bill guardó silencio. Mostrábase desconfiado.

—Es posible que vosotros hayáis descubierto algo que a nosotros se nos haya escapado —manifestó Hardcastle gravemente—. En tal caso no tendría más remedio que recompensar vuestro servicio, aparte de agradecéroslo de corazón.

Bill tomó rápidamente una decisión.

—Tráetelo todo, Ted —ordenó a su hermano. Este echó a correr, obediente.

—Temo que no sea nada de interés —admitió Bill—, pero al menos habremos intentado complacerle.

El muchacho miró a Hardcastle ansiosamente.

—No te preocupes. Te comprendo —afirmó el inspector—. Las tareas policíacas llevan consigo un sinnúmero de desilusiones.

Bill pareció sentirse más aliviado.

Ted regresó también a la carrera, entregando seguidamente al inspector un pañuelo de bolsillo anudado. El pequeño bulto que el

mismo presentaba tintineaba. Hardcastle extendió aquel trozo de tela, echando una rápida mirada a lo que contenía.

Casi nada: el asa de una taza, un fragmento de porcelana, la mitad de un desplantador, un tenedor herrumbroso, una moneda, una clavija, un cristal y unas tijeras.

—Una colección muy interesante —comentó el inspector con aire solemne.

Compadecióse de los dos chicos, apresurándose a coger el cristal.

—Me llevaré esto. Quizás encaje con otros trozos semejantes. Colin, por su parte, cogió la moneda, examinándola atentamente.

—No es inglesa —declaró Ted.

—No, no lo es —corroboró Colin, quien levantó la vista para fijarla en Hardcastle—. Lo mejor será que nos llevemos esto también —sugirió.

—No digáis una palabra a nadie de esto —ordenó el inspector a los chicos, muy serio, con un expresivo gesto de reserva.

Bill y Ted, encantados, le prometieron hacer honor a su confianza.

Capítulo XI

—Ramsay —dijo Colin, pensativo.

—¿Qué pasa con Ramsay?

—Me ha llamado la atención ese hombre… Viaja por el extranjero. Se ve obligado a ello y cuando menos se lo figura. Su esposa nos ha dicho que es un técnico del ramo de la construcción, pero eso parece ser cuanto de él conoce.

—Es una buena mujer —opinó Hardcastle.

—Si… Nada feliz. Tal es la impresión que produce.

—Se la ve fatigada. Los críos son siempre muy engorrosos.

—Yo me figuro que hay algo más.

—El, seguramente, pertenece a ese grupo de hombres que consideran que una esposa y dos hijos representan una carga insoportable —dijo Hardcastle.

—Sólo Dios sabe a ciencia cierta lo que ocurre en el corazón de las personas —declaró Colin—. ¡Hay que ver de lo que son capaces dos chiquillos! Una esposa como la señora Ramsay, excesivamente castigada, se encuentra en magníficas condiciones para acceder de buen grado a un, digámoslo así, arreglo.

—Yo no me atrevería a catalogarla entre «ese» grupo de mujeres.

—Mi querido amigo: no hablaba de que viviera en pecado. Supongamos que ella se hubiese prestado a desempeñar un papel, el de la señora Ramsay precisamente, el suyo actual, aportando así un paisaje de fondo a otra vida, un respaldo. Naturalmente, para eso, él habría tenido que contarle una historia bien pensada, que le justificase en todo momento. Sigamos suponiendo que él está dedicado al espionaje, a nuestro lado, claro. He aquí un pretexto altamente patriótico.

Hardcastle esbozó una sonrisa.

—Vives en el seno de un extraño mundo, Colin —dijo.

—Pues es verdad, Dick. Y un día u otro tendré que abandonarlo… Hay momentos en que uno no sabe con qué carta quedarse y recela de todo y de todos. La mitad de esos individuos trabajan para ambos bandos. Al final no saben a cuál pertenecen en realidad. Se sienten presos en la maraña de… ¡Oh! Bueno, dejemos esto. Sigamos con lo que nos trajo aquí.

—Habremos de visitar a los McNaughton —contestó Hardcastle deteniéndose ante la entrada del número sesenta y tres—. Parte de su jardín coincide con el del número diecinueve… igual que el de Bland.

—¿Qué sabes acerca de los McNaughton?

—No mucho… Se avecindaron aquí hace cerca de un año. Una pareja de edad ya. Creo que él es un profesor jubilado, muy aficionado a la jardinería.

En el jardín delantero había numerosos rosales y espesos macizos de flores diversas bajo las ventanas.

Una risueña joven que vestía pantalones y blusa de trabajo, de chillones colores, abrió la puerta de la entrada, preguntándoles:

—¿Qué deseaban ustedes, señores?

Hardcastle murmuró al tiempo que le entregaba una tarjeta:

—¡Vaya, hombre! Aquí si que es patente la colaboración de la mano de obra extranjera.

—La policía… —dijo la joven.

Esta dio un paso atrás, mirando a Hardcastle como si hubiese sido el propio diablo en persona.

—¿La señora McNaughton? —inquirió el inspector.

—Si, se encuentra en la casa.

La muchacha les condujo a un cuarto de estar, desde cuya ventana se divisaba el jardín posterior de la vivienda. Estaba vacío.

—Se halla en la planta superior —explicó la joven, quien no había vuelto a sonreír. Seguidamente salió al vestíbulo, llamando—: Señora McNaughton, señora McNaughton…

Una voz lejana respondió.

—¿Qué sucede, Gretel?

—La policía… Acaban de llegar dos agentes. Les he llevado al cuarto de estar.

Oyóse el rumor de unos apresurados pasos en el piso y las palabras: «¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Qué será lo que venga luego?». Los pasos fueron acercándose rápidamente y por último la señora McNaughton se presentó en el cuarto de estar. Veíase seriamente preocupada a juzgar por la expresión de su rostro. Hardcastle decidió en el acto que aquél era su gesto habitual.

—¡Oh, Dios mío! ¿Inspector… Hardcastle? —Había bajado la vista, leyendo la tarjeta—. Pero… ¿para qué quiere usted vernos? Nosotros no sabemos absolutamente nada con respecto a lo ocurrido. Bueno, es que me imagino que su visita a esta casa se halla relacionada con el crimen cometido en nuestra barriada… ¿O es que desean comprobar si nos hallamos al corriente en cuanto al pago de la licencia del televisor?

Hardcastle la tranquilizó.

—Es que el hecho en sí es tan extraordinario, ¿verdad? —dijo la señora McNaughton más animada—. Y al medio día, más o menos… ¡Qué hora más extraña para entrar a robar en una casa! Precisamente aquella en que todo el mundo se encuentra en sus hogares. Claro que, ¡suceden tantas cosas terribles en la actualidad! Ahí es nada: en pleno día. Como les ocurrió a unos amigos nuestros… Habiendo salido a comer a un restaurante, se presentó ante su casa uno de esos camiones que utilizan las agencias de mudanzas, apeándose del mismo unos hombres que en poco tiempo dejaron la casa vacía. Todos los vecinos les vieron, desde luego, pero a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza que se tratara de una cosa irregular. ¿Sabe usted? Yo creí haber oído gritar a alguien ayer. Angus dijo que serían esas temibles criaturas de la señora Ramsay. Siempre andan por el jardín haciendo ruido, imitando el despegue de las naves del espacio, de los cohetes o bombas atómicas. A veces una queda sobrecogida de espanto…

Hardcastle procedió a mostrarle su fotografía a la señora McNaughton.

—¿Ha visto usted en alguna ocasión a este hombre?

La señora McNaughton contempló la cartulina con avidez.

—Casi seguro que le he visto. Si. En efecto ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Fue el individuo que nos visitó una vez para preguntarnos si nos interesaría adquirir una nueva enciclopedia de catorce volúmenes?

¿O el que otro día nos ofreció un modelo muy moderno de aspirador eléctrico? Yo no sabía qué hacer para quitármelo de encima y entonces al hombre no se le ocurrió otra cosa que ir en busca de mi marido, que se hallaba trabajando en el jardín delantero. Angus estaba plantando unos bulbos. Cuando se entrega a tales tareas le disgusta que le interrumpan. El inoportuno visitante, imprudentemente, siguió haciendo la propaganda de su artefacto. Lo de siempre. Le enseñó cómo limpiar las cortinas, el piso de la entrada, las escaleras, los cojines del cuarto de estar… Agotó todos los argumentos. Por último, Angus levantó la vista, preguntándole: «¿Puede plantar bulbos?». El vendedor se quedó desconcertado, optando en seguida por marcharse.

—¿Y cree usted que ése era el hombre que aparece en la fotografía?

—Pues… no. Realmente, no. Aquél era más joven, ahora que caigo en la cuenta. No obstante, creo haber visto ese rostro antes. Sí. Cuanto más miro la fotografía más segura estoy de que vino a mi casa para pedirme que le comprara algo.

—Quizá le ofreciera una póliza de seguros diversos, en nombre de cualquier compañía.

—No, no se trataba de eso. Mi esposo se ha ocupado ya ampliamente de tal cuestión. Tenemos varias pólizas suscritas. No. Sin embargo, cuanto más miro esta foto…

Hardcastle no esperaba nada de todo aquello. Acababa de clasificar a la señora McNaughton basándose en su experiencia dentro de ciertas situaciones. Ella quería a toda costa experimentar la emoción de haber visto a alguien relacionado con el crimen. Cuanto más mirara la fotografía más se aferraría a su idea.

El inspector suspiró.

—Aguarde… Ese hombre conducía un carro de reparto, creo. Ahora bien, no consigo recordar cuándo le vi… El vehículo llevaba el anuncio de una panadería.

—¿No le vería usted ayer, señora McNaughton?

El rostro de la señora McNaughton se oscureció. Echóse hacia atrás un mechón de cabellos que le caía sobre la frente.

—No, Ayer, no. Al menos… —Hizo una pausa—. Me parece que no —su faz se iluminó débilmente con una tímida sonrisa—. Quizá

mi esposo se acuerde.

—¿Se encuentra en la casa?

—Ahí fuera, en el jardín.

La señora McNaughton señaló hacia una ventana. Unos metros más allá el inspector divisó a un hombre ya de edad que se deslizaba por un sendero llevando una carretilla.

—¿Le parece bien que salgamos un momento para charlar con él?

—¡No faltaba más! Vengan por aquí.

Cruzando por una puerta lateral llegaron al jardín. El rostro del señor McNaughton estaba cubierto de sudor.

—Estos caballeros son policías, Angus —explicó su esposa, respirando agitadamente—. Están efectuando indagaciones en relación con el crimen cometido ayer en casa de la señorita Pebmarsh. Tienen una fotografía de la víctima. Yo estoy segura de haberle visto en alguna parte antes. ¿No fue éste el individuo que nos visitó la semana pasada para preguntarnos si disponíamos de objetos antiguos y queríamos desprendernos de los mismos?

—Déjame ver… Haga el favor: sostenga un momento la fotografía ante mí —le dijo el señor McNaughton a Hardcastle—. No puedo tocar nada porque tengo las manos sucias de tierra.

Después de mirar brevemente la foto manifestó:

—No he visto a este hombre jamás.

—Sus vecinos me han dicho que es usted muy aficionado a la jardinería —apuntó el inspector.

—¿Quién le dijo a usted eso? ¿La señora Ramsay?

—No. El señor Bland.

Angus McNaughton dio un resoplido.

—Bland no tiene la menor idea de lo que significa esta afición —declaró—. La verdad es que lo que él hace y nada… Ha concentrado su atención casi exclusivamente en las begonias, en los geranios, en los macizos de lobelias. Eso tiene poco que ver con la auténtica jardinería. Al final acaba uno creyendo que vive en un parque público. ¿Le interesan a usted los arbustos, inspector? Por supuesto, ésta es la peor época del año para plantar cualquier cosa, pero, mire, aquí tengo un par en los que he puesto mi confianza. Estoy convencido de que lograré ponerlos en marcha. Se sorprendería

usted si le fuese posible comprobar los resultados de mis trabajos. Piense que, según se dice, esos arbolitos sólo prosperan en Devon y Cornwall.

—Temo no poder clasificarme entre los jardineros prácticos —aventuró Hardcastle por seguir la conversación.

McNaughton le miró igual que un artista al que acabara de confesarle alguien su ignorancia en materia de arte, no obstante comprender el placer que éste proporciona.

—El asunto que me ha traído a esta casa, señor McNaughton, es en verdad un tema de conversación bastante menos grato que el que usted propone —manifestó el inspector.

—Ya me hago cargo. Habla usted del suceso de ayer. Me encontraba aquí fuera, en el jardín, cuando ocurrió el hecho.

—¿Sí?

—Bueno, yo estaba refiriéndome al momento en que se oyeron los gritos de una joven.

—¿Qué hizo usted?

—Pues… lo cierto es que no hice nada. En realidad pensé que eran esos condenados chicos de la señora Ramsay. Siempre andan de un lado para otro chillando, dando voces, escandalizando…

—¿No observó que aquellos gritos no procedían del mismo punto?

—Hubiera reparado en tal detalle si esas criaturas se dedicasen a jugar exclusivamente en su jardín. Pero ésta es una cosa que no ocurre nunca. Para ellos no existen vallas, telas metálicas ni otros obstáculos por el estilo. Se dedican a cazar a los gatos de la señora Hemming allí donde se presentan, por toda la manzana. Lo que pasa es que hoy no hay nadie que tenga autoridad sobre ellos, eso es lo malo. Su madre tiene un carácter muy débil. Por supuesto, es lo que sucede siempre; cuando no hay ningún hombre en la casa los muchachos alegremente campan por sus respetos.

—Tengo entendido que el señor Ramsay pasa la mayor parte del año en el extranjero.

—Creo que trabaja en no sé qué construcciones —manifestó el señor McNaughton vagamente—. Siempre está de viaje. Construye diques, tuberías de conducción de petróleo y otras cosas así. Exactamente, no lo sé. Hace un mes tuvo que marcharse corriendo a

Suecia. Le habían avisado de pronto. La madre de los chicos quedó al frente de la casa, sola. Ya se lo puede usted figurar: mucho trabajo. La cocina, las faenas domésticas cotidianas… ¿Y quién iba a contener a esos diablos? No es que sean malos, que tengan tendencias perversas. Sencillamente es que están necesitados de un poco de disciplina.

—Bien. Aparte de los gritos, ¿no notó nada extraño? A propósito: ¿a qué hora fue eso?

—No tengo idea. Antes de salir a trabajar al jardín me quito siempre el reloj. El otro día me lo rocié con el agua de la manguera y me costó mucho trabajo repararlo luego. ¿A qué hora fue eso, querida? Tú oíste los gritos también, ¿verdad?

—Debían ser las dos y media… Habría pasado media hora desde el instante en que terminamos de comer.

—¿A qué hora suelen comer ustedes?

—A la una y media… cuando hay suerte —explicó el señor McNaughton—. Nuestra servidora, una danesa, no tiene la menor idea sobre el significado del tiempo.

—¿Qué hacen después? ¿Se tienden a dormir un poco?

—A veces sí. Hoy, por ejemplo, yo no lo hice. Quería continuar con la tarea que había iniciado. Estaba arreglando mis plantas, abonándolas, concretamente.

—Un montón de abono… —consideró el inspector—. ¡He ahí algo que muchos miran con indiferencia y, sin embargo, a cuántas maravillas da lugar aquél!

El señor McNaughton estaba radiante.

—Tiene usted muchísima razón. ¡Ah! ¡Y cuanto más natural sea ese abono, tanto mejor! Yo prescindo de los preparados químicos… Es un disparate utilizar éstos. Déjeme, déjeme enseñárselo todo.

El señor McNaughton cogió a Hardcastle ansiosamente de un brazo, yendo con él hasta la valla que separaba su jardín del de la casa número 19. En un macizo de lilas la tierra se veía cubierta de una brillante capa de estiércol. El dueño de la casa, después, llevó la carretilla hasta un pequeño cobertizo que había al lado. Dentro del mismo había muchas herramientas perfectamente ordenadas.

—Se nota que es usted un hombre metódico —declaró Hardcastle.

—Es preciso cuidar aquellas cosas de que nos valemos para trabajar —contestó sencillamente el señor McNaughton.

Hardcastle contemplaba pensativo la casa número 19. Al otro lado de la valla había una pérgola de rosas que conducía a uno de los muros de la construcción.

—¿No vio usted a nadie en ese jardín o en cualquiera de las ventanas de la casa mientras preparaba su estiércol?

—No, no vi a nadie —contestó Angus McNaughton—. Lamento no serle de más utilidad, inspector.

—Oye, Angus… Yo creo que vi a alguien remoloneando por el jardín del 19.

—Debes de estar equivocada, querida —repuso McNaughton con firmeza.

Vueltos al coche, Hardcastle dijo a Colin, con un gruñido:

—Esa mujer quiso darnos a entender que había visto algo.

—¿Crees que reconoció al hombre de la fotografía?

—Lo dudo. Quiere pensar que lo ha visto. Estoy familiarizado con esa clase de testigos. En cuanto decidí concretar se fue atrás, ¿no?

—Efectivamente.

—Nada más natural, sin embargo, que haya llegado a estar sentada frente a nuestro hombre en cualquier autobús, por ejemplo. Siempre cabe tal posibilidad. Pero ella se empeña en forzar la cosa.

—Sí. Yo también pienso lo mismo de esa mujer.

—Poco es lo que hemos conseguido hasta ahora, Colin —dijo Hardcastle suspirando—. Desde luego, nos enfrentamos con hechos raros. Casi parece imposible que la señora Hemming —por muy absorbida que la tengan sus gatos—, sepa tan pocas cosas en relación con sus vecinos, la señorita Pebmarsh en particular. También resulta extraña su vaguedad, su desinterés por todo lo concerniente al crimen.

—¿Y no es acaso aplicable esa actitud a cuanto la rodea?

—Se trata de una mujer extraordinariamente aficionada a los gatos —dijo Hardcastle—, y cuando uno se enfrenta con una persona así… Bueno. Todos los fuegos, robos y crímenes de la ciudad ocurridos en torno a ella le pasarían desapercibidos.

El inspector había pronunciado las anteriores palabras como si

estuviese reflexionando en voz alta.

—Ha conseguido aislarse con toda esa serie de obstáculos que ha levantado a su alrededor, con sus telas metálicas y los enmarañados macizos de plantas, que no dejan siquiera ver su jardín.

Los dos hombres llegaron por fin a la jefatura de policía. Hardcastle sonrió, diciendo a su amigo:

—Sargento Lamb: queda usted en libertad desde este momento.

—¿No vamos a hacer más visitas?

—Por ahora, no. Más tarde haré otra… pero iré solo.

—De acuerdo. He de darte las gracias por la mañana, que ha sido muy amena. ¿No podrías ordenar que las notas que he tomado fueran pasadas a máquina?

Colin entregó a Hardcastle sus papeles.

—La encuesta judicial se celebrará pasado mañana, ¿no? ¿A qué hora?

—A las once.

—Muy bien. Asistiré a ella. Creo que llegaré a tiempo.

—¿Te marchas fuera?

—Dentro de una hora tomaré el tren para Londres… He de poner mis informes al día.

—Ya me imagino ante quién.

—Me parece que no lo sabes.

Hardcastle sonrió.

—Da recuerdos al viejo.

—He de ver a un especialista también.

—¿A un especialista? ¿Para qué? ¿Qué te pasa?

—Nada… Desde luego, ando algo pesado de cabeza, pero no es un especialista de la clase médica lo que necesito. El individuo en cuestión encaja mejor en tu sector de actividades.

—¿Scotland Yard?

—No. Un detective privado, amigo de mi padre y mío. Este fantástico asunto le gustará, servirá para animarle, también. Tengo entendido que actualmente está necesitado de algo que excite su interés por la vida. Precisa de un estimulante, en suma.

—¿Cómo se llama tu hombre?

—Hércules Poirot.

—He oído hablar de él. Creí que ya había muerto.

—No, no ha muerto. Pero tengo la impresión de que se aburre soberanamente, lo cual es mucho peor.

Hardcastle estudió el rostro de Colin con sincera curiosidad.

—Eres un tipo raro, Colin. ¡Qué amigos tan raros tienes!

—Tú incluído, ¿no? —dijo Lamb sonriendo.

Capítulo XII

Después de separarse de Colin Lamb, Hardcastle echó un vistazo a una dirección escrita en su agenda con todo cuidado, haciendo un gesto de asentimiento. En cuanto hubo devuelto a uno de sus bolsillos aquélla pasó a ocuparse de los papeles que se habían ido acumulando sobre su mesa de trabajo, los documentos de todos los días.

La jornada fue bastante ajetreada para él. Mandó a por café y bocadillos y escuchó los informes del sargento Cray… No se había logrado nada positivo. Tanto en la estación de ferrocarril como en la de autobuses no había surgido nadie que fuera capaz de identificar al señor Curry. El estudio de las ropas de la víctima por los técnicos no había dado resultados especialmente alentadores, ni mucho menos. El traje había sido confeccionado por un buen sastre, pero la etiqueta con el nombre del mismo había sido arrancada de las prendas. ¿Un deseo de permanecer en el anonimato por parte del señor Curry? Obra, inspiración, del asesino, indudablemente… Esperábase obtener una excelente pista cuando los médicos estomatólogos de la localidad respondieran a la consulta que se les había hecho en relación con determinado trabajo de prótesis dental a que se había sometido el finado. Pero esto requeriría algún tiempo. ¿Y si el señor Curry procedía de cualquier país extranjero? Hardcastle consideró detenidamente tal posibilidad. Quizá se tratase de un francés. Sus prendas, el corte de las mismas, no apoyaba esa suposición. Tampoco había hallado en ellas etiquetas de establecimientos públicos, una lavandería, por ejemplo, que certificase un dato de ese tipo, que hubiera sido un excelente punto de arranque para las indagaciones en curso.

Hardcastle no era hombre impaciente. La labor de identificación

era siempre una tarea lenta. Pero al final siempre surgiría alguien que la facilitase. El dueño o el empleado de una lavandería, un dentista, un pariente —habitualmente una esposa o una madre—, la patrona de una pensión… La fotografía de la víctima circularía por todas las comisarías de policía, aparecería en los periódicos. Tarde o temprano llegarían a conocer la verdadera identidad del señor Curry.

Entretanto había muchas cosas que hacer. El caso Curry no era el único que el inspector tenía entre manos. Hardcastle trabajó sin interrupción hasta las cinco y media. Entonces consultó su reloj de pulsera y se dijo que había sonado la hora de realizar la visita que planeara antes de separarse de su amigo Colin Lamb.

El sargento Cray le había dicho que Sheila Webb acababa de reanudar su labor en el «Cavendish Bureau» y que a las cinco se hallaría a las órdenes del profesor Purdy en el «Curlew Hotel», de donde no saldría probablemente hasta mucho después de las seis.

¿Cuál era el apellido de su tía? Lawton… La señora Lawton. Vivía en el número 14 de Palmerston Road. Decidió recorrer a pie la escasa distancia que le separaba de aquel punto.

Palmerston Road era una lúgubre calle que había conocido, no obstante, mejores días. Hardcastle advirtió que las casas habían sido divididas para proceder seguramente luego a su venta por pisos. Al doblar una esquina observó que una muchacha que se deslizaba a lo largo de la acera en sentido contrario vaciló un instante. El inspector, distraído con sus pensamientos, se imaginó que se disponía a preguntarle alguna dirección. De ser así la chica debió renunciar a su propósito, continuando su camino. ¿Por qué se acordó Hardcastle en aquel instante de ciertos zapatos femeninos? ¿Qué significaba esta idea? Zapatos… No. Uno solo. El rostro de la joven le era vagamente familiar. ¿Quién era? Ultimamente, quizás, había visto aquella cara. ¿Es que ella le había reconocido y abrigado el propósito de hablarle?

Detúvose unos segundos volviendo la cabeza para mirarla. La muchacha había apretado el paso. Lo malo era que el rostro de ella era de rasgos corrientes, uno de esos rostros que solamente se recuerdan bien cuando existe un motivo especial. Ojos azules, complexión regular, una boca ligeramente entreabierta. Una boca.

Esta le recordó algo también ¿Qué había hecho aquella boca ante él? ¿Hablarle? ¿Habría visto correr sobra sus labios una barra de carmín? No. Hardcastle reprimió una exclamación de enfado. Se preciaba de ser un buen fisonomista. Cuando veía una cara en el banquillo de los acusados o en la tribuna de los testigos jamás la olvidaba. Claro que el contacto podía haber tenido lugar en otros sitios… Era imposible que recordara, por ejemplo, las caras de todas las patronas que había visto. El inspector hizo un esfuerzo para desterrar de su mente aquellas divagaciones.

Ya había llegado al número 14 de la calle. La puerta de la entrada de la casa estaba abierta y en el vestíbulo vio cuatro botones correspondientes a otros tantos timbres, debajo de los cuales se leían unos nombres. La señora Lawton habitaba en la planta baja, según pudo comprobar. Oprimió el botón del timbre que había junto a otra puerta a la izquierda del pasillo de la entrada. Transcurrieron unos segundos antes de que le contestaran. Finalmente oyó un rumor de pasos. Poco después aparecía ante él una mujer alta y delgada, de oscuros cabellos, despeinados en aquellos instantes. Por sus ropas se veía que la había sorprendido cuando se encontraba dedicada a sus tareas domésticas. La recién llegada respiraba agitadamente. De la cocina, situada al fondo del piso, salía un fuerte olor a cebollas cocidas.

—¿La señora Lawton?

—Yo soy. ¿Qué deseaba?

La mujer frunció el ceño. El inspector juzgó que debía estar rondando los cuarenta y cinco años. Había una nota ligeramente «gigantesca» en su aspecto.

—¿Qué deseaba? —repitió la señora Lawton, impaciente.

—Le agradecería que me concediera unos minutos de atención.

—¿Para qué? Tengo mucho que hacer en estos instantes. —La mujer añadió, incisiva—. No será usted un reportero, ¿verdad?

—Naturalmente que no —declaró Hardcastle, expresándose en un tono afectuoso—. Ya me figuro que los periodistas deben haberla importunado bastante.

—Pues sí. No han parado de llamar a la puerta, de tocar el timbre y de hacer todo género de preguntas estúpidas.

—Muy enojoso todo eso, lo sé —manifestó el inspector—. Ojalá

estuviera en mi mano evitarle tantas molestias. Soy el detective inspector Hardcastle, encargado del caso que ha dado lugar a la presencia de los periodistas en su casa, con las contrariedades consiguientes. De sernos posible, cortaríamos esto por lo sano, pero, desgraciadamente, no podemos hacer nada. La prensa tiene sus derechos.

—Es una vergüenza importunar a la gente como ellos vienen haciéndolo —declaró la señora Lawton—. Insisten tercamente en que tienen que recoger noticias para el público. Lo único que he podido observar acerca de aquéllas es que vienen a ser un tejido de mentiras, desde el principio al fin. Suelen aprovecharlo todo y dar a sus informaciones la orientación que les parece mejor. Pero… entre, inspector.

La señora Lawton cerró la puerta una vez Hardcastle hubo cruzado el umbral. Sobre la alfombra descubrió el inspector un par de sobres que debían habérsele caído a la dueña de la casa. La mujer se inclinó para cogerlos, pero el policía se le adelantó cortésmente. Por una fracción de segundo su mirada se posó en las direcciones…

—Muchas gracias.

La señora Lawton depositó las cartas en la mesita del pasillo.

—Pase usted al cuarto de estar, ¿quiere? Por aquí… Dispénseme un momento. Tengo la comida en el fuego.

Después de pronunciar estas palabras la mujer se retiró apresuradamente hacia la cocina. Hardcastle aprovechó aquella ocasión que se le presentaba de examinar atentamente los sobres que acababa de recoger del suelo. Una de las cartas estaba dirigida a la señora Lawton y la otra a la señorita R. S. Webb.

El cuarto de estar era una pieza de pequeñas dimensiones, bastante desordenada, mal amueblada también. Sin embargo, aquí y allá se descubría de vez en cuando algún detalle de buen gusto, algún objeto nada corriente: un jarrón de vidrio veneciano de corte abstracto, dos cojines de terciopelo, unos caparazones de loza, de procedencia extranjera quizás… Una de las dos o las dos a un tiempo, tía y sobrina, debían tener ideas originales en materia de decoración.

La señora Lawton regresó en seguida. Ahora respiraba con más

dificultad que al principio.

—Creo que ya podremos hablar con tranquilidad —dijo vacilante.

El inspector se excusó de nuevo.

—Lamento haber llegado en un momento tan inoportuno, pero la verdad es que me encontraba no muy lejos de aquí hace unos minutos y he querido aprovechar la ocasión para ocuparme de determinados puntos relativos al caso que tan desafortunadamente afecta a su sobrina. Confío en que se habrá recuperado del susto… Debe haber experimentado una impresión tremenda esa muchacha.

—Pues si. Sheila llegó a esta casa materialmente deshecha. Hoy, por suerte, se hallaba ya bien, habiendo reanudado su trabajo.

—Lo sé. Me enteré de que había salido para atender a un cliente no recuerdo dónde. De todos modos, no me hubiera atrevido a interrumpirla… Luego me dije que lo más sensato era presentarme en su casa, con objeto de charlar sin prisas. Sospecho que todavía no ha regresado. ¿Es así?

—Esta tarde tardará algún tiempo en volver. Le tocaba trabajar para el profesor Purdy y según afirma mi sobrina éste es un hombre que no posee la más remota idea acerca de lo que es el tiempo. Suele decirle: «Esto no le ocupará más de diez minutos, de manera que estimo que lo mejor es que lo termine». Naturalmente, diez minutos se convierten siempre en tres cuartos de hora. Es un caballero. Se muestra cortés, atento… En una o dos ocasiones en que la ha obligado, amablemente, a estar más tiempo del debido con él la ha invitado a comer, a todo esto verdaderamente apesadumbrado por la libertad que se tomaba, según él, de forzarla a alargar su jornada laboral, su cotidiana tarea. Por supuesto, he de confesar que tales tardanzas son un auténtico trastorno para los dos. Bien, inspector. Si yo puedo adelantarle algo mientras viene Sheila… No seria raro que tardara un poco todavía.

—¿Qué podría usted decirme? —inquirió el inspector, sonriendo —. Hasta ahora he tomado nota de los hechos escuetos, pero hasta éstos tengo necesidad de someter a comprobación. —Hardcastle hizo como si consultara su agenda—. Veamos… La señorita Sheila Webb. ¿Es éste su nombre completo o tiene otro nombre de pila además? Hemos de conocer estas cosas con exactitud, para

presentarlas el día en que se celebre la encuesta judicial.

—Pasado mañana, ¿no? Mi sobrina recibió una comunicación en tal sentido.

—Que no se preocupe lo más mínimo por eso, ¿eh? —recomendó Hardcastle—. Lo único que tiene que hacer es, sencillamente, referir cómo dio con el cadáver.

—¿No saben ustedes aún quién es la víctima?

—No. Todavía transcurrirán unos días… En sus bolsillos hallamos una tarjeta. Al principio pensamos que se trataría de algún agente de seguros. Ahora nos inclinamos a sospechar que la tarjeta aludida fue introducida en aquéllos por otra persona, tal vez una que estuviese proyectando hacerse una póliza…

—Le entiendo —la señora Lawton pareció escasamente interesada por las palabras del inspector.

—Veamos la cuestión del nombre de Sheila… Yo creo haberlo anotado así: R. Sheila Webb o Sheila R. Webb. No recuerdo cuál va detrás de Sheila. ¿Sería Rosalie, acaso?

—Rosemary —aclaró la señora Lawton—. La chica fue bautizada con los nombres de Rosemary Sheila. Ahora bien, mi sobrina siempre consideró el primero demasiado novelesco o romántico y prefirió usar el segundo.

—De acuerdo.

Nada había en el tono con que hablara que hiciese pensar en que Hardcastle se sentía complacido. Anotó otro detalle. El nombre de Rosemary no había producido la menor turbación en su interlocutora. Para ella por lo visto, aquél era, simplemente, lo que había dado a entender: un nombre más.

El inspector sonrió.

—Sé que su sobrina procede de Londres y que hace diez meses que trabaja en el «Cavendish Bureau». ¿Conoce usted la fecha exacta de ingreso de la joven en esta firma?

—No podría decírsela ahora. Me parece que fue en los últimos días de noviembre… Sí, sí, eso es.

—En realidad éste es un detalle que carece de importancia. ¿Vivía aquí Sheila antes de encontrar ese empleo?

—No. Vivía en Londres.

—¿Cuáles eran sus señas allí?

—Debo tenerlas por aquí —la señora Lawton miró a su alrededor con la expresión característica de las personas desordenadas—. ¡Tengo tan mala memoria de poco tiempo a esta parte! La dirección era algo así como Allington Grove y caía por Fulham. Habitaba en un piso con otras dos chicas. Esas casas en Londres son carísimas.

—¿Recuerda el nombre de la firma que la empleó en esa ciudad?

—Sí: «Hopgood and Trent». Se trataba de unos agentes de la propiedad inmobiliaria establecidos en Fulham Road.

—Gracias. Todo parece aclararse… La señorita Webb es huérfana, ¿verdad?

—Sí —respondió la señora Lawton, agitándose inquieta. Sus ojos se posaron en la puerta del cuarto. Volviendo la cabeza de nuevo hacia el inspector inquirió—: ¿me permite que me acerque unos segundos a dar un repaso a la cocina?

—Por Dios, señora, ¡no faltaba más!

Hardcastle se levantó para abrirle la puerta. La mujer salió. El inspector se preguntó si estaba equivocado o no al pensar que su última pregunta había trastornado a la tía de Sheila. Sus réplicas hasta aquel momento habían sido fluídas… Estuvo pensando en esto hasta que ella regresó.

—Lo siento —dijo la mujer—, pero ya se dará una idea de lo que es atender a la comida… Ya he terminado. ¿Deseaba usted preguntarme algo más? ¡Ah! He recordado entretanto la dirección de Londres. No era Allington Grove sino Carrington Grove, número 17.

—Gracias. Creo haberle preguntado si la señorita Webb es huérfana.

—En efecto. Sus padres murieron.

—¿Hace mucho tiempo?

—Siendo ella una niña…

Hardcastle observó un acento de reserva en aquellas palabras.

—¿Sheila es hija de un hermano o hermana…?

—Hermana.

—¿Y qué profesión tenía el señor Webb?

La señora Lawton hizo una pausa antes de contestar. Mordióse los labios también.

—Lo ignoro.

—¿Ignora usted…?

—Quiero decir que no recuerdo. Ha pasado ya mucho tiempo…

Hardcastle esperó, consciente de que continuaría hablando, como así fue.

—¿Puedo preguntarle a mi vez qué tiene que ver todo esto con…? ¿Qué más da que su padre y su madre fueran esto o lo otro o que ella viniera de Londres o…?

El inspector se apresuró a interrumpirla con un gesto afable.

—Me imagino, señora Lawton, que da igual…, examinándolo todo desde el punto de vista. Compréndalo: se ha creado una situación rodeada de circunstancias extraordinarias.

—Explíquese, por favor.

—Tenemos razones para creer que la señorita Webb fue atraída al lugar del crimen mediante una hábil maniobra: una llamada telefónica al «Cavendish Bureau». Se interesaron por ella especialmente. Alguien anda por ahí que la quiere mal. Es posible… —añadió Hardcastle, vacilando.

—No creo que exista una persona capaz de odiar a Sheila. Es una muchacha buena, cordial, cariñosa…

—Sí, tal es la opinión que yo he formado de ella.

—Y no me agrada oír a nadie sugiriendo lo contrario —agregó la señora Lawton, adoptando una actitud retadora.

—Es natural —repuso Hardcastle sonriendo, apaciguador—, pero tiene usted que comprender, señora, que todo ha sido montado para que parezca que su sobrina es la autora del crimen. La colocaron hábilmente en el lugar preciso. Alguien había tomado las medidas pertinentes para que se adentrara en una casa dentro de la cual había un hombre muerto una hora atrás, tal vez. No cabe duda: es una maniobra que denota una intención perversa.

—¿Alguien que deseaba que Sheila fuese detenida como una vulgar criminal? ¡Oh, no! Me cuesta mucho trabajo creer en la existencia de una persona así, sobre todo conociendo a mi sobrina.

—Comprendo su actitud —manifestó el inspector—. El caso es que, pese a todo, nosotros hemos de esforzarnos por aclarar los hechos. ¿No habrá por ahí algún joven que, enamorado de su sobrina, se haya visto rechazado? Los jóvenes son capaces de tomar

venganzas canallescas, de hacer cosas verdaderamente censurables, sobre todo cuando la idea anida en un cerebro desequilibrado.

—No creo tampoco que haya ocurrido nada de eso —declaró la señora Lawton entornando los ojos y frunciendo el ceño, como si reflexionara intensamente—. Sheila ha estado saliendo con uno o dos muchachos, pero de estas amistades no se ha derivado nada serio.

—Pudo haberle sucedido estando en Londres —sugirió Hardcastle—. En fin de cuentas, usted no sabrá mucho acerca de los amigos que tenía allí.

—Quizá tenga usted razón, sí… En ese aspecto, será mejor que le pregunte a ella, inspector Hardcastle. Ahora bien, debo decirle que jamás tuve noticia de un tropiezo de ese tipo por su parte.

—Tal vez la persona que no la quería bien fuese otra chica. Existe la posibilidad de que una de las que compartían con ella el piso de Londres la envidiase…

—Sí, eso es inevitable —concedió la señora Lawton—, pero cuesta trabajo creer que un motivo así lleve a alguien a planear una jugada cuyo fin es complicar a una persona en un crimen.

Era ésta una apreciación inteligente y Hardcastle se dijo que la señora Lawton no tenía nada de tonta, en modo alguno. Rápidamente respondió:

—En este asunto todo parece improbable…

—Ese crimen debe ser obra de un loco —opinó la mujer.

—El cerebro del loco actúa impulsado por una idea definida, el móvil de las acciones de aquél. —Hardcastle hizo una pausa, agregando a continuación—: ¿quiere saber por qué le he preguntado por los padres de Sheila? Pues porque muchas decisiones en casos como éste arrancan del pasado, tienen sus raíces sepultadas en él. Como los padres de su sobrina murieron siendo ella una niña, lógicamente, no se encontrará en condiciones de referirme nada sobre ellos. Por tal razón he tenido que recurrir a usted.

—Si, pero… Bueno, es que…

El inspector la noto vacilante de nuevo.

—¿Murieron los dos al mismo tiempo, en un accidente, por ejemplo?

—No, no hubo ningún accidente.

—¿Entonces morirían de muerte natural?

—Yo… sí… Quiero decir que… No lo sé.

—Me parece señora Lawton que usted sabe más de lo que da a entender, que es bien poco —el inspector aventuró una suposición —. ¿Se divorciaron quizá? ¿Vivieron separados?

—No, no eran divorciados.

—Vamos, vamos señora Lawton. Usted tiene que saber forzosamente de que murió su hermana.

—No comprendo qué… Esto es, no puedo decir… ¡Oh! ¡Resulta todo tan penoso! Hay recuerdos que dan la impresión de gravitar sobre nosotros con un peso material. Es mejor no resucitar aquéllos.

La señora Lawton miró al inspector apurada, perpleja.

Hardcastle escrutó serenamente su rostro. Luego dijo, bajando la voz:

—¿Es Sheila hija natural de su hermana?

Inmediatamente. Hardcastle apreció en la faz de su interlocutora una mezcla de consternación y alivio. Volvió a repetir pacientemente la pregunta.

—Sí, pero ella no lo sabe. Jamás se lo dije. Le hice saber, cuando tuvo uso de razón, que sus padres habían muerto muy jóvenes. Por eso… Bueno, usted se hará cargo…

—La comprendo, no se preocupe. Y le prometo guardar su secreto siempre y cuando de este aspecto de la vida de su sobrina no se deriven detalles decisivos para la buena marcha de nuestras indagaciones. Así pues, eludiré el tema ante Sheila.

—¿Quiere usted decir que no necesitará revelarle nada?

—No, mientras no sea absolutamente necesario, como ya le he indicado. Lo más probable es que esta faceta de nuestra conversación no trascienda. Ahora bien, me es preciso ponerme al corriente de los hechos restantes que usted conoce de índole familiar.

—Le agradezco mucho su actitud. Este asunto me traía desvelada, más que ninguna otra cosa. Verá usted… Mi hermana fue la hermana más inteligente de la familia. Era profesora. Dotada de una gran vocación, gozaba de gran prestigio entre sus compañeras. La respetaban mucho. Era la última persona en quien

pudiera pensarse que…

El inspector hábilmente interrumpió a la señora Lawton.

—La comprendo. Suele suceder todo así, a veces. Entonces conoció a ese hombre, al señor Webb…

—No supe su apellido nunca. Jamás crucé una palabra con él. No llegué a conocerle. Pero mi hermana fue en busca mía, explicándome lo que había ocurrido. Esperaba un hijo y el individuo en cuestión no podía o no quería —siempre ignoré el porqué—, casarse con ella. Mi hermana era ambiciosa… De haberse divulgado la historia hubiera tenido que renunciar a su empleo. Naturalmente, yo le contesté que estaba dispuesta a ayudarla.

—¿Dónde se encuentra su hermana en la actualidad, señora Lawton?

—No lo sé. No tengo la menor idea.

—Pero vive, ¿verdad?

—Eso supongo.

—¿Y no se ha mantenido en contacto con ella?

—Así lo quiso… Mi hermana pensó que lo más conveniente para ella y para la criatura era desaparecer. Tal fue el acuerdo que tomamos. Las dos contábamos con una pequeña renta que nuestra madre nos dejó. Ann me cedió su parte, con objeto de que la dedicara a la crianza y educación de su hija. Me anunció que continuaría ejerciendo su profesión, aunque pensaba ofrecer sus servicios a otra entidad. Creo que abrigaba el proyecto de marcharse al extranjero, cambiando su puesto por el de otra compañera. Quería irse a Australia… Le he contado todo lo que sé sobre el particular, inspector.

Hardcastle miró pensativamente a la señora Lawton. ¿Era realmente esto todo lo que sabía? No podía formularse a sí mismo una respuesta cierta a tal pregunta. Daba la impresión, eso sí, de haberse expresado con sinceridad. Pese a la brevedad de las alusiones a su hermana, el inspector creía ver detrás de aquellas palabras una fuerte personalidad, una mujer llena de energía y amargura. Tratábase de un ser que no estaba dispuesto a malograr su vida por haber cometido un error. Ciñéndose a lo práctico exclusivamente, había facilitado los medios para el mantenimiento y formación de su hija. Desde aquel momento había cortado

radicalmente toda relación con el pasado, iniciando una nueva existencia.

Semejante actitud con respecto a la criatura era explicable en cierto modo, pero, ¿qué había pensado en relación con su hermana? Hardcastle declaró:

—Parece extraño que su hermana no procurara mantener contacto con usted. A este fin, con una carta de vez en cuando hubiera tenido bastante. Por tan sencillo procedimiento se hubiera enterado de los progresos de su hija.

La señora Lawton movió la cabeza, sonriendo débilmente.

—De haber conocido usted a Ann no diría eso. Cuando tomaba una decisión ésta tenía siempre el carácter de irrevocable. Y pasaba también que nosotras nos hallábamos algo distanciadas. Yo era mucho más joven que ella… Doce años me llevaba.

—¿Su esposo qué dijo ante la forzada adopción de Sheila?

—Por entonces yo había enviudado ya. Me casé muy joven y mi marido murió en la guerra. En aquella época nosotros teníamos un pequeño negocio, una pastelería.

—¿Dónde? No sería aquí, en Crowdean, supongo.

—No. Vivíamos por aquellas fechas en Lincolnshire. En el transcurso de unas vacaciones vine aquí una vez. Me gustó esto tanto que vendí la tienda para venirme a vivir a Crowdean. Más adelante, cuando Sheila entró ya en edad escolar, me coloqué en «Roscoe & West», los famosos comerciantes de tejidos. Aún trabajo para ellos. Son una gente muy agradable.

Hardcastle se puso en pie.

—Muchísimas gracias, señora Lawton, por su atención, por haberme hablado también con tanta franqueza.

—De esto no dirá usted ni una sola palabra a Sheila, ¿verdad, inspector?

—En efecto, a menos que sea absolutamente necesario, lo cual ocurrirá sólo en el caso de que determinados detalles pertenecientes al pasado tengan relación con el crimen cometido en la casa número diecinueve de Wilbraham Crescent, cosa bastante improbable —Hardcastle sacó la fotografía que había estado mostrando a todos aquellos con quienes iba hablando, enseñándosela ahora a su interlocutora—. ¿Tiene usted idea de quién puede ser este hombre?

La mujer cogió la cartulina, examinando atentamente el rostro de la víctima.

—Estoy segura de no haber visto jamás a este hombre. No creo que viviera por este distrito. De haber sido así le reconocería. Le habría visto alguna vez en la calle, en el autobús, en cualquier sitio por el estilo… Desde luego… —La señora Lawton volvió a estudiar la fotografía. Guardó silencio un instante, para decir a continuación —: A mi juicio es un hombre de irreprochable aspecto. Un caballero es lo que a mí me parece. ¿No opina usted igual?

El vocablo, algo en desuso, un poco pasado de moda, sonaba con extraordinaria naturalidad en los labios de la señora Lawton. «Una mujer educada en el campo —pensó Hardcastle—. En ese ambiente todavía acostumbran a expresarse así». Miró la foto de nuevo, diciéndose muy sorprendido que no había llegado a formularse una idea semejante a la de la tía de Sheila. ¿Tan irreprochable era su aspecto, como para llamar la atención de aquélla? En esta línea de pensamientos, él precisamente había seguido una dirección contraria. Sus suposiciones podían ser inconscientes, sí, pero también cabía la posibilidad de que hubiesen sido influidas por la tarjeta descubierta en el bolsillo de la víctima, en la que figuraba un nombre, unas señas, una actividad profesional, todo ello, evidentemente, falso. Existía otra explicación: la tarjeta podía ser de un fingido agente de seguros. Quizás éste la hubiese introducido entre las ropas del cadáver. Tal giro tornaba el problema más difícil. Hardcastle consultó su reloj nuevamente.

—No está bien que la entretenga más tiempo y puesto que su sobrina no ha vuelto todavía…

La señora Lawton, a su vez, echó un vistazo al reloj de la chimenea. «Gracias a Dios, en este cuarto no hay más que un reloj», pensó el inspector involuntariamente.

—Si, es tarde —observó—. Me sorprende un poco esto… Menos mal que Edna decidió marcharse en lugar de esperarla.

Viendo una expresión de extrañeza en el rostro de Hardcastle, la mujer agregó:

—Estoy hablando de una de las compañeras de Sheila. Vino aquí para verla esta tarde. Después de esperarla un poco decidió irse. No podía aguardar aquí más tiempo. Estaba citada con no sé quién.

Dijo que volvería mañana o cualquier otro día.

De pronto el inspector se acordó. ¡La chica que viera en la calle! Ya sabia por qué razón había pensado en seguida en unos zapatos femeninos, una idea, a primera vista, absurda. Sí, no cabía duda alguna. Era la joven que le había recibido en el «Cavendish Bureau», la muchacha que en el instante de salir del local sostenía entre sus manos un zapato con el largo tacón desprendido, aquélla que, apurada, había preguntado a sus compañeras cómo se las arreglaría para regresar a su casa. Era una joven de aspecto corriente, escasamente atractiva, que hablaba paseándose continuamente un caramelo de un lado a otro de la boca. Ella le había reconocido al pasar a su lado. Había vacilado un momento, como si hubiera pensado por un segundo hablarle…

Hardcastle se preguntó qué tendría que decirle. ¿Deseaba explicarle acaso por qué visitaba a Sheila Webb? ¿Habría pensado la chica que él esperaba que le contase alguna cosa? El inspector preguntó a la señora Lawton:

—Esa muchacha, ¿es muy amiga de su sobrina?

—No mucho, realmente —contestó la tía de Sheila—. Trabajaban en el mismo sitio y mantienen las relaciones normales propias en tal caso. Edna es una joven sin personalidad. Nada brillante, creo que son escasos los puntos de contacto que puede haber entre las dos. Pues sí… Yo me pregunté por qué tendría tanto interés por ver a Sheila esta noche. Me dijo que era algo que ella no acertaba a comprender y deseaba que mi sobrina se lo explicara.

—¿No concretó más?

—No. Manifestó que a su parecer no tenía mucha importancia.

—Bien, señora Lawton. Debo irme ya.

La mujer frunció el ceño, preocupada:

—Es raro que Sheila no haya telefoneado. Siempre lo hace cuando se entretiene más de la cuenta, frecuentemente el profesor la obliga a que se quede a comer. Bueno… Lo más seguro es que llegue de un momento a otro. La gente forma colas interminables en las paradas de autobuses, y el «Curlew Hotel» queda a bastante distancia de aquí. ¿No quiere dejar ningún recado para Sheila?

—No, no, gracias —repuso el inspector. Al salir del piso, éste inquirió:

—¿Quién escogió los nombres de Rosemary y Sheila que lleva su sobrina? ¿Usted o su hermana?

—Nuestra madre se llamaba Sheila. El nombre de Rosemary fue escogido por mi hermana. Un nombre, este último, de novela rosa o de cuento infantil, fantástico… Sin embargo, Ann no era propensa a las fantasías ni a los sentimentalismos.

—Bien. Adiós, señora Lawton.

Cuando Hardcastle dejaba la entrada de la casa, pensó: «Rosemary…, ¿por qué? ¿Quería fijar así un recuerdo esa mujer? ¿Un recuerdo romántico? ¿Algo… completamente distinto?».

Capítulo XIII

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Subía por Charing Cross Road y me adentré en el laberinto de calles que serpenteaban entre New Oxford Street y Covent Garden. Encuéntranse por allí todo género de establecimientos: hay tiendas de antigüedades, «hospitales» de muñecas, locales en que lo mismo se vende una zapatilla de ballet que artículos comestibles de procedencia extranjera…

Me resistí al señuelo de las vitrinas de un «hospital» de muñecas, saturado de ojos de cristal azules o castaños, llegando por fin a la meta que me había propuesto alcanzar. Tratábase de una pequeña y desaseada tienda, una librería concretamente, situada en una calleja lateral que no quedaba muy lejos del Museo Británico. Observé los anaqueles llenos de los libros de costumbre. Había allí novelas viejas, obras antiguas de texto y rarezas de diversas clases con sus rótulos indicadores de los precios respectivos, bajos, naturalmente. Descubrí ejemplares que tenían todas sus páginas y algunos con la encuadernación intacta, los cuales constituían verdaderas excepciones.

Entré de lado en el «establecimiento». Había que hacer eso para pasar al interior. Los libros, día a día, iban suponiendo un obstáculo mayor, que dificultaba el acceso al local desde la calle. Dentro, aquéllos se habían adueñado de casi todo el espacio disponible. Evidentemente, se multiplicaban carentes de unas manos cuidadosas que impusiesen un poco de orden. Entre los estantes quedaban unos pasillos tan estrechos que costaba bastante trabajo deslizarse a lo largo de los mismos. Todas las superficies, por reducidas que fuesen, aparecían ocupadas. Los libros formaban unas

columnas que desde las mesitas y los estantes superiores aspiraban visiblemente a llegar al techo.

En un rincón, sentado en una banqueta, cercado por sus artículos, había un viejo de faz grande y aplanada que recordaba la cabeza de un pez, tocado por un sombrero. Notábase en él el aire de la persona que, empeñada en una lucha desigual, se ha dado de antemano por vencida. Había intentado denodadamente imponerse a sus libros, pero éstos habían podido más que él. Era una especie de Rey Canuto del mundo del libro, declarándose en retirada frente a aquella oleada de letra impresa. De haber adoptado otra actitud, el señor Soloman, propietario del local, hubiera obtenido idénticos resultados. El hombre me reconoció en seguida. La severa expresión de su cara de pez se ablandó levemente y aquél hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo.

—¿Ha conseguido usted algo de lo que a mi me interesa? —le pregunté.

—Tendrá que echar un vistazo por aquí, señor Lamb. ¿Continúa interesándose por las algas marinas?

—Así es.

—Ya sabe usted entonces dónde están esos libros. Biología marina, fósiles, obras sobre la Antártida: segundo piso. Anteayer recibí un nuevo paquete. Comencé a examinar el contenido, pero no pude terminar… Los descubrirá en un rincón.

Siempre caminando de lado, me acerqué a una minúscula y desvencijada escalera, llena de polvo, que arrancaba de la parte posterior de la librería. En el primer piso habían sido reunidas las obras referentes a los países orientales, publicaciones de Arte, Medicina y clásicos franceses. Había allí un cuarto al que no tenía acceso todo el público, destinado a los bibliófilos, en el que se guardaban volúmenes «raros» o «curiosos». Proseguí mi ascensión hasta el segundo piso…

De una manera más bien inadecuada se hallaban aquí clasificados los libros sobre Arqueología e Historia Natural. Me deslicé por entre varios estudiantes, unos militares viejos y dos o tres pastores y dando la vuelta a una estantería me acerqué a un rincón en el que vi algunos paquetes de libros en el suelo, parte de los cuales habían sido abiertos. Me enfrenté con un obstáculo: una

pareja de estudiantes que olvidados del mundo permanecían estrechamente abrazados en un ángulo favorecido por las sombras. Al verme se turbaron mucho. Ni él ni ella sabían a donde mirar.

—Dispensen —les dije, empujándoles decidido a un lado.

Luego levanté una cortina que disimulaba una puerta e introduciendo la llave que saqué de uno de mis bolsillos en su cerradura abrí aquélla. Me encontré en un vestíbulo de desconchadas paredes, de las cuales colgaban cuadros con temas relativos al ganado de las Tierras Altas de Irlanda. Vi otra puerta con un tirador deslumbrante, muy pulido. Dejé caer el limpio picaporte y la puerta se abrió, quedando yo frente a una mujer ya anciana, de blancos cabellos, armada con unos impertinentes de viejísima traza, la cual vestía una falda negra y una inapropiada blusa muy holgada, a rayas azules.

—¡Ah, eres tú! —dijo la mujer sin utilizar otra fórmula previa de saludo—. Ayer estuvo preguntando por ti. No parecía muy contento.

La anciana movió la cabeza haciendo un gesto que recordaba el de una niñera riñendo a un chiquillo travieso.

—Tendrás que intentar superarte —agregó.

—Vamos, vamos, Nanny, no se ocupe usted de eso —le contesté.

—Haz el favor de no llamarme Nanny —repuso la dama—. Eso es una insolencia. Ya te lo he dicho en alguna otra ocasión.

—Usted tiene la culpa. Procure no hablarme como si fuese una criatura.

—En efecto, ya eres talludito. Bueno, mejor será que entres y te despaches cuanto antes.

La mujer oprimió el botón de un intercomunicador que había sobre una mesa, diciendo:

—Es el señor Colin… Sí, le hago pasar.

Después de oprimir nuevamente el botón del aparato la anciana me hizo una seña.

Pasé a otra habitación en la que flotaba una humareda tan espesa que resultaba difícil ver nada.

Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a aquélla, divisé la hercúlea figura de mi jefe acomodada en un sillón que ya tendría muchos años. Junto a uno de sus brazos había una mesita de pie

giratorio, un mueble de otra época más bien.

El coronel Beck se quitó los lentes, hizo girar la mesita, sobre la cual había un libro de muchas páginas y me miró con aire de desaprobación.

—Por fin usted, ¿eh? —me dijo.

—Sí, señor.

—¿Ha conseguido algo positivo?

—No, señor.

—Tenia que ser así, Colin, tenía que ser así. ¿A qué podía conducirle a usted la inspección de todas las «Crescent»?

—Todavía pienso que eso puede dar resultado.

—Es que no podemos estar esperando indefinidamente…

—Admito que fue sólo una corazonada.

—Ningún daño hay en ello —repuso el coronel Beck.

Era éste un hombre que a veces se contradecía.

—Mis mejores trabajos nacieron de unas corazonadas. Ahora bien, la suya da la impresión de ir a dar pocos frutos. ¿Acabó ya con las tabernas?

—Si, señor. Como ya le notifiqué, he iniciado mi trabajo con las «Crescent», esto es, aquellas casas que forman calles en tirada de semicírculo o, mejor, media luna. En la denominación de la vía correspondiente siempre figura la palabra mencionada.

—Nunca supuse que con ese vocablo aludiera usted a las panaderías que elaboran artículos franceses, aunque hubiera estado justificado. En algunos de esos establecimientos se elaboran «croissants» franceses que no tienen de tal procedencia más que el nombre. Actualmente logran su conservación procurándoles un ambiente frío, igual que suelen hacer con todos los alimentos que ingerimos hoy. Tal es el motivo de que ninguno de ellos sepa jamás a nada[4].

Esperé un momento para ver si mi superior procedía a explayarse. Aquél era uno de sus temas de conversación favoritos. Pero el coronel Beck, adivinando mi actitud, se contuvo.

—¿Finalizó su inspección?

—Casi. Aún me queda por recorrer algún camino, sin embargo.

—Necesita más tiempo, ¿no?

—Efectivamente, necesito más tiempo, sí. Pero no deseo cambiar

de escenario de momento. Se ha producido una coincidencia y ésta, quizá, podría significar algo.

—No se ande por las ramas. Refiérame hechos.

—Lugar en que ahora se concentran mis indagaciones: Wilbraham Crescent.

—De donde no ha sacado nada todavía.

—No estoy seguro.

—Concrete, muchacho, concrete.

—La coincidencia a que he hecho referencia se circunscribe a esto: un hombre fue asesinado en Wilbraham Crescent.

—¿Quién le asesinó?

—No se sabe todavía. La policía encontró en sus bolsillos una tarjeta en la que figuraba un nombre y unas señas, falsas ambas cosas.

—Ya, ya… Muy sugestivo. ¿Tiene eso alguna relación con lo nuestro?

—Conforme, conforme. Sin embargo… —repitió el coronel—. Bueno, ¿a qué ha venido usted? ¿A pedir permiso para continuar husmeando en Wilbraham Crescent, por absurdo que parezca su empeño? ¿Dónde para eso?

—Se encuentra en un lugar llamado Crowdean, a diez millas de Portlebury.

—Sí, sí. Un emplazamiento muy estratégico. Pero, ¿a qué ha venido? Usted, habitualmente, no pide permiso para nada. Suele hacer lo que se le antoja. ¿Acaso no es verdad lo que digo?

—Sí, señor. Temo que tenga usted mucha razón para hablar de ese modo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Hay varias personas cuyas vidas quisiera que fuesen investigadas.

Con un suspiro, el coronel Beck volvió a colocar la mesita en posición, sacando de uno de sus bolsillos un bolígrafo, fijando luego su mirada en mí.

—Usted dirá.

—Existe una casa llamada «Diana Lodge». Es el número 20 de Wilbraham Crescent. Una mujer llamada Hemming y cerca de dieciocho gatos que la habitan.

—¿«Diana Lodge»? De acuerdo. ¿A qué se dedica la señora Hemming?

—A nada. Vive por y para sus gatos.

—Una buena cobertura, diría yo. Por supuesto, de ahí pudiera salir algo. ¿Es eso todo?

—No. Quiero hablarle de un hombre apellidado Ramsay. Vive en el número 62, también de Wilbraham Crescent. Un técnico en construcciones, me han dicho que es. Esto me ha parecido un tanto vago… Se pasa la mayor parte de su vida en el extranjero.

—¡Hombre! Me gusta el cariz que toma esto —manifestó el coronel Beck—. Pero que mucho… Usted desea poseer informes concretos sobre él, ¿no? Conforme.

—Está casado con una buena mujer y el matrimonio tiene dos hijos… bastante atravesados.

—Pues sí que puede estar casado. ¿Por qué no? Existen precedentes. ¿Se acuerda de Pendleton? Tenía esposa e hijos. Una mujer magnífica. Jamás he conocido otra más estúpida que ella. Ni por una sola vez se le ocurrió pensar que su marido no era todo lo respetable que la buena señora se imaginaba. Y ahora que caigo en la cuenta… Pendleton disfrutaba también de una esposa alemana, con un par de hijas. Y de otra en Suiza… No sé si tantas esposas representaban un exceso de carácter exclusivamente personal o venían a ser aquéllas una especie de camuflaje. El se agarraría a esto último, desde luego. Bueno. Usted lo que desea son informes relacionados con el señor Ramsay. ¿Algo más?

—No sé… En el 63 habita un matrimonio. El es profesor. Se encuentra jubilado ya. McNaughton, se apellida. Es escocés. Entrado en años. Pasa su tiempo dedicado a la jardinería. No tengo ningún motivo para desconfiar de esa gente, pero…

—Conforme. Haremos las comprobaciones oportunas. ¿Por qué circunstancia particular ha concentrado su atención en esas personas?

—Los jardines de sus casas tocan o se hallan muy próximos al correspondiente a la vivienda en que fue cometido el crimen.

—Eso suena igual que un ejercicio de francés. «¿Dónde está el cadáver de mi tío? En el jardín del primo de mi tío». ¿Qué puede decirme acerca del número 19?

—Habita esta casa una mujer ciega, antigua maestra. Trabaja en una institución dedicada a los niños invidentes. La policía local ha comprobado ya todos los extremos relativos a ella.

—Está capacitada para ganarse la vida y se la gana, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Y en relación con las otras personas, ¿qué piensa? ¿Ha formulado ya una hipótesis?

—Yo pienso que de haber sido cometido un crimen en cualquiera de las casas habitadas por las personas que he mencionado, el asesino, aunque exponiéndose, hubiera podido trasladar el cadáver de la víctima al número 19 a una hora propicia del día. Una mera posibilidad, eso es todo. Y hay algo que me agradaría enseñarle a usted. *Esto*.

Beck cogió la moneda manchada de tierra que le alargué.

—¿Un *haller* checo? ¿Dónde lo halló usted?

—No fui yo quien lo encontró, pero sé que estaba en el jardín posterior de la casa número 19.

—Muy interesante. En su obsesión por las «crescents» y «medias lunas» es posible que llegue a alguna parte. —El coronel Beck añadió, pensativamente—: Existe una taberna llamada «The Rising Moon»[5] en una calle próxima a ésta. ¿Por qué no prueba su suerte allí?

—Visité ese local ya.

—Tiene usted siempre una respuesta a punto, ¿eh? —dijo el coronel—. ¿Quiere un cigarrillo?

—Muchas gracias. Hoy dispongo de poco tiempo.

—¿Se dispone a volver a Crowdean?

—Sí. Quiero asistir a la encuesta judicial.

—Ya verá como es aplazada. ¿Seguro de que no anda detrás de ninguna chica allí?

—Absolutamente seguro —respondí un tanto amoscado. Inesperadamente, el coronel Beck comenzó a reír, fijando su regocijada mirada en mí.

—Mire usted bien dónde pisa, hijo mío. Las faldas andan haciendo constantemente de las suyas. ¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—Le he dicho que no hay ninguna… Está bien. Hay una

muchacha por en medio; la joven que descubrió el cadáver.

—¿Cuál fue su reacción al suceder eso?

—Gritar.

—Estupendo —comentó el coronel—. Como si lo viera: echó a correr en dirección a usted y reclinando la cabeza en su hombro le contó lo que había visto. ¿Fue así?

Repliqué fríamente:

—No sé de qué me está hablando. Eche un vistazo a todo esto. Saqué varias de las fotografías tomadas por los especialistas de la policía.

—¿Quién es este hombre?

—El asesinado.

El coronel Beck apartó la vista de las cartulinas para indicarme, muy serio:

—Diez contra uno a que esa muchacha que tan bien le ha caído es la autora del crimen. La historia que cuenta se me antoja falsa desde el principio hasta el fin.

—Aún no la ha oído usted. La verdad es que todavía no se la he contado.

—No necesito que me la refiera —repuso el coronel Beck, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo—. Procure asistir a la encuesta, hijo mío, y no pierda de vista a la chica ¿se llama acaso Diana, o Artemisa, o algo que tenga relación con los semicírculos y las medias lunas?

—No.

—Está bien. ¡Recuerde que también puede darse tal posibilidad!

Capítulo XIV

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Había transcurrido bastante tiempo desde la última vez que estuviera en Whitehaven Mansions. Varios años atrás había sido un edificio de modernos pisos que destacaban en el lugar en que se encontraba emplazado. Ahora se hallaba flanqueado por otras construcciones más importantes y acordes con la moda. En el vestíbulo del inmueble noté que el ascensor había sido pintado recientemente, presentando las maderas líneas amarillas y verdes en tonalidades muy desvaídas.

Ya en el piso que buscaba oprimí el botón del timbre correspondiente al Apartamento número 203. Me abrió la puerta un servidor irreprochablemente vestido: George, quien me acogió con una amplia sonrisa.

—¡Señor Colin! ¡Cuánto tiempo sin verle!

—Pues es verdad, George. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, señor. Bajé la voz.

—¿Y él? ¿Cómo se encuentra él?

George bajó también la voz, cosa harto difícil porque, como siempre, se expresaba en el tono justo.

—A veces le veo ligeramente deprimido.

Asentí.

—¿Me hace el favor, señor? Por aquí… George cogió mi sombrero.

—Anúnciame, por favor, como el señor Colin Lamb.

—De acuerdo, señor.

El servidor abrió una puerta, diciendo con toda claridad:

—El señor Colin Lamb desea verle.

George retrocedió lentamente para dejarme entrar.

Mi amigo Hércules Poirot se encontraba sentado en su butacón de costumbre, delante de la chimenea. Observé que una de las barras de la estufa de infrarrojos eléctrica estaba roja a más no poder. Corrían los primeros días de septiembre. Hacía calor más bien. Pero Poirot era uno de los primeros hombres que se barruntaban y sentían la frialdad inicial del otoño, apresurándose a tomar las oportunas precauciones contra el mismo. A uno y otro lado de él tenía varios montones de libros. Sobre una mesa situada a su izquierda había aún más. Al alcance de la mano derecha tenía una taza de la cual se desprendía un líquido resultante de la ebullición de varias hierbas medicinales: una tisana. Poirot era aficionado a éstas y a menudo insistía en que le acompañara en sus degustaciones. A mí aquellos caldos me parecían nauseabundos. Además de producirme arcadas me causaban insoportable cosquilleo en la nariz.

—¡No se levante, por Dios, Poirot!

Pero mi amigo estaba ya en pie al pronunciar yo estas palabras, acercándoseme con los brazos abiertos.

—¡Vaya, vaya! Conque es usted, ¿eh?, mi joven amigo. Mi amigo Colin. Pero, ¿por qué ha agregado a su nombre el apellido Lamb? Déjeme pensar. A este respecto circula por ahí un dicho o un proverbio… Algo relacionado con un carnero que se disfrazó de cordero[6]. No. Eso es lo que se dice aquí de las mujeres de edad que intentan aparecer más jóvenes de lo que en realidad son. Esto no le cuadra a usted. ¡Ajá! Ya lo tengo. Usted es un lobo que se oculta tras la piel de una oveja. ¿Eh? ¿Qué tal?

—Ni siquiera es eso, amigo mío —respondí—. Sencillamente: dada la índole de mis actividades pensé que incurría en un error al utilizar mi apellido verdadero ya que me exponía a que alguien me relacionara con mi padre. Así nació Lamb, un vocablo breve, sencillo, fácil de recordar. Además, halagándome un poco, creo que se adapta a mi carácter.

—Yo no estoy tan seguro de ello —manifestó Poirot—. ¿Y cómo se encuentra mi buen amigo, su padre?

—El viejo se encuentra magníficamente. Muy ocupado con sus plantas. Los meses pasan con tal rapidez que jamás sé a ciencia

cierta qué es lo que está cultivando…

—Así pues, ¿ha concentrado su atención en la horticultura, acaso?

—Todo el mundo parece inclinarse por esa afición u otra semejante al final.

—Exclúyame a mí —manifestó Hércules Poirot—. Una vez me dio por las calabazas, sí, pero ya no he vuelto a ocuparme de ellas. En cuanto a la jardinería se me ocurre: si uno quiere hacerse con las mejores flores, ¿por qué no ir a un buen establecimiento, a la floristería más indicada? Tengo entendido que mi buen superintendente se había aplicado a la tarea de escribir sus memorias. ¿Es verdad eso?

—Comenzó a hacerlo, pero luego observó que lo publicable resultaba tan insípido que no valía la pena tomarse tal molestia.

—Sí, es preciso ser discreto. Una lástima porque su padre hubiera podido relatar cosas muy sustanciosas. Yo le admiro, sinceramente. Le admiré siempre. ¿Sabe usted? Sus métodos suscitaron mi interés desde el primer momento de nuestra relación. Supo manejar como nadie el factor evidente. Montaba la trampa, una trampa evidentísima, demasiado clara, a la que todo el mundo oponía reparos, precisamente porque saltaba a la vista… Pero el criminal, evidentemente también, acababa por caer en ella, no se le escapaba nunca.

Me eché a reír.

—Actualmente los hijos no suelen confesar su admiración por sus padres. Es una concreta faceta de la actividad humana, la mayoría prefiere sentarse ante sus mesas, pluma en mano, previamente cargada de veneno, e ir recordando mezquindad tras mezquindad y tontería tras tontería, vertiendo el triste fruto de su imaginación en las cuartillas. Por lo que a mí respecta, debo confesar que mi padre me inspira auténtica admiración ¡Ojalá llegara a ser como él algún día! Claro que yo he tomado otra orientación.

—La cual está relacionada con la de mi buen amigo —opinó Poirot—. Estrechamente relacionada, si bien usted se ve obligado a moverse entre bastidores mientras que él actuaba ante el público —Hércules Poirot tosió levemente—. Creo que he de felicitarle por su

último triunfo, ¿no? Me refiero al *affaire* Larkin.

—Este marcha bien, sencillamente. Pero me quedan por averiguar algunas cosas si quiero redondear debidamente ese asunto. He de decirle, sin embargo, que no vine aquí para hablar con usted de él.

—Claro, claro…

Poirot me señaló una silla, ofreciéndome una taza de tisana, que yo inmediatamente rechacé.

—Bueno, ¿y qué lleva usted entre manos ahora? —me preguntó.

Eché un vistazo a los libros que tenía alrededor de su butacón.

—Parece ser que anda usted enfrascado en algunas indagaciones, ¿eh?

Poirot suspiró:

—Llámelo así si quiere. Pues sí, quizá no ande usted descaminado en su apreciación. Últimamente he venido sintiendo la imperiosa necesidad de enfrentarme con un problema. Lo de menos era, me dije, el carácter del mismo. Lo que interesaba era aquél en sí. No son los músculos los que yo preciso ejercitar sino las células cerebrales.

—Con la intención, naturalmente, de mantenerlas en forma.

—En efecto —Hércules Poirot suspiró de nuevo—. Ahora bien, tenga en cuenta *mon cher*, que ese problema no es tan fácil de conseguir como parece a primera vista. Verdad es que el pasado jueves se me presentó uno. En el sitio en que suelo dejar siempre mi paraguas descubrí tres trozos de piel de naranja seca. ¿Cómo pudieron llegar hasta allí? Es el caso que yo no como naranjas jamás. George no se atrevería nunca a dejar esas pieles en semejante sitio. Tampoco era probable que hubiese venido un visitante que llevase aquéllas en uno de sus bolsillos. Sí, desde luego, era todo un problema.

—¿Llegó usted a resolverlo?

—Sí, señor.

Me habló en un tono de voz que denotaba más melancolía que orgullo.

—Al fin no resultó ser de mucho interés. La cosa se basaba en la sustitución de la antigua mujer encargada de la limpieza. Desacatando las órdenes dadas al respecto, la nueva trajo consigo a

uno de sus hijos. Por las trazas, como verá, el problema no podía figurar entre los apasionantes, si bien estuvo informado por toda una espesa trama de mentiras, omisiones y todo lo demás… Me produjo una profunda satisfacción pese a que carecía de importancia.

—Una desilusión —sugerí.

—*Enfin* —dijo Poirot—, yo soy un hombre modesto. No obstante, para cortar el hilo de un paquete no hay por qué utilizar un estoque.

Moví la cabeza solemnemente, apoyando con mi gesto sus palabras. Poirot continuó hablando:

—Desde hace unos días me entretengo leyendo. Ahora he centrado mi atención en ciertos misterios correspondientes a hechos acaecidos realmente, aplicando a aquéllos las soluciones que se me ocurren.

—¿Se refiere usted a esos casos como el de Bravo, el de Adelaide Barlett y otros por el estilo?

—Exactamente. Pero en cierto modo el de aquél fue demasiado fácil. Yo no abrigo ninguna duda acerca de la identidad de la persona que asesinó a Charles Bravo. Su compañera pudo haber estado complicada en el crimen, pero ella, ciertamente, no representó la fuerza impulsora. Y luego tenemos la figura de esa desgraciada adolescente Constance Kent. El móvil verdadero de la supresión del hermano pequeño, a quien ella amó siempre, evidentemente, fue una incógnita. Para mí no, por supuesto. Lo vi todo claro nada más leer las informaciones referentes al caso. En cuanto a Lizzie Borden, no hubiera tenido que hacer otra cosa que dispararle varias preguntas en relación con determinadas personas. Pero me figuro que ya habrán fallecido cuantos tuvieron que ver con el *affaire*…

Pensé, como en otras ocasiones, que la modestia no era precisamente una de las cualidades de Hércules Poirot.

—¿Qué cree que hice luego? —me preguntó mi amigo.

Me dije que Poirot no debía haber tenido en los últimos días mucha gente con quien hablar y que ahora disfrutaba oyéndose a sí mismo.

—De la vida real pasé a la imaginada, a la pura ficción. Aquí me

tiene entre diversos ejemplos de la misma, situados a mi derecha y a mi izquierda. Me he entregado al trabajo… Mire… —Poirot me mostró el libro que yo viera sobre uno de los brazos de su sillón al entrar en el cuarto—. He aquí, mi querido Colin. El caso *Laevenworth*.

Seguidamente depositó en mis manos la obra aludida.

—Ha retrocedido usted bastantes años —comenté—. Siendo un niño creo haber oído hablar a mi padre de este libro. Me parece incluso que llegué a leerlo. Estará pasado de moda, seguramente.

—Se trata de una obra admirable. Leyéndola es posible saborear el ambiente de la época, el cuidado drama que contienen sus páginas. Recuerde las detalladas descripciones del autor para darnos a conocer la belleza de Eleanor, la hermosura de Mary…

—Tendré que volver a leerla. He olvidado tales detalles.

—Y luego está el tipo de la sirvienta, Hannah, absolutamente real. Y el del criminal, que constituye un estudio psicológico excelente. Opté por escuchar a Poirot con toda atención.

—Ocupémonos ahora de las *Aventuras de Arsenio Lupin*. ¡Qué fantástica, qué irreal resulta esta obra! Y, sin embargo, ¡cuánta vitalidad, qué vigor encierra! Hay en ella también su carga de humor, bien dosificado.

Dejando a un lado las *Aventuras de Arsenio Lupin*, Poirot cogió otro libro.

—Aquí tiene usted *El Misterio del Cuarto Amarillo*. ¡Ah! ¡Este sí que es un clásico realmente! No tengo más remedio que confesar mi conformidad con él, desde el principio hasta el fin. En su tiempo suscitó muchas críticas. Fue considerado por muchos falso su asunto, mi querido Colin. Un error. Estaba muy próximo a la falsedad, en todo caso. Le separaba de ella el espesor de un cabello. No. Todo lo que ese libro contiene es verdad, una verdad oculta cuidadosamente tras el astuto juego de las palabras. Todo se aclara en el momento supremo, cuando los hombres se encuentran en la confluencia de tres pasillos —Poirot hizo una leve reverencia—. Definitivamente; una obra maestra, a mí me parece que casi olvidada en la actualidad.

Poirot se había remontado a veinte años atrás, con el propósito de estudiar la labor de los escritores del género que habían ido

surgiendo después.

—He leído, asimismo, algunas de las primeras obras de la señora Ariadne Oliver, una amiga mía… Bueno, creo que usted también la conoce. No apruebo por completo sus libros. Los sucesos que en ellos se relatan son improbables por todos conceptos. La autora recurre demasiado frecuentemente al brazo de largo alcance de la coincidencia. Siendo joven en la época en que escribió esos volúmenes, incurrió en la necedad de dar a su detective la nacionalidad finlandesa. Es evidente que ella no sabe ni una palabra acerca de los fineses ni de Finlandia. Es decir, si exceptuamos lo que haya podido aprender en los libros de Sibelius. No obstante, sabe hacer de vez en cuando una deducción inteligente, posee unos hábitos mentales sanos y en los últimos años ha aprendido una gran cantidad de detalles referentes a los procedimientos policíacos. Entiende también algo más de armas de fuego y de cuanto se relaciona con su empleo. Ha cubierto una laguna tremenda últimamente. Por lo visto acostumbra a consultar con algún amigo abogado o procurador determinados puntos de carácter legal.

Hércules Poirot dejó el libro de la señora Ariadne Oliver, que en aquel instante tenía en sus manos, para coger otro.

—Aquí tenemos a Cyril Quain. ¡Ah! El señor Quain es el maestro de la coartada.

—No lo recuerdo muy bien, pero se me antoja un escritor aburrido.

—Es cierto que en sus libros no ocurre nada particularmente emotivo —explicó Poirot—. Desde luego, en ellos anda un cadáver por en medio. Y a veces más de uno. Pero todo radica siempre en la coartada, en el horario de ferrocarriles, las rutas de las líneas regulares de autobuses, la disposición de las carreteras… Confieso que me agrada este intrincado, este detallado, uso de la coartada. Y la gozo intentando sorprender a Cyril Quain en un error…

—Supongo que siempre logrará salirse con la suya —señalé.

Poirot se mostró sincero.

—Siempre no —admitió—. Ocurre que al cabo de algún tiempo uno se da cuenta de la semejanza existente entre los distintos libros de dicho autor. Las coartadas se parecen siempre en el fondo, aunque se refieren a cosas distintas. *Mon cher* Colin: me imagino a

Cyril Quain sentado frente a la mesa de su despacho, fumando una pipa, tal como se ve en las fotografías, rodeado de sus obras de consulta, de folletos de vías aéreas, de horarios y guías de todas clases y procedencias… Debía conocer, incluso, las rutas marítimas. Usted dirá lo que quiera, Colin, pero el trabajo de Cyril Quain está presidido por el orden y el método.

Hércules Poirot se olvidó de Quain para coger otro libro.

—Aquí tenemos ahora a Garry Gregson, un prodigioso escritor de novelas de emoción e intriga. Creo que llegó a publicar unas sesenta y cuatro. Con respecto a Quain viene a ser el polo opuesto. En los libros de aquél no sucede nada; en los de Gregson ocurren demasiadas cosas. Ocurren de una manera inadmisible muchas veces y en aluvión, revueltas. Todas son de un tono subido. Se trata de una especie de melodrama agitado. Hay sangre, cadáveres, pistas, emociones amontonadas… Todo es sensacional, espeluznante, en esos libros. No hay nada que recuerde la vida tal y como es ésta. Usted diría que las obras de Gregson no son, por ejemplo, como mi taza de té. Tiene usted razón. Aquéllas recuerdan más bien uno de esos cócteles americanos de oscuro origen, compuestos con ingredientes sospechosos.

Poirot suspiró, hizo una pausa y continuó con su discurso.

—Volvamos la mirada hacia América —cogió uno de los libros del montón que tenía a su izquierda—. Le ha llegado el turno a Florence Elks. También, al igual que Quain, trabaja con método, escribiendo páginas saturadas de acontecimientos llenos de color, apuntados con sagaz intención. Es alegre y viva. Esa dama posee buen juicio, si bien como les sucede a numerosos escritores americanos, se halla un poco obsesionada con la bebida. Yo soy, como usted sabe, *mon ami*, un excelente catador de vino. Siempre me ha producido una gran satisfacción comprobar que un clarete o un borgoña introducidos en una historia de esta clase han llegado a ella con todos los honores de la autenticidad: con la anotación de la cosecha correspondiente. En cambio no me interesa, en absoluto, saber la cantidad de whisky o de aguardiente de maíz que consume un detective americano a lo largo de una de esas novelas del tipo mencionado que nos envían desde el otro lado del mar. El hecho de que el héroe ingiera un cuarto o medio litro de alcohol

periódicamente, alcohol que saca de uno de los cajones de la cómoda que tiene en el dormitorio, me parece que no afecta en nada a la historia en curso. La cuestión de la bebida en los libros americanos significa tanto como la cabeza del rey Charles para el pobre señor Dick cuando intentó escribir sus memorias. Le resultaba imposible evitar que figurara en el cuadro que se disponía a pintar.

—¿Qué me dice usted acerca de la escuela de los «duros»? —inquirí.

Poirot agitó una mano desechando la idea con la misma viveza con que hubiera espantado un inoportuno mosquito.

—¿La escuela de la violencia por la violencia? ¿Y desde cuándo ha tenido eso interés? Yo he presenciado muchas escenas de ese carácter en los primeros tiempos de mi carrera, como agente de policía. ¡Bah! Eso es lo mismo que si leyera un libro de texto de Medicina. *Tout de même*, sitúo a la novela policíaca americana en lugar preeminente. La estimo más ingeniosa, más imaginativa que la inglesa. El ambiente resulta menos sobrecogedor que el que se respira en las obras de la mayor parte de los escritores franceses. Ocupémonos, por ejemplo, de Louisa O'Malley…

Hércules Poirot buscó otro libro.

—Esta mujer escribe con la corrección de un erudito. Y, no obstante, provoca en sus lectores una gran emoción en marcha ascendente, cuidadosamente graduada. Esas mansiones neoyorquinas de muros color pardo rojizo… ¿Dónde radican exactamente? Pienso en los apartamentos que describe nuestra autora, en los esnobismos de sus personajes. Soterradas, discurren por insospechados cauces las corrientes que conducen al crimen. Pudo haber sucedido todo tal como ella nos lo cuenta y así ocurre. Esta Louisa O'Malley es excelente, magnífica. De veras.

Poirot suspiró. Echando hacia atrás la cabeza se bebió lo que quedaba en la taza de su tisana.

—Y luego… están los favoritos de todas las épocas.

Mi amigo buscó un nuevo libro.

—*Las aventuras de Sherlock Holmes* —murmuró admirativamente, para añadir en seguida, con devoción, una sola palabra—: *Maître*!

—¿Sherlock Holmes? —inquirí.

—¡Oh, no! ¡Sherlock Holmes, no! Mi exclamación iba dirigida a

su creador, a Sir Arthur Conan Doyle. Estas historias de Sherlock Holmes que todos conocemos se componen de elementos un tanto traídos por los pelos en realidad. Hay no pocas cosas falaces en ellas y se desarrollan de una manera artificiosa. Quería referirme al arte con que fueron escritas… ¡Ah! Esta es otra cuestión. En las páginas de Conan Doyle se paladea un lenguaje de buena ley. Y, sobre todo, hay que mencionar ese magnífico personaje que es el doctor Watson, una verdadera creación. He ahí uno de los éxitos indiscutibles de nuestro escritor.

Mi amigo, en virtud de una asociación de ideas, añadió:

—*Ce cher, Hastings*… Mi amigo Hastings, del cual usted me ha oído hablar con frecuencia. Hace tiempo que no he tenido noticias de él. ¡Qué decisión tan absurda la suya, al sepultarse en un país sudamericano, en un continente en el que cada día hay una revolución!

—Eso no ocurre solamente en Sudamérica hoy —observé—. Actualmente se registran revoluciones en todo el mundo.

—No vayamos a ponernos a discutir ahora sobre la bomba atómica, amigo mío. Puesto que no podemos alterar ciertas cosas, dejémoslas como están.

—La verdad es que vine a hablar con usted de otra cuestión que nada, absolutamente, tiene que ver con aquélla.

—¡Ah! Va usted a contraer matrimonio, ¿verdad? Me alegro, *mon cher*, me alegro mucho.

—¿Qué diablos le ha hecho pensar en eso, Poirot? No se trata de tal asunto, ¡ni hablar de ello!

—¡Hombre! Todos los días ocurren cosas como ésa.

—Es posible —repuso con firmeza—, pero no a mí. Yo quería decirle que andaba ocupado con un pequeño problema criminal.

—¿Sí? ¿Un problema criminal, ha dicho? Y ha venido usted a exponerme el caso. ¿Por qué?

—Pues… —yo me sentía ligeramente embarazado—. Pensé que le agradaría conocerlo.

Poirot me estudió unos segundos. Luego se acarició el bigote con cuidado, para contestarme, a su manera, finalmente:

—El amo suele ser cariñoso con él perro. A veces le arroja una pelota. También el animal es capaz de mostrarse afectuoso con su

dueño. El perro mata un conejo o una rata y corre en busca de su amo, depositando la caza a sus pies. ¿Y qué hace entonces? Sencillamente: menear el rabo.

Sin poderlo remediar, me eché a reír.

—¿Y estoy yo ahora moviendo el rabo?

—Creo que sí, amigo mío. Sí, creo que sí.

—De acuerdo. ¿Qué dice ahora el amo? ¿Desea examinar la caza? ¿Quiere saberlo todo?

—Por supuesto. Ha venido a hablarme de un crimen que usted piensa que despertará mi interés, ¿no es así?

—Lo malo del caso es que no hay una sola cosa en él que tenga sentido.

—Imposible —comentó Poirot—. Todo tiene sentido, absolutamente todo.

—Bueno, pues intente sacar consecuencias de lo que voy a referirle. Yo no lo he logrado. He de advertirle que esto no es nada que me afecte a mí directamente. He tenido intervención en el asunto por casualidad. Tenga presente que el misterio puede que se desvanezca en cuanto el cadáver sea identificado.

—Habla usted sin método ni orden —señaló Poirot severamente —. Le ruego que me ponga al corriente de los hechos. Me ha dicho que se trata de un crimen, ¿verdad?

—Efectivamente. La víctima es un hombre.

Le describí con todo detalle los acontecimientos que habían tenido por escenario la casa número 19 de Wilbraham Crescent. Hércules Poirot se recostó en su butacón, cerrando los ojos. Mientras estuvo escuchando mi narración no cesó un momento de dar golpecitos en el brazo de su sillón con el dedo índice de la mano derecha. Al callar yo también, él guardó silencio. Después me preguntó, sin abrir los ojos:

—*Sans blague?*[7]

—¡Oh, no, en absoluto! —respondí.

—*Epatant* —manifestó Hércules Poirot.

Pareció saborear la palabra repitiéndola sílaba tras sílaba. *E-pa-tant*. Tras esto continuó golpeando suavemente.

—Bueno —inquirí impacientemente, después de haber aguardado unos segundos más—, ¿qué tiene usted que decir de todo

esto?

—Pero, ¿qué quiere que diga?

—Desearía que me diese la solución del problema. De sus manifestaciones, a lo largo de otras charlas, he deducido que usted cree posible lograr hallar aquélla sin más trabajo que el de tenderse en un sillón reflexionando intensamente. Usted ha sostenido siempre que no es preciso andar de acá para allá haciendo preguntas a la gente o buscando pistas.

—Desde luego, es una teoría que he defendido siempre.

—En esta ocasión le he cogido la palabra. Ya le he dado a conocer los hechos. Ahora déme usted la respuesta.

—Sin más, ¿eh? Aún se desconocen muchas cosas, *mon ami*. Nos hallamos solamente en el principio, ¿no es así?

—Insisto pese a todo en que me diga *algo*.

Hércules Poirot reflexionó un instante.

—Una cosa es evidente —dijo—. Debe tratarse de un crimen muy simple.

—¿Simple? —repetí desconcertado.

—Naturalmente.

—¿Por qué tiene qué ser simple?

—Por una razón: por su compleja apariencia. ¿No lo comprende?

—Creo que no.

—Es curioso —musitó Poirot—. Todo lo que usted me ha contado… Estoy casi seguro de que los hechos que acaba de referirme me son vagamente familiares. Ahora bien, donde, cuando he tropezado con un tema similar…

Poirot se interrumpió.

—Su memoria tiene que ser forzosamente un vastísimo depósito de crímenes. Pero, por supuesto, no puede recordarlos todos, ¿es cierto?

—Así es, desgraciadamente. No obstante, en ocasiones, tales similitudes suelen ser útiles. En Lieja vivió hace tiempo un fabricante de jabones. El hombre envenenó a su esposa al objeto de contraer matrimonio con una rubia taquimecanógrafa. Quedaron establecidas determinadas características. Años después, muchos años después, se dieron una serie de circunstancias parecidas. Esta

vez fue un asunto relacionado con el robo de un perrito pequinés. ¡Ah! Pero el *modelo* era el mismo. Recurrí al equivalente, a aquel del que fueran protagonistas la rubia taquimecanógrafa y el fabricante de jabones. Y entonces, *voilá*! Así es como vienen a uno esas impresiones. Me ha parecido reconocer determinados detalles en lo que me acaba de contar.

—¿Se refiere a los relojes? —sugerí esperanzado—. ¿A los falsos agentes de seguros?

—No, no.

—¿Ha pensado en las mujeres ciegas?

—No, no, no. Por favor, no embrolle mis ideas.

—Me desconcierta usted. Poirot —le dije—. Esperaba que me diese la respuesta ansiada inmediatamente.

—Pero, amigo mío, hasta el momento presente usted no me ha facilitado más que un *modelo*. Aún hay que averiguar muchas cosas. Es de suponer que ese hombre acabe siendo identificado. Esa es una labor en la que la policía se ha mostrado siempre competente. Esta posee unos archivos muy completos; está facultada para publicar en todos los periódicos la fotografía de la víctima; conoce las listas de personas desaparecidas; posee laboratorios capaces de proceder a un examen científico de las ropas, etcétera, etcétera. ¡Oh, sí! La policía dispone de grandes medios para realizar su labor. No hay que dudarlo un momento, ese hombre será identificado.

—De modo que por el momento no hay nada que hacer. ¿Es eso lo que usted piensa?

—Siempre hay algo que hacer —manifestó Hércules Poirot gravemente.

—¿Por ejemplo?

Poirot levantó un dedo.

—Hablar con los vecinos.

—Ya lo he hecho. Acompañé a Hardcastle cuando éste fue a interrogarles. No conseguimos ningún informe especialmente provechoso.

—¡Ah! Eso es lo que ustedes creen. Pero yo les aseguraría lo contrario. Usted va a esas personas para preguntarles: «¿Ha visto algo sospechoso?». En cuanto le respondan que no, usted cree que ya está todo hecho. No me refería a eso al recomendarle que

charlara con los vecinos. Quería sugerirle la conveniencia de lograr por todos los medios que ellos les hablaran a ustedes. En una u otra entrevista, inevitablemente, hallarían una pista. Esa gente sacará a colación el tema de la jardinería, de los perritos domésticos, de las peluqueras, modistas, de las amistades de uno y otro sexo, de la cocina… Entre tanta palabrería vana siempre se da con un vocablo revelador, que arroja un foco deslumbrante de luz sobre el problema. Me ha dicho que no lograron nada provechoso como consecuencia de sus entrevistas. Yo sostengo que eso no puede ser. Si usted pudiera repetirme esos diálogos palabra por palabra…

—Puedo hacerlo, desde luego —declaré—. Tomé notas taquigráficas de cuanto oí mientras representaba el papel de agente, las cuales transcribí, siendo mecanografiadas posteriormente. Se las he traído. Aquí las tiene.

—¡Ah, qué buen chico es usted! De veras, ¿eh? Ha procedido usted pero que muy bien. *Je vous remercie infinitment.*

Me sentía un poco embarazado.

—¿Se le ocurren a usted más sugerencias? —le pregunté.

—Sí. Siempre hay algunas sugerencias que formular. Veamos lo de la chica… Hable con ella. Vaya a verla. Ya son ustedes amigos, ¿verdad? ¿No se arrojó a sus brazos cuando salía huyendo aterrorizada de la casa en que se cometió el crimen?

—La lectura de las obras de Garry Gregson ha influido en usted —observé—. Se expresa ya en un estilo melodramático.

—Tal vez tenga usted razón —admitió Poirot—. Los libros que uno lee con preferencia influyen inevitablemente en nosotros.

—En cuanto a lo de la muchacha… —comencé a decir, haciendo en seguida una pausa.

Poirot me miró inquisitivamente.

—¿Qué?

—No me gustaría… No quiero que…

—¡Ah, vamos! Allí, en lo más recóndito de su mente, usted piensa que la joven está complicada de un modo u otro en el caso.

—No, no. Fue una pura casualidad que ella estuviera en la casa…

—No, *mon ami*, nada de casualidad. Eso lo sabe usted perfectamente. Me lo ha dicho hace unos instantes. Alguien solicitó

sus servicios por teléfono, preguntando por la muchacha además.

—Es que ella no sabe por qué.

—Usted no puede estar muy seguro de que ella no sepa el porqué de ese interés. Lo más probable parece que lo sepa y quiera ocultar tal hecho.

—Yo no lo creo —repliqué obstinadamente.

—Existe la posibilidad de que llegue usted a averiguarlo por sí mismo hablando con la joven, cuyas ideas a lo mejor necesitan ser aclaradas.

—No sé cómo… Quiero decir… Apenas la conozco.

Hércules Poirot entornó los ojos nuevamente.

—Hay un momento en el curso del proceso de atracción mutua entre dos personas de sexos opuestos en que esa declaración resulta ser particularmente cierta. Supongo que es una muchacha muy bonita…

—Sí, en efecto, es muy linda.

—Usted hablará con ella —ordenó Poirot—, porque los dos son amigos ya. Luego, juntos, irán a ver a esa mujer ciega con cualquier pretexto. Más adelante visitará usted la firma para quien Sheila Webb trabaja, alegando, por ejemplo, que necesita que le pasen un manuscrito a máquina. Probablemente trabará relación con cualquiera de las otras chicas que trabajan en ese servicio de secretariado. Hágalo así y luego venga por aquí a contarme cuanto le hayan dicho esas personas, ce por be.

—¿No me tiene lástima? —le pregunté.

—No, en absoluto. ¡Si se va a divertir!

—Al parecer usted no se acuerda de que tengo que atender a mi trabajo normal.

—Actuará mejor tomando esto a modo de descanso —me aseguró Poirot.

Me puse en pie, echándome a reír.

—Bien, se ha convertido usted en mi doctor puesto que sabe qué es lo que más me conviene ¿No le queda nada que decirme ya? ¿Qué impresión le ha producido este extraño asunto de los relojes?

Poirot se recostó de nuevo en su butacón, entornando los ojos. Sus palabras no pudieron resultar para mi más inesperadas:

Ha llegado el momento, dijo la morsa,
de hablar de muchas cosas.
De zapatos, de buques, de lacres,
de coles y de reyes.
De la causa de que el mar hierva,
y de sí los cerdos tienen o no alas.

Mi interlocutor volvió a abrir los ojos, haciendo un gesto de asentimiento.

—¿Me ha comprendido? —preguntó.

—Acababa usted de citar un pasaje de Alicia en el País de las Maravillas.

—Exacto. De momento eso es cuanto puedo hacer por usted *mon cher*. Reflexione sobre lo que le he dicho.

Capítulo XV

A la encuesta judicial asistió numeroso público. La gente de Crowdean, impresionada por aquel crimen, esperaba que se produjeran revelaciones sensacionales. Los trámites, sin embargo, fueron tan escuetos y fríos como siempre. Sheila Webb no tenía por qué haber aguardado inquieta la llegada de aquel día. Todo quedó liquidado en unos minutos por su parte.

Desde el número 19 de Wilbraham Crescent alguien había llamado al teléfono del «Cavendish Bureau». La joven se había presentado en la casa, entrando en la misma y acomodándose en el cuarto de estar, de acuerdo con las órdenes recibidas. Aquí había descubierto el cadáver de un hombre, para salir en seguida corriendo a la calle, en demanda de auxilio. La señorita Martindale, que también prestó declaración, se sometió a un interrogatorio todavía más breve que el que sufriera su empleada. La persona que le había hablado por teléfono habíale asegurado ser la señorita Pebmarsh, solicitando los servicios de una taquimecanógrafa, con preferencia a las demás la señorita Sheila Webb, dando al mismo tiempo ciertas instrucciones. La señorita Martindale había anotado la hora exacta de la llamada, la 1:49. Con esto dio fin la actuación de la dueña del «Cavendish Bureau».

La señorita Pebmarsh, que declaró después, negó categóricamente haber solicitado de aquella entidad los servicios de una de sus empleadas. El detective inspector Hardcastle se limitó a hacer una reseña muy breve, especificando sencillamente que atendiendo una llamada telefónica se había presentado en el número 19 de Wilbraham Crescent, donde encontrara el cadáver de un hombre. El juez le preguntó:

—¿Ha podido usted identificar a la víctima?

—Todavía no, señor. Por tal motivo deseaba pedirle que la presente encuesta fuese aplazada.

—Será tomada en consideración su propuesta.

Luego le llegó el turno al doctor Rigg, médico del servicio[8], quien facilitó detalles sobre el reconocimiento practicado al cadáver.

—¿Está en condiciones de fijar la hora aproximada en que falleció ese hombre, doctor?

—El examen fue a las tres y media. Yo diría que su muerte se produjo entre la una y media y dos y media.

—¿No se puede concretar más?

—Prefiero no hacerlo. De todos modos, afirmando más, yo aseguraría que ese hombre murió a las dos o pocos minutos antes. Ahora bien, en la determinación de la hora exacta, hay que tener en cuenta muchos factores: edad, estado de salud, etcétera.

—¿Ha llevado a cabo la autopsia?

—Sí, señor.

—¿Qué es lo que le causó la muerte?

—La víctima fue apuñalada. Instrumento empleado: un fino y afilado cuchillo. Tal vez se trate de un sencillo cuchillo de cocina francés. La punta del mismo penetró…

El doctor se explayó en ciertas consideraciones de tipo técnico, detallando la forma exacta en que el arma alcanzó el corazón de la víctima.

—¿Fue la muerte instantánea?

—El hombre debió morir a los pocos minutos de ser atacado.

—¿No es probable que aquél gritara o se defendiera?

—En las circunstancias en que fue apuñalado, no.

—¿Quiere usted explicarnos, doctor, el significado exacto de esa frase?

—Procedí al examen de determinados órganos y a efectuar unas pruebas. Yo aseguraría que el hombre murió con posterioridad a la administración de una droga.

—¿Puede decirnos de qué droga se trataba?

—Sí: hidrato de cloral.

—¿Está en condiciones de explicarnos cómo fue administrada?

—Probablemente, disuelta en alcohol. El efecto del hidrato de

cloral es muy rápido.

—Creo que en algunos medios esa sustancia se conoce por el nombre de «Mickey Finn» ¿verdad? —murmuró el juez.

—Correcto, señor —contestó el doctor Rigg—. Seguramente el hombre se bebió confiado el líquido. A los pocos segundos quedaría sumido en un estado de inconsciencia.

—Momento que el atacante aprovechó para apuñalar a la victima, a su juicio, ¿verdad?

—Eso es lo que yo creo. No he descubierto en el cadáver señales de violencia y el rostro ofrecía una pacífica expresión.

—¿Cuánto tiempo permaneció inconsciente ese hombre antes de ser asesinado?

—No puedo decirlo con exactitud. Eso depende siempre de las condiciones físicas del que ingiere la droga. En general, alrededor de media hora o quizá más.

—Gracias, doctor Rigg. ¿Quiere decirnos cuándo hizo la víctima su última comida?

—La víctima no había ingerido alimentos sólidos desde hacía cuatro horas, por lo menos.

—Gracias, doctor. Eso es todo.

El juez paseó luego su mirada por los presentes, diciendo:

—La encuesta se aplaza quince días, es decir, hasta el veintiocho de septiembre.

Los asistentes a aquel acto comenzaron a encaminarse a la salida del edificio en que el mismo acababa de celebrarse. Edna Brent, que había ido allí en compañía de las otras chicas del «Cavendish Bureau» se detuvo junto a la entrada, vacilante. Aquella mañana el «Cavendish Secretarial Bureau» había cerrado sus puertas. Maureen West, una de las jóvenes que trabajaban en el establecimiento, inquirió, dirigiéndose a Edna:

—¿Qué decides? ¿Nos vamos a comer al «Bluebird»? Disponemos de tiempo de sobra.

—Yo de menos que tú —murmuró Edna, que parecía preocupada—. *Sandy Cat* me dijo que sería mejor que tomara el primer turno para comer. Creí disponer de una hora extra, que pensaba aprovechar para comprar unas cosas.

—De *Sandy Cat* no se puede esperar más que esto —comentó

Maureen—. Abrimos a las dos de nuevo y tenemos que estar todas allí. ¿Buscas a alguien?

—A Sheila. No la he visto salir.

—Se marchó en seguida —le explicó Maureen—, tan pronto hubo declarado. Le acompañaba un joven… No sé quién sería. No pude verle. ¿Te vienes, Edna?

Esta continuaba vacilando. Evidentemente, no sabía qué decisión tomar.

—Vete tú sola, Maureen… De todas maneras, como ya te he dicho, tengo que ir de compras.

Maureen, por fin, se marchó con otra compañera. Edna dio unos pasos… Por fin hizo acopio de fuerzas, decidiéndose a dirigir la palabra al joven agente que se hallaba a la puerta del edificio.

—¿Podría entrar de nuevo? —preguntó—. Quisiera hablar con el hombre que vino a mi oficina, el inspector no sé qué…

—¿El inspector Hardcastle?

—Eso es. El agente de policía que también prestó declaración esta mañana.

—Vamos a ver…

El joven agente descubrió que el inspector se hallaba enfrascado en la conversación que sostenía en aquellos momentos con el juez y uno de sus superiores.

—Al parecer está ocupado ahora, señorita. ¿Por qué no se acerca por la Jefatura más tarde o telefonea? ¿Quiere dejarme algún recado? ¿Se trata de algo importante?

—¡Oh! En realidad creo que no tiene importancia —repuso Edna —. Es que… Bueno… Es que no comprendo cómo puede ser cierto lo que ella declaró porque yo…

La muchacha dio media vuelta, alejándose de allí, con el ceño fruncido, perpleja, preocupada.

Vagó por el Cornmarket y a lo largo de High Street. Su rostro tenía todavía la misma expresión. Aquello de pensar no se había hecho para Edna. No. No era su punto fuerte. Cuanto más se esforzaba por aclarar sus ideas mayor era la confusión en que se debatía su mente.

Hubo un momento en que dijo en voz alta:

—No. No fue así… No pudo haber sucedido lo que ella declaró…

Repentinamente, con el aire de la persona que acaba de tomar una firme resolución abandonó High Street para encaminarse por Albany Road a Wilbraham Crescent.

Desde el día en que la prensa anunciara que en el número 19 de Wilbraham Crescent se había cometido un crimen no cesaban de congregarse nutridos grupos de personas frente a la casa que había sido escenario del mismo. Es difícil explicar la fascinación que en determinadas circunstancias ejercen unos muros de hormigón y ladrillo en el público. Durante las primeras veinticuatro horas, a contar desde el momento en que la policía iniciara sus indagaciones, un policía se encargó de hacer circular a los que se paraban allí. Luego, el interés de la masa había disminuido pero no del todo. Las furgonetas de reparto de los establecimientos aminoraban la marcha al deslizarse ante el edificio; veíanse también mujeres empujando coches de niño que se detenían en la acera opuesta cuatro o cinco minutos para contemplar, curiosas, la impecable residencia de la señorita Pebmarsh, otras cargadas con los cestos de la compra, dirigían también hacia el mismo punto sus ávidos ojos, poniendo en circulación ciertos rumores entre sus amigas…

—Esa es la casa… La que cae ahí…

—El cadáver se encontraba en el cuarto de estar… Este me parece que queda a la izquierda…

—El tendero me dijo que era el de la derecha…

—Quizá, quizá. Yo estuve una vez en el número diez y recuerdo perfectamente que el comedor estaba a la derecha del pasillo y el cuarto citado a la izquierda…

—No parece que ahí haya cometido alguien un crimen, ¿verdad?

—Tengo entendido que la joven salió corriendo y dando gritos…

—Se dice que desde aquel día no anda bien de la cabeza. Por supuesto, debió experimentar una tremenda impresión…

—Aseguran que entró por una de las ventanas de la parte posterior de la casa… El hombre estaba guardándose los objetos robados en un maletín cuando entró la chica, descubriéndole…

—La dueña de la casa es ciega. ¡Pobrecilla! Naturalmente, a causa de eso no pudo darse cuenta de lo que ocurría.

—No, ¡pero si se encontraba ausente en aquel momento!

—Pues yo creí lo contrario. Me habían dicho que ella había subido al piso, oyendo al intruso desde arriba. ¡Oh, qué tarde es! Y todavía he de acercarme al establecimiento de la esquina…

Tales eran las conversaciones que por allí se oían. Wilbraham Crescent atraía a la gente de más varia condición con la fuerza de un imán. Todos se detenían allí un segundo para mirar hacia el número 19. Después, satisfecha aquella misteriosa necesidad íntima que parecían sentir los transeúntes, éstos continuaban su camino.

Sumida todavía en un mar de dudas, Edna Brent había llegado frente al número 19 de aquella calle, el blanco de la curiosidad de los habitantes de Crowdean.

Sin advertirlo se encontró formando parte de un grupo integrado por cinco o seis personas, entregadas al pasatiempo colectivo de admirar la casa del crimen.

Edna, muy sugestionable siempre, hacía lo que los otros.

De modo que aquélla era la casa del terrible suceso. Comprobó que las ventanas se hallaban adornadas con unas cortinas limpísimas. Todo aparecía pulcro y ordenado. Y sin embargo, dentro de los muros que tenía delante un hombre había encontrado la muerte. El asesino había utilizado para cometer su fechoría un cuchillo de cocina, un cuchillo ordinario. ¿Quién no tiene en su casa un utensilio como ése?

Arrastrada inconscientemente por el ejemplo de los demás, Edna miraba también, dejando entonces de pensar…

Experimentó un fuerte sobresalto al oír a alguien hablar muy cerca de ella.

Habiendo reconocido la voz, Edna Brent volvió la cabeza sorprendida.

Capítulo XVI

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Me fijé en Sheila Webb en el momento en que abandonaba la sala en que se estaba celebrando la encuesta judicial. Su declaración había sido correcta. Me había parecido nerviosa, pero en una medida razonable. Muy natural, en conjunto (¿Qué habría dicho el coronel Beck? «Una excelente representación». ¡Como si le hubiera estado oyendo, desde luego!).

Los detalles contenidos en la declaración del doctor Rigg me sorprendieron. Dick Hardcastle no me los había referido, pero debía conocerlos, sin duda. Poco después echaba a andar tras Sheila.

—Al fin y al cabo no fue tan malo eso, ¿verdad? —le dije al ponerme a su altura.

—No. Me resultó muy fácil. El juez se mostró muy amable conmigo. —La chica hizo una pausa, agregando a continuación—: ¿qué vendrá luego?

—La encuesta quedará aplazada con objeto de que pueda la policía averiguar otros datos. Esto se prolongará un par de semanas o hasta el día en que quede identificado el cadáver del hombre asesinado.

—¿Cree que la policía conseguirá tal cosa?

—¡Oh, ya lo creo! Lo lograrán, sin ningún género de dudas.

La joven se estremeció.

—Hace frío hoy.

No. No era cierto esto. Yo pensé que más bien hacía un poco de calor.

—¿Qué le parece si comiéramos juntos? —sugerí—. Por ahora no tiene que volver a la oficina.

—No. Estará cerrada hasta las dos.

—Pues entonces, no se hable más de esto. ¿Qué tal responde su estómago a la cocina china? Bajando la calle daremos con un establecimiento a propósito si aquélla le agrada.

Sheila no se decidía a aceptar.

—Quiero aprovechar este rato libre para ir de compras.

—Ya tendrá tiempo para eso más tarde.

—No, no puede ser… Algunas tiendas cierran entre la una y las dos.

—Usted gana, Sheila. ¿Le parece bien entonces que nos veamos en el sitio indicado dentro de media hora?

La joven se mostró de acuerdo. Me fui al muelle, sentándome una vez allí bajo un cobertizo. La suave brisa marítima acariciaba mi rostro…

Me había refugiado allí para pensar. ¿Quién no se rebela cuando descubre que existen seres que saben más acerca de nuestra personalidad que nosotros mismos? El viejo Beck, Hércules Poirot y Dick Hardcastle habían visto con absoluta claridad lo que yo ahora me sentía forzado a admitir…

Desde luego, aquella chica me interesaba… Más de lo que me había interesado cualquier otra mujer anteriormente.

No se trataba de su belleza… Y eso que era linda, muy linda, algo que se salía de lo corriente… No se trataba tampoco de la influencia que pudiera ejercer sobre mí, superficial, de sus indudables encantos. No. No era el atractivo del sexo… De estas cosas yo sabía ya bastante…

Sucedía que desde un principio había reconocido en Sheila Webb a esa mujer que el destino, más o menos tarde, nos depara a los hombres.

¡Y a todo esto yo no sabía nada, absolutamente nada acerca de ella!

Poco después de las dos penetré en la jefatura de policía, preguntando por Dick. Le encontré ante su mesa de trabajo, contemplando un montón de papeles. Levantó la vista para preguntarme en seguida qué me había parecido la encuesta. Le contesté que había estado muy bien dirigida.

—Sí. Por aquí solemos hacer bien estas cosas —agregó—: ¿qué

te pareció la declaración del doctor?

—Me sorprendió. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Recuerda que te ausentaste. ¿Fuiste a ver a tu especialista?

—Sí, naturalmente.

—Creo recordarle vagamente. Un bigote muy poblado el suyo.

—Verdaderamente poblado —manifesté—. No sabes lo orgulloso que se siente él de sus mostachos.

—Debe ser muy viejo ya.

—Sí, pero no chochea.

—¿Con qué fin fuiste a verle realmente? ¿Pura cortesía acaso?

—Como corresponde a un buen policía, Dick, tú desconfías de todo. Ese fue el móvil principal. He de reconocer también que sentía curiosidad por verle. Quería saber su opinión sobre este caso, concretamente. Yo siempre me he negado a admitir una teoría por él defendida. Mi amigo sostiene que son innumerables los casos policíacos que pueden ser resueltos sin más trabajo que el de sentarse en un cómodo sillón, juntar las yemas de los dedos de ambas manos, echar la cabeza hacia atrás y entornar los ojos, para facilitar la meditación. Quería cogerle la palabra.

—¿Procedió así esta vez también?

—Efectivamente.

—¿Y qué te dijo? —inquirió Dick picado por la curiosidad.

—Me dijo que, indudablemente, se trataba de un crimen muy sencillo.

—¿Sencillo? —Hardcastle se puso en pie—. ¿Y qué es lo que le hace pensar así?

—Precisamente la complejidad del asunto.

Hardcastle movió la cabeza.

—No lo comprendo. Tiene que ser como uno de esos dichos ingeniosos que utilizan los jóvenes de Chelsea, que no entiendo nunca… ¿Hubo algo más?

—Me recomendó que hablara con los vecinos de la casa en que se cometió el crimen. Le aseguré que eso ya lo habíamos hecho.

—Los vecinos adquieren ahora más importancia, tras la declaración del doctor.

—Se supone entonces que ese hombre fue drogado en alguna parte, siendo conducido después a la casa número 19, con el

exclusivo fin de matarle, ¿no?

—Aproximadamente, eso es lo que vino a decirnos la señora… como se llame, la mujer de los gatos. Con respecto a este punto consideré muy interesantes sus palabras, nada más pronunciarlas aquélla.

Hubo una pausa en nuestra conversación.

—Esos gatos… —comenzó a decir Dick. A continuación agregó —: A propósito: hemos encontrado el arma. Ayer.

—¿Qué habéis…? ¿Dónde?

—Dentro de esa especie de paraíso de los mininos. Evidentemente, el criminal la arrojó allí tras haber cometido el crimen.

—Supongo que no se han descubierto en la misma huellas digitales…

—El cuchillo fue cuidadosamente limpiado. Es un utensilio que podría pertenecer a cualquiera… Fue afilado recientemente.

—De modo que el asunto queda planteado así: una vez administrada la droga a la presunta víctima se procedió a su traslado al número 19 de Wilbraham Crescent… ¿En un coche? ¿Cómo?

—Nuestro hombre podía proceder de una de las casas que están en contacto por el jardín con la de la señorita Pebmarsh.

—¿No te parece un poco arriesgado eso?

—Requiere audacia, simplemente —convino Hardcastle—. El que dio ese paso, además, necesitaba estar al corriente de los hábitos de su vecina. A mi juicio, lo más probable es que condujera a la víctima hasta la vivienda elegida utilizando un vehículo.

—Muy peligroso también. Un coche no pasa desapercibido fácilmente.

—Convengo en que el asesino no podía abrigar ninguna seguridad sobre el particular. Alguien se acordaría hoy de haber visto detenerse frente al número 19 un automóvil…

—Bien mirado, cabe siempre la duda —declaré—. Todo el mundo se ha habituado a ese elemento inseparable del paisaje urbano. Eso sí: llama la atención de la gente un coche de lujo, el clásico «fuera de serie», pero no es probable que…

—Hay que tener en cuenta, por otro lado, que era la hora de la

comida. ¿Comprendes lo que pasa Colin? La figura de la señorita Millicent Pebmarsh vuelve a destacarse en el embrollado conjunto que estudiamos. Hay que forzar mucho las cosas para llegar a formular la hipótesis de que el hombre pudo ser apuñalado por una mujer privada de la vista… Ahora bien, si a ese hombre le había sido administrada previamente una droga…

—En otras palabras, *si fue allí para ser asesinado*, de acuerdo con la frase de la señora Hemming, es que entraría en la casa en virtud de una cita convenida, que no le inspiraría la menor desconfianza. Entonces la dueña de la casa ofrece amablemente a su visitante una copita de jerez o un cóctel… El «Mickey Finn» produce el efecto apetecido y la señorita Pebmarsh pone manos a la obra… Después lava cuidadosamente el vaso o copa empleados, coloca el cadáver en la disposición en que fue encontrado, arroja el cuchillo en el jardín de su vecina y abandona la vivienda como de costumbre, para telefonear al «Cavendish Secretarial Bureau» por el camino…

—¿Y por qué había de hacer eso? ¿Por qué había de interesarse especialmente por Sheila Webb?

—¡Ojalá conociéramos las respuestas a esas preguntas! —Hardcastle me miró fijamente—. ¿Lo sabe la chica?

—Ella dice que no.

—Ella dice que no —repitió Hardcastle—. Te estoy preguntando qué piensas tú de ello.

Guardé silencio unos segundos. Sí. ¿Qué pensaba yo? Tenía que decidir sobre la marcha. Al final resplandecería la verdad. Sheila no perdería nada si era en realidad lo que yo me imaginaba.

Con un brusco movimiento saqué una tarjeta postal de un bolsillo de la chaqueta, enseñándosela a Dick.

Hardcastle la examinó atentamente. Una de tantas tarjetas de aquel tipo entre las que el comercio expendía. Pertenecía a una serie relativa a los edificios londinenses. Reproducía los conocidos muros de aquél que alberga el Tribunal Supremo de lo Criminal. Hardcastle dio la vuelta a la cartulina. A la derecha se leían unas señas, limpiamente impresas: «Srta. R. S. Webb, 14, Palmerston Road, Crowdean Sussex». En el ángulo: «¡RECUERDA!». Más abajo figuraban tres cifras, dispuestas así: 4-13.

—«4-13» —comentó Hardcastle—. Esa era la hora que marcaban

los relojes que vi en el cuarto de estar de la señorita Pebmarsh. Una fotografía del «Old Bailey», la palabra «Recuerda» y esos números. Todo ello debe andar relacionado con algo.

—Sheila dice que ignora el significado de eso. —Me apresuré a agregar—. Y yo la creo.

Hardcastle asintió.

—Me quedo con la tarjeta. Tal vez saquemos algo en limpio de ella.

—Ojalá sea así.

Se produjo ahora un silencio embarazoso. Sólo por romper el mismo, dije:

—Te has juntado con un piramidal montón de papeles ahí…

—Desde luego. Y lo peor es que ninguno de ellos va a servir para nada. El hombre asesinado carecía de antecedentes criminales; sus huellas dactilares no figuran en nuestros archivos. Todos estos papeles proceden de personas que creen haberle identificado. Hardcastle procedió a leerme una carta:

—«Muy señor mío: Estoy casi seguro que la fotografía publicada por la prensa del hombre asesinado en Wilbraham Crescent es la de un individuo a quien vi hace varios días tomando un tren en Willesden Junction. Iba hablando en voz baja y parecía muy excitado. Nada más echarle la vista encima pensé que debía ocurrirle algo».

»He aquí otra de estas misivas: «Creo que el hombre en cuestión se parece muchísimo a un primo de mi marido llamado John. Marchó a África del Sur, pero es posible que volviera. Usaba bigote en la época en que se ausentó pero, desde luego, quizá se lo afeitase posteriormente».

»Escucha la lectura de una más, Colin: «Anoche vi en un vagón del Metropolitano al hombre cuya fotografía publicaron los periódicos. Observé ciertos detalles raros en su manera de conducirse».

»A continuación podría referirte un caso muy repetido: el de las mujeres que creen reconocer en los rostros de casi todos los hombres al del esposo desaparecido. Dan la impresión, en verdad, aquéllas, de no haber mirado a sus maridos jamás a la cara. También tropieza uno con madres apasionadas que identifican con

toda facilidad a sus hijos… unos hijos que han estado sin ver veinte años.

»Y aquí tenemos la lista de personas declaradas en ignorado paradero. Nada vamos a hallar en ella que nos sea de utilidad, probablemente. «George Barlow, de 65 años; su mujer cree que debe haber perdido la memoria». Al pie de este informe hay una nota. «Contrajo deudas que suponen una fuerte suma de dinero. Últimamente se le ha visto en compañía de una viuda pelirroja. Casi seguro que su desaparición ha sido premeditada».

»Veamos la siguiente reseña: «Profesor Hargraves. Se esperaba que el martes pronunciara una conferencia. No hizo acto de presencia en el local en que había de dar aquélla ni envió ningún telegrama ni nota excusándose».

Hardcastle no tomó muy en serio al profesor Hargraves…

—Seguramente pensó que la conferencia sería una semana antes o una semana después de la fecha que el comité organizador señalara —el inspector agregó, risueño—: Quizá creyó haberle dicho a su patrona a donde se dirigía, habiéndose equivocado al respecto. Estas cosas y otras semejantes pasan todos los días.

Sonó el timbre del teléfono, sobre la mesa de trabajo de Hardcastle. Este descolgó el receptor.

—Diga… ¿Qué…? ¿Quién la encontró? ¿Dio su nombre…? Entendido. Siga… Siga…

El inspector Dick Hardcastle volvió a poner el receptor en su sitio. Al volverse hacia mí observé que la expresión de su rostro había cambiado. Ahora su gesto era duro, rencoroso.

—En una cabina telefónica de Wilbraham Crescent han encontrado el cuerpo de una joven —manifestó.

—¿Muerta? —le pregunté, experimentando un terrible sobresalto.

—Ha sido estrangulada. ¡Con su propio pañuelo de cuello!

Sentí lo mismo que si la sangre hubiera dejado de circular por mis venas.

—¿Quién es esa joven? ¿Quién…?

Hardcastle correspondió a mi vehemencia con una indiferente mirada, estudiando serenamente mi faz. No me agradó mucho su actitud.

—No temas… No se trata de tu amiga. El agente que se encuentra allí parece conocerla. Me ha dicho que es una muchacha que trabajaba en la misma oficina que Sheila Webb. Se llama Edna Brent.

—¿Quién descubrió el cadáver? ¿El agente?

—El cadáver fue hallado por la señorita Waterhouse, quien, como recordarás, quizás, ocupa la casa número 18 de Wilbraham Crescent. Al parecer se acercó a la cabina con objeto de llamar a alguien debido a que su teléfono estaba averiado, viendo a la chica allí, acurrucada en el suelo.

Abrióse la puerta del despacho, entrando en éste un policía.

—El doctor Rigg me ha encargado que le diga que se ha puesto en camino, señor. Le verá a usted en Wilbraham Crescent.

Capítulo XVII

Una hora y media después el detective inspector Hardcastle se sentaba de nuevo ante su mesa de trabajo, dispuesto a saborear, complacido, una taza de té. No obstante, su rostro se veía aún ensombrecido.

—Dispense, señor. Pierce quisiera hablarle…

Hardcastle levantó la vista.

—¿Pierce? ¡Ah, sí! Dígale que pase.

Pierce, un joven agente, bastante nervioso en aquellos instantes, entró.

—Perdone, señor. He estimado que era mi deber decírselo.

—Decirme, ¿qué?

—Esto ocurrió después de la encuesta. Yo me encontraba de servicio. Esa joven, la que acaba de ser asesinada… estuvo hablando conmigo.

—¿Que estuvo hablando con usted? ¿Y qué le dijo?

—Me indicó que deseaba referirle algo a usted.

El inspector, repentinamente alerta, se incorporó.

—¿Especificó de qué se trataba?

—No, señor. Lo siento… Tal vez hubiera debido hacer que… Le pregunté… si quería que yo le diese a usted algún recado… Llegué a sugerirle la conveniencia de que se pasara por aquí más tarde. En aquellos momentos usted estaba ocupado, conversando con el jefe y el juez por lo que creí…

—¡Maldita sea! —murmuró Hardcastle, irritado—. ¿No pudo haberle dicho que esperara a que yo estuviese libre?

—Lo siento, señor —el joven agente se ruborizó—. Desde luego, debí proceder así. Pero pensé que su comunicación no tendría ninguna importancia. Ella no pareció juzgarla demasiado

interesante. Se limitó a comentar que era una cosa que la preocupaba.

—¿Una cosa que le preocupaba? —repitió inconscientemente el inspector.

Este guardó silencio durante un buen rato, dedicado a considerar ciertos hechos. Aquélla era la muchacha que encontrara en la calle, cuando él se encaminaba a casa de la señora Lawton, la misma que intentara ver a Sheila Webb; la joven le había reconocido y por un momento había cruzado por su mente, sin duda, la idea de abordarle a él. Su gesto vacilante no se le había escapado. Algún propósito concreto guiaba sus pasos. Ahora Hardcastle se decía que había cometido un error. No había recogido la pelota con suficiente rapidez. Absorbido por su afán de averiguar algo más en relación con Sheila Webb, había descuidado aquel importante punto. ¿Que la chica había mostrado señales inequívocas de hallarse preocupada? ¿Por qué razón? Ahora, quizás, esta pregunta no tenía ya respuesta…

—Continúe, Pierce —dijo el inspector—. Cuénteme cuanto recuerde. —Apresuróse a añadir, pues Hardcastle era un hombre justo—. Usted no podía saber que lo de esa chica fuese importante.

¿Qué hubiera logrado dando rienda suelta a su indignación? ¿Por qué echar parte de la culpa de lo sucedido a aquel muchacho? ¿Qué podía haber sospechado éste? En su adiestramiento influía enormemente la disciplina, base esencial de su formación. Ellos habían de procurar que sus superiores fuesen abordados durante la hora y en el lugar adecuado. Todo hubiera cambiado de haber dicho la chica que el suyo era un mensaje importante o urgente. Pero no había sido así. Hardcastle se acordó de la primera vez que la viera en la oficina. Creía conocer bien aquel tipo de mujer. Una criatura de lenta reflexión. Un ser que quizá desconfiaba de sus propios procesos mentales.

—¿Puede usted recordar exactamente lo sucedido, Pierce? ¿Se acuerda bien de sus palabras? —inquirió el inspector.

Pierce dirigió a su jefe una mirada de agradecimiento.

—Se acercó a mí cuando ya todo el mundo se marchaba. Vaciló un momento, volviendo la cabeza a un lado y a otro como si buscara a alguien. No creo que pensara en usted, señor, al principio.

Deseaba localizar a otra persona, indudablemente. Luego me preguntó si podría hablar con el policía que había prestado declaración. Ya le he dicho que entonces le vi ocupado, cosa que le di a conocer, preguntándole a continuación si quería darme el recado a mí o prefería entrevistarse con usted en este despacho. Me parece que se mostró de acuerdo. Resalté que si era algo especial…

—Siga, siga…

Hardcastle se inclinó levemente.

—Apuntó que no, que era algo que no entendía, que no se explicaba cómo podía haber sido en la forma por ella relatada.

El inspector repitió las palabras de su subordinado a modo de pregunta.

—Eso es, señor. Claro está, no tengo mucha seguridad en cuanto a las frases exactas de la joven. Es posible que me dijera esto también: «No comprendo cómo lo que ella contó puede ser cierto». La chica parecía un poco confusa… El caso es que cuando yo le contesté manifestó que no era nada realmente importante.

«Nada realmente importante», eso había declarado Edna Brent. Y, sin embargo, no mucho después aquélla había sido encontrada, estrangulada, en el interior de una cabina telefónica del servicio público.

—Mientras ustedes dos hablaban, ¿observó la presencia de alguna persona por sus inmediaciones?

—La gente abandonaba el edificio en aquellos instantes. El público asistente a la encuesta había sido numeroso. Este crimen ha causado sensación, divulgándose la noticia del mismo por todo Crowdean. Aparte de que la prensa le ha dado un realce…

—¿No recuerda a nadie concretamente que estuviese cerca de ustedes dos? Por ejemplo: cualquiera de las personas que aquella mañana prestaron declaración.

Pierce meditó unos segundos.

—No, no me acuerdo de nadie especialmente, señor.

—Bien ¡Qué le vamos a hacer! Si más adelante se le viene a la memoria algún detalle que no me haya contado comuníquemelo en seguida, Pierce.

Una vez a solas, Hardcastle se esforzó por dominar la ira que sentía contra él mismo. Aquella muchacha, dotada según le había

sido fácil apreciar de un cerebro de pájaro, sabía algo… No estaría en el secreto del asunto, pero debía haber visto u oído algo raro, algo que llamara su atención. Eso, desde luego, la había preocupado. Y la encuesta no había producido en ella más efecto que el de intensificar sus preocupaciones al respecto.

¿Qué podía ser? ¿Radicaría la cosa en la declaración de alguien? Lo más seguro era que se hubiese referido a Sheila Webb, al expresarse en aquellos términos tan ambiguos. Dos días antes se había presentado en la casa de su compañera para hablar con ella. ¿Y por qué no se había dirigido a Sheila Webb dentro de la oficina, donde pasaban muchas horas juntas? ¿Por qué había querido verla en privado? ¿Había averiguado algo en relación con la sobrina de la señora Lawton que la dejara perpleja? ¿Intentaba solicitar una explicación sin que el asunto trascendiera, sin que las otras chicas se enteraran de nada? No andaba descaminado, seguramente, al suponer esto… El inspector llamó al sargento Cray.

—¿A qué cree usted que iría Edna Brent a Wilbraham Crescent? —preguntó aquél a su superior.

—He estado pensando en ello —manifestó Hardcastle—. Posiblemente, la chica se dejó llevar de la curiosidad… Desearía ver cómo era el lugar en que se había cometido el crimen. No tiene nada de particular esto… La mitad de la población de Crowdean ha desfilado por allí.

—Es una hipótesis razonable —opinó el sargento Cray.

—Por otra parte —señaló, el inspector hablando lentamente— pudo haberse presentado en Wilbraham Crescent porque deseaba hablar con una de las personas que allí viven…

En cuanto su subordinado hubo dejado el despacho, Hardcastle cogió un bloc, anotando en él unos números. Eran éstos: el 20, 19 y el 18. Luego fue encerrando cada uno entre otros tantos pares de interrogaciones. A continuación, escribió los apellidos de los dueños de las casas: Hemming, Pebmarsh, Waterhouse. Las tres casas de la parte alta de la manzana quedaron eliminadas. Con la intención de visitar una de ellas, Edna Brent no habría ido a la opuesta.

Hardcastle estudió las tres posibilidades.

Se fijó en el número 20 primero. El cuchillo utilizado para el primer asesinato había sido encontrado allí. Parecía lo más probable

que el arma hubiese sido arrojada a aquella casa desde el jardín del número 19… Naturalmente, la misma dueña del 20 podía haberla tirado entre las matas de su «selva» en miniatura. Al ser interrogada la señora Hemming había reaccionado indignándose. «¡Qué jugada más canallesca arrojar un cuchillo como ése contra mis gatos!». Esto era lo que había dicho. ¿Cómo relacionar a la señora Hemming con Edna Brent? Hardcastle decidió que no había punto de conexión posible. Entonces pasó a ocuparse de la señora Pebmarsh.

¿Habíase presentado Edna Brent en Wilbraham Crescent con la idea de visitar a la señorita Millicent Pebmarsh? Esta figuraba entre las personas que habían prestado declaración en la encuesta. ¿Había habido algo en sus palabras que provocara la incertidumbre en el ánimo de la joven? Un momento, sin embargo. Edna se había sentido preocupada también antes de la celebración del acto. ¿Había llegado a descubrir algo reservado referido a la ciega? ¿Había averiguado, quizá, la existencia de una relación entre la señorita Pebmarsh y Sheila Webb? Tal vez a esto se refirieran las palabras de Edna Brent hablando con Pierce, palabras que por otro lado se presentaban a diversas interpretaciones. La muchacha había dicho, aproximadamente, que «no podía ser verdad lo que ella dijera».

«Conjeturas y nada más que conjeturas», pensó el inspector cada vez más enojado.

¿Y qué decir de los habitantes del número 18? La señorita Waterhouse había descubierto el cadáver de la chica. El inspector Hardcastle había sentido siempre una gran aprensión por las personas que involuntariamente o no realizan tales hallazgos. Encontrando el cadáver de la víctima el criminal se ahorra una dilatada serie de dificultades. Por ejemplo, ya no tiene que correr los azares del planteamiento de una buena coartada; si se ha descubierto en la tarea de hacer desaparecer sus huellas dactilares quedan justificadas las que la policía encuentre… En muchos casos la posición del asesino resulta poco menos que inquebrantable. Exigía una condición: la no existencia de un motivo evidente. ¿Y qué motivos podía haber tenido la señorita Waterhouse para eliminar a la pequeña Edna Brent? Por cierto que aquélla no había prestado declaración en la encuesta, aunque, claro, era posible que

hubiese estado allí, en la sala. ¿Tenía Edna alguna sospecha…? ¿Veía, quizás, en la señorita Waterhouse a la persona que suplantara a Millicent Pebmarsh al llamar por teléfono al «Cavendish Bureau» para solicitar el envío al número 19 de Wilbraham Crescent de una taquimecanógrafa?

Más conjeturas todavía…

Y, por supuesto, había que reparar en Sheila Webb…

Hardcastle alargó la mano en dirección al teléfono, llamando al hotel en que se hospedaba Colin Lamb. Pronto le pusieron en comunicación con él.

—Aquí Hardcastle… ¿A qué hora os reunisteis tú y Sheila Webb para comer?

Colin tardó unos segundos en contestar:

—¿Cómo te has enterado de que estuvimos comiendo juntos?

—He formulado una suposición que ha resultado ser cierta. Bien, el caso es que os reunisteis en un restaurante con tal fin, ¿no?

—¿Por qué no había de hacerlo, Dick?

—A mí me parece muy natural. Me interesaba saber la hora, simplemente. ¿Os fuisteis directamente al restaurante nada más terminada la encuesta?

—No. Ella tenía que comprar una cosa. Nos citamos en ese establecimiento chino que hay en Market Street para la una.

—Enterado.

Hardcastle consultó sus notas. Edna Brent había muerto entre las 12:30 y la 1.

—¿No quieres saber qué es lo que comimos?

—No. Puedes reservarte eso. Yo sólo quería averiguar la hora de vuestro encuentro. Un trámite más que había que cubrir, Colin.

—Ya me hago cargo.

Hubo una pausa. Hardcastle dijo luego:

—Si esta noche no tienes nada que hacer…

Colin Lamb le interrumpió.

—Me voy, Dick. Acabo precisamente de hacer mis maletas. Al volver al hotel me entregaron una carta recibida durante mi ausencia. Tengo que marcharme al extranjero.

—¿Cuándo regresarás?

—Eso no lo sabe nadie. Creo que estaré fuera una semana… Tal

vez tarde más… ¡También es posible que no vuelva nunca!

—Mala suerte, ¿no es así?

—No estoy muy seguro de ello —repuso Colin colgando el teléfono.

Capítulo XVIII

Hardcastle llegó al número 19 de Wilbraham Crescent en el preciso instante en que la señorita Pebmarsh abandonaba su casa.

—¿Me puede usted conceder unos minutos? —preguntó cortésmente el inspector.

—¡Oh! ¿Es usted el detective inspector Hardcastle?

—Sí. ¿Tiene inconveniente en que charlemos un rato?

—No quisiera llegar tarde al instituto. ¿Me entretendría mucho tiempo?

—Tres o cuatro minutos solamente.

La mujer penetró en la casa y Hardcastle la siguió.

—¿Está usted enterada de lo que ha sucedido esta tarde?

—¿Ha ocurrido algo?

—Me figuré que conocía la noticia. En el interior de la cabina del teléfono público que hay ahí abajo en la carretera, fue asesinada una joven.

—¿Asesinada? ¿Cuándo?

Hardcastle echó un vistazo al gran reloj de caja que había en el cuarto.

—Hace dos horas y tres cuartos.

—No sabía nada, nada… —replicó la señorita Pebmarsh.

El inspector notó en su voz un momentáneo acento de ira. Aquél pensó que, seguramente, por ignorados caminos, había llegado a su mente un estado de consciencia respecto a su invalidez que le había producido un fugaz arranque de desesperación.

—¡Una chica asesinada! —exclamó Millicent Pebmarsh—. ¿Quién es ella?

—Se llamaba Edna Brent y trabajaba en el «Cavendish Secretarial Bureau».

—¡Otra de esas jóvenes! ¿Es que había sido enviada a alguna parte, igual que le ocurriera a su compañera, Sheila…? ¿Cuál era su apellido?

—Me parece que no —contestó el inspector—. ¿No vino esa chica aquí, a verla?

—¿Que si estuvo aquí? No. Desde luego que no.

—De haberse acercado a esta casa, ¿la habría encontrado a usted en ella?

—Lo ignoro. Depende de la hora…

—A las 12:30 o quizás un poco más tarde.

—Pues sí —declaró la señorita Pebmarsh—. A esa hora sí que me habría encontrado en casa.

—¿A dónde fue usted después de la encuesta?

—Vine directamente hacia acá. —La mujer se detuvo, inquiriendo a continuación—: ¿por qué cree que esa chica se proponía verme?

—Edna Brent asistió a la encuesta hoy y ella debió verle a usted allí. Algún motivo la impulsaría a dirigirse hacia Wilbraham Crescent. De acuerdo con nuestros informes la muchacha no conocía a ninguna de las personas que habitan en este distrito.

—Doy por descontado que ella me viera en el Palacio de Justicia. Ahora bien, ¿justifica eso que después quisiera venir aquí? ¿Para qué?

El inspector esbozó una sonrisa de disculpa. Luego comprendiendo que la señorita Pebmarsh no podía contemplar su gesto, procuró hablarle dando a sus palabras una entonación especial, para desarmarla.

—Con las chicas no sabe uno nunca a qué atenerse. Quizá deseara conseguir su autógrafo o algo por el estilo…

—¡Un autógrafo! —exclamó la señorita Pebmarsh, desdeñosa. A continuación añadió—: Sí… Supongo que tiene usted razón. Suelen ocurrir estas cosas, a veces. —Inmediatamente movió la cabeza, poseída de cierta agitación—. Hoy, sin embargo, inspector Hardcastle, puedo asegurarle que no ha ocurrido lo que acaba de indicarme. Desde la hora de mi regreso, tras la encuesta, en mi casa no se ha presentado nadie.

—Pues nada más entonces, señorita Pebmarsh. Muchas gracias.

La policía se ve obligada siempre a considerar todas las posibilidades.

—¿Qué edad tenía esa muchacha?

—Me figuro que unos diecinueve años.

—¿Diecinueve años? Era muy joven —la voz de la señorita Pebmarsh se alteró ligeramente—. Sí… Muy joven. ¡Pobrecilla! ¿Quién seria capaz de matar a una criatura así?

—Se dan casos… —apuntó Hardcastle.

—¿Era bonita… atractiva…?

—No. A mi juicio, no.

—Entonces ése no puede haber sido el móvil del crimen —dijo Millicent Pebmarsh, absorta en sus pensamientos—. Lo siento. Siento de veras, inspector Hardcastle, no serle de más utilidad.

El inspector se marchó. La personalidad de la señorita Pebmarsh le había impresionado siempre, desde el primer momento de su relación con ella.

* * *

La señorita Waterhouse se encontraba también en casa. Abrió la puerta con una rapidez que delataba su secreto deseo de sorprender a alguien haciendo cualquier cosa indebida.

—¡Ah, es usted! —exclamó—. De veras, inspector, ya he dicho a sus agentes cuanto sabía.

—Estoy seguro de que habrá respondido adecuadamente a cuantas preguntas le han formulado mis hombres. Sin embargo, he de decirle que no es posible reparar en todos los detalles inmediatamente. Hay que fijarse en ciertos pormenores que surgen después.

—¿Para qué? Desde luego, todo esto es terrible —manifestó la señorita Waterhouse, dirigiendo al inspector una severa mirada—. Entre, entre. No va usted a quedarse ahí… Entre y siéntese y hágame cuantas preguntas desee, aunque no alcanzo a comprender qué podría yo responderle. Como ya les informé, salí de casa para hacer una llamada telefónica. Abrí la puerta de la cabina de servicio público y vi a mis pies a la joven. Jamás he recibido un susto más

grande… Eché a correr, en busca de un policía. Luego, por si le interesa saberlo, le diré que me metí aquí, administrándome una dosis *medicinal* de coñac. *Medicinal* —repitió la señorita Waterhouse, por si Hardcastle no había oído aquella palabra.

—Una sabia medicina, señorita —contestó el inspector.

—Pues eso es todo. ¿Qué quiere que le diga más?

—Deseaba preguntarle si estaba usted segura de no haber visto a esa muchacha antes.

—Tal vez la viera hasta una docena de veces, pero no lo recuerdo. Quiero decir que es posible que me haya servido en «Woolworts» o que haya estado sentada a mi lado en el autobús, o que me haya vendido alguna entrada en la taquilla de cualquier cine…

—La joven trabajaba como taquimecanógrafa en el «Cavendish Bureau».

—Creo que jamás he tenido necesidad de contratar los servicios de una taquimecanógrafa. Tal vez la muchacha haya estado empleada en las oficinas de «Gainsford & Swettenham», a cuya plantilla pertenece mi hermano. ¿Es eso lo que quiere sugerirme?

—No, no. No se ha descubierto ninguna relación de ese tipo. Pero me he preguntado en cambio, si la chica llegó a visitarla esta mañana, poco antes de morir asesinada.

—¿Que si vino a verme? No, por supuesto que no. ¿Por qué había de venir a esta casa?

—No lo sabemos —respondió el inspector—. Pero dígame: si alguien asegurara haberla visto cruzar la puerta del jardín o acercarse a la misma, ¿se atrevería usted a afirmar que se trataba de una equivocación?

—¿Cómo iba a verla nadie…? ¡Qué tontería! —La señorita Waterhouse vaciló agregando—: A menos que…

—Diga, diga…

Hardcastle se mantenía alerta procurando disimularlo.

—Dígame: si alguien asegurara haberla visto cruzar la puerta de mi jardín para dejar un folleto o una hoja de propaganda, cosa que ocurre a menudo en todas las calles… Efectivamente, encontré un escrito allí a la hora de comer. Concretamente: una circular relativa a una reunión en pro de la abolición de las armas nucleares, creo

recordar. Esto es cosa de todos los días. Estimo posible que fuera ella quien introdujese esa hoja en el buzón de la correspondencia. Ahora bien, ¿qué culpa tengo yo de que la chica decidiera dedicarse a tal labor?

—Ninguna, desde luego, en absoluto. Ocupémonos ahora de su llamada telefónica… Usted dijo que su teléfono se hallaba estropeado. De acuerdo con el informe de la Central esto no era cierto.

—¡La Central dice siempre lo que le parece! La verdad es que marqué un número, sin el menor resultado, por lo cual opté por encaminarme a la cabina pública.

Hardcastle se puso en pie.

—Lo siento, señorita Waterhouse. Perdone que la haya molestado una vez más, pero según todos los indicios la muchacha se proponía visitar a una de las personas que por aquí viven.

—En consecuencia, usted se ve obligado a efectuar indagaciones en tal sentido por toda la manzana. Estimo como lo más probable que ella intentara ver a mi vecina, a la señorita Pebmarsh…

—¿Por qué considera eso lo más probable?

—Usted me ha dicho que la joven trabajaba en el «Cavendish Bureau». Recuerdo perfectamente que con anterioridad al hallazgo del cadáver de un hombre en el domicilio de la señorita Pebmarsh ésta había solicitado de dicha entidad el envío de una taquimecanógrafa.

—Millicent Pebmarsh sostiene que no fue la autora de la llamada telefónica.

—Debo decirle reservadamente algo —manifestó la señorita Waterhouse—. A mí me parece que esa mujer no anda muy bien de la cabeza. Yo la juzgo capaz de llamar por teléfono a oficinas como la del «Cavendish Bureau» en demanda de una taquimecanógrafa… Después, seguramente, se olvida de lo que ha hecho.

—En cambio no creo que usted llegue a ver en ella a la autora de un crimen, ¿verdad?

—¿Quién le ha sugerido eso? Ni eso ni nada semejante. Sé que en su casa fue asesinado un hombre, pero no he pensado ni por un momento que ella tuviese relación con tal hecho. No. Todo lo que yo me he figurado es que se haya apoderado de la señorita

Pebmarsh una manía. En cierta ocasión conocí a una mujer que se pasaba el día llamando por teléfono a una pastelería pidiendo que le enviasen determinados artículos. No los quería, en realidad, y cuando el mozo del establecimiento aparecía en la puerta de su casa con sus encargos negaba haber solicitado nada. Ya ve que raro, ¿eh?

—Desde luego, hay que convenir que todo es posible —declaró Hardcastle.

Después de decir adiós a la señorita Waterhouse, el inspector se marchó.

La última sugerencia de aquélla le dio que pensar. Había que reconocer, por otro lado, que acababa de mostrarse bastante hábil al apuntar que de haber estado por allí Edna Brent lo más seguro era que ésta se hubiese propuesto visitar la casa número 19. Hardcastle consultó su reloj de pulsera. Había llegado el momento de ir al «Cavendish Secretarial Bureau». Este había abierto sus puertas de nuevo aquella tarde, a las dos. Quizás obtuviera alguna ayuda de las chicas que en aquel lugar trabajaban. Entre ellas, además, se encontraría Sheila Webb.

* * *

En el momento de entrar a la oficina una de las empleadas se puso en pie.

—El detective inspector Hardcastle, ¿verdad? —inquirió la joven —. La señorita Martindale le está esperando.

Hardcastle penetró en el despacho de la directora del «Cavendish Bureau». Nada más enfrentarse con él, aquélla inició su ataque.

—¡Esto es una ignominia, inspector Hardcastle! ¡No hay derecho a que sucedan tales cosas en nuestros días! Tiene usted que averiguar que hay en el fondo de todo este extraño asunto. En seguida. Nada de andarse por las ramas, inspector. La policía fue creada para protegernos a todos y de eso, de protección, andamos muy necesitadas cuantas personas nos cobijamos bajo este techo. Sí. Pido que mis empleadas sean protegidas debidamente, con urgencia.

—Estoy seguro, señorita Martindale, de que…

—Ya ha visto usted que dos de mis empleadas, en distinta forma, han sido atacadas… Claramente se advierte que anda por ahí algún ser irresponsable, algún individuo poseído por una manía, un complejo, se dice actualmente, que le incita a buscar sus víctimas entre las taquimecanógrafas, entre las chicas que trabajan en entidades como la mía. Ahora se ha fijado aquél, quienquiera que sea, en nuestra firma. Primeramente, Sheila Webb fue guiada, en virtud de una perversa treta, a una casa en la que halló el cadáver de un hombre, una broma incomprensible capaz de sacar de quicio a la persona más sentada… Por si esto hubiera sido poco, una de sus compañeras, más tarde, es encontrada en el interior de una cabina telefónica del servicio público, asesinada. Decididamente, inspector, es necesario que aclare usted este misterio.

—No hay nada que desee con más ardor que eso, señorita Martindale. He venido aquí precisamente para ver si pueden ustedes ayudarnos.

—Y, ¿cómo podría ayudarles yo? ¿No ve que de haber podido serles útil habría corrido en busca suya? ¡Ni siquiera hubiese esperado a que se presentase aquí! Es preciso que averigüe usted quien mató a Edna Brent, que descubra al salvaje autor de la broma de que fue víctima Sheila Webb. Soy rigurosa con mis empleadas, inspector. Procuro que se apliquen a su trabajo y no veo con buenos ojos que lleguen tarde a la oficina, ni les consiento que sean desordenadas en lo que a aquél atañe. Pero, por supuesto, no puedo ver con indiferencia sus desventuras… Intento defenderlas. Quiero que aquellos a quienes el Estado paga para que protejan a los ciudadanos honrados, cumplan con su misión.

La señorita Martindale fijó una centelleante mirada en Hardcastle. Parecía más bien una tigresa que hubiese tomado forma humana.

—Dénos tiempo, señorita Martindale.

—¿Tiempo? Naturalmente, por el hecho de estar muerta Edna Brent, me imagino que ustedes piensan que disponen de aquél sin tasa. Supongo que detrás de ese asesinato vendrá otro, siendo la víctima, también esta vez, una de mis empleadas.

—No tiene usted por qué temer eso, señorita.

—Esta mañana, al levantarse de la cama, no creo que estimara probable el asesinato de Edna, inspector. Supongo que de haber sido así habría adoptado ciertas precauciones. Y cuando otra de mis chicas sea asesinada igual que su compañera o pase por un terrible y comprometedor aprieto, usted se quedará muy sorprendido. Lo que está sucediendo se sale de lo corriente. Tiene usted que reconocer que esto parece obra de un loco. Y luego calificamos de absurdas muchas de las noticias que leemos en los periódicos y revistas… De otro lado, no les comprendo a ustedes. Fijémonos, por ejemplo, en el detalle de los relojes hallados en el cuarto de estar de la señorita Pebmarsh. Esta mañana, durante la encuesta, observé que no fueron mencionados para nada.

—La encuesta fue aplazada, según recordará. Durante ella nos ceñimos a los hechos fundamentales.

—Todo lo que yo afirmo —dijo la señorita Martindale, tan irritada como al comienzo de la conversación—, es que tiene usted que hacer algo.

—¿No se halla usted en condiciones de contarme nada interesante? Por ejemplo ¿no le confió Edna nada nunca? ¿No la vio preocupada en ningún instante a lo largo de estos últimos días?

—No creo que de haberla preocupado algo me lo hubiese confiado a mí… Bueno, y, ¿por qué había de sentirse inquieta?

Esta era la pregunta que Hardcastle hubiera querido oír contestada. Pero la señorita Martindale, con toda seguridad, no iba a aclararle nada.

—Me gustaría hablar con sus empleadas —dijo el inspector—. Edna Brent se abstuvo, seguramente, de confiarle a usted sus temores o preocupaciones, pero pudo haber dado cuenta de unos y otras a cualquiera de sus compañeras.

—Me figuro que por ahí no anda usted descaminado. Esas chicas son muy dadas a perder tiempo con sus habladurías. En el momento en que oyen el rumor de mis pasos en el corredor de afuera comienza a percibirse el tecleo de las máquinas. Ahora bien, hasta ese preciso instante, ¿cuál cree usted que ha sido su labor? ¡Ninguna! Y es que, sencillamente, se pasan las horas dándole a la lengua. En ese aspecto son insaciables —la señorita Martindale se calmó un poco, añadiendo a continuación—. En estos momentos en

la oficina no hay más que tres… ¿Desea hablar con ellas? Las otras han salido, a fin de atender unas llamadas. Puedo facilitarle sus nombres y señas respectivas si es necesario.

—Muy agradecido, señorita Martindale.

—Supongo que preferirá entrevistarse con esas chicas a solas. De encontrarme yo presente se expresarán con menos libertad pues habrán de admitir que han estado perdiendo el tiempo.

La señorita Martindale se levantó, abriendo la puerta del despacho.

—Señoritas —dijo dirigiéndose a sus empleadas—. El detective inspector Hardcastle desea conversar con ustedes unos minutos. Pueden interrumpir su trabajo. Díganle cuanto sepan en relación con Edna Brent, a fin de ayudarle en su tarea de descubrir al asesino de su compañera.

Con gesto decidido, la rectora del establecimiento tornó a penetrar en su despacho, cerrando la puerta. Tres sobresaltados e infantiles rostros se volvieron hacia el inspector. Este examinó los mismos rápidamente. No por eso dejó de advertir en seguida con quién se las había. Tenía delante a una joven de aire seguro que llevaba lentes. Hardcastle pensó que podía confiar en ella aunque no la juzgó muy despejada. Vio también a una morena de gran viveza que lucía un peinado que sugería la idea de que acababa de ser azotada por una furiosa ventisca. Sus ojos eran de esos a los que parece no escapar nada. Pero muy probablemente, su memoria no respondía a aquel poder de observación. La tercera muchacha era una de esas personas que ríen nerviosamente sin ton ni son, que, sin lugar a dudas, se mostraría de acuerdo con cuanto manifestaran sus compañeras.

Hardcastle se esforzó por dar cierta cordialidad desde el principio del diálogo.

—Supongo que estarán enteradas de lo que le ha sucedido a Edna Brent…

Las tres hicieron violentos gestos de asentimiento.

—A propósito, ¿cómo han llegado a conocer tal noticia?

Las tres muchachas se miraron, como si hubiesen querido ponerse de acuerdo para decidir quién de ellas iba a llevar la voz cantante. Al parecer, la designación recayó en Janet, la joven rubia,

la primera que el inspector examinara en silencio al enfrentarse con las jóvenes.

—Edna, contrariamente a lo que tenía que haber hecho, no se presentó aquí a las dos —explicó Janet.

—Y «Sandy Cat» se enfadó mucho —dijo Maureen, la morena, interrumpiéndose a sí misma inmediatamente para aclarar—: He querido referirme a la señorita Martindale.

La tercera chica dejó oír una risita.

—Es que nosotras, ¿sabe?, la llamamos así…

«No va mal el apodo», pensó Hardcastle.

—Cuando se enfada consigue sacarnos de nuestras casillas —manifestó Maureen—. En seguida quiso que la informáramos de si Edna proyectaba no venir a la oficina por la tarde, especificando que su deber, en el caso de haber surgido algo imprevisto, era avisar con tiempo…

La joven rubia agregó:

—Le dije a la señorita Martindale que Edna Brent había asistido a la encuesta, igual que todas, pero que después no la habíamos vuelto a ver, ignorando si se había ido a alguna parte.

—Eso era verdad, ¿no? —inquirió Hardcastle—. Ustedes no sabían a donde se dirigía Edna tras aquel acto…

—Le indiqué que lo mejor era que nos fuésemos a comer las dos a un restaurante —declaró Maureen—, pero al parecer le rondaba algo por la cabeza. Me dijo que no estaba segura siquiera de ir a comer un bocadillo. Pensaba comprarse cualquier cosa, con el propósito de llevársela a la oficina.

—De manera que ella había pensado volver aquí, ¿verdad?

—¡Oh, sí, desde luego! Todas pensamos que obraría así.

—¿Ha notado alguna de ustedes cualquier anomalía en la conducta de Edna Brent, alguna alteración en su aspecto? Me refiero a estos últimos días. ¿La vieron ustedes preocupada, como obsesionada con algo? ¿Les hizo alguna confidencia? Les ruego que, en caso afirmativo, me lo hagan saber.

Las chicas se consultaron mutuamente con unas miradas.

—Edna Brent siempre tenía alguna preocupación —explicó Maureen—. No era muy cuidadosa con su trabajo y cometía frecuentes errores. Le costaba bastante trabajo comprender las

cosas.

—Edna era siempre la protagonista inevitable de un sinfín de menudos hechos —manifestó la de la risita nerviosa—. ¿Os acordáis del tacón que perdió hace unos días? Cosas así le pasaban a Edna Brent todos los días.

—Yo también recuerdo el episodio —apuntó Hardcastle.

Casi le parecía ver a la joven contemplando angustiada su zapato y el tacón desprendido, mirando a uno y a otro alternativamente.

Janet declaró solemnemente:

—Al ver que Edna no se presentaba aquí a su hora tuve el presentimiento de que le había ocurrido algo grave.

Hardcastle miró a la muchacha un tanto disgustado. Le fastidiaba la gente que se las daba de lista cuando ya se sabía todo. Estaba completamente seguro de que por la cabeza de la joven no había cruzado aquella idea. Lo más probable era que Janet se hubiese dicho en aquellos momentos: «Edna se la va a ganar cuando "Sandy Cat" se entere de que no ha llegado a su hora».

—¿Cuándo se enteraron ustedes de lo que le había sucedido a Edna Brent?

Las chicas volvieron a intercambiar unas miradas. La de las risitas se ruborizó. Su mirada se posó en la puerta del despacho de la señorita Martindale.

—Es que… ¡Ejem! Salí un segundo a la calle. Quería comprar unos pasteles y sabía muy bien que éstos se habrían terminado cuando yo abandonara la oficina, terminada mi jornada de trabajo. Al llegar a la pastelería, la de la esquina de esta calle, donde me conocen, la mujer que se hallaba tras el mostrador me preguntó: «Trabajaba en el mismo sitio que tú, ¿verdad?». «¿A quién se refiere usted?», inquirí. «A la muchacha que han encontrado asesinada dentro de una cabina telefónica del servicio público», me contestó. ¡Vaya susto que me dio! Volví aquí a toda prisa e informé a mis compañeras. Acordamos que la señorita Martindale debía estar al corriente de lo sucedido y en el instante en que nos disponíamos a entrar en su despacho salió de éste, gritándonos, irritada: «¿Qué hacen ustedes que no oigo ninguna máquina?».

Prosiguió con el relato la joven rubia:

—Entonces dije yo: «Circulan malas noticias acerca de Edna Brent, señorita Martindale».

—¿Y cuál fue el comentario de ésta? ¿Qué hizo?

—Al principio no quiso creerlo —explicó la morena—. «¡Bah! ¡Tonterías! —exclamó—. Algún comadreo de tienda que han recogido ustedes… Debe tratarse de otra chica. ¿Por qué habían de referirse a Edna?». Seguidamente entró en su despacho, llamando entonces por teléfono a la Jefatura de Policía, por la cual se enteró de que, en efecto, nuestra compañera había muerto asesinada.

—Lo que yo no comprendo —dijo Janet, aturdida—, es por qué querrían matar a Edna…

—Apenas tenía relación con los chicos, que nosotras sepamos… —insinuó la morena.

Las tres se quedaron mirando fijamente a Hardcastle, como si éste se hallase en condiciones de darles la solución del problema. El inspector suspiró. Allí ya no tenía nada que hacer. Tal vez las muchachas que en aquellos momentos se encontraban ausentes pudieran ayudarle un poco más. Entre ellas figuraba Sheila Webb…

—¿Eran Sheila Webb y Edna Brent muy amigas?

También en esta ocasión las tres se consultaron cruzando unas miradas.

—No, no mucho…

—¿A dónde ha ido la señorita Webb?

Le dijeron que la joven se hallaba en el «Curlew Hotel» trabajando con el profesor Purdy.

Capítulo XIX

El profesor Purdy interrumpió su dictado para atender la llamada telefónica. Parecía estar muy irritado.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Se encuentra aquí ahora, dice? Bien. Pregúntele si no le dará igual mañana… ¡Oh! Conforme, conforme… Hágale subir.

—Siempre surge algo —comentó apesadumbrado—. Con tantas y tan continuas interrupciones, ¿quién podría trabajar? —Quedóse inmóvil, mirando a Sheila Webb, para preguntarle a continuación —: ¿dónde habíamos quedado, señorita?

Iba a contestarle la joven cuando oyeron unos golpes en la puerta. El profesor hizo un último esfuerzo para *actualizarse*, para evadirse de un mundo remoto, que contaría ya tres mil años, en el que había permanecido sumergido las horas precedentes.

—¿Quién es? Entre, entre… Creo que dije a su debido tiempo que no quería que nadie me molestase esta tarde.

—Lo siento, señor. Siento muchísimo haber tenido que recurrir a esto. Buenas tardes, señorita Webb.

Sheila Webb se había puesto en pie, dejando a un lado su bloc de notas. Sus ojos parecieron reflejar cierto temor. Al menos esto es lo que Hardcastle se figuró.

—Usted dirá…

—Soy el detective inspector Hardcastle. La señorita Webb ya me conoce.

—Ya, ya… —respondió el profesor.

—Sólo deseaba charlar unos minutos con la señorita.

—¿Y no puede usted esperar? No sabe lo que entorpece mi labor. Precisamente estábamos llegando al punto culminante de mi estudio. La señorita Webb estará libre dentro de un cuarto de hora,

aproximadamente… Bueno, media hora, quizás. ¡Oh! ¿Pero es que son las seis ya?

—Lo siento, profesor Purdy.

El tono con que hablaba Hardcastle era de firmeza.

—Está bien, está bien… ¿De qué se trata? Supongo que de algunas cuestiones relacionadas con el tráfico. ¡Y qué meticulosos son esos guardias del orden motorístico! Uno de ellos se empeñó el otro día en que había dejado el coche cuatro horas y media frente a uno de esos contadores de los sitios destinados al aparcamiento de vehículos. Yo estaba seguro, absolutamente seguro de que se equivocaba…

—Esto que me ha traído aquí es algo más grave, señor.

—¿Sí? Claro. Usted no tiene coche, ¿verdad, señorita? —El profesor dirigió una vaga mirada a la chica—. Desde luego. Ahora me acuerdo de que la vi llegar aquí en un autobús. Bueno, inspector, ¿de qué se trata?

—Deseaba referirme a una joven llamada Edna Brent. —El inspector se volvió hacia Sheila Webb—. Habrá oído hablar ya de ello, supongo.

La joven le miró con fijeza. Unos ojos muy bellos los suyos. Intensamente azules. Unos ojos que, inexplicablemente, le recordaban los de otra persona, no sabía quién.

—¿Edna Brent, ha dicho usted? —Sheila enarcó las cejas—. Desde luego, la conozco. ¿Qué le pasa?

—Ya veo que no se ha enterado usted todavía. ¿Dónde comió usted, señorita Webb?

Esta se ruborizó.

—Comí con un amigo en el restaurante «Ho Toung», si… si es que le interesa realmente saber eso.

—¿No fue usted después a la oficina?

—¿Al «Cavendish Bureau», quiere decir? Llamé por teléfono y se me ordenó que viniera aquí directamente, al hotel, para atender al profesor Purdy a las dos y media.

—Eso es cierto —apuntó el profesor, asintiendo—. A las *dos y media*. Y desde esa hora no hemos parado de trabajar un momento. ¡Oh! Debí haber pedido que nos sirvieran unas tazas de té, querida. Lo siento, señorita Webb. Usted habrá echado de menos un ligero

refrigerio. Debiera habérmelo recordado.

—Es igual, profesor Purdy, es igual.

—Ha sido un descuido mío imperdonable. Pero, en fin, ya no tiene remedio. Habré de procurar no interrumpir la conversación con el inspector, quien, evidentemente, desea formular algunas preguntas.

—¿Así pues, ignora usted lo que le ha ocurrido a Edna Brent?

—¿Lo que ha ocurrido a…? —Sheila levantó la voz inconscientemente—. ¿Qué quiere darme a entender? ¿Ha sufrido algún accidente acaso? ¿Ha sido atropellada?

—Los coches corren tanto hoy —comentó el profesor—. La calzada se ha vuelto muy peligrosa para todos.

—Pues sí… Edna Brent ha sido víctima de un atropello inicuo —Hardcastle hizo una pausa al llegar aquí, con el deliberado fin de dar a Sheila la noticia con la mayor brusquedad posible—. Esa joven murió estrangulada alrededor de las doce y media, dentro de una cabina telefónica.

—¿Dentro de una cabina telefónica? —inquirió el profesor, aprovechando aquella ocasión para mostrar su interés.

Sheila Webb no dijo nada. Continuó mirando fijamente al inspector. Su boca se entreabrió ligeramente, sus ojos parecieron dilatarse.

«Una de dos: o es la primera vez que oye hablar de esto o es una magnífica actriz», pensó Hardcastle.

—Estrangulada en una cabina telefónica —comentó el profesor —. ¡Santo Dios! Se trata de algo extraordinario, verdaderamente extraordinario. No es ése el sitio que yo elegiría… Quiero decir de ser capaz de realizar tal acción. No. De veras. ¡Pobre muchacha! ¡Qué desgracia tan grande!

—Edna… ¡Asesinada! Pero, ¿por qué?

—¿Sabe usted, señorita Webb, que Edna Brent deseaba verla a toda costa, anteayer, que fue a casa de su tía y estuvo esperándola allí?

—Fue culpa mía —manifestó el profesor—. Retuve a la señorita Webb hasta muy tarde aquel día. Me acuerdo muy bien. Se nos hizo muy tarde. Lo siento, lo siento mucho. Pierdo la noción del tiempo cuando trabajo, querida. Debiera usted estar sobre mí…

—Mi tía me informó de eso, pero yo ignoraba que su visita obedeciese a algo especial. ¿Es que Edna se encontraba en un apuro?

—No sabemos. Quizá no lo sepamos nunca. Esto es, si usted no nos lo dice…

—Que yo… ¿Y cómo voy yo a saberlo?

—Tal vez se figure a qué podía obedecer la visita de Edna Brent.

Sheila movió enérgicamente la cabeza.

—No tengo la menor idea sobre el particular.

—¿No le había indicado ella algo disimuladamente, hallándose las dos en la oficina?

—No. De veras que… Ayer no estuve en la oficina en todo el día. Tuve que ir a Landis Bay, para dedicar toda la jornada a uno de nuestros clientes, un escritor.

—¿Últimamente no había visto usted a la chica preocupada?

—Edna Brent era una muchacha que daba la impresión en todo momento de hallarse preocupada o perpleja. Vacilaba ante lo más mínimo, era tímida, apocada. Jamás se mostraba segura de sí misma ni sabía qué hacer en cada caso. Copiando una novela de Armand Levine extravió una vez los folios. Pasó unas horas apuradísima. Se había dado cuenta del percance después de remitir a nuestro cliente el ejemplar mecanográfico de la obra.

—Ella, entonces, le pediría que la aconsejara.

—Sí. Le indiqué que lo mejor sería que escribiese a Levine una nota. Creía yo que llegaría a tiempo ésta porque no siempre el autor de un libro se apresura a leer el trabajo a máquina a los fines de corrección y otras enmiendas más sustanciales. Lo lógico era eso: que escribiera contándole a Armand Levine lo sucedido y rogándole que no se quejara a la señorita Martindale. Mi proyecto no fue de su agrado, no obstante.

—Cuando tenía uno de esos problemas, ¿acostumbraba siempre a pedir consejo a las demás?

—Siempre. Lo malo era que pocas veces nos poníamos de acuerdo por lo cual lo único que hacíamos era aumentar su confusión.

—De manera que su intención de recurrir a usted en el supuesto de hallarse en un aprieto no ha de extrañar a nadie, ¿verdad? ¿Se

daban tales incidentes con frecuencia?

—Sí, sí.

—¿Y no sospecha usted que esta vez pudo tratarse de algo más serio?

—No. En la oficina se pasan momentos ingratos, pero no graves.

El inspector se preguntó si Sheila Webb estaría en realidad todo lo tranquila que aparentaba.

—Ignoro el motivo de su visita a mi casa —prosiguió la muchacha hablando con rapidez—. No tengo la menor idea… Es más, no me explico por qué deseaba hablarme fuera de la oficina, en el domicilio de mi tía.

—¿No querría decirle algo sobre el «Cavendish Bureau»? Quizá se propusiera evitar que se enterasen las restantes compañeras. Evidentemente, deseaba que lo que fuese quedara entre las dos. ¿Ando muy descaminado, señorita Web? ¿Qué cree usted?

—Estimo sus suposiciones muy improbables. Seguro que no tiene que haber sido nada de lo que usted se figura.

Sheila respiraba agitadamente al pronunciar las anteriores palabras.

—En consecuencia, no puede usted ayudarme en mis tareas indagatorias, por lo que veo.

—No. Siento mucho lo de Edna, pero no acierto a comprender cómo podría convertirme yo en su colaboradora.

—¿No recuerda nada que esté relacionado con lo ocurrido el 9 de septiembre?

—¿Se refiere… se refiere usted al hombre de Wilbraham Crescent?

—A él me refiero, en efecto.

—¿Qué podría saber Edna Brent acerca de su muerte, acerca de él?

—Nada importante, quizá. Pero es posible que conociese un detalle cualquiera… Para nosotros todo tiene su valor. Hasta la minucia más insignificante —Hardcastle hizo una pausa—. La cabina telefónica en que fue hallado el cadáver de Edna Brent se encuentra en Wilbraham Crescent. ¿No le dice eso nada tampoco, señorita Webb?

—Nada, en absoluto.

—¿Estuvo usted en Wilbraham Crescent hoy?

—No. No estuve allí —repuso ella con vehemencia—. No he vuelto a acercarme a aquel lugar desde el día que… Comienza a figurárseme un sitio horrible. Ojalá no lo hubiera conocido nunca. ¿Por qué tengo yo que verme mezclada en este asunto? ¿Por qué fui enviada allí? ¿Por qué murió Edna en sus inmediaciones? ¡Tiene usted que averiguarlo, inspector, tiene usted que averiguarlo!

—Eso es precisamente lo que yo me he propuesto, señorita.

Había un ligero acento de amenaza en su voz al agregar:

—Puedo asegurárselo.

—Está usted temblando, querida —medió el profesor Purdy—. Creo que no le iría mal ahora un vasito de jerez.

Capítulo XX

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Tan pronto regresé a Londres informé debidamente a Beck. El coronel tendió el brazo hacia mí, señalándome. En su mano humeaba el puro de costumbre.

—Debe haber algo aprovechable en esa extravagante idea suya en torno a las calles en forma de media luna —me dijo, condescendiente.

—Parece ser que al final he sacado una cosa en limpio, ¿verdad?

—Yo no me atrevería a asegurarlo rotundamente. Me limitaré a indicarle que es posible. Nuestro buen técnico del ramo de la construcción, el señor Ramsay, ocupante, en ocasiones, del número 62 de Wilbraham Crescent, no es todo lo que parece ser. En los últimos meses le han sido encomendadas algunas curiosas misiones. Las firmas que lo han empleado no son falsas, pero cuando no carecen de una sólida historia resulta que ésta es bastante peculiar. Ramsay salió de viaje sin previa preparación, sobre la marcha, hace cinco semanas, dirigiéndose a Rumania.

—Eso no es lo que su esposa contó.

—Lo cierto es que tal fue su punto de destino. Y allí se encuentra actualmente. Nos agradaría saber un poco más de él. Lo mejor, pues, es que se ponga usted en camino. He conseguido un nuevo pasaporte y los visados necesarios. Nigel Trench será su nombre esta vez. Refresque sus conocimientos sobre las plantas raras de los Balcanes porque en la presente ocasión será usted todo un botánico.

—¿Hay instrucciones especiales?

—No. Ya le daremos a conocer el nombre de su enlace cuando le entreguemos sus papeles. Recoja todos los informes que pueda

acerca del señor Ramsay.

El coronel Beck me miró fijamente.

—No parece usted muy complacido —observó desde detrás de la nube de humo de su puro.

—Cuando una corazonada no nos engaña se experimentan sensaciones muy encontradas —murmuré en tono evasivo.

—El número 61 de Wilbraham Crescent está ocupado por un maestro de obras, un tipo perfectamente inofensivo, es decir, inofensivo desde nuestro punto de vista. El pobre Handbury se equivocó en el número, pero aproximándose bastante a la realidad.

—¿Se han ocupado ustedes de los otros o se han limitado exclusivamente a Ramsay?

—«Diana Lodge» es algo tan puro como la propia Diana, al parecer. Una larga historia a base de gatos. McNaughton resultó vagamente interesante. Es un profesor ya jubilado, como usted sabe. Profesor de Matemáticas. Un hombre muy brillante, según todos los indicios. Renunció a una cátedra basándose en su falta de salud. Supongo que esto será verdad, pero se le ve bien sano y fuerte. Da la impresión de haber suprimido toda relación con sus amistades de otros tiempos, cosa que produce extrañeza.

—Lo malo es que vamos a acabar sospechando de todo y de todos…

—Ha dado usted en el clavo —aprobó el coronel Beck—. A veces sospecho de usted mismo. No lo puedo remediar, pienso que se ha pasado al otro bando. En esto llego incluso a desconfiar de mí y se me figura que ando chaqueteando con unos y con otros después de dar lugar a un revoltillo incomprensible.

Mi avión salía a las diez de la noche. Tenía que ver a Hércules Poirot antes de marcharme. Esta vez me lo encontré bebiendo *sirop de cassis* (entre nosotros: licor de grosella). Me ofreció una copita. La rechacé. George me sirvió whisky. Pasó lo de siempre.

—Parece usted deprimido —me dijo Poirot.

—No. Es que me marcho al extranjero.

Me dirigió una mirada de interrogación.

—¿De veras?

—De veras.

—Le deseo mucho éxito en su misión.

—Gracias. Bueno, Poirot. ¿Cómo van sus trabajos domésticos?

—¿Mis trabajos domésticos?

—¿Qué hay del crimen de los relojes de Crowdean…? ¿Ha tenido usted ocasión ya de recostarse en su butaca, entornar los ojos y dar con las respuestas que explican el enigma?

—Leí lo que me dejó aquí con el máximo interés —manifestó Poirot.

—Poco material utilizable había en mis papeles, ¿no cree? Las visitas a los vecinos acabaron en desilusión, en fracaso…

—Todo lo contrario, amigo. Dos de esas personas pronunciaron frases muy expresivas.

—¿Quiénes? ¿Cuáles fueron las palabras a que alude?

Poirot me contestó indicándome algo irritado que debía releer mis notas cuidadosamente.

—Entonces lo verá por sí mismo… Salta a la vista. Lo inmediato, ahora, es hablar con más vecinos.

—Aprovechables creo que no hay más.

—Tiene que haberlos. Alguien debe haber sorprendido cualquier detalle… Esto es siempre axiomático.

—El axioma no lo es porque falla en este caso. ¡Ah! He de darle cuenta de nuevos hechos. Ha habido otro crimen.

—¿Sí? ¿Tan pronto? Eso es interesante. Cuénteme.

Se lo conté todo. Poirot me estrechó a preguntas, hasta que al fin se hizo con un relato completísimo de lo sucedido. Le hablé también de la tarjeta postal que había puesto en manos del inspector Hardcastle.

—«Recuerda…». Cuatro, uno, tres… O cuatro trece… —repitió pensativo—. Sí. Se trata de la misma disposición…

—¿Qué quiere decir con eso?

Poirot cerró los ojos.

—A esa tarjeta postal sólo le falta una cosa: una huella digital impresa con sangre.

Le miré sin saber qué pensar.

—En realidad ¿qué opina usted de este asunto?

—Se va aclarando bastante… Como de costumbre, al asesino no se le da tregua.

—Pero, ¿quién es el asesino?

Poirot se abstuvo astutamente de responder a mi pregunta.

—Durante su ausencia, si usted me lo permite, llevaré a cabo unas indagaciones.

—¿Cuáles?

—Mañana ordenaré a la señorita Lemon que escriba a un abogado, al señor Enderby, un buen amigo mío. Deseo consultar los registros de las partidas de casamientos de Somerset House. También mandaré que sea puesto un cable.

—Creo que esto no es jugar limpio, Poirot —objeté—. Lo que hace no es exactamente permanecer sentado en un sillón entregado a profundas reflexiones.

—¡Eso es precisamente lo que estoy haciendo! La señorita Lemon no realizará otro trabajo que el de comprobar las conclusiones a que yo he llegado. No es información lo que busco sino *confirmación*.

—¡No creo que usted sepa nada, Poirot! El asunto está muy enredado. Nadie sabe quién es el hombre asesinado…

—Yo lo sé.

—Dígame su nombre.

—No tengo la menor idea. El nombre carece de importancia. Conozco, en cambio, su identidad, por paradójico que esto le parezca, más concretamente: su procedencia…

—¿Se trata de un chantajista?

Poirot cerró los ojos.

—Haré una breve cita. Igual que la última vez. Y tras esto no pronunciaré una palabra más.

Mi amigo recitó solemnemente:

—*Dilly, dilly, dilly… Come and be killed*[9].

Capítulo XXI

El detective inspector Hardcastle echó un vistazo al calendario que tenía encima de su mesa de trabajo. Diez días, exactamente. La policía no había hecho muchos progresos porque tropezaba con una dificultad inicial: la identificación de un cadáver. Esto se estaba prolongando más de lo que él hubiera podido figurarse en un principio. Parecía haberse llegado a un callejón sin salida. El examen de las prendas de aquel hombre, llevado a cabo por técnicos en los laboratorios oficiales, no había arrojado ningún dato útil, aprovechable. La tela en sí tampoco había proporcionado pista alguna. Era de muy buena calidad, del tipo que suele autorizarse para las exportaciones. Había sido bien cuidada, pero las prendas que vestía la víctima al morir tenían ya algún tiempo. Los dentistas no habían servido de nada tampoco, ni las lavanderías, ni los quitamanchas… ¡Enfrentábanse con un «hombre misterioso»! De entre el público no había surgido nadie afirmando que había sido reconocido aquél.

Hardcastle suspiró al pensar en la gran cantidad de llamadas telefónicas que habían tenido que atender, en el gran número de cartas recibidas tras la publicación en los periódicos de una fotografía con el siguiente pie: «¿CONOCE USTED A ESTE HOMBRE?». Asombroso: eran muchísimas las personas que creían conocerlo. Había entre ellas no pocas hijas que veían en él a un hipotético padre del que habían estado separadas años y años. Una mujer de ochenta años había asegurado que la foto en cuestión era la de un hijo suyo que abandonara el hogar treinta años antes. Innumerables esposas estimaron que se trataba del marido desaparecido. Las hermanas no habían mostrado tan solícito interés por aquellos hermanos declarados en ignorado paradero. Y, por

supuesto, había innumerables hombres y mujeres que aseguraban haber visto a aquel individuo en Lincolnshire, en Newcastle, en Devon, en Londres, en el «Metro», en un autobús, en lo alto de un acantilado, apostado en la curva de una carretera, saliendo de un cine con las solapas del abrigo levantadas para ocultar su rostro… Así habían surgido centenares de pistas. Las más prometedoras habían sido estudiadas y comprobadas cuidadosamente, pero no conducían a ninguna parte.

Pero hoy el inspector se sentía ligeramente más esperanzado. Miró la carta que tenía encima de la mesa. Merlina Rival. No le agradaba mucho aquel nombre. Nadie que estuviese en su juicio, pensó, se atrevería a bautizar a un hijo suyo con el mismo. Indudablemente, sería un nombre adoptado por la mujer que lo llevaba. Pero el tono general de su escrito le gustaba. Este no le había parecido extravagante. En él no se mostraba la corresponsal excesivamente confiada. Limitábase a decir que era posible que el hombre de la foto fuese su esposo, del que se separara varios años antes. Esperaba su visita aquella misma mañana. Hardcastle apretó el botón de un timbre y a los pocos segundos entraba en el despacho el sargento Cray.

—¿No ha llegado todavía la señora Rival?

—En este preciso instante ha entrado en el vestíbulo. Me disponía ya a notificárselo a usted.

—¿Qué aspecto tiene?

El sargento Cray reflexionó unos segundos.

—Teatral, diría yo. Mucho maquillaje… y no del bueno. Una mujer en la que se puede confiar a medias, en mi opinión.

—¿Estaba nerviosa?

—No, no se le nota que lo esté.

—Muy bien. Hágala pasar.

Cray abandonó el despacho, regresando en seguida para anunciar a la visitante.

—La señora Rival, inspector.

Hardcastle se puso en pie, estrechando la mano de la mujer. Juzgó que debería rondar la cincuentena, pero mirada de lejos —de bastante lejos— podían atribuírsele unos treinta años de edad. De cerca, por efecto del maquillaje, descuidadamente aplicado, un

observador imparcial la hubiera supuesto en la proximidad de los sesenta… Al final, Hardcastle se decidió por lo que había pensado al principio. Cabellos oscuros, muy tintados. Iba destocada. Estatura media. Complexión corriente. Vestía una chaqueta y falda de tonos sombríos y una blusa negra. Llevaba en la mano un bolso en cuyo material figuraba una tela de dibujo escocés. En las muñecas le tintineaban uno o dos brazaletes. Adornaba sus manos con varias sortijas. En conjunto, pensó el inspector, formulando estimaciones de tipo moral basadas en su experiencia, una mujer «especial…». No debía ser excesivamente escrupulosa. Probablemente era fácil entenderse con ella. Sería generosa, quizá, de un modo razonable, amable. ¿Podía confiar en ella? Hardcastle se dijo que lo mejor sería aplazar la respuesta a tal pregunta. Provisionalmente había de pensar que sí.

—Me alegro mucho de conocerla, señora Rival, y espero que nos preste una valiosísima ayuda.

—Desde luego, no tengo una seguridad absoluta —manifestó la visitante—, pero ese hombre tiene toda la cara de Harry. Bueno… Quizás exagere. La verdad es que se parece mucho a él. Ni que decir tiene que de antemano estoy resignada con lo que sea. Pero lamentaría haberle hecho perder a usted el tiempo.

—No se preocupe, señora. Andamos necesitados de ayuda en este caso y le agradecemos la que está decidida a prestarnos, independientemente de los resultados.

—Es que… verá usted, ha pasado ya bastante tiempo desde la última vez que vi a mi marido.

—Vayamos por partes. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hallándome en el tren he procurado recordar algunos hechos, a fin de poderle hablar con la mayor precisión posible. Es terrible esto… ¡Hay que ver cómo se pierde la memoria con los años! En mi carta le decía que habían pasado diez años, pero la verdad es que han sido más. Estimo que se acercará a los quince. ¡Pasa el tiempo con tanta rapidez! Claro, una se resiste a admitir tal cosa, tal vez porque así nos hacemos la ilusión de que tardamos más en envejecer, ¿no cree usted?

—En efecto… De todos modos usted estima que su separación dura ya quince años, aproximadamente. ¿Cuándo se casaron?

—Unos tres años antes de que ocurriera eso —respondió la señora Rival.

—¿Dónde vivían entonces?

—En una población llamada Shipton Bois, en Suffolk. Aunque de poca monta, centro comercial de dicha región.

—¿A qué se dedicaba su esposo?

—Era agente de seguros. Al menos —la señora Rival hizo una pausa— eso decía él…

El inspector escrutó detenidamente el rostro de su interlocutora.

—¿Descubrió usted acaso que no era cierto lo que él afirmaba?

—Pues… no. Por entonces no. Fue posteriormente cuando pensé que me había estado engañando. Para un hombre una cosa así no debe resultar muy difícil, ¿verdad?

—Supongo que ello depende de las circunstancias particulares de cada caso.

—Quiero decir que un pretexto así justifica las frecuentes ausencias del hogar.

—¡Ah! ¿Solía ausentarse a menudo su esposo, señora Rival?

—Sí. Al principio esto no me preocupó, pero luego…

—¿Qué pasó más tarde?

La señora Rival calló, inquiriendo al cabo de unos segundos:

—¿No podríamos *verlo*? Al fin y al cabo, si no es Harry…

Hardcastle se preguntó que estaría pensando aquella mujer concretamente. Notábase en su voz un acento forzado, ¿de emoción, quizás? El inspector no sabía a qué atenerse.

—Nos iremos ahora mismo.

Salieron del despacho, encaminándose a la salida. En la calle les aguardaba un coche. A Hardcastle no le extrañó el nerviosismo de ella. Era el que habitualmente se apoderaba de las personas que se disponían a visitar el depósito de cadáveres. El inspector pronunció las palabras de siempre para calmarla.

—Todo irá bien, no se inquiete. Además, es cuestión de un minuto o dos tan sólo.

Les aproximaron una camilla de ruedas. Uno de los funcionarios de la dependencia levantó una punta de la sabana con que había sido cubierto el cadáver. La señora Rival contempló el inmóvil rostro unos momentos. Su respiración se tornó más agitada. Luego

abrió la boca levemente, como si le faltara aire, y volvió la cabeza bruscamente hacia otro lado.

—Es Harry. Sí. Tiene otro aspecto, parece más viejo…, pero es él.

El inspector hizo una seña al funcionario del depósito y cogiendo del brazo a su acompañante la condujo al coche, regresando después a la Jefatura de Policía. Hardcastle guardó silencio. Dejó que la mujer se recobrara de la impresión sufrida por sí sola. A los pocos minutos de sentarse nuevamente en el despacho se presentó un policía con una bandeja en la que había dos tazas de té.

—Tómese esto, señora Rival. Le sentará bien. Ya charlaremos después.

—Gracias.

Ella se sirvió azúcar en abundancia, y procedió a beberse el confortable brebaje.

—Me encuentro mejor. No es que me importara mucho realmente. Solamente… Está justificado que una se trastorne un poco, ¿no es cierto?

—¿Está convencida de que ese hombre es su esposo?

—Estoy segura de ello. Por supuesto, con más años, pero no ha cambiado mucho. Siempre se le veía muy limpio. Era un hombre distinguido. A primera vista se le notaba una cosa: que tenía «clase». ¿Entiende lo que quiero decir?

Sí, pensó Hardcastle. La frase era gráfica y encajaba perfectamente tratándose de describir a la víctima. Tenía «clase». Evidentemente, el hombre había parecido siempre mejor de lo que era en realidad. Algunos individuos tenían esa suerte y ellos la aprovechaban para sus fines particulares.

—Cuidaba mucho sus ropas y demás efectos personales —prosiguió diciendo la señora Rival—. Me imagino que por tal razón y su natural simpatía… ellas se enamoraban fácilmente de mi marido, no sospechando nada anormal.

—Explíquese, por favor, señora.

Hardcastle extremó el tono afectuoso de su voz.

—Me estaba refiriendo a las mujeres que tenían contacto con él, en general. Las mujeres llenaban la mayor parte de su vida.

—Comprendo. Y usted se enteró de eso, naturalmente.

—Yo sospechaba ya algo. Estaba casi siempre fuera de casa. Desde luego, yo ya conocía a los hombres. Pensé que lo más probable era que tuviese relación con alguna chica de vez en cuando. Claro, hay temas que no pueden abordarse en una conversación normal. Los hombres mienten en esos casos. He ahí todo lo que una saca en limpio. Pero jamás me figuré que llegase a hacer de sus escapadas un negocio.

—Y luego vio confirmados sus temores, ¿verdad?

La mujer asintió:

—¿Cómo se enteró de ello?

La señora Rival se encogió de hombros.

—Al regreso de uno de sus viajes. Había ido a Newcastle, me explicó. Añadió que tenía que quitarse de en medio en seguida. Aseguraba que su juego había sido descubierto. Una mujer, por culpa suya, se encontraba en un serio apuro. Una maestra de escuela, señaló. Corría el peligro de que se armara un grave alboroto. Le acosé a preguntas. No me costó mucho trabajo lograr que confesara. Quizá pensara que sabia más de lo que di a entender. Las mujeres, como ya le he indicado antes, se enamoraban con relativa facilidad de él. Les pasaba, sencillamente, lo que me había pasado a mí. Se cruzaban unos anillos y quedaba establecido un compromiso. Luego, él las convencía para que invirtieran su dinero en algún negocio supuestamente provechoso. Ellas aceptaban casi siempre.

—¿Había procedido de igual modo con usted?

—Sí, pero yo me negué a darle nada.

—¿Por qué razón? ¿Es que ya entonces no le inspiraba confianza?

—Le diré… Yo no he sido nunca de esas personas que confían a ciegas en los demás. He vivido amargas experiencias; he conocido el lado amargo de las cosas. Me pregunté por otro lado por qué había de ser él quien operara con mi dinero. Esto era algo que estaba a mi alcance también. La mejor manera de conservar lo que una tiene es, prácticamente, la de no hacer cesiones estúpidas o injustificadas. He visto caer en esa trampa a muchas ya… Las mujeres solemos incurrir en tales tonterías.

—¿Cuándo le propuso él efectuar inversiones con su dinero? ¿Antes o después de casados?

—Creo que me lo sugirió antes, pero como yo no respondí a sus requerimientos no volvió a abordar aquel tema. Tras nuestro casamiento me habló de cierta oportunidad maravillosa, a su juicio, que se le había presentado. «No hay nada que hacer», le respondía. Desde luego, yo obraba así impulsada por mi desconfianza, pero también pensando en que los hombres se dejan a menudo cautivar por espejismos que se traducen en irremediables fracasos.

—¿Había tenido su esposo algún tropiezo con la policía?

—Esta le tenía sin cuidado —manifestó la señora Rival—. No hay una sola mujer que no procure ocultar experiencias del tipo de las que mi marido provocaba. Aquella última vez, sin embargo, todo parecía ser diferente. Tratábase de una joven educada. No resultaría tan fácil de engañar como a las otras.

—¿Iba a tener un hijo acaso?

—Sí.

—¿Era la primera vez que ocurría una cosa así?

—Yo me inclino a creer que no —la mujer agregó—: Con respecto a él no sabía a qué atenerme, concretamente. ¿Le guiaba el afán de lucro? ¿Hacía de sus actividades un medio de vida? ¿O era de esos individuos que al mismo tiempo que se divierten no ven inconveniente en que las mujeres con quienes tienen que ver corran con los gastos inevitables en toda *distracción*?

La señora Rival pronunció esas palabras con un dejo de amargura.

Hardcastle inquirió suavemente:

—¿Le quería usted, señora Rival?

—Con franqueza: no lo sé. Supongo que cuando accedí a sus proposiciones matrimoniales algo significaría para mí…

—Se casaron ustedes, efectivamente, ¿no?

—Sobre esto tengo mis dudas… Sí, la ceremonia tuyo lugar en una iglesia. Ahora bien, yo no sé si con anterioridad había contraído matrimonio con otras mujeres. En tal caso usaría cada vez un nombre distinto. Castleton era su apellido cuando me casé con él. No creo que ése fuese el suyo, el verdadero.

—Harry Castleton, ¿no?

—Sí.

—Y ustedes vivieron en esa población llamada Shipton Bois como marido y mujer… ¿Por espacio de cuánto tiempo?

—Unos dos años. Antes habíamos vivido en las proximidades de Doncaster. No sé si me sorprendí mucho cuando volvió aquel día a casa para contármelo todo. Pienso que yo debía abrigar sospechas desde varios meses atrás. Naturalmente, aquéllas no habían tomado cuerpo en mí más que de un modo ligero. ¡Parecía un hombre tan respetable! Mi marido daba la impresión de ser todo un caballero.

—¿Qué sucedió entonces?

—Me dijo que tenía que desaparecer lo más rápidamente posible y yo le contesté que podía marcharse cuando quisiera, que yo no estaba dispuesta a secundarle en nada —la mujer agregó, pensativamente—: Le di diez libras. Era todo lo que yo tenía en casa. El me objetó que andaba escaso de dinero… Ya no volví a verle ni a saber de él. Hasta hoy. O, mejor dicho, hasta que me enfrenté con su fotografía en la Prensa.

—¿No tenía ninguna señal especial en el cuerpo? ¿Ninguna cicatriz, por ejemplo? ¿No sufrió nunca ninguna operación o fractura?

—Me parece que no.

—¿Utilizó alguna vez el apellido Curry?

—¿Curry? No… Bueno, no lo sé, a ciencia cierta.

Hardcastle empujó la tarjeta que tenía encima de la mesa en dirección a su interlocutora.

—He aquí lo que encontramos en uno de sus bolsillos —dijo.

—Continuaba haciéndose pasar por agente de seguros, por lo que veo. Claro, usa, usaba, he querido decir, diferentes nombres siempre.

—Me indicó antes que no supo nada de él en el transcurso de estos últimos quince años…

—Ni siquiera se le ocurrió nunca enviarme una postal de felicitación por Navidad —apuntó la señora Rival, irónica—. Tampoco creo que supiera mi paradero, sin embargo. Volví a los escenarios tras su partida, durante algún tiempo. Siempre andaba de *tournée*. ¡Qué vida la mía entonces! Torné a ser Merlina Rival…

—Merlina… ¡ejem! Supongo que ése no es su verdadero nombre.

La mujer volvió la cabeza denegando. Sus labios se distendieron en una débil sonrisa.

—Ese fue un nombre que yo me inventé. No es nada corriente, ¿verdad? Mi verdadero nombre es Flossie Gapp. Debí ser bautizada con el de Florence, pero todo el mundo me ha llamado siempre Flossie o Flo.

—¿A qué se dedica usted actualmente? ¿Trabaja todavía como actriz, señora Rival?

—En ocasiones —contestó la mujer con un leve acento de reticencia—. De vez en cuando, podríamos decir.

Hardcastle quiso mostrarse discreto.

—Comprendo…

—Trabajo aquí y allá… Ayudo en algunas reuniones, colaboro en ciertas tareas domésticas… No vivo mal. Conoce una caras nuevas todos los días. Las cosa van poniéndoseme cada vez mejor.

—Así pues, desde su separación ya no volvió a saber de Harry Castleton…

—Ni una palabra. Pensé que se habría marchado al extranjero… o que habría muerto.

—¿Puedo preguntarle, señora Rival, si conoce algún detalle particular que explique la presencia de Harry Castleton en Crowdean?

—No tengo la menor idea. Ni siquiera sé a qué se ha estado dedicando estos últimos años.

—¿Sería posible que se dedicase a hacer pólizas de seguro falsas… o algo de ese tipo?

—Sencillamente: lo ignoro. En mi opinión, eso es poco probable. Harry sabía ser precavido. Jamás se hubiera arriesgado a intentar una cosa que hubiese entrañado el riesgo de llevarle a los archivos policíacos directamente. El se inclinaba hacia otras actividades, en las que desempeñaban un papel principal las mujeres.

—¿Está usted pensando en alguna forma de chantaje?

—Pues… no lo sé. Sí, es posible. Quizás anduviera por en medio alguna de sus antiguas relaciones interesada en que no se divulgase determinada aventurilla perteneciente al pasado. En ese terreno él se movía con desenvoltura. Observe usted esto: no afirmo nada. Cuanto le estoy diciendo no son más que suposiciones. Yo no creo

que mi marido fuese, dando aquéllas por buenas, un chantajista exigente, capaz de conducir a la víctima de turno a la desesperación. De hacer eso habría montado un negocio en pequeña escala… todo lo más.

La señora Rival pronunció estas últimas palabras apoyándolas con un gesto que revelaba a las claras su convencimiento.

—Harry Castleton gustaba a las mujeres, ¿verdad?

—En efecto. Se enamoraban de él fácilmente. Su aspecto respetable, sus modales de *gentleman*, le ayudaban muchísimo en su *trabajo*… ¿Quién era la que no se sentía orgullosa de haber conquistado a un hombre como él? Además, junto a Harry veían un futuro tan maravilloso, tan lleno de seguridades… Comprendo su actitud, porque yo pasé por una situación semejante —terminó manifestando la señora Rival, expresándose con toda franqueza.

Hardcastle llamó a uno de sus subordinados.

—¿Quiere hacerme el favor de traer los relojes?

El agente obedeció. Habíalos dispuesto sobre una bandeja, cubriéndolos con un paño. El inspector recogió éste, observando atentamente el rostro de la señora Rival, quien contempló con curiosidad aquéllos.

—Son muy bonitos —comentó la mujer—. Este dorado es el que más me gusta…

—¿No ha visto usted antes estos relojes? ¿No significan nada para usted?

—No… ¿Por qué me lo pregunta?

—¿No puede establecer ninguna relación entre su esposo y el nombre de *Rosemary*?

—¿Rosemary? A ver… Déjeme pensar. Hubo una pelirroja que… No. Se llamaba Rosalie. No sé de ninguna que llevara ese nombre. Ni puedo saberlo… Harry era muy reservado en todo lo que atañía a sus asuntos particulares.

—Si usted viera un reloj cuyas manecillas marcaban las cuatro y trece minutos…

Hardcastle hizo una pausa.

La señora Rival dejó oír una maliciosa risita.

—Pensaría inmediatamente que se acercaba la hora de tomar el té.

El inspector suspiró.

—Señora Rival: le estamos muy agradecidos. Pasado mañana tendrá lugar la encuesta, aplazada primeramente. Supongo que no tendrá inconveniente en declarar para dejar sentados oficialmente todos los detalles referentes a la identificación del cadáver.

—En absoluto. Me imagino que tendré que decir quién era, ¿no es eso? ¿O habré de ser más explícita? ¿He de aludir como ahora a la manera de vivir de mi marido y todo lo demás?

—De momento no será preciso. Simplemente habrá de afirmar bajo juramento que la víctima era Harry Castleton, su marido. La fecha exacta de la boda quedaría registrada en Somerset House. ¿Dónde contrajeron ustedes matrimonio? ¿Se acuerda?

—En un sitio llamado Donbrook… Creo que en la iglesia de San Miguel. Estoy hablando de veinte años atrás. ¡Cuánto tiempo. Señor! Se siente una casi con un pie en la tumba.

La mujer se puso en pie, tendiendo la mano a Hardcastle. Inmediatamente después de marcharse la señora Rival, el inspector se sentó ante su mesa de trabajo, jugueteando con un lápiz. Luego entró en el despacho el sargento Cray.

—¿Satisfactoria la entrevista? —inquirió.

—Eso parece —repuso Hardcastle—. La víctima se llamaba Harry Castleton… Un nombre supuesto, probablemente. Llevaremos a cabo algunas indagaciones. Es posible que por ahí ande más de una mujer deseosa de venganza.

—Un hombre de tan irreprochable aspecto… —comentó Cray.

—Por lo que se ve, tal cosa fue explotada a fondo por él. Hardcastle volvió a pensar en el reloj de la inscripción. *Rosemary*. ¿Tratábase de algún recuerdo?

Capítulo XXII

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

—Vaya, vaya… De modo que ha vuelto usted, ¿eh?

Cuidadosamente, Hércules Poirot colocó una señal entre las hojas del libro que había estado leyendo hasta aquel momento. En la presente ocasión tenía al lado, en la mesita de costumbre, una taza de chocolate caliente. Desde luego, era proverbial el mal gusto de Poirot por lo que a las bebidas se refería. Esta vez, contra lo que hacía siempre, no me invitó a tomar nada.

—¿Cómo está usted? —inquirí.

—Inquieto, desasosegado, nervioso… Ha sido iniciada la labor de renovación en estos pisos, originando aquélla cambios fundamentales.

—Pero así todo quedará mejor, mi querido amigo.

—Sí, pero eso supone una serie de molestias inaguantables. Durante algún tiempo aquí reinará el más completo desorden. Y no le digo a usted nada del olor que habrá aquí a pintura luego.

Hércules Poirot estaba verdaderamente enfadado.

Después, agitando una mano, como si quisiera apartar aquellas preocupaciones, preguntó a su visitante:

—¿Ha triunfado?

—No lo sé.

—¡Ah! Así están las cosas, ¿eh?

—Averigüé lo que me habían encargado averiguar. No localicé al hombre. Ni siquiera sé qué era concretamente lo que necesitaban. ¿Información? ¿Un cadáver?

—A propósito de cadáveres… He leído el relato referente a la encuesta judicial de Crowdean, ya aplazada. Asesinato

intencionado, obra de una persona o varias desconocidas. Y el cadáver misterioso tiene un nombre, por fin.

Asentí.

—Harry Castleton…

—Identificado por su esposa. ¿Ha estado en Crowdean?

—Todavía no. Pensaba ir allí mañana.

—¡Ah! Dispone usted de tiempo libre.

—Aún no. Sigo atareado. Mi trabajo me lleva allí… —Hice una pausa, agregando—: No estoy muy al tanto de lo sucedido en Crowdean durante mi estancia en el extranjero. En cuanto al asunto de la identificación, ¿qué piensa usted de ello?

Poirot se encogió de hombros.

—Era de esperar que pasara eso.

—Sí… La policía se desenvuelve bien…

—Y ciertas esposas están en todo.

—¡Merlina Rival! ¡Qué nombre!

—A mí me recuerda algo —dijo pensativo Poirot—. ¿Qué es, qué es?

Se quedó mirándome fijamente. Pero no me fue posible ayudarle a hacer memoria. Además hay que conocer a Poirot. Todo le recuerda siempre «algo».

—Una visita a un amigo… en una casa de campo —musitó mi interlocutor—. No… De eso hace mucho tiempo.

—Cuando vuelva a Londres vendré a verle otra vez para referirle todo lo que Hardcastle me cuente acerca de Merlina Rival —le prometí.

Poirot agitó una mano.

—No es necesario.

—¿Quiere decir que lo sabe todo, sin necesidad de que le cuenten nada?

—No. Quiero decir que esa mujer no me interesa…

—Que no le interesa… ¿Por qué? No lo entiendo.

—Hay que concentrar la atención en los puntos básicos. Háble me, en cambio, de Edna, la chica que murió en la cabina telefónica en Wilbraham Crescent.

—No le puedo decir más de lo que le he dicho ya… No sé nada acerca de la joven.

—De manera que todo lo que puede notificarme sobre ella es que se hallaba en posesión de un cerebro escasamente despejado y que la vio en una oficina, a raíz de un menudo incidente, aquel en que perdió el tacón de su zapato al pisar un enrejado… —Poirot se interrumpió a sí mismo bruscamente—. A propósito, ¿dónde quedaba ese enrejado?

—¿Cómo voy a saberlo. Poirot?

—De haber formulado esa pregunta usted se habría enterado de ello, indudablemente. ¿Cómo se va a enterar de las cosas si no formula las preguntas oportunas?

—Pero, ¿y qué más da que perdiera el tacón aquí o allí?

—Puede ser un detalle interesante. De otro lado, debiéramos saber dónde estuvo esa muchacha, con exactitud. Así quizá llegaríamos a relacionarla con otra persona o con un acontecimiento. Aquélla pudo visitar el mismo lugar y con ello el supuesto suceso adquiriría significación.

—Creo que va usted muy lejos… Bueno, el caso es que me consta que el incidente ocurrió muy cerca de la oficina en que trabajaba. En efecto, la chica dijo que se había comprado unos pasteles, regresando a aquélla, descalza, para comérselos. Luego preguntó cómo se las arreglaría para volver a su casa.

—¿Y cómo se las arregló? —inquirió Poirot, muy interesado.

Le miré desconcertado.

—No tengo la menor idea.

—¡Oh! Así es imposible. Jamás acierta a formular las preguntas precisas. Resultado: no se entera de lo más importante.

—Será mejor que vaya usted mismo a Crowdean y lo haga por mí —respondí amoscado.

—Para mí eso es imposible, de momento. La próxima semana hay una subasta importante de manuscritos de escritores…

—¿Sigue usted ocupado todavía con su pasatiempo?

—Desde luego que si. —Los ojos de Hércules Poirot parecieron animarse—. Mire… Aquí tiene las obras de John Dickson o Carter Dickson, como firmaba aquél a veces sus trabajos…

Me escapé antes de que avanzara mucho en su discurso, alegando una cita urgente. No me hallaba en disposición de escuchar una conferencia sobre los antiguos maestros de la novela

policíaca.

* * *

A la noche siguiente me encontraba sentado en la escalinata de la casa de Hardcastle, en la oscuridad, poniéndome en pie al ver que aquél regresaba ya.

—¡Hola, Colin! ¿Eres tú? Otra vez surgiendo de las tinieblas, ¿eh? ¿Cuánto tiempo hace que esperas aquí?

—Media hora, aproximadamente.

—Lamento que no hayas podido aguardar dentro.

—No me hubiera costado ningún trabajo entrar en la casa, querido. ¡Tú no tienes ni idea acerca del entrenamiento a que somos sometidos!

—Entonces, ¿por qué no entraste?

—No quise mermar tu prestigio. ¿Qué diría la gente de un inspector de policía cuyo hogar se ve allanado por el primer intruso que se lo propone?

Hardcastle sacó una llave, abriendo la puerta de su domicilio.

—Entra, entra y no digas tonterías.

El inspector condujo a su amigo al cuarto de estar, procediendo a preparar unas bebidas.

—Tú dirás cuándo está bien.

Tardé algo en detener su mano. Cada uno con su vaso en la mano ya, nos acomodamos en sendos sillones.

—La cosa marcha por fin —dijo Hardcastle—. Hemos identificado el cadáver.

—Lo sé. Estuve en la hemeroteca… ¿Quién fue Harry Castleton?

—Un hombre aparentemente respetable, que hizo una profesión del matrimonio repetido. A veces sacaba partido de los compromisos amorosos que contraía con crédulas mujeres, invariablemente acomodadas. Le confiaban sus ahorros, impresionadas por sus conocimientos sobre las finanzas, y más adelante se esfumaba.

Evocando la figura de la víctima, comenté:

—Su aspecto no recordaba en nada a esa clase de individuos.

—Aquél constituía precisamente la base de su negocio.

—¿No fue jamás procesado?

—No… Hemos llevado a cabo indagaciones, pero resulta difícil obtener más información. Cambiaba de nombre muy a menudo. En Scotland Yard se cree que Harry Castleton, Raymond Blair, Lawrence Dalton y Roger Byron eran la misma persona. Sin embargo, esto no se ha podido probar. De las mujeres afectadas, compréndelo, no hay que esperar ayuda alguna. Aquéllas siempre prefirieron perder su dinero en tales casos. El individuo se reducía en realidad a un nombre… Operaba aquí y allí, empleando las mismas normas, mostrándose increíblemente escurridizo. Cuando, por ejemplo, Roger Byron desaparecía de Southend, otro sujeto llamado Lawrence Dalton iniciaba sus actividades en Newcastle. Eludía las fotografías… Procuraba escabullirse cuando las amistades de sus enamoradas se empeñaban en obtener alguna instantánea. Y a todo esto hay que remontarse a mucho tiempo atrás, quince o veinte años… Fue entonces cuando dejó de dar señales de vida. Circuló el rumor de que el individuo en cuestión había muerto; hubo personas que aseguraron que se había marchado al extranjero…

—No se volvió a saber de él hasta el instante de aparecer tendido, muerto, sobre la alfombra del cuarto de estar de la señorita Pebmarsh. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Claro está, ahora es posible formular algunas hipótesis.

—En efecto.

—¿Una mujer despreciada que jamás perdonó? —sugerí.

—No es nada disparatado. Hay mujeres que no olvidan fácilmente algunos agravios…

—Y si esa mujer llevaba camino de quedarse ciega, ¿no serían ya dos los motivos de aflicción?

—Sólo podemos hacer conjeturas. Y éstas carecen de apoyo sustancial.

—¿Qué tal es la esposa de Harry Castleton? Merlina Rival… ¡Qué nombre! No debe ser el suyo.

—Se llama en realidad Flossie Gapp. El otro es invento suyo. Se acomoda más a su género de vida.

—¿Qué es? ¿Una aventurera?

—No se trata de una profesional.

—Digámoslo discretamente: una dama de quebradiza virtud.

—Yo aseguraría que en otro tiempo fue una mujer de buen carácter, inclinada a servir a sus amigos y vecinos. Se presentó como ex actriz. Ahora, ocasionalmente, hace trabajos *domésticos*. Me pareció simpática.

—¿Se puede confiar en ella?

—Absolutamente en lo que se refiere a la identificación del cadáver. No vaciló un momento.

—Ha sido una suerte.

—Sí. Yo comenzaba a desesperarme ya. ¡La de esposas que han pasado por mi despacho! Empezaba a preguntarme si existiría alguna mujer en el mundo que conociera a su marido. Te diré una cosa: es posible que la señora Rival sepa acerca de su Harry más de lo que ha dejado traslucir.

—¿Ha estado ella mezclada alguna vez en asuntos de tipo criminal?

—En los archivos no hemos encontrado nada. Me inclino a pensar que quizá tenga algunos amigos de conducta dudosa. Nada serio, seguramente. Pequeños hurtos, un poco de juego y otras cosas por el estilo.

—¿Qué hay de los relojes?

—Para ella no significan nada. Creo que dijo la verdad. Hemos averiguado su procedencia: «Portobello Market». Esto por lo que al de porcelana de Dresden y al de los metales dorados se refiere. Una pista carente de valor. Ya sabes lo que pasa los sábados allí. El dueño del «stand» asegura que fueron adquiridos por una dama americana. Una suposición, sin duda. «Portobello Market» está siempre lleno de turistas americanos. La esposa afirma, en cambio, que fue un hombre el que los compró. No recordaba su rostro. El de plata procedía de una platería de Bournemouth. Se interesó por el reloj una señora de elevada estatura que quería hacer un regalo a su nieto. Sólo recuerda que iba tocada con un sombrero verde.

—¿Y qué se sabe del cuarto reloj, del que desapareció?

—No ha habido comentarios —murmuró Hardcastle.

Comprendía perfectamente lo que quería decir con aquellas

cuatro palabras.

Capítulo XXIII

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

El hotel en que me hospedaba, de pocas habitaciones, se encontraba en las inmediaciones de la Jefatura de Policía. En el restaurante del mismo se servían unos asados tolerables. Esto era todo lo que podía decirse de él. Aparte, desde luego, de que resultaba barato.

A las diez de la mañana del día siguiente telefoneé al «Cavendish Secretarial Bureau», diciendo que necesitaba una taquimecanógrafa para dictarle varias cartas y copiar un contrato comercial. Mi nombre era Douglas Weatherby y me encontraba en el «Clarendon Hotel». (Cosa curiosa: tales establecimientos, cuando son mediocres, poseen siempre nombres rimbombantes). ¿Se hallaba libre la señorita Sheila Webb? Un amigo mío me la había recomendado por su eficiencia.

Estaba de suerte. La señorita Sheila iría a verme en seguida. Ahora bien, a las doce la joven tenía que atender otra llamada. Respondí que antes de la hora indicada habría terminado con ella, pues yo tenía también una cita.

Me había apostado junto a la puerta giratoria del «Clarendon». Al ver a la chica avancé en dirección a ella.

—Si busca al señor Douglas Weatherby aquí me tiene a su disposición —le dije.

—¿Fue usted quien llamó por teléfono?

—En efecto.

—Pero no está nada bien que haga eso.

Sheila parecía un tanto escandalizada por mi actitud.

—¿Por qué? Estoy dispuesto a pagar al «Cavendish Bureau» los

gastos derivados de la prestación de sus servicios. Qué más le da a su directora que pasemos el tiempo en el café que hay al otro lado de la calle en lugar de acomodarnos en una habitación sólo con el propósito de dictarle aburridas cartas que siempre empiezan así: «La suya de día 3 en mi poder…». Andando, señorita Webb. Tomemos unas tazas de café en un tranquilo rincón de ese establecimiento.

Predominaban en el local por mí elegido los tonos violentos, agresivamente amarillos. Los tableros de las mesitas, de «fórmica», los cojines de plástico, las tazas y los platillos, todo allí dentro recordaba el matiz de las plumas del canario.

Pedí que nos sirvieran con el café unas tortitas triangulares que constituían la especialidad del establecimiento. Nos hallábamos casi solos debido a lo temprano que era.

Cuando la chica que nos atendió se hubo alejado de nosotros, Sheila y yo nos contemplamos unos segundos en silencio.

—¿Se encuentra bien, Sheila? —pregunté yo después.

—¿Por qué me lo pregunta?

No había dejado de observar sus grandes ojeras, de un tono más bien violeta que azulado.

—¿Ha estado usted indispuesta?

—Sí… No… No lo sé. Yo creí que se había ausentado…

—He estado fuera, en efecto, pero ya he vuelto.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué.

Sheila bajó la vista.

—Me da miedo… —murmuró tras una larga pausa.

—¿Quién o qué le da miedo?

—Ese amigo suyo, el inspector. Cree… cree que yo maté a aquel hombre y también a Edna…

—¡Oh! No se preocupe. Son sus modales —repliqué para tranquilizarla—. Anda siempre de un lado para otro dando la impresión de que sospecha de todo el mundo.

—No, Colin, no es eso. No conduce a nada decirme esas palabras con la intención de animarme. Desde el primer momento se figuró que yo tenía algo que ver con todo ese asunto.

—Mi querida Sheila, no existe prueba alguna contra usted. El hecho de que el otro día se encontrara frente a un cadáver, porque

alguien urdiera una criminal treta con ese fin…

La joven me interrumpió.

—El atribuye mi presencia allí a mí misma. Cree que todo ha sido dislocado con el propósito de desorientarle. Se figura que Edna estaba al tanto de esta historia, que mi compañera reconoció mi voz por teléfono cuando llamé haciéndome pasar por la señorita Pebmarsh…

—¿Y era su voz?

—No, no, por supuesto que no. Yo no fui la autora de esa llamada telefónica. Hace ya tiempo que vengo diciéndoselo.

—Mire, Sheila… Usted dígales a los demás lo que se le antoje, pero a mí me ha de contar la verdad.

—Así pues, ¡usted tampoco me cree!

—Sí. Si la creo. Usted puede haber hecho esa llamada telefónica impulsada por un motivo inocente. Alguien hubiera podido sugerírselo explicándole, quizá, que era parte de una broma. Luego, asustada, existe la posibilidad de que mintiera, de que insistiese en su embuste inicial, arrastrada ya por las circunstancias… ¿Es eso lo que sucedió?

—¡No, no, no! ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

—Escuche, Sheila… Hay algo que usted no me ha contado. Deseo que confíe enteramente en mí. Si Hardcastle hubiese logrado obtener una prueba contra usted, de la que no me hubiera hablado en absoluto…

La joven le interrumpió de nuevo.

—¿Espera que se lo cuente todo?

—La verdad es que no hay nada que le obligue a ello. Somos, por remotos puntos de contacto, miembros de la misma profesión.

En este momento apareció la camarera con lo que habíamos pedido. El café presentaba un color tan pálido como la piel de visón que por aquellos días estaba de moda.

—Yo ignoraba que tuviese usted que ver con la policía —manifestó Sheila sumergiendo su cucharilla en el líquido, moviendo la misma pausadamente.

—No es eso, exactamente. Se trata de una derivación, de algo muy distinto. ¡Ah! Pero a esto era adonde yo quería ir a parar: si Dick no me pone al corriente de las cosas que sepa sobre usted será

por una razón especial. Es porque él cree que me intereso por usted de un modo personal. Pues… sí, es cierto. Y aún hay más. Estoy a su lado. Sheila, haya hecho usted lo que haya hecho. No olvido su salida de aquella casa de Wilbraham Crescent, auténticamente aterrorizada. Jamás he creído que estuviese representando una comedia. No he pensado jamás que fingiera.

—No puedo negar que estaba verdaderamente asustada.

—Pero, ¿por qué se asustó usted? ¿Es que le causó una fuerte impresión ver el cadáver? ¿O le sorprendió algo más?

—¿Qué otra cosa pude haber visto en aquellos precisos momentos?

Me crucé de brazos.

—¿Por qué hurtó el reloj que llevaba grabado en uno de sus bordes el nombre de «Rosemary»?

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué había de robarlo?

—Soy yo quien pregunta.

—Ni siquiera se me ocurrió tocarlo.

—Usted dijo que se había dejado los guantes en la casa, manifestando que deseaba entrar en la misma a por ellos. Aquel día no llevaba guantes. Era un hermoso día de septiembre… No la he visto con aquéllos puestos ni un momento. Así pues, usted volvió al cuarto de estar y se llevó el reloj. No siga mintiendo. Fue eso lo que hizo, ¿verdad?

Sheila Webb guardó silencio un momento amontonando, pensativa, inconsciente, a un lado del plato las migajas que quedaban en éste de su tortita, la que le sirvieran con el café.

—Está bien —contestó con una voz que parecía más bien un murmullo—. Sí. Fui yo quien cogió el reloj, guardándomelo en el bolso antes de salir.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Por lo que concierne a la inscripción… Yo me llamo Rosemary.

—¿No se ha llamado usted siempre Sheila?

—Los dos nombres son míos; soy, por tanto, Rosemary Sheila.

—¿Y sólo eso justificaba ya su acción? ¿Qué podía significar una coincidencia como ésa?

Sheila advirtió el tono incrédulo de mis palabras, pero continuó

aferrada a lo que acababa de indicarme.

—Ya le he dicho que estaba asustada a más no poder.

Contemplé su rostro detenidamente. Sheila no era una chica más para mí. Había relacionado ya mentalmente mi futuro con su persona. Pero, ¿a qué forjarse ilusiones? Sheila era una embustera y probablemente lo sería siempre. Luchaba para sobrevivir, valiéndose, como arma de la mentira. Un arma infantil… Seguramente, jamás renunciaría a la misma. Claro que si yo quería a Sheila tenía que aceptarla tal como era. Tenía que procurar estar a punto en todo momento para acudir en su ayuda cuando me necesitara. Todos tenemos debilidades. Las mías serían diferentes de las suyas, pero también contaban.

Tomé una decisión rápidamente, pasando al ataque. No había otro camino.

—El reloj era suyo, ¿verdad? ¿Le pertenecía?

Ella abrió la boca.

—¿Cómo lo averiguó usted?

—Cuénteme cuanto sepa sobre el particular.

Sheila comenzó a hablar atropelladamente. Hacía muchos años que tenía aquel reloj. Hasta la edad de seis años todo el mundo la había conocido por el nombre de Rosemary… Se cansó, sin embargo, de éste —no le gustaba—, consiguiendo que la llamaran por el de Sheila. Últimamente, el reloj le había proporcionado algún que otro disgusto. Un día se lo llevó con la intención de dejarlo en un establecimiento del ramo que caía no muy lejos del «Cavendish Bureau» a fin de que se lo repararan, olvidándolo no sabía dónde, en el autobús, quizás, o tal vez en el bar, al que acudía mediada la jornada para tomar un bocadillo.

—¿Cuánto tiempo medió entre este hecho y el día en que se presentó en el número 19 de Wilbraham Crescent?

Una semana, calculó ella. La pérdida, realmente, no había supuesto una gran contrariedad para Sheila. Era viejo y casi siempre andaba atrasado o adelantado. Había llegado el momento de adquirir otro. Luego, la muchacha agregó:

—No lo vi al entrar en el cuarto de estar. Después… después descubrí el cadáver de aquel hombre. Me quedé paralizada. Me incorporé no bien le hube tocado y a continuación, frente a mí, en

una mesita, junto a la chimenea, me di cuenta… Era mi reloj… Yo tenía la mano manchada de sangre, olvidándome de todo en seguida porque ella iba a tropezar con el cuerpo del desconocido. Horrorizada, eché a correr. Huir de allí… Eso era todo lo que quería.

Asentí, comprensivo.

—¿Qué pasó luego?

—Comencé a reflexionar. Ella sostenía que no había telefoneado interesándose por mí. Entonces, ¿quién había sido el autor de la llamada telefónica? ¿Quién había puesto mi reloj allí? Ideé el pretexto de los guantes y guardé aquél en mi bolso. Me imagino que cometí una estupidez.

—No pudo incurrir en una estupidez mayor. Esa acción basta para acreditar su poco juicio.

—Pero es que hay alguien que intenta complicarme en este desagradable asunto. Esa tarjeta postal… Tiene que haberme sido enviada por una persona que sabe que me llevé el reloj. En cuanto al grabado que aparece en la misma… Ya recordará usted: el «Old Bailey…». De haber sido mi padre un criminal…

—¿Qué sabe exactamente acerca de sus padres, Sheila?

—Los dos murieron en un accidente siendo yo una niña muy pequeña. Eso es lo que mi tía me contó… Pero ella jamás me habla de mis padres, jamás me refiere nada. Y cuando la he interrogado, sus contestaciones no se han acomodado a otras manifestaciones anteriores. Por tal motivo, siempre he sospechado que hay algo extraño en lo tocante a mi familia.

—Continúe.

—He llegado a pensar cosas que no sé cómo calificar. Quizá fuese mi padre un criminal, un asesino, tal vez. O tal vez fuera mi madre la que hubiese llevado una vida censurable. Cuando a una persona le dicen que sus padres fallecieron durante su infancia y todos se niegan a dar detalles respecto a ellos es por algo… Lo que se piensa en esos casos es que la verdad es demasiado cruel para que sea conocida por un ser inocente.

—Así pues, ésa ha sido siempre su obsesión. Es probable, sin embargo, que la razón de tal actitud pueda ser muy sencilla. ¿Ha pensado en la posibilidad de que fuera usted una hija ilegítima, una

hija natural…?

—También pensé en ello. La gente, cuando comete un desliz de este tipo, se afana por ocultárselo a quien tiene forzosamente que sufrir las consecuencias. Una auténtica tontería. Es mucho mejor decir a los hijos la verdad. La trascendencia de tal situación es relativa en la actualidad. Pero lo importante es que yo no sé nada. No sé qué hay detrás de todo esto. ¿Por qué me pusieron el nombre de Rosemary? No es corriente. Quizá se hubiese querido perpetuar con él un recuerdo…

—Un recuerdo agradable en todo caso —me apresuré a señalar.

—Sí, quizá…, pero no estoy muy convencida de ello. Sea como sea, lo cierto es que después de haberme sometido al interrogatorio del inspector aquel día empecé a reflexionar. ¿Quién podía estar interesado en llevarme a Wilbraham Crescent, sólo para encontrarme con un desconocido que había muerto asesinado? ¿Era este último el autor de la terrible treta? ¿Se trataba, quizá, de mi padre, quien había deseado que hiciese algo por él? Podía ser que entretanto, aguardándome, alguien le hubiese dado muerte. ¿O había alguna persona que lo había preparado todo para que la culpabilidad de aquella acción recayese sobre mí? Me debatía en un mar de confusiones. No sabía el porqué, pero todo se confabulaba contra mí. Mi presencia en aquella casa, el cadáver, mi nombre —el de Rosemary—, grabado en un reloj que me pertenecía, que no tenía por qué encontrarse allí… El pánico se apoderó de mí y entonces cometí lo que usted dijo antes: una estupidez.

Contesté en tono acusador:

—Últimamente debe usted haber mecanografiado o leído —para el caso es lo mismo— demasiadas novelas de misterio e intriga. ¿Qué me dice de Edna? ¿Tiene usted alguna idea sobre lo que su cabeza podía albergar en relación con usted? ¿Por qué quiso verla en su casa cuando las dos se encontraban todos los días en la oficina?

—Lo ignoro. No es posible que pensara que yo tuviese que ver algo con el crimen. No, no es posible…

—Tal vez se enterase de algo reservado, cometiendo un error posteriormente…

—¿De qué podía haberse informado?

Seguía con mis dudas. Ni aun en aquellos momentos creía que Sheila estuviese diciéndome la verdad.

—¿Tiene usted enemigos? Estoy pensando en algún joven despechado, en una muchacha envidiosa… Una persona un tanto desequilibrada, en tales circunstancias, sería capaz de hacer un disparate.

Estas suposiciones se me antojaban a mí mismo absurdas.

—No, no creo tener enemigos.

Continuaba sin saber a qué atenerme con respecto a aquel reloj. ¡Qué historia tan fantástica! 4-13. ¿Qué significaban estas cifras? No tenían sentido estampadas en una tarjeta postal, en unión de la palabra RECUERDA… Ahora bien, sí podían tenerlo para la persona a quien iba destinada dicha tarjeta. Suspiré, pagué la cuenta y me puse en pie.

—No se preocupe —le dije a Sheila, expresándome con bastante fatuidad—. El servicio personal Colin Lamb ha empezado a funcionar. Todo marchará bien y al final, como en los cuentos infantiles, acabaremos casándonos y disfrutando de una larga luna de miel. A propósito —añadí sin poderme contener, pese a darme cuenta de que hubiera quedado mejor redondeando aquella nota romántica, arrastrado por la curiosidad personal de Colin Lamb—, ¿qué hizo con su reloj? ¿Lo escondió en uno de los cajones de su cómoda?

Ella guardó silencio un momento antes de contestar:

—Lo deposité en el cubo de la basura de la casa vecina.

Me quedé impresionado. Un truco sencillo y efectivo, quizás. Aquello constituía una decisión inteligente. Tal vez hubiera subestimado a Sheila.

Capítulo XXIV

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Cuando Sheila Webb se hubo marchado, crucé la calzada en dirección al Clarendon. Subí a mi cuarto, embalé mis cosas y puse la maleta en manos del mozo del piso. Aquél era uno de esos hoteles en que se lleva con todo rigor la costumbre de abandonar la habitación antes del mediodía en el caso de haberse despedido el huésped.

Luego me eché a la calle. Mi ruta me conducía más allá de la jefatura de policía, pero al pasar frente a ésta vacilé un momento y acabé por entrar. Pregunté por Hardcastle. Se encontraba en su despacho. Le vi muy serio, con una carta en la mano.

—Esta noche me marcho de nuevo, Dick —le comuniqué—. Regreso a Londres.

Hardcastle levantó la vista para mirarme muy pensativo.

—¿Quieres aceptarme un consejo? —inquirió.

—No —respondí inmediatamente.

No prestó ninguna atención a mis palabras. La gente procede siempre así cuando está dispuesta a dar un consejo a toda costa.

—Si tú supieras qué es lo que más te conviene… te marcharías, pero para no volver por aquí en una buena temporada.

—Nadie sabe qué es lo que más nos conviene a cada uno.

—Tengo mis dudas sobre eso.

—Te diré algo, Dick. Cuando haya liquidado el trabajo que llevo entre manos me iré. Al menos eso es lo que creo.

—¿Por qué?

—Soy como uno de aquellos clérigos victorianos: me enfrento con las dudas.

—Concédete a ti mismo un poco de tiempo.

¿Qué había querido decirme con estas palabras? Le pregunté a qué se debía su gesto de hombre preocupado.

—Lee esto.

Dick me entregó la carta que seguramente hasta aquel momento había estado estudiando.

Muy señor mío:

Se me acaba de ocurrir algo. Me preguntó usted si mi esposo tenía en su cuerpo alguna señal que pudiera servir para identificarle y yo le contesté que no. Estaba equivocada. La verdad es que tiene una pequeña cicatriz tras la oreja izquierda. Se produjo un corte con una navaja de afeitar por culpa de un perro que saltó de pronto sobre él. Tuvieron que darle unos puntos. No reparé durante nuestra entrevista en tal detalle quizá debido a su insignificancia, al ser de poca monta.

Suya afectísima s. s.,

Merlina Rival

—Escribe de prisa esa mujer y bastante bien —comenté—. No me explico su predilección por la tinta color púrpura. ¿Se descubrió en el cadáver alguna cicatriz?

—Desde luego. Y en el sitio señalado por ella.

—¿No pudo verla al ser destapado el cadáver?

Hardcastle respondió negativamente a la anterior pregunta.

—La tapa la oreja. Para verla hay que doblar la misma levemente hacia delante.

—Entonces no hay nada que objetar. Una prueba definitiva para demostrar la autenticidad de la identificación.

¿En qué piensas? Hardcastle me respondió lúgubremente, confesándome que aquel caso le llevaba de cabeza. Me preguntó si vería a mi amigo —el belga, o el francés—, en Londres.

—Es lo más seguro, ¿por qué?

—Hablé de él en el transcurso de una charla con mi jefe, quien le recuerda a las mil maravillas. Se le vino a la memoria el asunto Girl Guide… De decidirse a venir por aquí se le dispensaría una

cariñosa acogida.

—Pues no pienses en él. Mi amigo es, prácticamente, una lapa.

* * *

Serían las doce y cuarto cuando llamé al timbre del número 62 de Wilbraham Crescent. Me abrió la puerta la señora Ramsay. Apenas se molestó en levantar la vista para mirarme.

—¿Qué desea? —me preguntó.

—¿Podría hablar con usted un momento? Estuve aquí hace unos diez días ya. Quizá no me recuerde.

Estudió entonces mi rostro. Luego frunció ligeramente las cejas.

—Usted vino aquí acompañando al inspector de policía, ¿no es eso?

—Efectivamente, señora Ramsay. ¿Puedo entrar?

—No hay inconveniente, si es que ése es su deseo. Una no puede negarle la entrada en su casa a la autoridad. Ustedes acostumbran a formar un mal concepto de la gente que procede así.

Me condujo hasta el cuarto de estar. Hizo un brusco gesto señalándome una silla y ella se acomodó frente a mí. La señora Ramsay me había hablado en un tono acre. Después sus modales revelaron en ella una desatención que no había observado durante nuestra primera entrevista.

—Reina la tranquilidad en la casa, al parecer —comenté—. Me imagino que sus chicos han vuelto al colegio.

—Sí. Se nota su ausencia. —La señora Ramsay añadió—: Supongo que desea usted hacerme algunas preguntas en relación con ese último crimen, el de la chica que fue hallada muerta en la cabina telefónica.

—Pues… no, no se trata exactamente de eso. En realidad yo no tengo relación alguna con la policía.

—Yo creí que usted era el sargento…, el sargento Lamb, ¿no es eso?

—Mi apellido es Lamb, efectivamente, pero yo trabajo en un departamento distinto.

Ahora la mujer mostraba más interés por la conversación. Clavó

una rápida y severa mirada en mí.

—Bien. Hable usted.

—¿Sigue su esposo fuera del país?

—Sí.

—Su ausencia dura ya bastante tiempo, ¿no, señora Ramsay? Además, se ha desplazado a no escasa distancia de aquí.

—¿Qué sabe usted acerca de todo esto?

—Ha cruzado el Telón de Acero… ¿cierto?

La señora Ramsay permaneció callada unos segundos, manifestando luego con serena voz, desprovista de toda inflexión:

—Sí, eso es cierto.

—Así, pues, estaba usted bastante bien informada sobre su viaje.

—En general, sí. —Otra pausa y la mujer agregó—: Quería que me uniera a él allí.

—¿Es que llevaba meditando ese proyecto algún tiempo ya?

—Me imagino que sí. Pero a mí no me dijo nada hasta última hora.

—¿No comparte sus puntos de vista?

—Creo que años atrás los compartí. En fin, usted debe estar al corriente de todo por haber llevado a cabo determinadas investigaciones.

—Usted tiene que estar forzosamente en condiciones de poder facilitarnos una valiosa información.

—No. No puedo hacerlo. No es que me niegue. Es que él jamás concretó al hablar conmigo de ciertas cosas. Yo, por otro lado, no quería saber nada. ¡Me disgustaba tanto todo aquello! Cuando Michael me comunicó que pensaba abandonar este país, quitarse de en medio, dirigiéndose a Moscú, no me causó ningún sobresalto. Tuve que decidir entonces qué era lo que yo deseaba hacer.

—Y usted pensó que no existía ninguna afinidad entre los objetivos perseguidos por su esposo y los suyos…

—No. Yo no llegaría a expresar así mis sentimientos de entonces. Mi punto de vista es enteramente personal. Me figuro que a las mujeres nos ocurre más o menos tarde lo mismo, cuando no se trata de un ser fanático. Yo no lo soy… o no he pasado nunca del moderado.

—¿Anduvo su esposo mezclado en el asunto Larkin?

—No lo sé. Quizá. Nunca me habló de eso.

La señora Ramsay me miró con expresión más animada de pronto.

—Mejor será que me exprese con claridad, señor Lamb. Yo amaba a mi esposo. Tal vez le amara lo suficiente para irme con él a Moscú tanto si compartía sus ideas políticas como si no. El quería que llevase conmigo a nuestros dos hijos. Yo no quería… Ahí lo tiene todo, explicado con sencillez. En consecuencia, decidí quedarme aquí con ellos. Ignoro si volveré a ver a Michael. El ha escogido su forma de vida, su camino… Yo he elegido el mío. Yo deseaba que los chicos se educaran aquí, en su patria. Son ingleses. Aspiraba a que se criaran como cualquier muchacho de su misma nacionalidad.

—La comprendo perfectamente.

—Creo que ya no tengo más que decirle —añadió la señora Ramsay, poniéndose en pie.

La notaba ahora más segura de sí misma, más decidida.

—Tiene que haberle costado mucho trabajo delimitar su actual posición —le dije cortésmente—. Lo siento por usted.

Hablaba con sinceridad. Posiblemente, la señora Ramsay se percató de ello porque vi que en sus labios florecía una leve sonrisa.

—Supongo que me comprende porque en su trabajo más de una vez se verá obligado a profundizar en la vida de las gentes objeto de su atención, analizando sentimientos e ideas. Desde luego, esto ha sido un rudo golpe para mí. Pero ya he logrado sobreponerme al mismo. Ahora he de trazar mis planes, decidir qué voy a hacer, a donde tengo que dirigirme, quedarme aquí o encaminarme a otro lado. Me buscaré un empleo. En otro tiempo trabajé como secretaria. Quizá siga un curso de repaso de taquigrafía y mecanografía.

—De acuerdo, pero que no se le ocurra colocarse en el «Cavendish Bureau».

—¿Por qué no?

—A las chicas que trabajan allí parece ser que les suceden las cosas más raras del mundo.

—Si piensa que yo sé algo acerca de esa historia, está equivocado.

Le deseé buena suerte y me marché. No había sacado nada en limpio de aquella entrevista. En realidad tampoco me había hecho muchas ilusiones. Ahora bien, uno tiene siempre que procurar que no quede ningún cabo suelto.

* * *

Al salir de aquella casa estuve a punto de tropezar violentamente con la señora McNaughton. Esta llevaba un gran bolso, el cual la obligaba a avanzar con cierta torpeza.

—Permítame —le dije al tiempo que se lo quitaba de las manos.

Ella se agachó, sujetando el bolso fuertemente al principio. Luego se incorporó, soltando casi del todo aquél.

—¡Ah! Es usted el agente de policía… No le había reconocido.

Avanzamos hacia la puerta de su casa. El bolso pesaba lo suyo. ¿Qué contendría?, me pregunté. ¿Kilos y más kilos de patatas?

—No llame. La puerta no está cerrada con llave.

Por lo visto no había un solo vecino en Wilbraham Crescent que no procediera igual en este aspecto.

—¿Y cómo van las cosas? —inquirió la señora McNaughton, locuaz—. Al parecer, él había contraído matrimonio antes…

No sabía a quién se estaba refiriendo.

—No la comprendo… He estado ausente —expliqué.

—Ya, ya… Supongo que desea protegerla. Me refería a la señora Rival. Asistí a la encuesta. Una mujer de aspecto vulgar. Debo decir que no parecía muy trastornada por la muerte de su esposo.

—Hacía quince años que no le veía —objeté.

—Hace veinte años que Angus y yo nos casamos —la señora McNaughton suspiró—. Ese es un período de tiempo bastante largo. Ahora que él no se encuentra absorto por las tareas de la Universidad dedica todas sus horas a la jardinería… En ocasiones una no sabe que hacer…

En aquel instante vimos al señor McNaughton doblando la esquina de la casa azada en mano.

—¿Has vuelto ya, querida? Deja que ponga esto dentro…

—Haga el favor de colocar el bolso en la cocina, joven —me dijo

bruscamente la mujer, tocándome con el codo—. No he traído más que unos paquetes de harina de maíz, algunos huevos y un melón —agregó sonriente, dirigiéndose a su marido.

Deposité el bolso en la cocina. Oí entonces un tintineo.

—¡Dios mío! ¡Harina de maíz! No podía ser y opté por dejar en libertad mis instintos de espía. Debajo de un leve camuflaje localicé en el interior del recipiente tres botellas de whisky.

Comprendí entonces por qué la señora McNaughton se presentaba a veces tan animada y ansiosa de conversación y también, ¡ay!, por qué vacilaba sobre sus pies. Quizá radicara ahí la causa de la renuncia de su esposo a la cátedra…

Había que dedicar aquella mañana a los vecinos. Tropecé con el señor Bland cuando me dirigía a Albany Road, a lo largo de la manzana. Aquel hombre parecía hallarse de buen talante. Me reconoció en seguida.

—¿Cómo está usted? ¿Qué tal marchan las investigaciones sobre el crimen? Ya sé que ha sido identificado el cadáver. Según todos los indicios ese hombre no trató muy bien a su esposa. A propósito, y dispense mi curiosidad, usted no pertenece a la policía de la localidad, ¿verdad?

Le contesté evasivamente, notificándole que procedía de Londres.

—En consecuencia, Scotland Yard se ha interesado por el caso, ¿eh?

Hice un superficial comentario que no me comprometía a nada.

—Comprendo. No se debe hablar de esto. Pero usted no asistió a las encuestas, creo recordar…

Repliqué que había hecho un viaje al extranjero.

—¡Lo mismo que yo, hijo mío, lo mismo que yo! —exclamó el señor Bland guiñándome un ojo.

—¿Una visita al alegre París? —inquirí imitando su gesto.

—¡Ojalá! No, fue tan sólo una visita de veinticuatro horas de duración a Boulogne.

Me tocó un costado con uno de sus codos. (¡Igual que había hecho la señora McNaughton!).

—Mi esposa se quedó aquí. Me uní a una rubita encantadora. ¡Lo pasamos a lo grande!

—¿Un viaje de negocios?

Soltamos la carcajada como dos hombres de mundo.

El señor Bland se dirigió a la casa número 61 y yo seguí mi camino hacia Albany Road.

Me sentí insatisfecho. Poirot me había dicho que a los vecinos podía habérseles sonsacado más cosas. ¡Era extraño que nadie hubiese visto nada! Tal vez Hardcastle no había acertado a formular las preguntas más atinadas. Pero, ¿sería yo capaz de idear otras mejores? Al entrar en Albany Road establecí mentalmente un esquema. Este rezaba, aproximadamente, así:

Al señor Curry (Castleton) le había sido suministrada una droga… ¿Cuándo?

El señor Curry (Castleton) había sido asesinado… ¿Dónde?

El señor Curry (Castleton) había sido conducido a la casa número 19… ¿Cómo?

Alguien debía haber visto algo… ¿Quién?

Alguien debía haber visto algo… ¿Qué?

Giré hacia la izquierda. Ahora caminaba a lo largo de Wilbraham Crescent exactamente igual que el 9 de septiembre ¿Debería visitar a la señorita Pebmarsh? Bien. Tocaría el timbre y le diría… ¿Qué iba a decirle?

¿Sería mejor quizá que visitara a la señorita Waterhouse? También en este caso me asaltaban dudas acerca de la manera de enfocar la conversación.

¿La señora Hemming, tal vez? Aquí daba lo mismo que dijera una cosa que otra. Ella de todos modos, no me escucharía. En, cambio, de sus manifestaciones, por poco importantes que fueran, quizás obtuviera algún dato útil.

Seguí andando. Anotaba mentalmente los números, como hiciera la primera vez. ¿Habría deambulado por allí también el señor Curry en su día, hasta llegar a la casa que se propusiera visitar?

Nunca me había parecido Wilbraham Crescent más estirado y relamido. Estuve a punto de exclamar, al estilo victoriano: «¡Oh, si estas piedras pudieran hablar!». Muchos años atrás ésta había sido la frase favorita de muchas personas. Pero las piedras no nos dicen nunca nada, ni tampoco los ladrillos, ni el yeso… Wilbraham Crescent continuaba en silencio. Sumido en su soledad, parecía tan

poco dado a la «conversación» como siempre. Seguro que aquellos muros, de haber podido mirar de alguna manera, contemplarían con gesto de desaprobación a los que caminaban por sus inmediaciones sin saber siquiera lo que estaban buscando.

Vi a pocas personas por allí. Un par de chicos montados en sus bicicletas se deslizaron a mi lado: también dos mujeres, con sus cestos de compra… las casas que contemplaba podían haber sido comparadas con unas momias embalsamadas a juzgar por todas las señales de vida que en ellas se observaban. Yo conocía la causa de esto. Era ya, o faltaban escasos minutos para la una. Una hora sagrada, o santificada por los hábitos ingleses, que se dedicaba a la comida del mediodía. En una o dos viviendas, por hallarse descorridas las cortinas de sus comedores, llegué a ver a sus moradores sentados a la mesa. Pero hasta eso era allí algo raro. En la mayoría de las casas los tejidos de *nylon* de las cortinas —el polo opuesto al encaje de Nottingham, en otro tiempo popular— ocultaban lo que pasaba en el interior. También era posible que hubiese algún comedor vacío. En este caso la familia se habría trasladado llegada aquella hora a la revolucionaria cocina moderna, comiendo en la misma de acuerdo con la costumbre que se había empezado a divulgar en el año 1960.

Me dije que era la mejor hora del día para cometer un crimen. ¿Habría reparado el asesino en semejante detalle? ¿Formaría esto parte de su plan? Por fin llegué al número diecinueve.

Al igual que innumerables idiotas, me detuve, mirando hacia la casa. Pero aquéllos habían pasado por allí a lo largo de las jornadas anteriores. En aquel instante no divisé a nadie. «No hay vecinos», me dije entristecido. «No puedo descubrir, por tanto, espectadores inteligentes».

Sentí algo en un hombro. Me había equivocado. Había un vecino que hubiera resultado sumamente útil de disfrutar del privilegio de la palabra. Yo había estado apoyado en la verja del número 20 y en la puerta de esta casa se encontraba el gato de pelo color naranja que tan bien conocía. Me paré para cruzar unas palabras con el animal, apartando primero una de sus menudas garras de mi hombro.

—Si los gatos pudieran hablar…

Esa fue la frase que ofrecí a manera de apertura de la proyectada y fantástica charla.

El gato abrió la boca obsequiándome con un melodioso maullido.

—Te supongo tan capaz de hablar como yo mismo —le dije—. Sólo que tú no conoces mi lenguaje ¿Estabas ahí, en ese sitio, el día en que ocurrió todo? ¿Viste entrar a alguien en la casa? ¿O salir de ella? ¿Estás enterado de lo que sucedió? ¡Cómo me gustaría que pudieses contestar a mis preguntas, minino!

El gato apenas me hizo caso. Se limitó a dar la vuelta, comenzando a mover el rabo.

—Lo siento, majestad —murmuré.

El animal volvió la cabeza, obsequiándome con una mirada de indiferencia. Luego, afanosamente, comenzó a asearse las patas mediante interminables lengüetazos. Vecinos… Indudablemente, éste era un «material» que escaseaba en Wilbraham Crescent. Lo que yo necesitaba —lo que necesitaba Hardcastle—, era alguna anciana indiferente al tiempo, charlatana, curiosa, entregada a la paciente tarea de espiar a todo el mundo con el ansia de descubrir una escena escandalosa. Lo malo es que tales señoras parecen haberse esfumado totalmente. En la actualidad suelen agruparse en ciertas residencias, dentro de las cuales disponen de todas las comodidades que requiere su avanzada edad o se refugian en los hospitales, cuyas camas son reservadas a las personas que realmente se encuentran enfermas. Los impedidos, por razón de cualquier tara física o a consecuencia de la edad, ya no acostumbran a vivir en sus casas, asistidos por un fiel servidor o un pariente pobre deseoso de obtener de este modo un hogar confortable o una pobre herencia. Esto era un serio revés para la investigación criminal.

Miré hacia el lado opuesto. ¡Qué lástima que no hubiera por allí vecinos! ¿Por qué no habría allí otra hilera de casas en lugar del gigantesco y huraño bloque de cemento que recordaba una colmena humana? Las abejas que lo ocupaban se pasaban el día fuera dedicadas a sus quehaceres. Volvían por la noche, con el fin de asearse un poco y echarse a la calle, en busca de los amigos y amigas. En contraste con aquella masa de rectas formas comencé a distinguir la suavidad de las líneas victorianas de los edificios que

integraban todo el amplio sector de Wilbraham Crescent.

Mi mirada fue atraída por un destello de luz sorprendido en la porción media del edificio. Me quedé perplejo, levanté la vista. Sí. Acababa de verlo. Descubrí una ventana abierta, a la que estaba asomado alguien. El rostro del que fuera se notaba ladeado, teniendo algo delante. De nuevo el destello… Introduje la mano en un bolsillo. Guardo siempre muchas cosas en mis bolsillos, las cuales pueden serme útiles: una tira de cinta adhesiva, varios instrumentos de aspecto corriente capaces de abrir las cerraduras más seguras, una cajita que contiene una pequeña cantidad de polvos grises que no responden al rótulo que ostenta aquélla, un insuflador destinado a ser utilizado con los mismos, y dos o tres menudos dispositivos, a los que la mayor parte de la gente no sabría darles aplicación. Entre tan diversos objetos yo tenía un catalejo de bolsillo. No se trataba de un anteojo de gran potencia, pero, sencillamente, hacía su papel en determinados casos… Lo cogí mirando a través de él.

En la ventana en que se había concentrado mi atención había una niña. Acerté a ver una larga trenza cayendo sobre uno de sus hombros. Tenía ante los ojos unos prismáticos de teatro y me estudiaba con tanto detenimiento que casi me sentí halagado. Pero como por allí no había nada que mirar no tenía por qué considerar su actitud un homenaje. Luego, de pronto, apareció otra distracción de mediodía en Wilbraham Crescent.

Un antiguo «Rolls Royce» avanzaba dignamente por la carretera, conducido por un viejo chófer. Este daba la impresión con su estiramiento de hallarse disgustado con la vida. Pasó por mi lado solemnemente, igual que si formara parte de un desfile de vehículos. Mi infantil observadora lo enfocó con sus gemelos. Yo me detuve, reflexionando.

He abrigado siempre la creencia de que cuando se sabe esperar se ve uno afectado por un golpe de fortuna. Hablo de algo con lo que no se puede contar, en lo que uno no se atrevería a pensar, pero que sin embargo sucede.

¿Me ocurría una cosa semejante esta vez? Levantando la vista hacia el enorme bloque cuadrado de hormigón procuré localizar con todo cuidado la ventana que suscitara mi interés, contando las

aberturas desde el suelo y horizontalmente. El tercer piso.

A continuación eché a andar en dirección al bloque de pisos, llegando a la entrada principal de éste. Rodeaba el edificio un amplio camino bordeado por macizos de flores en los puntos más indicados.

Es conveniente no apresurarse nunca, ir por etapas. Por consiguiente, me aparté del camino, levanté la cabeza, como si me hallara sorprendido, me agaché sobre el césped, como si anduviera buscando algo y finalmente me incorporé, haciendo como si pasara un objeto de la mano al bolsillo. Por último, me aproximé a la puerta principal de la enorme construcción…

Me inclino a pensar que durante el día debía haber allí un portero. ¡Ah! Pero nos encontrábamos a la hora «sagrada» de la jornada, la de la una a las dos. Por tal motivo el vestíbulo se hallaba desierto. Había un gran rótulo que rezaba: PORTERO, bajo el cual se veía el botón de un timbre que me abstuve de oprimir. Descubierto el ascensor, entré en la cabina, rumbo al tercer piso.

Tras esto tendría que moverme ya con más cuidado.

Desde el exterior parece fácil localizar en una construcción del tipo de aquella en la que yo me encontraba, una habitación determinada. Ahora bien, una vez dentro del edificio todo resulta confuso, desorientador. No obstante, como ya había adquirido meses atrás una gran práctica en tal menester y otros análogos, estaba casi seguro de haber acertado cuando me detuve ante la puerta. Para sentirme aún más animado vi que encima de aquélla había un número que me había inspirado siempre todo género de simpatías: el 77. «Bien —pensé—. Esto me traerá suerte. Y decidámonos de una vez».

Seguidamente apreté el botón del timbre y retrocedí un paso, en espera de acontecimientos.

Capítulo XXV

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Tuve que aguardar uno o dos minutos. Finalmente la puerta se abrió. Desde el marco de la misma una rubia nórdica de buena estatura y enrojecida faz, vistiendo unas prendas de alegres colores, me miró inquisitivamente. Acababa de secarse las manos, desde luego, pero en los dedos le habían quedado unas motas de harina. Como además ostentaba otra muy sensible en la nariz no me costó trabajo suponer lo que había estado haciendo hasta aquel momento.

—Dispénseme —le dije—. Tienen ustedes una pequeña, ¿no? Ha tirado una cosa por la ventana.

Sonrió, alentadora. El idioma inglés no era su fuerte todavía.

—Perdóneme… ¿Qué dice usted?

—Una pequeña, aquí… Una niña.

—Sí, sí…

—Tiró una cosa… Por la ventana.

Gesticulé un poco para subrayar mis palabras.

—Le he subido lo que la chiquilla tiró.

Le mostré el objeto, una navajita de mango de plata. Ella le miró sin reconocerla.

—No creo que… No la he visto…

—Anda usted atareada con la cocina, ¿eh? —le dije procurando desplegar la mayor simpatía posible.

—Sí, sí… en efecto —respondió ella asintiendo enérgicamente.

—No quisiera molestarle. Si me lo permite yo mismo le haré entrega a la niña de esto.

—¿Cómo dice?

Por fin pareció entenderme. Avanzamos hasta el fondo del

vestíbulo y la joven me abrió una puerta. Daba a un agradable cuarto de estar. Junto a la ventana había sido instalada una camita, en la cual se encontraba una niña de nueve o diez años con una pierna escayolada.

—Este caballero… dice… que tú tiraste…

En este instante, por suerte, llegó hasta nosotros un fuerte olor a quemado desde la cocina. Mi introductora lanzó una exclamación.

—Dispénseme, por favor, dispénseme.

—Vaya, vaya —le indiqué amablemente—. Yo le diré a esta pequeña lo que hay que decirle.

La nórdica salió corriendo del cuarto, yo cerré la puerta del mismo y me acerqué a la camita de la chiquilla.

—¿Qué tal nena? ¿Cómo estás de tu pierna?

—Bien —respondió simplemente ella, procediendo a examinarme con una mirada tan penetrante que casi consiguió ponerme nervioso.

La niña llevaba los cabellos distribuidos en dos trenzas. Tenía una frente abultada, el mentón adelantado y unos ojos inteligentes.

—Yo soy Colin Lamb. ¿Y tú cómo te llamas?

La niña me contestó con viveza:

—Geraldine Mary Alexandra Brown.

—Eso es todo un nombre, pequeña. Los tuyos acostumbrarán a abreviarlo, ¿no?

—Sí. Me suelen llamar siempre Geraldine. Y Gerry también. Pero este último nombre no me gusta. A papá esa clase de abreviaturas no le agradan.

Una de las grandes ventajas de tratar con los niños radica en la conducta especial que siguen. Cualquier adulto me hubiera preguntado, al llegar la conversación a aquel punto, qué quería. Geraldine estaba dispuesta a continuar la charla sin experimentar la necesidad de formular preguntas estúpidas. Estaba sola, aburrida, y la presencia de un visitante representaba para ella una novedad interesante. Seguramente se mostraría inclinada al diálogo en tanto no apareciera como un tipo fastidioso, inaguantable.

—Me imagino que tu padre está fuera —aventuré.

Geraldine me contestó con igual prontitud que antes, especificando cuantos detalles conocía sobre el tema.

—Trabaja en los talleres de la firma «Cartinghaven Engineering» de Beaverbridge, situados a catorce millas y media de aquí exactamente.

—¿Y tu madre?

—Mamá murió —replicó Geraldine sin el menor asomo de tristeza—. Murió cuando yo tenía dos meses… Viajaba en un avión procedente de Francia, que se estrelló. No se salvó nadie en aquel accidente.

Hablaba la chiquilla haciendo un gesto de satisfacción. Comprendí… Una criatura como Geraldine no acertaba a ver la tragedia en sí derivada de aquel episodio, sino la aureola que prestaba a la víctima las circunstancias de haber perecido en un accidente devastador.

—Ya comprendo. Entonces te cuida…

Miré expresivamente hacia la puerta del cuarto.

—Esa es Ingrid. Vino de Noruega. No hace más que dos semanas que está aquí. No conoce el inglés todavía. Yo la estoy enseñando.

—Y ella, ¿qué hace? ¿Te enseña el noruego?

—Poco, poco…

—¿Te es simpática?

—Sí. Me gusta. Pero las cosas que prepara en la cocina me parecen algo extrañas a veces. Se come el pescado crudo.

—Yo he comido también pescado crudo en Noruega. Y en ocasiones lo he encontrado muy rico.

Geraldine tenía sus dudas sobre lo relacionado con este asunto.

—Hoy está probando a ver si hace una tarta de manzanas.

—Eso es delicioso.

—¡Hum! Si. A mí me gusta… —Geraldine añadió, cortésmente —: ¿ha venido a comer?

—Pues… no exactamente. En realidad es que pasaba por debajo de tu ventana y… me parece que se te cayó algo.

—¿A mí?

—Sí.

Le enseñé la navajita de mango de plata.

—¡Qué bonita!

Saqué la menuda hoja.

—¡Ah! Ya sé para lo que puede servir: para pelar naranjas y

otras frutas, ¿verdad?

Asentí.

Geraldine suspiró.

—La navaja no es mía. No se me cayó a mí. ¿Por qué pensó usted que me pertenecía?

—Como estabas asomada a la ventana…

—Me paso el día así. Tuve una caída y me quebré una pierna, ¿no lo ve?

—¡Qué mala suerte!

—¿Verdad? Y no me rompí la pierna haciendo nada de particular. Iba a apearme de un autobús cuando éste arrancó de pronto. Al principio me dolió un poco, pero luego ya no volví a sentir nada.

—Este reposo forzado debe aburrirte.

—Sí. Pero papá me trae muchas cosas: plastilina, lápices, cuadernos, rompecabezas… Sin embargo, yo ya me he cansado de todo esto y paso la mayor parte del tiempo mirando por la ventana con estos gemelos.

Geraldine me enseñó muy orgullosa sus gemelos de teatro.

—¿Me los prestas un momento? —inquirí.

Eché un vistazo al panorama que se divisaba desde la casa tras ajustármelos.

—Son estupendos —comenté.

Lo eran ciertamente. El padre de Geraldine, si es que era él quien se los había comprado, no reparó en gastos al adquirirlos. Resultaba asombroso comprobar con qué claridad se veía a través de los gemelos de la pequeña la casa número 19 de Wilbraham Crescent y las viviendas vecinas. Devolví aquéllos a su dueña.

—Son magníficos —insistí—. Sí, amiguita, ¡se trata de unos gemelos de primera clase!

—Son iguales que los que usan los mayores —recalcó la niña muy contenta.

—Ya me he dado cuenta.

—Tengo un libro —declaró Geraldine. La chiquilla me enseñó un cuaderno.

—Escribo cosas en él de vez en cuando. Es como el juego de los trenes… Mi primo Dick es muy aficionado a éste. Con los números

de las matriculas de los coches hacemos lo mismo. Ya sabe usted en qué consiste eso, ¿no? Se empieza en el 1… Hay que ver hasta qué número se puede llegar.

—Parece entretenido.

—Lo es. Desgraciadamente son pocos los coches que circulan por aquí. Al final he tenido que renunciar…

—Me imagino que tú tienes que saber muchas cosas acerca de esas viviendas de ahí abajo, esto es, quiénes viven en ellas, qué hacen sus ocupantes, etc.

Pronuncié estas palabras un poco al azar, pero Geraldine se apresuró a responder lo referente a cada una de las mismas.

—¡Ya lo creo! Desde luego, ignoro los nombres reales de esas personas, por lo cual me he visto obligada a darles otros nuevos.

—Sí que debe ser eso divertido —sugerí.

—Ahí tiene usted a la Marquesa de Carabás —dijo la niña señalando a lo lejos—. Esa del jardín que recuerda una selva y vive entre un montón de gatos.

—Antes de subir aquí estuve hablando con uno, precisamente. Era un minino de pelaje color naranja.

—Sí. Le vi a usted.

—Tienes que ser una observadora maravillosa. No creo que se te escape nada.

Geraldine sonrió complacida. Ingrid abrió la puerta de la habitación y se acercó a nosotros respirando fatigosamente.

—¿Estás bien, nena?

—Nos encontramos perfectamente —repuso Geraldine con firmeza—. No tienes por qué estar preocupada, Ingrid.

La chiquilla agitó bruscamente las manos, intentando dar más expresividad a sus palabras.

—Tú vete, márchate a la cocina.

—Está bien. Tengo que hacer allí. Supongo que te ha alegrado la visita de este señor.

—Cuando prepara algún plato especial se pone nerviosa —me explicó Geraldine—. Y a veces comemos tarde por esa causa. Me agrada que haya venido usted. No hay nada como una persona que le distraiga a una… Así se deja de pensar en la comida…

—Hablame de la gente que vive en esas casas. Cuéntame todo lo

que hayas visto. ¿Quién habita en la siguiente vivienda? En ésa en que todo lo existente resplandece, de puro limpio.

—¡Oh! Ahí vive una ciega. A pesar de esto va de un lado para otro igual que cualquiera de nosotros. El portero me habló en una ocasión de ella: Harry. Es un nombre muy simpático, ¿sabe? Me cuenta muchas cosas. Por él me enteré del crimen…

—¿El crimen? —pregunté fingiendo un asombro que estaba muy lejos de sentir, naturalmente.

Geraldine asintió. Sus bonitos ojos brillaron. Dábase cuenta de la importancia de la noticia que me iba a dar.

—En esa casa se cometió un crimen recientemente. Yo lo vi todo…

—¡Oh! ¡Qué interesante!

—¿Verdad que sí? Yo no había presenciado nunca un crimen. Bueno quiero decir que jamás había tenido la oportunidad de ver un sitio en el que había pasado una cosa tan terrible como ésa…

—¿Qué… ¡ejem…!, qué viste?

—En aquel momento había ahí menos animación que en ningún instante del día. En ese aspecto aquélla era la hora peor de la jornada. Lo más emocionante fue cuando alguien salió corriendo de la casa dando gritos. En seguida pensé que debía haber ocurrido algo.

—¿Quién gritaba?

—Una mujer. Era muy joven. Y bastante guapa. No cesaba de chillar. Un hombre avanzaba por la acera y ella fue a parar a sus brazos… Así —Geraldine movió sus brazos para ilustrar su relato. De pronto guardó silencio, mirándome fijamente—. Aquel hombre se parecía mucho a usted.

—Debía ser mi doble —respondí sin dar importancia a su observación—. ¿Qué sucedió después? Todo esto es muy interesante, chiquilla…

—El la dejó en el suelo. Bueno…, recostada contra la pared. El hombre entró en la casa a continuación y el *Emperador* —ése es el gato color naranja, al que llamo así a causa de su orgullosa pose—, dejó de acariciarse los hocicos, muy sorprendido. Tras esto, la señorita Pikestaff abandonó su casa, la que tiene el número 18, quedándose en la escalinata mirando…

—¿La señorita Pikestaff?

—Sí. Yo la llamo siempre así. Tiene un hermano, al que no para de molestar. Le hace la vida imposible.

—Sigue… —dije con creciente interés.

—Luego pasaron muchas otras cosas. El hombre salió de la casa… ¿Seguro que no era usted?

—Probablemente hay montones de hombres como yo… —aduje modestamente.

—Sí, eso es cierto, quizá —replicó Geraldine, con algún desconsuelo por mi parte—. Sea como sea, aquel individuo se aproximó a la carretera e hizo una llamada telefónica desde la cabina pública que hay allí. La policía no tardó en llegar. —Los ojos de Geraldine centellearon—. Vinieron muchos agentes. Estos se llevaron el cadáver del número 19 en una ambulancia. Había innumerables curiosos congregados frente a la casa. Descubrí a Harry entre los espectadores. Es el portero de este bloque de pisos. Luego me lo contó todo.

—¿Te dijo quién era el asesinado?

—Me dijo, sencillamente, que era un hombre y que nadie sabía cómo se llamaba.

—¡Qué interesante, chica! —exclamé.

Recé con fervor pidiéndole a Dios que Ingrid no escogiera aquel instante para volver con su deliciosa tarta de manzanas o cualquier otra golosina.

—Bueno, ahora retrocedamos un poco. Háblame de lo que pasó antes. ¿Viste tú a aquel hombre —al que fue asesinado—, en el momento de llegar a la casa?

—No, no le vi. Debía estar dentro de aquélla desde hacía varias horas.

—¿Quieres decir que vivía allí?

—¡Oh, no! Allí no vive nadie más que la señorita Pebmarsh.

—¡Ah! De manera que sabes su verdadero nombre.

—Sí. Me enteré de él por los periódicos. Y la joven que gritó se llama Sheila Webb. Harry me contó que el apellido de la víctima era Curry. ¡Qué chocante! Esta palabra le recuerda a una la comida[10] … Y más adelante hubo un segundo crimen. El mismo día no… En la cabina telefónica de la carretera. Desde aquí se ve, pero yo tengo

que asomarme y volver la cabeza a un lado… No vi nada. Ignoraba lo que iba a pasar. De lo contrario no hubiera perdido de vista aquel sitio. Por la mañana había bastante gente en la calle contemplando la casa de la señorita Pebmarsh. Yo creo que eso es una tontería, ¿verdad?

—Sí, en efecto, es una estupidez.

En este punto de la conversación apareció de nuevo Ingrid.

—Vengo en seguida —afirmó.

La joven tornó a marcharse.

—¿Para qué la queremos, después de todo? —me preguntó Geraldine—. Siempre anda preocupada con la comida. Ingrid prepara únicamente ésta y el desayuno. Papá cena por la noche en el restaurante y desde allí envía algo para mí. Pescado o cualquier otra cosa.

La niña se expresaba juiciosamente.

—¿A qué hora sueles comer, Geraldine?

—En cuanto Ingrid acaba de prepararlo todo. Ella anda un poco liada con las horas; por supuesto, con el desayuno no puede fallar. Tiene que disponer lo necesario con puntualidad si no quiere que papá se enfade. A mediodía no va con tantos aprietos. Lo mismo comemos a las doce que a las dos. Ingrid sostiene que no hay por qué comer a una hora determinada, que con sentarse a la mesa cuando está todo listo es suficiente.

—Es una idea un poco acomodaticia —opiné—. ¿A qué hora comiste… el día del crimen?

—A las doce, aproximadamente. Ese día le tocaba salir a Ingrid. Las jornadas que tiene libres las aprovecha para irse al cine o a la peluquería. Entonces viene a cuidar de mí una señora que se apellida Perry. Es una mujer terrible, verdaderamente. Me aburro mucho con ella.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No se puede hablar con ella. En cambio siempre me trae dulces, caramelos y cosas por el estilo.

—¿Qué edad tienes, Geraldine?

—Diez años y tres meses.

—Me he dado cuenta de que sabes llevar muy bien una conversación —manifesté.

—Eso es debido a que hablo mucho con papá —repuso la niña muy seria.

—De manera que el día del crimen comiste temprano, ¿verdad?

—Sí. De este modo Ingrid pudo marcharse poco después de la una, a pesar de haber fregado los platos.

—Entonces tú estabas asomada a la ventana aquella mañana, observando a la gente, ¿eh?

—¡Oh, sí! Estuve mirando desde las diez. Tenía entre manos un crucigrama.

—Me preguntaba yo si llegarías a ver al señor Curry en el momento de entrar en la casa…

—No, no le vi —declaró Geraldine—. Desde luego, reconozco que esto es raro.

—Bueno, tal vez llegara a aquélla muy temprano.

—No penetró en la vivienda por la puerta principal ni llamó al timbre, por lo tanto. En caso contrario le hubiera visto.

—Es posible que entrara por el jardín, por otro lado de la casa.

—No —contestó Geraldine—. La construcción da a otras viviendas. Los ocupantes de las mismas no habrían consentido a nadie que pasara por sus jardines.

—Sí, pequeña, estamos de acuerdo.

—Me gustaría saber qué aspecto ofrecía el señor Curry.

—Yo te lo diré. Era un hombre viejo ya. Contaría unos sesenta años. Iba afeitado y vestía un traje gris oscuro.

Geraldine movió la cabeza.

—Ofrecía, por tanto, el aspecto de tantas otras personas —comentó aquélla con un gesto de desaprobación.

—Sea como sea me imagino que es bastante difícil para ti diferenciar un día de otro, puesto que todos te han de parecer iguales. Al fin y al cabo te pasas horas y horas en esa cama, siempre mirando a lo lejos, siempre haciendo lo mismo.

—No es tan difícil como usted se figura. —Geraldine se creció con mi velado reto—. Puedo decirle todo lo que sucedió aquella mañana. Sé, por ejemplo, cuándo entró y salió de la casa número 19 la señora Cangrejo.

—Te refieres a la mujer que limpia diariamente allí, ¿verdad?

—Sí. La llamo de este modo porque anda como los cangrejos.

Tiene un hijo, todavía pequeño. A veces le acompaña, pero aquel día llegó sola. La señorita Pebmarsh se va alrededor de las diez. Trabaja en una escuela dedicada a la educación de los niños ciegos. La señora Cangrejo se marcha a las doce, aproximadamente. En ocasiones lleva consigo un paquete que no traía al entrar. Me imagino lo que contendrá: un poco de mantequilla, unos trocitos de queso y cosas por el estilo. La señorita Pebmarsh no ve… Sé con todo detalle lo que ocurrió aquel día porque Ingrid y yo reñimos y ella se negó después a hablarme. Le estoy enseñando inglés y quería que le explicara cómo se dice «hasta la vista». Ella tenía que decírmelo en alemán, esto es, «auf wiedersehen». Yo lo sé porque en una ocasión estuve en Suiza y oía a la gente pronunciar a menudo la frase. También acostumbraban a decir: «Grüss Gott…».

—Bueno, ¿qué le indicaste a Ingrid que tenía que decir para traducir al inglés su «auf wiedersehen»?

Geraldine exteriorizó una maliciosa risita. Luego empezó a hablar, pero sus propias carcajadas le impidieron seguir. Por fin pudo contestar a la pregunta que acababa de formularle.

—Le dije que siempre que deseara separarse de una persona con un cordial «¡Hasta la vista!», pronunciara la frase inglesa equivalente: «Get the hell out of here!»[11]. Ensayó la misma con nuestra vecina, la señorita Bulstrode, quien, naturalmente, se puso muy furiosa con ella. Ingrid, desde luego, acabó enterándose de la jugarreta, enojándose a su vez mucho conmigo. No volvimos a ser amigas hasta el día siguiente por la tarde, a la hora del té.

Digerí por fin aquella información.

—Por dicha razón tú te dedicaste a mirar por los gemelos.

Geraldine asintió.

—A eso debo ahora el poder afirmar que el señor Curry no entró por la puerta principal. Tal vez penetrara por la noche en la casa, escondiéndose en el ático. ¿Usted lo cree probable?

—Todo es probable en este caso. Ahora bien, eso de que estabas hablando no me lo parece mucho.

—No… —replicó Geraldine, reflexiva—. Hubiera llegado un momento en que habría sentido hambre y no iba a comer para que ella no advirtiera su presencia.

—¿No llegó nadie a la casa? ¿No viste ningún coche, ni

vendedor ambulante, nadie…?

—El mozo de la tienda de comestibles visita el número 19 los lunes y los jueves. El lechero llega a las ocho y media de la mañana.

Geraldine era una auténtica enciclopedia.

—La misma señorita Pebmarsh se encarga de comprar las verduras. A la puerta de esa casa no llamó nadie… si exceptuamos al lavandero. Por cierto que la lavandería era nueva.

—¿Una nueva lavandería?

—Si. Habitualmente va por allí la «Southern Down». Casi todo el mundo se sirve de ella. La de aquel día se llamaba… Sí. Era la «Snowflake Laundry»[12]. Jamás había oído hablar de esa lavandería. Seguramente llevan poco tiempo en el negocio.

Me costó mucho trabajo disimular el interés que me produjo esta última noticia. Quería evitar como fuera que la chiquilla comenzase a hacer una novela de sus observaciones, desfigurando las mismas.

—¿Entregó el lavandero algún paquete? También pudiera ser que lo recogiera…

—Entregó un gran cesto de ropa. Este era mucho más grande que los de costumbre.

—¿Se hizo cargo de él la señorita Pebmarsh?

—No. Había salido de nuevo.

—¿A qué hora sucedía eso, Geraldine?

—A la 1:35, exactamente. Lo anoté en mi cuaderno —señaló la niña muy ufana.

Geraldine me enseñó aquél, abriéndolo después para que contemplara una breve anotación, subrayando las escasas palabras que había escrito con un dedo índice un tanto sucio: «El lavandero llegó a las 1:35 Número 19».

—Debieras pertenecer a Scotland Yard —le dije.

—¿Hay mujeres detectives en ella? Eso me gustaría para mí. No me refiero a las mujeres policías. Estas me parecen tontas.

—No me has contado qué ocurrió a la llegada del lavandero.

—No ocurrió nada —manifestó Geraldine—. El conductor de la furgoneta se apeó, descargó el cesto y lo llevó a la parte trasera de la casa. Seguramente no pudo entrar. La señora Pebmarsh acostumbra a cerrar aquella puerta con llave. Lo más probable es que dejara el cesto allí y se volviera.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

—Corriente.

—¿Lo compararías conmigo?

—¡Oh, no! Era un hombre mucho más viejo. Pero la verdad es que no le vi muy bien porque él se acercó con el coche a la casa… por ahí —Geraldine señaló hacia la derecha—. Se detuvo enfrente del número 19, aunque en el punto opuesto al lado que hubiera debido utilizar. Claro que en una calle como ésta este detalle carece de importancia. Luego cruzó la puerta exterior inclinado sobre el cesto. No acerté a verle más que la nuca y al salir se estaba frotando el rostro. Quizás hallara algo cansado aquel trabajo de trasladar el cesto.

—Y se marchó en seguida, ¿no?

—Sí. ¿Por qué encuentra usted eso tan curioso?

—No lo sé… Pensé que quizás hubiera visto él algo interesante.

Ingrid abrió la puerta. Iba empujando una mesita de ruedas.

—Ahora vamos a comer.

—Estupendo —exclamó Geraldine—. Estoy medio muerta de hambre.

—Yo me voy. Adiós, Geraldine.

—Adiós. ¿Qué va usted a hacer con esto? —la niña me enseñó la navajita—. No es mía. Pero me gustaría que lo fuese.

—Todo parece indicar que no pertenece a nadie, Geraldine. Bueno, lo mejor será que te quedes con ella. Es decir, hasta que alguien la reclame. Sin embargo, me inclino a pensar que esto último no va a suceder —dije hablando con toda sinceridad.

—Dame una manzana, Ingrid —solicitó la niña.

—¿Una manzana?

—*Pomme! Apfel!*

Geraldine tornaba a sus clases de idiomas. Dejé a las dos entregadas a sus respectivas tareas.

Capítulo XXVI

La señora Rival abrió de un empujón la puerta del «Peacock Arms», avanzando de una manera algo vacilante en dirección al mostrador. Iba hablando en voz baja. No era desconocida en aquel local y fue saludada afectuosamente por el camarero.

—¿Qué tal, Flo? ¿Cómo te van las cosas?

—No está bien —respondió la señora Rival—. No es justo. No está bien. Yo sé lo que estoy hablando, Fred, y sostengo que no está bien, no, señor.

—Claro que no, Flo —replicó Fred para que se tranquilizara—. Me gustaría saber qué es concretamente lo que te pasa. ¿Quieres que te sirva lo de siempre?

La señora Rival abatió la cabeza. Pagó y comenzó a sorber el líquido del vaso que le acababan de poner delante. Fred se alejó momentáneamente para atender a otro cliente. La bebida reanimó a la mujer ligeramente. Continuaba profiriendo palabras sueltas y frases en voz baja pero ahora lo hacía con mejor talante. En cuanto el camarero volvió a situarse a su alcance tornó a dirigirse a él. Sus maneras resultaban ya menos bruscas.

—Sin embargo, no pienso seguir adelante con esto. No. Si existe alguna cosa que yo no puedo soportar, ésta es el engaño. Es que no lo aguanto… No lo he tolerado jamás.

—Eso es verdad, Flo.

Fred, un hombre experto en aquellas lides, examinó a su cliente con atención. «Lleva encima unos cuantos golpes ya —se dijo—. Me figuro que podrá resistir tan sólo un par más. Algo la ha sacado de sus casillas».

—El engaño… —continuó diciendo la señora Rival—. Y luego perju… perju… Bueno, ya sabes qué palabra quiero pronunciar.

—Claro que lo sé —replicó Fred.

El hombre se volvió para saludar a un conocido. Salió a colación el tema de la mala actuación de varios galgos en las carreras. La señora Rival continuaba hablando.

—No me gusta el asunto y no quiero seguir prestándome a nada. Lo diré… La gente no puede tratarme así. No, no pueden. Es decir, no hay derecho a que abusen de una… Y, por otra parte, si una no se defiende, ¿quién va a hacerlo en su lugar? Ponme otro, querido —añadió levantando la voz, mirando a Fred.

El camarero obedeció.

—De ser tú, yo optaría por marcharme a casa ahora mismo —le aconsejó aquél.

Se preguntaba Fred qué habría sido lo que había dejado tan trastornada a aquella mujer. Habitualmente se la veía de buen humor. Mostrábase siempre cordial con todo el mundo, siempre dispuesta a la risa.

—Ya ves las cosas que pasan, Fred: me tienen en el saco. Cuando la gente pide que le hagan algo debería hablar con franqueza. Debería decir qué significado encierra lo que vas a hacer, qué se propone exactamente. Todos mienten. ¡Asquerosos embusteros! ¡Uf!, no puedo resistirlos.

—Lo mejor sería que te fueras a casa —opinó Fred al observar que por la nada tersa superficie de sus mejillas se deslizaba una lágrima—. Piensa también que no tardará mucho en llover. El agua puede estropearte ese bonito sombrero.

En los labios marchitos de la señorita Rival floreció una sonrisa afectuosa.

—¡Oh! No sé qué hacer, de veras.

—Yo me marcharía a mi casa a dormir —sugirió el camarero, siempre amable.

—Sí, pero…

—No querrás que se te eche a perder ese sombrero, ¿verdad?

—Eso es muy cierto. Sí, muy cierto… Una observación muy atinada la tuya, Fred.

La señora Rival abandonó por fin el taburete, dirigiéndose con paso vacilante hacia la puerta.

—Algo parece haber afectado profundamente a Flo hoy —

comentó uno de los clientes del establecimiento.

—Habitualmente está tan alegre como unas castañuelas… Naturalmente, todos tenemos días buenos y días malos —declaró otro de los presentes, un individuo de sombrío gesto.

—Si alguien me hubiera asegurado que *Jerry Grainger* iba a entrar el quinto en la meta, inmediatamente detrás de *Queen Caroline*, no lo hubiera creído —afirmó el que había hablado en primer lugar—. Si me preguntas qué ha pasado, te lo diré con entera franqueza: ahí hubo «tongo». En las carreras, actualmente, no hay nada que vaya como Dios manda. La mayor parte de los caballos se presentan en la pista «drogados». ¿He dicho la mayor parte? ¡Todos!

Al llegar a la calle, la señora Rival levantó la cabeza, contemplando indecisa el firmamento. Sí. Tal vez fuera a llover. Echó a andar por la acera, aprestando el paso ligeramente, girando poco después a la izquierda y más adelante a la derecha, deteniéndose por último frente a un edificio de fachada más bien sucia.

Al sacar una llave de su bolso y empezar a subir las escaleras que había en el fondo del vestíbulo, la señora Rival se detuvo. Alguien se estaba dirigiendo a ella desde el hueco de aquéllas…

—Arriba te espera un caballero.

—¿A mí?

La señora Rival daba la sensación de sentirse un tanto sorprendida.

—Puede decirse de él que da la impresión de ser un caballero. No es lord Brummel precisamente, pero va bien vestido y es educado.

En cuanto hubo llegado ante su puerta, la señora Rival introdujo la menuda llave en la cerradura.

La casa olía a verduras, a pescado y a eucalipto. Este último olor era el que más se notaba en la entrada. La patrona de Merlina Rival era una mujer que cuidaba sus pulmones en invierno e iniciaba su buena labor en tal aspecto a mediados de septiembre.

Merlina abrió por fin la puerta de su piso, entrando en el mismo. Luego… se quedó paralizada. Casi inmediatamente dio un paso atrás.

—¡Oh! ¡Es usted!

El detective inspector Hardcastle abandonó la silla en que se hallaba sentado.

—Buenas noches, señora Rival.

—¿Qué desea usted? —inquirió aquélla, con menos *finesse* de la que habitualmente empleaba.

—He venido a Londres por una cuestión del servicio y como había un par de cosas acerca de las cuales quería hablar con usted, no se me ha ocurrido nada mejor que visitarla. La… ¡ejem!… la mujer con quien tropecé en la entrada me dijo que no creía que tardara usted mucho en regresar.

—¡Ah! Bien; no comprendo qué…

Hardcastle le señaló una silla.

—Siéntese —sugirió cortésmente.

Daba la impresión de que sus papeles habían sido invertidos. La señora Rival, con un movimiento de autómata, tomó asiento, fijando una dura mirada en su interlocutor.

—¿A qué se refieren ese par de cosas? —inquirió.

—Se trata de unos detalles insignificantes, en los que he reparado después…

—¿Está usted pensando en… Harry?

—En efecto.

—Entonces escuche… —la señora Rival estaba dando a sus palabras un acento de desafío. De ello se dio cuenta en seguida el inspector, que acababa de percibir también el vaho del alcohol que salía de la boca de la mujer—. Estoy harta de Harry… Es algo que data de muchos años atrás. No quiero ni volver a pensar en él. Espontáneamente, me presenté a usted cuando vi la fotografía en los periódicos, ¿no? Le conté todo lo que sabía. Todo eso pasó, ha quedado ya muy atrás. No quiero que nadie me lo recuerde… No puedo decirle más de lo que le he dicho. Le he referido cuanto recordaba y no quiero saber más de ello.

—Se trata de un punto sin importancia, ya se lo he indicado —insistió el inspector afablemente, en tono de excusa.

—Bien. Hable usted. ¿Qué es? —inquirió la señora Rival.

—Usted identificó a la víctima del crimen cometido en Wilbraham Crescent, afirmando que era su marido, con el que

contrajo matrimonio, verdadero o falso, hace quince años aproximadamente. ¿Es eso cierto?

—Yo imaginé que a estas alturas usted sabría cuándo sucedió eso exactamente.

«Es más aguda de lo que me figuré en un principio», se dijo Hardcastle.

—Y no se ha equivocado en su suposición. Hemos comprobado tal extremo. Ustedes se casaron el día 15 de mayo del año 1948.

—Se asegura que los que contraen matrimonio en el mes de mayo no llegan nunca a conocer la felicidad —explicó la señora Rival lúgubremente—. A mí, desde luego, mayo no me trajo suerte.

—A pesar de los años transcurridos desde la última vez que se vieron, usted identificó a su esposo con bastante facilidad.

La señora Rival se agitó, algo inquieta.

—No había envejecido mucho. Harry sabía cuidarse.

—Y además pudo usted facilitarnos información adicional. ¿No recuerda haberme escrito hablándome de cierta cicatriz?

—Naturalmente que lo recuerdo. Tenía una cicatriz detrás de la oreja izquierda. Aquí.

La señora Rival señaló el lugar exacto llevándole la mano derecha al mismo.

—¿Detrás de la oreja *izquierda*? —Hardcastle dio algún énfasis a esta última palabra.

—Pues… —la mujer parecía dudar ahora—. Sí. Creo que sí. Sí. Estoy segura de ello. Por supuesto, obrando un tanto apresuradamente no es difícil citar la parte izquierda por la derecha y viceversa. Pero sí… fue la izquierda. Aquí —la señora Rival tornó a llevarse la mano al mismo sitio.

—Y esa cicatriz fue lo que quedó de una herida que se produjo su marido afeitándose, ¿no?

—Exacto. El perro saltó sobre él. El mastín que entonces teníamos era muy aficionado a tal género de ejercicios. Harry y el animal eran inseparables cuando mi esposo se encontraba en casa. La navaja en aquel momento se hundió en la carne, causándole una herida bastante profunda. Harry sangró mucho. Aquélla acabó por curarse, ni que decir tiene, pero quedó la señal.

Parecía hablar con más seguridad en estos momentos la señora

Rival.

—Es ése un punto muy interesante. En fin de cuentas, un hombre presenta el aspecto que puedan presentar otros muchos. Se piensa en ello, especialmente, cuando han transcurrido muchos años. Ahora bien, hallar un individuo que se parece mucho a su esposo, el cual tiene una cicatriz en determinado sitio… Eso zanja todas las vacilaciones que pudiera haber con respecto a la seguridad de la identificación, ¿verdad? Así se da con una base sólida, que permite orientar las investigaciones policíacas en un sentido u otro.

—Me alegro de que se sienta complacido.

—Y ese accidente de la navaja de afeitar ocurrió…, ¿cuándo?

La señora Rival reflexionó unos segundos.

—Debió ser… Unos seis meses después de nuestra boda, aproximadamente. Sí. Nosotros nos hicimos del perro aquel verano, recuerdo.

—Es decir, entre los meses de octubre y noviembre de 1948.

—Eso es.

—Y después, en el año 1951, su esposo la dejó…

—Quizá me apartara yo también de él —manifestó la señora Rival con dignidad.

—Es igual. El caso es que después de 1951 usted no volvió a ver a su marido… Hasta el día en que descubrió su fotografía en los periódicos, ¿es así?

—Efectivamente. Eso es lo que le dije a usted.

—¿Y no tiene ninguna duda en relación con sus declaraciones, señora Rival?

—En absoluto. Sólo volví a ver el rostro de Harry CastIeton después de muerto.

—Es raro —murmuró Hardcastle—, muy raro…

—¿Qué es lo que le parece raro? ¿Qué quiere decir?

—El tejido cicatrizado tiene sus cosas curiosas. Claro, para usted o para mí una cicatriz es únicamente eso: una cicatriz. No nos dice nada de particular. Pero los médicos son capaces de obtener de aquélla toda una serie de enseñanzas. Por ejemplo pueden revelar, aproximadamente, la fecha de su formación.

—No sé adonde quiere usted ir a parar.

—Se trata de esto, sencillamente, señora Rival: de acuerdo con

el informe médico de la policía, confirmado por otro particular, al que hemos consultado, la cicatriz que su marido tenía en la oreja databa solamente de cinco a seis años atrás.

—Tonterías. No lo creo. Yo… Nadie puede afirmar tal cosa. De todos modos no fue entonces cuando…

—¿Se da cuenta? —prosiguió diciendo Hardcastle en el mismo tono de voz—. Si la cicatriz data de cinco o seis años atrás hay que dar por descontado que el hombre que fue su esposo no tenía aquélla en el momento de dejarla a usted, en el año 1951.

—Tal vez tenga usted razón. Pero, sea como sea, era Harry.

—Recuerde que no le vio desde entonces, señora Rival. Y si no le vio, ¿cómo pudo enterarse de la existencia de la cicatriz, resultado de una herida que se había producido cinco o seis años antes?

—Me está usted enredando, inspector. Una no puede acordarse exactamente de todos los detalles. La verdad es que Harry tenía esa cicatriz y yo lo sabía.

Hardcastle se puso en pie.

—Será mejor que reflexione, estudiando el contenido de su declaración, señora. No querrá usted buscarse un conflicto, ¿verdad?

—¿Buscarme un conflicto? ¿Qué quiere darme a entender?

Hardcastle pronunció la palabra con desgana:

—Perjurio.

—¿Autora de un delito de perjurio yo?

—Sí. Aquél constituye una grave falta, que pudiera llevarla a la cárcel, incluso. Porque en su día habrá de prestar solemne juramento ante un tribunal. Me agradaría… que se lo pensase usted bien, señora Rival. Es un paso serio el que ha de dar. ¿Es que hubo alguna persona que le sugirió que nos contara esa historia de la cicatriz?

La señora Rival se irguió. Los ojos le centelleaban en aquellos instantes. Ofrecía, incluso, un aspecto magnífico.

—Jamás he oído tantas tonterías juntas —repuso—. Esto es absurdo, francamente. Intenté cumplir con mi deber. Impulsada por tal sentimiento fui en su busca, tratando de ayudarle. Le confié cuanto recordaba. Yo creo que si he cometido alguna equivocación estoy más que justificada, ¿no? En fin de cuentas he conocido a

muchos… amigos y una confusión así siempre es posible. Con todo, yo me inclino a pensar que estoy en lo cierto. Ese hombre era Harry y Harry tenía una cicatriz detrás de la oreja izquierda. Seguro. Todo lo que he sacado en limpio por su parte, en pago a mi actitud, inspector, ha sido esto: que usted aparezca por mi casa insinuando que he mentido.

El inspector Hardcastle se puso en pie.

—Buenas noches, señora Rival —dijo—. Piénseselo bien.

La mujer levantó la cabeza, en un gesto de reto. Hardcastle salió. Nada más marcharse, la expresión del rostro de la señora Rival cambió. Su actitud de desafío se había desvanecido como por encanto. Ahora era simplemente una mujer preocupada, asustada.

—Meterme en esto —murmuró—, meterme en este asunto… No pienso seguir así… Por nadie del mundo daría la cara. Me ha mentido, me ha engañado… Es monstruoso. Sí. Monstruoso. Se lo diré. No voy a callarme absolutamente nada.

Se puso a pasear de un lado a otro de la habitación, vacilando. Finalmente tomó una decisión. Cogió un paraguas que había en un rincón y dejó el piso.

Llegó hasta el final de la calle, deteniéndose sin saber qué hacer frente a una cabina telefónica. Continuó andando. Entró en las oficinas de una estafeta de correos, pidió cambio y se introdujo en una de las cabinas del local. Establecida la comunicación con la central pidió un número, aguardando unos segundos.

—Hable.

La señora Rival obedeció mecánicamente.

—Oiga… ¡Oh! Es usted… Aquí Flo. Sí, ya recuerdo que me dijo que no la llamara, pero es que no tengo más remedio. No se ha portado usted lealmente conmigo. No me hizo saber a lo que me exponía. Usted sólo me indicó que para usted supondría una gran contrariedad la identificación de ese hombre. Ni por un instante se me ocurrió pensar que podía verme mezclada en un crimen… Sí, usted lo afirma, pero eso no es lo que me señaló antes… Naturalmente. Ahora pienso que está complicada en el hecho… Se lo advierto; no crea que voy a cargar con culpas ajenas… Ya es algo desempeñar el papel de… de… cómplice. El caso es que yo estoy asustada, no lo oculto… ¡Decirme que escribiera contando lo de la

cicatriz! Ahora resulta que la cicatriz data sólo de un par de años atrás. Y aquí me tiene jurando que no, que él ya la tenía cuando me abandonó… Eso es perjurio, un delito grave, que puede llevarme a la cárcel. No está nada bien que se haya andado con tantos rodeos… No… Una cosa es servir a alguien, hacerle un favor… Ya lo sé… Ya sé que me paga por ello. De todas maneras no es tanto dinero como para… ¡Bien! La escucharé, pero yo no voy a… Conforme, conforme… Guardaré silencio… ¿Qué dice? ¿Cuánto? Eso es mucho dinero. ¿Cómo voy a saber que usted lo ha obtenido legalmente…? Sí, por supuesto, eso es distinto ¿Puede jurarme que no tuvo nada que ver con el hecho? Me refiero al acto de suprimir a una persona… Estoy convencida de que fue así. Naturalmente, lo comprendo… A veces una se junta con cierta gente y va más allá de donde se proponía. No es culpa de una, no… Tiene usted una habilidad tan grande para convencer… Siempre le pasó lo mismo… De acuerdo. Considero el asunto terminado, pero lo otro ha de ser pronto… ¿Mañana? ¿A qué hora? Sí… Sí… Acudiré a la cita, pero nada de cheques… Me expongo a sufrir una pérdida y… No, no quiero continuar mezclada en esto. Aunque la cosa no tenga nada de particular… Conforme… Ya que usted dice eso… La verdad, no quisiera que me juzgara… De acuerdo, de acuerdo entonces.

La señora Rival abandonó la estafeta de Correos para avanzar con alguna torpeza por la acera. No se sentía descontenta en aquellos momentos.

Valía la pena arriesgarse un poco con tal de lograr aquella importante suma de dinero. Este le iría muy bien. Y el peligro no era tan grande, en fin de cuentas. Según las preguntas que le formularan diría que no se acordaba o que se le había olvidado todo. Son muchas las mujeres incapaces de recordar detalles o sucesos que datan de un año atrás. Si insistían mucho declararía que había confundido a Harry con otro hombre. ¡Oh! Disponía de centenares de respuestas para salir del paso.

La señora Rival era de esas personas que tienen azogue en las venas. Su ánimo se levantaba con la misma facilidad con que se abatía… Entonces comenzó a pensar seriamente en las cosas que iba a comprarse con aquel dinero…

Capítulo XXVII

RELATO DE COLIN LAMB

—No parece haberle sacado usted mucho a la señora Ramsay —dijo quejoso el coronel Beck.

—Tampoco tenía mucho que declarar esa mujer.

—¿Está seguro de eso?

—Sí.

—¿No la juzga un elemento activo?

—No.

Beck escrutó mi rostro.

—¿Satisfecho? —inquirió.

—En realidad, no.

—¿Esperaba obtener conclusiones más positivas?

—Las formuladas no llenan ciertos huecos.

—Tendremos que dirigir nuestras investigaciones en otro sentido… Habremos de renunciar a las calles en forma de media luna, ¿no?

—Sí.

—¿Qué le ocurre? No se expresa usted más que con monosílabos. ¿Se siente molesto, descontento?

—No soy eficiente en este trabajo —repliqué hablando lentamente.

—¿Quiere que le de unas palmaditas en el hombro, diciéndole al mismo tiempo: «Vamos, vamos»?

A pesar de mi desgana me eché a reír.

—Eso está mejor —comentó Beck—. Bueno, ¿qué es lo que pasa? Supongo que hay faldas por en medio.

Denegué con un movimiento de cabeza.

—Eso viene de atrás, coronel.

—En realidad yo lo había advertido —declaró Beck inesperadamente—. La confusión más absoluta impera en el mundo en la actualidad. No se ven claras, ni mucho menos, las salidas a los conflictos planteados. Cuando el desánimo se apodera de uno hay que considerarlo todo o casi todo perdido. El hombre, en esta etapa de su vida, pierde su utilidad. La verdad es que usted ha trabajado primorosamente, muchacho. Dése por contento con ello. Vuelva cuanto antes a sus condenados bichejos.

El coronel Beck hizo una pausa para añadir:

—¿Le gustan de veras esas cosas?

—Para mi constituyen una ocupación apasionante.

—A mí se me antojarían repulsivas. ¡Qué espléndidas variantes nos presenta la Naturaleza en lo tocante a sus criaturas! Me refiero a los gustos de cada uno. ¿Qué tal van las indagaciones relativas al crimen de Wilbraham Crescent? Apuesto lo que quiera a que la chica fue la autora de aquél.

—Está usted en un error —respondí.

Beck extendió un brazo, señalándome.

—He aquí lo que le digo yo, Lamb: «Esté preparado». Y no en el sentido que los exploradores dan a esta frase.

Bajé por Charing Cross Road absorto en mis pensamientos. A la entrada del «Metro» compré un periódico.

Por una información en aquél contenida me enteré de que el día anterior, en Victoria Station, precisamente a la hora de mayor aglomeración, una mujer había caído desvanecida al suelo, siendo recogida en seguida y conducida a un hospital. Al llegar al establecimiento habíase descubierto que acababa de ser apuñalada. La mujer había muerto sin recobrar el conocimiento.

La desconocida se llamaba Merlina Rival.

* * *

Telefoneé a Hardcastle.

—Sí —dijo para contestar a mis preguntas—. Todo pasó tal como ha contado la prensa.

Apreció un dejo de amargura y dureza en sus palabras.

—Fui a verla anteanoche. Le advertí que su historia acerca de la cicatriz presentaba grandes fallos. Le notifiqué que el examen detenido de aquélla había hecho pensar a los médicos en una herida relativamente reciente. Es curioso ver con qué facilidad cometen las personas equivocaciones garrafales. Siempre por el afán de rematar la obra de manera que ésta no ofrezca ningún punto débil. Alguien pagó a la señora Rival para que identificara el cadáver. Le dieron instrucciones para que declarara que el hombre muerto en Wilbraham Crescent era su marido, que la había abandonado años atrás. Actuó perfectamente. Yo creí su historia al principio, en su totalidad. Luego intentó reforzar la misma. Recordando tan casualmente aquella pequeña cicatriz de su marido daba el carpetazo definitivo al asunto de la identificación, aportando una convincente prueba. Si hubiese mencionado ese detalle en el transcurso de nuestra entrevista todo hubiera parecido demasiado fácil, amañado, quizás.

—En consecuencia, Merlina Rival andaba mezclada en este feo asunto, ¿no?

—Te diré. Yo lo pongo en duda. Supón que un viejo amigo va en su busca y le dice: «Estoy en un apuro, chica. Un individuo con el que llevé a cabo algunos negocios ha sido asesinado. Si la policía le identifica todos nuestros asuntos se vendrán a tierra, provocando una catástrofe. En cambio, si tú apareces en escena asegurando que era tu marido, Harry Castleton, quien te abandonó hace años, el caso quedará zanjado».

—Pero lo mas probable es que Merlina Rival no se prestara al juego, estimándolo excesivamente peligroso.

—El otro le objetaría entonces: «¿Dónde está el peligro? Dando por cierto lo peor, resultará que has cometido un error simplemente. A los quince años de separación, ¿cuál es la mujer que no está expuesta a una cosa así?». Seguramente, en este punto de la conversación el instigador mencionaría una bonita suma de dinero. Finalmente, ella accede, decidida a ser una buena amiga.

—¿Sin la menor desconfianza?

—Merlina Rival no era una mujer desconfiada. ¡Santo Dios! Mira, Colin, cada vez que capturamos a un asesino pasa lo mismo…

Existen siempre muchas personas que le conocen. Pues bien, no hay una sola que no se muestre extrañada, profundamente extrañada de su acción. Hay quien va mas lejos y no quiere creerlo, hasta el instante de enfrentarse con pruebas tangibles.

—¿Qué sucedió cuando fuiste a verla?

—La asusté. Y después de irme obró como yo había esperado que obrara: intentó establecer contacto con el hombre, o la mujer, que la metió en esto. Por supuesto, ordené que la vigilaran. Se acercó a una estafeta de Correos e hizo una llamada desde una cabina de teléfono automático. Desgraciadamente, no fue la que yo había esperado que utilizara, al final de su calle. Tuvo que hacerse de cambio. Al abandonar la cabina daba la impresión de estar muy satisfecha. Continuó en observación, pero nada de interés ocurrió hasta ayer noche. Fue a la Victoria Station y sacó un billete para Crowdean. Pero el astuto diablo que movía los hilos del drama se le había adelantado. Eran las seis y media, una de las «horas punta». Ella avanzaba desprevenida, natural. Probablemente estaría pensando en cómo se desarrollaría la entrevista que iba a celebrar con alguien en Crowdean. Y luego… Nada más fácil entre un grupo apretado de hombres y mujeres que sacar una navaja y oprimirla… Merlina Rival, tal vez, no se dio cuenta inmediatamente de que acababa de ser apuñalada. ¿Te acuerdas del caso de Barton cuando el robo de la pandilla de los Levitti? Recorrió toda la acera de la calle antes de derrumbarse muerto. No había notado más que cierto dolor progresivo… A veces le pasan a uno estas cosas y después la molestia se esfuma con idéntica rapidez que llegó. Al menos se espera siempre que ocurra esto. Merlina Rival, al igual que Barton, seguía en pie, pero ya estaba muerta… ¡Maldita sea! —exclamo Hardcastle para terminar su discurso.

—¿Habéis realizado nuevas indagaciones?

Tenía que hacerle esta pregunta. No pude contenerme. Su réplica no se hizo esperar.

—La señorita Pebmarsh estuvo en Londres ayer. Hizo algunas cosas por cuenta del instituto en que trabaja y regresó a Crowdean en el tren de las 7:40 —Hardcastle guardó silencio un momento, añadiendo luego—: La señorita Sheila Webb se llevó consigo un manuscrito que tenía que comprobar con un escritor extranjero que

se hallaba de paso en Londres, camino de Nueva York. Abandonó el «Hotel Ritz» a las 5:30, aproximadamente, metiéndose en un cine, sola, antes de emprender el regreso.

—Escúchame, Hardcastle —dije—. Tengo algo para ti… Garantizado por un testigo presencial. El día 9 de septiembre se detuvo ante el número 19 de Wilbraham Crescent, a la 1:35, la furgoneta de una lavandería. El hombre que conducía ese vehículo dejó un gran cesto en la puerta trasera de la casa. Hay que destacar el tamaño exageradamente grande del referido cesto.

—¿Una lavandería? ¿Cuál?

—¿La «Snowflake Laundry»? ¿La conoces?

—No, desde luego. Todos los días nacen y mueren negocios de esta clase. El nombre es corriente y hasta apropiado para una empresa de tal tipo.

—Bueno… Haz las averiguaciones oportunas. Yo te lo he dicho: un hombre conducía el vehículo; fue el mismo hombre quien llevó el cesto hasta la puerta posterior de la vivienda… ¿Me has entendido bien?

—¿Pretendes darle a esto un nuevo giro, Colin?

—No. Ya te he indicado que hay por en medio un testigo. Haz las comprobaciones oportunas, Dick. Aprovecha esa pista.

Colgué el receptor del teléfono para no darle tiempo a asaetearme a preguntas.

Una vez hube abandonado la cabina telefónica consulté mi reloj de pulsera. Tenía muchas cosas que hacer… y deseaba estar fuera del alcance de Hardcastle mientras tanto. Entre otras había de arreglar mi futuro…

Capítulo XXVIII

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Llegué a Crowdean a las doce de la noche, cinco días más tarde. Me fui en seguida al «Clarendon», pedí una habitación y me acosté. Me hallaba cansado de la noche anterior y dormí más de la cuenta. Desperté a las diez menos cuarto.

Pedí que me sirvieran una taza de café, una tostada y también solicité que me trajeran el periódico. Lo recibí en unión de una nota dirigida a mí con las palabras escritas *a mano* en el ángulo izquierdo.

Examiné la nota, con cierta sorpresa. No la esperaba. El papel era grueso, de los de precio.

Después de darle vueltas y más vueltas desdoblé la cuartilla.

Dentro alguien había escrito con letras grandes estas palabras:

CURLEW HOTEL, 11:30
Habitación 413
(Llamar tres veces)

Miré aquel papel desde distintos ángulos… ¿Qué significado tenía el mismo?

Me fijé especialmente en el número de la habitación: el 413. Las 4:13 marcaban las manecillas de los relojes misteriosos. ¿Una coincidencia? Quizá, quizá no…

Pensé llamar por teléfono al «Curlew Hotel». Luego proyecté ponerme en comunicación con Dick Hardcastle. Más adelante decidí no hacer ninguna de estas dos cosas.

Me había espabilado. Me levanté y después de haberme afeitado,

lavado y vestido, salía del «Clarendon», dirigiéndome al «Curlew Hotel», a donde llegué a la hora fijada en la nota.

La temporada de verano había llegado a su fin. Aquel establecimiento no albergaba muchos huéspedes por aquellos días.

No pregunté en la oficina de recepción. Tomé el ascensor para subir al cuarto piso, buscando por el pasillo de éste la habitación 413. Vacilé unos segundos. A continuación, y convencido de que me estaba conduciendo como un necio, di tres golpes en la puerta…

Una voz contestó:

—Entre.

La puerta no había sido cerrada con llave. Abrí la misma, quedándome paralizado a causa del asombro.

Jamás hubiera esperado encontrar allí al hombre que mis ojos estaban contemplando.

Hércules Poirot me miró, divertido.

—*Une petite surprise, n'est-ce pas?* —dijo—. Confío en que, pese a todo, agradable.

—Poirot, viejo zorro, ¿cómo llegó usted hasta aquí?

—En un vehículo bastante confortable.

—Pero, ¿qué hace en este hotel?

—Fue una actitud ventajosa la suya, créame. Insistieron en que había que proceder a decorar de nuevo mi apartamento. Figúrese mi apuro. ¿Qué podía hacer yo? ¿Adónde encaminarme?

—Hay muchos sitios a donde ir —repuse fríamente.

—Probablemente tiene usted razón, pero mi médico me indicó que el aire de mar no me perjudicaría.

—¿Qué clase de médico tiene usted? ¿Uno de esos tipos que se enteran reservadamente de cuál es el sitio que desearía visitar su paciente para aconsejárselo más tarde? ¿Fue usted quien me envió esto?

Le enseñé la nota que yo recibiera en el «Clarendon».

—Naturalmente. ¿Qué otra persona podía haber sido?

—¿Es una coincidencia que tenga usted una habitación cuyo número es el 413?

—No, no es una coincidencia. La pedí yo.

—¿Por qué razón?

Poirot inclinó la cabeza a un lado guiñándome un ojo.

—Se me antojó muy apropiado.

—¿Y lo de llamar tres veces?

—No pude resistir esa tentación. Sólo hubiera podido mejorar esto uniendo a la nota una ramita de romero[13]. Pensé también en producirme un corte en el dedo y marcar la puerta con una huella digital impresa con sangre, pero, ¡bueno está lo bueno, amigo mío! Yo tampoco quería, por otro lado, tener una herida infectada.

—Supongo que esto es la segunda infancia —observé—. Esta tarde le compraré un balón y un conejito lanudo.

—No ha celebrado la sorpresa que le he preparado. No se ha alegrado en lo más mínimo al verme.

—Pero, ¿es que esperaba de mí tal reacción?

—*Pourquoi pas?* Vamos, hablemos en serio después de este rato de broma. Confío en poder ayudar a la policía en su labor. He estado hablando con el jefe de la misma, quien ha sido extraordinariamente amable conmigo, y en este momento aguardo la visita de su amigo el detective inspector Hardcastle.

—¿Y qué piensa usted decirle?

—Tengo la impresión de que los tres vamos a sostener una sustanciosa charla.

Le miré, echándome a reír. Mi interlocutor denominaría charla a lo que se avecinaba, pero yo sabía perfectamente quién era el que iba a hacer todo el «gasto» en la conversación: ¡Hércules Poirot!

* * *

Hardcastle llegó por fin. Llevé a cabo las presentaciones y los dos hombres cruzaron las corteses palabras de costumbre. Nos habíamos instalado cómodamente. Dick miraba de vez en cuando a Poirot a hurtadillas, con la expresión que adopta un visitante del parque zoológico cuando estudia una nueva y sorprendente adquisición. ¡Dudo de que hubiera visto antes de aquel momento un ejemplar como Hércules Poirot!

Finalmente, Hardcastle se aclaró la voz, diciendo a continuación:

—Supongo, monsieur Poirot, que usted desea tener una visión conjunta del caso ¿no es así? —el inspector vaciló—. Estimo que no

será fácil… Mi jefe me ha dado instrucciones en el sentido de que haga cuanto esté a mi alcance por usted. Pero advertirá que existen dificultades, preguntas que han de ser formuladas, objeciones… Sin embargo, como ha venido aquí especialmente…

Poirot interrumpió a mi amigo Dick, no sin cierta frialdad:

—Me encuentro aquí a causa de que mi apartamento de Londres está siendo en la actualidad decorado de nuevo, restaurado.

Dejé oír una risita y Poirot me dirigió una mirada de reproche.

—Monsieur Poirot no necesita ir a ver lo que sea por sí mismo. Mantiene que la investigación puede llevarse a cabo desde una butaca. Pero esto no es cierto del todo, ¿verdad, Poirot? De lo contrario no se encontraría aquí.

Poirot replicó dignamente:

—Yo dije que no era necesario que el sabueso fuese de acá para allá rastreando la pista. No obstante, he de admitir que el perro es imprescindible. Un perro traedor, cobrador. Un buen animal de esta clase.

Volvióse hacia el inspector, retorciéndose con un gesto de satisfacción una de las puntas de su bigote.

—Permítame que le diga que a mí no me sucede lo que a todos los ingleses, que viven obsesionados con los perros. Personalmente, puedo prescindir de ellos. En cambio acepto buena parte de su ideario con respecto a dichos animales. El hombre ama y respeta a su perro. Ante sus amigos elogia a su silencioso compañero, destacando su inteligencia y sagacidad. Ahora imagínense esta situación a la inversa. El perro quiere a su amo. Se siente, asimismo, orgulloso de éste, pregonando su sagacidad e inteligencia. Notándose complacido en cuánto apetece, se desvivirá a su vez por complacer, por mimar a su dueño. El hombre es capaz de violentarse, de contrariar su gusto por el descanso en un momento dado, echándose a la calle sólo porque sabe que a su perro le agradan los paseos; el animal, en justa correspondencia, se esforzará por proporcionar al amo lo que ansía con las limitaciones inherentes a su naturaleza.

»Algo semejante ocurre con mi joven y amable amigo Colin. Fue a verme, no para pedirme ayuda, para que colaborara con él en la solución de un problema… Colin confiaba en que podría

solucionarlo por sí mismo y no se equivocaba. No. Sabía que estaba desocupado y solo y quiso proporcionarme algo que iba a interesarme, que yo estudiaría inevitablemente, que me proporcionaría trabajo, una labor agradable. Me desafió. Le he dicho muy a menudo que es posible solucionar un caso policíaco sin abandonar el butacón de nuestro despacho o cuarto de estar. Se lo he dicho tantas veces que no quiso desaprovechar esta oportunidad que el azar le deparaba de probarme lo contrario. La verdad es que ha obrado con un poco de malicia. De todos modos, aspiraba a demostrar que lo que yo sostengo no es fácil. *Mais oui, mon ami*… ¡Eso es cierto! Ha querido burlarse de mí, ¿eh? No se lo reprocho. Me limitaré a decir que lo que pasa aquí es que aún no conoce usted suficientemente bien a su amigo Hércules Poirot.

Poirot se irguió en su asiento, retorciéndose las puntas de su bigote.

Yo le miré, dirigiéndole una afectuosa mirada.

—De acuerdo, entonces. Dénos la solución del problema, si es que la sabe.

—¡Por supuesto que la sé!

Hardcastle le miró incrédulo.

—¿Dice usted que sabe quién fue la persona que mató al hombre hallado en el número 19 de Wilbraham Crescent?

—Naturalmente.

—¿Y también conoce la identidad del asesinado señor Curry?

—Sé quién debe ser.

La expresión de duda en la faz de Hardcastle no podía resultar más elocuente. Su actitud continuaba siendo cortés. Pero el tono con que habló delataba su escepticismo.

—Perdóneme, monsieur Poirot… Ha dicho que sabe quién es el autor de esos tres crímenes. ¿Conoce el por qué?

—Sí.

—¿Ha solucionado por completo el caso?

—Pues… no, en realidad, no todavía.

—Lo que usted ha querido dar a entender es que ha tenido una corazonada —dije yo, poco atento.

—No pienso reñir con usted por una palabra más o menos, *mon cher* Colin. Todo lo que afirmo es: ¡lo sé todo!

Hardcastle suspiró.

—Compréndalo, monsieur Poirot… Nosotros hemos de disponer de pruebas.

—Naturalmente. Ahora bien, con los recursos que tiene usted al alcance de la mano no le costará mucho trabajo lograr aquéllas.

—No estoy yo muy seguro acerca de eso.

—Vamos, vamos, inspector. El hecho de saber, de saber realmente, ¿no constituye el primer paso? ¿No puede usted arrancar de ahí?

—Siempre no es posible eso —opuso Hardcastle con otro suspiro —. Andan por el mundo, en libertad, hombres que debieran estar cumpliendo condena. Ellos lo saben perfectamente y nosotros también.

—Tales individuos, hay que reconocerlo, constituyen la excepción. No son…

Interrumpí a Poirot:

—Conforme, conforme. Usted está al tanto de todo… ¡Pónganos al corriente a nosotros!

—Me doy cuenta de que continúa usted mostrándose escéptico. Pero antes de nada permítame que le diga esto: estar seguro de una cosa significa que al alcanzar la solución exacta del problema cada pieza del puzzle encaja en su sitio con exactitud. Entonces uno advierte que los hechos no han podido ocurrir de otra manera.

—¡Por el amor de Dios, Poirot! Vaya al grano de una vez. Le doy mi conformidad por anticipado a todas las consideraciones que le sugiera el tema.

Poirot se arrellanó en su butaca, adelantándose hacia el inspector para volver a llenar su vaso.

—Han de comprender una cosa, *mes amis*: para solucionar cualquier problema hay que empezar por disponer de los hechos. Para eso uno necesita del perro, el perro traedor o cobrador, el cual recoge las piezas, una por una, y las deposita a…

—… a los pies del amo —proseguí diciendo yo—. Sí, señor. Admitido.

—No se puede resolver un caso desde un butacón valiéndose únicamente de las informaciones aportadas por los periódicos. Los hechos, para empezar, han de ser exactos y la prensa se preocupa

poco de la exactitud. Los periodistas suelen, por ejemplo, referir algo que sucedió a las cuatro y cuarto redondeando la hora; nos cuentan que un hombre tenía una hermana llamada Elisabeth y resulta luego que no se trataba de una hermana sino de una cuñada, llamada, por cierto, Alexandra… Así sucesivamente. Pero en Colin yo tengo un perro de notables habilidades, habilidades que, he de decirlo, le han llevado lejos en su carrera. Colin ha tenido siempre una memoria magnífica. Es capaz de repetir ce por be conversaciones por él oídas varios días más tarde. Detalla con precisión también, sin florituras ni adornos, sin versiones personales, esto es, de una manera distinta a lo que hacemos los demás, determinados pareceres en permanente vigencia. Jamás dirá, es otro ejemplo: «A las once y veinte entregaron el correo» en lugar de describir lo que pasó realmente, dejando de mencionar una llamada a la puerta y la subsiguiente entrada en la habitación de cualquiera con un puñado de cartas en la mano. Todo esto es sumamente importante. Equivale a afirmar que él oyó lo que yo hubiera oído de haber estado presente, que él vio lo que yo hubiera visto también…

—Únicamente que el desventurado perro es incapaz de efectuar algunas interesantes deducciones…

—De modo que hasta donde es posible yo dispongo de los hechos. Me encuentro ya inmerso en el escenario del drama. Lo que más me sorprendió del caso cuando Colin me puso al corriente del mismo fue su carácter fantástico. Cuatro relojes, todos ellos marcando una hora de adelanto sobre la normal, los cuales fueron introducidos en una casa sin conocimiento de su propietaria. Al menos, eso fue lo que ella dijo. No olvidemos que no hay que admitir nada, nos digan lo que nos digan, hasta que quede comprobado.

—Los dos pensamos lo mismo —contestó Hardcastle haciendo un gesto de aprobación.

—En el suelo yace un hombre muerto, un hombre ya de cierta edad; de aspecto respetable. Nadie sabe quién es (de nuevo, eso es lo que se nos dice). En uno de los bolsillos de su traje se encuentra una tarjeta en la que hay impreso un nombre: R. H. Curry, y una dirección: 7, Denvers Street. Al parecer pertenece a la plantilla de la

«Metropolis Insurance Company». Pero tal entidad no existe. No hay tampoco ninguna calle como la citada ni tal señor Curry. He aquí una prueba negativa, pero prueba al fin y al cabo. Sigamos… Aparentemente, se produce a las dos menos diez una llamada telefónica a una agencia de secretarias. Una señorita llamada Millicent Pebmarsh requiere los servicios de una taquimecanógrafa. Pide que le sea enviada a las tres, al número 19 de Wilbraham Crescent. Se interesa especialmente por la señorita Sheila Webb. La joven llega a la dirección referida minutos antes de las tres. De acuerdo con las instrucciones recibidas entra en el cuarto de estar de la vivienda, donde descubre el cadáver de un hombre. Asustada, sale de la casa gritando, precipitándose en los brazos de un caballero.

Poirot hizo una pausa, fijando su mirada en mí.

—Entra en escena nuestro joven héroe —apunté.

—Ya ve —señaló a su vez Poirot—. Ni siquiera usted puede evitar el tono melodramático cuando se alude a esa escena. La historia, efectivamente, es un melodrama. Nos enfrentamos con un cuento fantástico, irreal. Es un asunto que encajaría perfectamente en cualquiera de las obras de determinados escritores: Garry Gregson, por ejemplo. He de advertir que antes de la llegada de mi joven amigo había iniciado un estudio de la labor literaria realizada por escritores de novelas de emoción e intriga que más se destacaron en los últimos sesenta años. Algo interesante, de veras. Uno se inclina a considerar los crímenes reales a la luz de la ficción artística. Es decir, si yo observo que un perro no ha ladrado cuando debía haberlo hecho me digo: «¡Ah! Un crimen estilo Sherlock Holmes». De igual manera, si el cadáver es hallado en una habitación sellada exclamo, naturalmente: «¡Ah! Un caso típico de Dickson Carr». Luego, ahí está mi amiga, la señora Oliver. Si viera que… Pero ya no voy a decir más en este aspecto. ¿Me han comprendido? He aquí el planteamiento de un crimen en circunstancias tan improbables que en seguida se piensa: «Este libro no refleja la vida. Cuanto en él sucede es irreal». ¡Ah! Pero aquí no cabe semejante consideración, pues la historia es real y bien real. Ha sucedido. Esto invita a la meditación, ¿no?

Hardcastle no hubiera planteado las cosas de aquella manera,

pero estaba conforme con la idea general, por lo que asintió enérgicamente. Poirot prosiguió diciendo:

—Es lo contrario al pensamiento de Chesterton: «¿Dónde esconderías una hoja?». En un bosque. «¿Dónde esconderías un guijarro?». En una playa. Hay aquí exceso, fantasía, melodrama. Cuando yo me pregunto, imitando a Chesterton: «¿Dónde ocultaría una mujer de mediana edad su belleza en declive?», yo no me contesto: «Entre otros rostros parecidos». No. En absoluto. La esconde bajo una espesa capa de maquillaje, bajo una máscara de rouge y polvos, entre hermosas pieles, entre joyas que rodean su cuello y le cuelgan de las orejas. ¿Me comprenden?

—Pues… —empezó a decir el inspector, queriendo disimular su desorientación.

—Ya verá lo que pasa: la gente se dedicará a contemplar las pieles y las joyas, la *coiffure* y la *haute couture*, gracias a lo cual no observarán a la mujer en sí… En consecuencia, me dije, y le dije también a mi amigo Colin: «En vista de que este crimen presenta tan fantásticos adornos con objeto de distraer la atención de uno, ha de ser forzosamente simple». ¿Fue así, Colin?

—En efecto. Ahora bien, todavía estoy esperando a que me demuestre que no se ha equivocado.

—Tiene que continuar aguardando, Colin. Así pues, dejamos a un lado los «adornos» del crimen y fijamos nuestra atención en los puntos esenciales. Un hombre ha sido asesinado. ¿Por qué ha sido asesinado? Y, ¿quién es? La respuesta a la primera pregunta dependerá evidentemente de la que se dé a la segunda. Y en tanto no se obtengan las dos contestaciones es imposible seguir adelante. El individuo podría ser un chantajista, un timador de esos que operan granjeándose primero la confianza de su víctima, o el esposo de una mujer que se creyera en peligro o perjudicada por la existencia de su marido. Podría haber sido ese hombre una docena de cosas más. Conforme voy conociendo detalles me inclino más a pensar con los demás que la víctima era una persona corriente, acomodada, respetable. Repentinamente pienso: «¿Y tú sostienes que éste tiene que ser un crimen de estructura muy simple?». De acuerdo. Dejemos que ese hombre *sea exactamente lo que él parece*: un individuo acomodado, respetable, ya entrado en años. —Poirot

miró al inspector, inquiriendo—: ¿me entiende?

—Pues… —volvió a repetir Hardcastle, deteniéndose.

—Aquí tenemos, por consiguiente, un hombre de edad y aspecto agradable, corriente, cuya desaparición es necesaria para alguien. ¿Para quién? En este punto, por fin, podemos estrechar el panorama demasiado dilatado que hemos estado contemplando. Se conocen ciertas cosas y personas. Se sabe de la señora Pebmarsh y de sus hábitos; no es un secreto la existencia del «Cavendish Secretarial Bureau»; hay una chica, llamada Sheila Webb, que trabaja en esa firma… Por eso le digo a mi amigo Colin «Los vecinos». Converse con los vecinos. Averigüe cuanto pueda acerca de ellos. Explore en sus historias respectivas. Y, sobre todo, procure charlar con todos, aprovechando el menor pretexto. La conversación normal no es sólo una serie de respuestas a determinadas preguntas… Durante el diálogo se le escapan a uno minucias. La gente se mantiene en guardia cuando la conversación es trascendente, peligrosa. En la charla de circunstancias el espíritu se relaja; todos sucumben al alivio de decir la verdad, que no exige esfuerzos, concentración. Hablar sinceramente cuesta mucho menos trabajo que mentir. En ocasiones una palabra, un concepto espontáneo, es más revelador que un largo discurso.

—He ahí una colección de consideraciones admirablemente expuestas —comencé—. Desgraciadamente, en este caso no son aplicables.

—Sí, *mon cher*, sí. Precisamente hay una breve frase de inestimable valor, a la cual iba a referirme en seguida.

—¿Cuál? —pregunté—. ¿Quién la dijo? ¿Cuándo?

—A su tiempo, *mon cher*, a su tiempo.

—¿Decía usted, monsieur Poirot? —inquirió cortésmente Hardcastle, llevando de la mano a aquél al tema.

—Tracemos un círculo en torno al número 19. Cualquiera de las personas que caen dentro de él puede ser la autora del asesinato del señor Curry. Citémoslas: la señora Hemming, los Bland, los McNaughton, la señora Waterhouse. Más importante todavía: todas ellas ocupan una posición clara. La señora Pebmarsh pudo haber matado al señor Curry antes de salir de su casa, a la 1:35, aproximadamente; la señorita Webb pudo haber tomado las

medidas necesarias para que su encuentro con la víctima tuviese lugar allí, atacando al hombre antes de abandonar la vivienda también para dar la voz de alarma…

—¡Ah! Ahora, monsieur Poirot, va usted al grano ya.

Poirot hizo como si no hubiera oído las palabras del inspector, dando media vuelta para enfrentarse conmigo.

—Y, por supuesto, hay que pensar en usted, mi querido amigo Colin. Usted también ocupa un puesto en este planteamiento. ¿No buscaba un número alto precisamente por la parte en que se hallan los bajos?

—Está bien —repuse indignado—. Veamos qué se le ocurre a continuación. ¡Y pese a todo yo le sirvo la cosa en bandeja!

—Los asesinos son orgullosos, engreídos, a veces —señaló Poirot —. Existía la posibilidad de que usted hubiera querido divertirse un poco… a mi costa.

—Si sigue hablando así me convencerá —contesté.

Comenzaba a sentirme molesto.

Poirot se volvió hacia el inspector Hardcastle.

—Pues sí… En esencia fue eso: me dije que aquél tenía que ser un crimen muy simple. La presencia de los relojes, fuera de propósito; la hora de adelanto que marcaban las manecillas de aquéllos; las estudiadas circunstancias que condujeron al descubrimiento del cadáver… Eso había que dejarlo a un lado, de momento. Eran cosas, según se dice en su inmortal «Alicia», como «zapatos y barcos, lacre, verduras y reyes». Punto vital: un hombre de cierta edad y aspecto corriente ha desaparecido del mundo de los vivos porque estorbaba a alguien. De conocer la identidad del hombre asesinado hubiéramos señalado casi inmediatamente a su probable verdugo. De haber sido un individuo conocido por su afición al chantaje habríamos buscado al que podía ser su víctima; de haber sido un detective hubiéramos procurado descubrir a alguien en posesión de un secreto criminal; de haber sido un sujeto acaudalado, habríamos investigado entre sus herederos… Ahora bien, no sabiendo quién es el finado poco es lo que puede hacerse. Entonces, entre el que tiene una razón para matar y nosotros se levanta una valla casi insalvable.

»Dejando a un lado a la señorita Pebmarsh y a Sheila Webb,

¿qué personas pueden no ser lo que aparentan? La respuesta a tal pregunta es desconcertante. Si exceptuamos al señor Ramsay, ¿quién no es lo que aparenta ser? —Poirot me miró inquisitivamente y yo asentí—. A primera vista no hay engaño en los demás… Bland es un maestro de obras bien conocido en la localidad. El señor McNaughton había estado desempeñando una cátedra en Cambridge; la señora Hemming es viuda de un subastador; los Waterhouse son gente respetable, que reside en Wilbraham Crescent desde hace bastante tiempo. Volvemos, pues, al señor Curry. ¿De dónde procede? ¿Quién le llevó a la casa número 19? Y aquí surge una valiosísima observación o comentario, formulado por una de las vecinas: la señora Hemming. Al decírsele que el hombre asesinado no vivía en el número 19, exclama: «¡Ah, ya comprendo! Le llevaron allí para matarle. ¡Qué raro!». Esa mujer apunta directamente al corazón del problema. He ahí una cosa que suele pasar con los seres que se hallan demasiado concentrados en sus propios pensamientos para prestar su atención a las manifestaciones de los demás. Ella resumió así el crimen: *El señor Curry fue al número 19 de Wilbraham Crescent para ser asesinado*. ¡Más sencillo no puede ser!

—Esta observación me produjo alguna sorpresa a mí también —murmuré.

Poirot continuó hablando, sin escuchar mis palabras.

—… «Ven y morirás». El señor Curry fue… y pereció asesinado. Pero ahí no acaba la cosa. Era importante *que no resultase identificado*. No llevaba encima cartera, ni papel alguno. Las etiquetas de su sastrería le habían sido arrancadas. Sin embargo, eso no bastaría. La tarjeta que le presenta como un tal Curry, agente de seguros, representaría solamente una medida temporal. Si la identidad del hombre tenía que ser ocultada *permanentemente* había que darle una falsa. Yo estaba convencido de que antes o después aparecería alguien reconociéndole: un hermano, una hermana, la esposa… Apareció la esposa. La señora Rival. Este apellido inducía ya a la confianza. Hay una población en Somerset, cerca de la cual he estado en una ocasión, con motivo de la visita que hice a unos amigos… Se llama aquélla Curry Rival… Inconscientemente, habían sido escogidos estos dos nombres: el señor Curry, la señora Rival.

»Hasta ahora se ve el hilo de la trama. Pero lo que más me desconcertó fue la confianza del asesino en que no se produciría una identificación real. En caso de no tener la víctima familia siempre hay en medio patronas, criados, socios. Esto me condujo a la siguiente suposición: nadie sabía que este hombre era echado de menos en alguna parte. Otra suposición más: el hombre en cuestión no era inglés y se hallaba de paso solamente en este país. Esto quedaría abonado por el hecho de que el trabajo de prótesis dental estudiado en el cadáver no se encontraba registrado en ninguna clínica o consulta particular de por aquí.

»Me han procurado ya un cuadro borroso de la victima y del asesino. Nada más que eso. El crimen ha sido inteligentemente planeado y llevado a cabo… Pero ahora surgía un detalle de mala suerte, ése que jamás logran prever las mentes criminales.

—¿Cuál? —inquirió Hardcastle.

Inesperadamente, Poirot echó la cabeza hacia atrás, recitando en tono dramático:

Por falta de un casco se perdió la herradura,
Por falta de una herradura se perdió el caballo,
Por falta de un caballo se perdió la batalla,
Por falta de una batalla se perdió el Reino,
Y todo por la falta de un casco de caballo.

Hércules Poirot se inclinó hacia delante.

—Muchas eran las personas que podían haber asesinado al señor Curry. Sólo una en cambio pudo haber matado o tenido una razón para matar a la joven Edna Brent.

Hardcastle y yo éramos todo oídos.

—Estudiemos el «Cavendish Secretarial Bureau». Trabajan en él ocho chicas. El 9 de septiembre cuatro de las muchachas habían salido para atender a unos clientes de la firma. Como los domicilios de éstas quedaban a cierta distancia del «Bureau», la comida de las jóvenes corría a su cargo. Eran las cuatro que normalmente cogen el primer turno de la comida del mediodía, 12:30 a 1:30. Las restantes, Sheila Webb, Edna Brent, Janet y Maureen, toman el segundo turno, de 1:30 a 2:30. Pero aquel día Edna Brent sufre un

accidente a los pocos minutos de abandonar la oficina. Pierde el tacón de uno de sus zapatos en un enrejado del pavimento. No puede andar así por la calle. En consecuencia compra unos bollos y vuelve al trabajo.

Poirot señaló alternativamente con el dedo.

—Se nos ha dicho que Edna Brent anda preocupada por algo. Hace cuanto está en su mano para ver a Sheila fuera de la oficina, pero no lo consigue. Ha sido supuesto que se trata de una cosa que atañe a su compañera, pero no hay pruebas de ello. Existía la posibilidad de que deseara consultarle sobre un detalle que no comprendiera… Lo que sí estaba fuera de toda duda era que quería hablar con Sheila fuera de la oficina.

»Sus palabras al agente después de la encuesta son la única pista para llegar al conocimiento de lo que le atormentaba. La chica dijo algo parecido a esto: «No me explico cómo va a ser cierto lo que ella declaró». Tres mujeres prestaron declaración aquella mañana. Edna pudo haberse referido a la señorita Pebmarsh. O, como se ha venido suponiendo, a Sheila Webb. Aún existe una tercera posibilidad: *pudo haberse referido a la señorita Martindale*.

—¿A la señorita Martindale? ¡Si su declaración duró tan sólo unos minutos!

—Exacto. No tuvo más que mencionar la llamada telefónica hecha, supuestamente, por la señorita Pebmarsh.

—¿Quiere usted decir que Edna sabía que la señorita Pebmarsh no era la autora de aquélla?

—Creo que es más sencillo aún todo. Sugiero que no se produjo llamada telefónica alguna.

Poirot continuó diciendo:

—Edna pierde el tacón de su zapato. El incidente tiene lugar cerca de la oficina. Vuelve, por tanto, al «Bureau», Pero la señorita Martindale, en su despacho, ignora el regreso de su empleada. Se cree sola en el local. Unicamente necesita decir que a la 1:49 hubo una llamada telefónica. Edna no advierte al principio la significación de lo que sabe. La señorita Martindale llama a Sheila Webb y le dice que tiene que atender a una cliente. Ante Edna no se menciona cómo y cuándo ha sido concertada la cita. Se divulgan las noticias relativas al crimen y poco a poco van concretándose los

detalles de la historia. La señorita Pebmarsh llamó, interesándose por que fuera enviada a su casa Sheila Webb. La ciega niega esto. Se afirma que la llamada se produjo a las dos menos diez minutos. *Pero Edna sabe que eso no puede ser cierto*. No había habido ninguna llamada telefónica a aquella hora. La señorita Martindale tiene que haber cometido un error… Pero la señorita Martindale no se equivoca jamás. Cuanto más piensa Edna en ello más confusa se siente. Ha de decírselo a Sheila. Sheila Webb aclarará sus dudas.

»Y luego viene la encuesta. Están presentes en la sala todas las chicas. La señorita Martindale repite la historia de la llamada y Edna se entera definitivamente de que la prueba aportada tan claramente por la señorita Martindale, con mención de la hora exacta, no puede ser cierta. Entonces habla con un agente, con el propósito de entrevistarse con el inspector. Es probable que la directora del «Bureau», mezclada entre otras personas, oyera las palabras de la chica. Tal vez haya oído a sus empleadas gastando bromas a Edna sobre el incidente del tacón sin comprender lo que el mismo implicaba. Sea como sea, decidió seguir a la muchacha hasta Wilbraham Crescent. Yo me pregunto: ¿por qué se encaminaría Edna a dicha calle?

—Para echar un vistazo al escenario del crimen —explicó Hardcastle con un suspiro—. Hay mucha gente que se conduce así.

—Sí, es verdad. Quizá le hablara al llegar allí la señorita Martindale. Bajando las dos por la calzada, Edna formula su pregunta. Aquélla actúa rápidamente. Las dos se encuentran cerca de una cabina telefónica: Le dice: «Esto es muy importante. Tienes que llamar a la policía en seguida. Vamos, llama… Di que vamos para la jefatura inmediatamente». Edna es de las personas que hacen siempre lo que se les dice. Entra en la cabina y descuelga el teléfono. Entretanto, la Martindale se desliza tras ella, le ciñe el cuello con un pañuelo y la estrangula.

—¿Y no la vio nadie?

Poirot se encogió de hombros.

—Podían haberla visto, pero no la vieron… Por entonces sería la una. La hora de comer. Y las miradas de las personas que se hallaban en aquellos momentos en Wilbraham Crescent confluían en el número 19. Fue una oportunidad audazmente aprovechada

por esa atrevida mujer, carente de escrúpulos.

Hardcastle movió la cabeza. Le asaltaban muchas dudas.

—¿La señorita Martindale? No acierto a comprender su papel en la historia.

—No. No se comprende al principio. La señorita Martindale mató, indudablemente, a Edna –¡Oh, sí, ya lo creo!–, crimen del que sólo ella puede ser autora. Empiezo a sospechar que en la Martindale tenemos a la lady Macbeth de este crimen, una mujer despiadada, cruel y carente de imaginación.

—¿Carente de imaginación? —inquirió Hardcastle sorprendido.

—¡Oh, sí! Carente de imaginación, pero eficiente. Lo planeó todo muy bien.

—¿Por qué? ¿Cuál es el móvil?

Hércules Poirot me miró, haciendo oscilar un dedo índice ante mí.

—De manera que la conversación con los vecinos no significa nada para usted, ¿eh? Yo descubrí una frase que me iluminó. ¿No recuerda que después de haberle hablado de la cuestión de vivir en el extranjero la señora Bland le comunicó que a ella le agradaba habitar en Crowdean *porque tenía una hermana aquí*? Precisamente lo contrario de lo que todo el mundo suponía. Esa mujer había heredado una fortuna un año atrás, procedente de un pariente canadiense, por ser la única superviviente de la familia.

Hardcastle, alerta, se irguió.

—De modo que usted cree…

Poirot se recostó en su butaca, juntando las yemas de sus dedos. Con los ojos ligeramente entornados, prosiguió diciendo:

—Imaginemos que es usted un hombre como tantos otros, sin excesivos escrúpulos, que pasa por algunas dificultades económicas. Un buen día llega a su casa una carta procedente de una firma de abogados en la cual se le notifica que su esposa ha heredado una gran fortuna de un pariente que reside en Canadá. La carta va dirigida a la señora Bland. El único inconveniente reside en que la señora Bland que la recibe no es la auténtica, pues se trata de la segunda esposa, no la primera… ¡Qué disgusto! ¡Qué rabia! Desde luego, posteriormente surge la idea. ¿Quién va a saber que no se trata de la verdadera señora Bland? En Crowdean no hay nadie que

sepa que Bland estuvo casado antes con otra mujer. Su primer matrimonio tuvo lugar años atrás, durante la guerra, hallándose él al otro lado del océano. Habiendo muerto su mujer poco después, no tardó en contraer matrimonio de nuevo, casi inmediatamente. Posee el certificado de matrimonio original, varios papeles familiares, fotografías de los parientes canadienses, ya fallecidos… No le costaba mucho trabajo montar el tinglado. De todos modos, vale la pena correr ciertos riesgos. Deciden desafiar el peligro. Se cubren las formalidades legales. Y aquí tenemos a los Bland ya ricos, prósperos, sin preocupaciones de tipo económico…

»Pasa el tiempo y un año más tarde sucede algo… ¿Qué es lo que sucede? Sugiero que alguien se dispone a visitar este país, alguien que habita en el Canadá… Y esta persona conocía a la primera señora Bland suficientemente bien como para no dejarse engañar por una suplantadora. Puede haber sido un miembro de la sociedad de abogados que se ha encargado siempre de los asuntos de esa familia… puede haber sido un amigo íntimo de esa familia… Pero, sea quien sea, se hallaba en condiciones de provocar un conflicto. Tal vez el matrimonio piense en la manera de evitar la entrevista. La señora Bland hubiera podido fingir una enfermedad o marcharse al extranjero… No obstante, eso podría suscitar sospechas. El visitante querría, a lo mejor, ver a toda costa a la mujer y…

—Entonces piensan en el crimen, ¿verdad?

—Sí. Y en este punto me imagino que la hermana de la señora Bland debió ser quien marcara el camino a seguir. Ella fue quien lo planeó todo.

—¿Supone usted que la señorita Martindale y la señora Bland son hermanas?

—Es la única manera de explicarse las cosas.

—Cuando vi por primera vez a la señora Bland pensé que me recordaba a otra persona. Son distintas, pero, desde luego, existe cierta semejanza entre las dos. Sin embargo, ¿qué esperanzas de salir airosos con su proyecto se les ofrecían a esa gente? El hombre sería echado de menos. La policía iniciaría indagaciones…

Hardcastle calló, en espera de la respuesta de Poirot a sus consideraciones.

—En el caso de que este hombre estuviese viajando por el extranjero por puro placer su itinerario resultaría más bien vago… En el Canadá se recibiría, normalmente, una carta de aquí, una tarjeta postal de allá… Transcurriría algún tiempo antes de que sus conocidos se preguntasen qué había sido de él. Al cabo de meses y meses, ¿a quién se le ocurriría relacionar a un individuo llamado Harry Castleton, enterrado ya, con un rico turista canadiense que ni siquiera había sido visto en esta parte del mundo? De ser yo el asesino habría hecho un rápido viaje a Francia o a Bélgica. En cualquiera de estos dos países habría dejado «olvidado» el pasaporte de la víctima, en un tren, o en un tranvía. De esta manera las indagaciones se hubieran orientado hacia otra nación.

Hice un movimiento involuntario y la mirada de Poirot se posó en mí.

—¿Qué pasa?

—Bland me comunicó que recientemente hizo un viaje a Boulogne, un desplazamiento de veinticuatro horas, en compañía de una rubita, según me dio a entender…

—Ese proceder, como ya he dicho, era el más lógico, sí. Bien, indudablemente, se trata de un hábito…

—Todo eso son suposiciones —objetó Hardcastle.

—Pero pueden ser llevadas a cabo las averiguaciones precisas —manifestó Poirot.

Este cogió una hoja de papel de una repisa que tenía ante él, entregándosela a Hardcastle.

—Escriba al señor Enderby, que vive en el número diez de Enimore Gardens, distrito sudoeste siete, quien me ha prometido realizar determinadas indagaciones en el Canadá. Es un abogado muy conocido y extraordinariamente competente y experto en asuntos de carácter internacional.

—¿Y qué me dice de la cuestión de los relojes?

—¡Oh, de los relojes! ¡Los famosos relojes! —Poirot sonrió—. Creo que no tardará en ver a la señorita Martindale como la responsable de este capítulo de la historia. Como el crimen, según declaré, era de lo más sencillo que darse pueda, había que disfrazarlo, dotándolo de detalles fantásticos. Pensemos en ese reloj con la inscripción de «Rosemary». Sheila Webb se lo llevó para que

procedieran a su reparación, perdiéndolo en el «Cavendish Secretarial Bureau». ¿Lo aprovechó la señorita Martindale a modo de base de toda su historia? El hecho de que perteneciera a Sheila Webb, ¿fue lo que motivó que escogiese a la chica, puesta a elegir la persona que había de descubrir el cadáver?

Hardcastle atajó a Poirot preguntándole:

—¿Y decía usted que esa mujer carecía de imaginación? ¿Cuándo planeó todo esto?

—¡Si no lo planeó ella! He aquí lo más interesante del caso. Todo había sido concebido por otra mente… Ella fue quien lo aprovechó. Desde el mismo comienzo del asunto localicé el estilo peculiar de la trama, un estilo que yo conocía perfectamente. Me era familiar, en efecto, porque había leído historias de disposición semejante. He tenido mucha suerte. Colin puede decírselo, esta semana asistí a una venta de manuscritos originales de escritores. Entre otros había varios de Garry Gregson. Pocas probabilidades tenía de hallar lo que buscaba, pero, ya lo he indicado, tuve suerte. *Aquí*… —igual que un prestidigitador, Poirot sacó de un cajón dos libretas parecidas a las que emplean los colegiales para hacer sus ejercicios—. ¡*Aquí está todo*! Entre los argumentos de otros libros que Gregson planeaba escribir. No vivió para escribir éste… pero la señorita Martindale, que fue su secretaria, conocía la existencia de tal proyecto. No hizo otra cosa que convertirlo en realidad para lograr sus particulares fines.

—Sin embargo, originalmente, en el borrador de Gregson, quiero decir, los relojes debían tener algún significado.

—Sí, desde luego. Sus relojes marcaban las siguientes horas: las cinco y un minuto, las cinco y cuatro minutos y las cinco y siete minutos. Era el número de la combinación de una caja de caudales: 515457. Una reproducción de la Monna Lisa ocultaba la puerta de aquélla. Dentro de la caja —continuó diciendo Poirot, con un gesto de fastidio—, se encontraban las joyas de la Corona rusa. Un argumento que era un *tas de bétises*. Y, desde luego, figuraba en aquél también… una muchacha perseguida. Sí. A la Martindale todo eso le venía a las mil maravillas. No tenia más que escoger los personajes reales y adaptarlos, señalándoles su papel respectivo… Todas las pistas dejadas conducirían… ¿a dónde? ¡A ninguna parte,

exactamente! ¡Oh, si! La señorita Martindale se reveló como una mujer eficiente. Yo me pregunto: ¿le dejaría el escritor algún dinero? ¿Cómo y de qué murió aquel hombre?

Hardcastle no quería ahondar de momento en cosas ya pasadas. Se apoderó de las dos libretas y me quitó de las manos la hoja de papel en que había escrito a toda prisa las señas de Enderby, que Poirot acababa de facilitarle. Por espacio de dos minutos yo había estado contemplando aquella fascinado. Se trataba del trozo de papel que yo le entregara días atrás, en el que bajo el membrete de un hotel se veía una especie de media luna, un número y una letra. El inspector había anotado la dirección del abogado invirtiendo inconscientemente el fragmento de carta. El membrete quedó así en el ángulo inferior izquierdo. Entonces me di cuenta de lo necio que había sido.

—Muy agradecido, monsieur Poirot —dijo Hardcastle—. Por supuesto, nos ha proporcionado usted abundante materia de reflexión. Si sacamos algo en limpio de todo eso…

—Encantado de haberle sido de utilidad.

Poirot se mostraba modesto.

—Tendré que comprobar ciertos extremos…

—Claro, claro…

Hardcastle se despidió, abandonando el cuarto.

Poirot concentró su atención en mí. El hombre enarcó las cejas.

—*Eh bien*… ¿Puedo preguntarle en qué piensa? Parece usted un hombre que acabara de ver una aparición.

—Acabo de darme cuenta de lo tonto que he sido.

—¡Ah! Eso nos sucede a todos con harta frecuencia.

Pero evidentemente, ¡a Hércules Poirot, no! Tenía que pasar al ataque…

—Dígame una cosa, Poirot. Si, como usted ha venido afirmando, pudo llegar a las conclusiones específicas sentado tranquilamente en una butaca de su apartamento, a donde, además, hubiera podido llamar a Dick Hardcastle, ¿por qué razón se molestó en presentarse aquí?

—Ya le he hablado de las reparaciones que se estaban llevando a cabo donde resido.

—Si lo hubiera solicitado le habrían cedido otro apartamento.

También hubiera podido trasladarse al Ritz. Este encierra más comodidades que el «Curlew Hotel».

—Indudablemente —contestó Hércules Poirot—. El café aquí… ¡*Mon Dieu*!, ¡qué café!

—De acuerdo, entonces… Explíqueme pues: ¿*por qué*?

Hércules Poirot pareció enfadarse.

—*Eh bien*, se lo diré, ya que le cuesta tanto trabajo adivinarlo. Soy un ser humano, ¿verdad? Puedo convertirme momentáneamente en una máquina cuando es necesario; soy capaz de tenderme y reflexionar; estoy en condiciones de solucionar problemas así… Pero soy humano, ya lo he dicho. Y los problemas afectan a seres a mí semejantes.

—¿Así pues…?

—La explicación es tan simple como el crimen inicial de que nos hemos ocupado. Vine aquí arrastrado por un ramalazo de humana curiosidad —declaró Hércules Poirot, irguiendo dignamente la cabeza.

Capítulo XXIX

NARRACIÓN DE COLIN LAMB

Una vez más me encontraba en Wilbraham Crescent, avanzando hacia el oeste. Me detuve frente a la puerta de la casa número 19. Nadie salió de la misma dando gritos en esta ocasión. Allí reinaba la más absoluta tranquilidad. Oprimí el botón del timbre. Abrió la puerta la señorita Millicent Pebmarsh.

—Soy Colin Lamb —le dije—. ¿Me permite que entre? Quisiera hablar con usted unos instantes.

—Pase.

La dueña de la casa me precedía. Encaminóse al cuarto de estar.

—Está usted pasando una larga temporada aquí, señor Lamb, por lo que veo. Tengo entendido que no pertenece a la plantilla de policía de la localidad…

—Y no anda usted descaminada. En realidad creo que sabe perfectamente quién soy yo… desde la primera vez que hablamos.

—No estoy muy segura de entender bien sus palabras.

—He sido un estúpido, señorita Pebmarsh. Vine a Wilbraham Crescent en su busca. La encontré el primer día y, ¡ni siquiera me di cuenta de todo ello!

—Es posible que todo lo del crimen le distrajera.

—También me conduje estúpidamente al contemplar un trozo de papel de cierto modo.

—¿Y a qué viene todo esto?

—Viene a cuento de que el juego ha terminado, señorita Pebmarsh. He descubierto el lugar en que son elaborados determinados planes. Los documentos y apuntes necesarios para la confección de los mismos son conservados por usted, la encargada

de transcribirlos al sistema Braille. Los informes conseguidos por Larkin en Portlebury fueron pasados a usted. De sus manos, aquéllos continuaron viaje hasta su punto de destino por medio de Ramsay. Este, cuando era preciso, visitaba esta casa durante la noche utilizando el jardín. En el suyo dejó caer una moneda checa un día…

—Un descuido por su parte.

—Todos incurrimos en descuidos antes o después. Su «camuflaje» ha sido excelente. Es usted ciega, trabaja en una institución que atiende a la educación de los niños invidentes, lo que le da ocasión de tener en su domicilio muchos libros escritos en el sistema Braille, algunos de los cuales pertenecen a sus alumnos… Es usted, además, una mujer de gran personalidad, de inteligencia nada común. No me explico cuál es la fuerza que la anima…

—Digamos, si le parece bien, que soy un caso de vocación.

—Sí. Quizás eso lo explicara todo.

—¿Y por qué me está diciendo todas esas cosas? No es lo corriente en estas situaciones.

Consulté mi reloj de pulsera.

—Dispone usted de dos horas, señorita Pebmarsh. Dentro de dos horas se presentarán aquí varios miembros del Servicio Especial para hacerse cargo de…

—No le comprendo. ¿Por qué se ha adelantado a aquéllos? Esto parece un aviso…

—Lo es. He venido aquí para esperar a esos agentes y procurar que de esta casa no desaparezca nada de lo que en estos instantes contiene. Con una excepción: usted. Dispone de dos horas de tiempo para marcharse si eso es lo que desea.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

Respondí hablando lentamente:

—Porque me enfrento con la posibilidad de que usted se convierta en breve en mi suegra. Claro que también podría equivocarme.

Los dos callaron. Millicent Pebmarsh se levantó, acercándose a la ventana. Yo no apartaba los ojos de ella. Con respecto a Millicent Pebmarsh he de decir que no me había hecho la menor ilusión. No confiaba lo más mínimo en ella. Era ciega, pero hasta una mujer

ciega logra en ciertas ocasiones hacerse con uno, de cogernos desprevenidos. Su ceguera no significaba ningún inconveniente grave para tal propósito si le facilitaba la oportunidad de apoyar en mi espalda el cañón de una pistola automática.

Me contestó suavemente:

—No le diré si está usted equivocado o no. ¿Qué es lo que le hace pensar que… eso ha de ser así?

—Los ojos.

—Pero no nos parecemos…

—No.

Ahora Millicent Pebmarsh habló en tono de reto.

—Hice cuanto pude por ella.

—Ese es un tema susceptible de discusión. Para usted hay otra causa más importante.

—Así tiene que ser.

—No estoy de acuerdo.

Se produjo otra pausa en la conversación. Luego le pregunté:

—¿Descubrió la identidad de la muchacha… aquel día?

—Sólo cuando oí pronunciar su nombre… He estado informada sobre ella… siempre.

—Jamás fue usted tan poco humana como le hubiera gustado llegar a ser.

—No diga tonterías.

Volví a consultar mi reloj.

—El tiempo pasa —señalé.

Millicent Pebmarsh se apartó de la ventana para deslizarse tras una mesa.

—Tengo una fotografía aquí de cuando era todavía una niña…

Yo me encontraba detrás de ella cuando abrió el cajón. No, no era un arma automática. Se trataba de un pequeño puñal no menos temible. Mi mano se aferró fuertemente sobre la suya obligándole a soltar aquél.

—Puede que sea blando, pero no estúpido —le dije.

Millicent Pebmarsh se dejó caer sobre una silla, sin revelar la menor emoción.

—No voy a aceptar su ofrecimiento. ¿Qué conseguiría? Me quedaré aquí hasta que los suyos vengan. Siempre surgen

oportunidades, incluso dentro de la prisión.

—¿Convenciendo a los demás, quizás?

—Ya que lo ha citado le diré que es un procedimiento.

Estábamos sentados uno frente a otro. Eramos dos personas hostiles que, a pesar de todo, se comprendían.

—He solicitado mi baja en el Servicio —le expliqué—. Volveré a mi trabajo de siempre, a la biología marítima. Quizá se me presente la ocasión de ocupar la cátedra que de esta asignatura hay vacante en una Universidad de Australia.

—Veo que es usted un hombre prudente. Aún no ha logrado sentir lo que da nuestra actividad. Es usted como el padre de Rosemary, quien no pudo comprender nunca esta frase de Lenin: «Hay que desterrar la dulzura».

Pensé en las palabras de Hércules Poirot.

—Estoy contento —declaré—. Soy un ser humano…

Continuamos sentados en silencio. Cada uno de nosotros, como ocurre siempre, convencido de que el otro se hallaba en un error.

CARTA DEL DETECTIVE INSPECTOR HARDCASTLE A MONSIEUR HÉRCULES POIROT

Estimado monsieur Poirot:

Nos hallamos ahora en posesión de ciertos datos y creo que le interesará a usted conocerlos.

Un señor llamado Quetin Duguesclin, de Quebec, salió del Canadá, en viaje a Europa, hace cuatro semanas, aproximadamente. Carecía de parientes cercanos y sus planes en cuanto al regreso eran algo vagos. Su pasaporte fue encontrado por el dueño de un pequeño restaurante de Boulogne, quien lo entregó a la policía. Hasta ahora no ha sido reclamado por nadie.

El señor Duguesclin estaba unido por los lazos de una amistad de toda la vida a los miembros de la familia Montresor, de Quebec. El jefe de esa familia, Henry Montresor, murió hace

dieciocho meses, dejando una considerable fortuna a su único pariente, su resobrina Valerie, esposa de Josaiah Bland, de Portlebury, Inglaterra. Una firma famosa de abogados londinenses actuó en nombre de los albaceas canadienses. Todo contacto entre la señora Bland y su familia del Canadá cesó desde el momento de su matrimonio, que los miembros de aquélla desaprobaron. El señor Duguesclin comunicó a un amigo suyo que proyectaba visitar a los Bland con motivo de su visita a Inglaterra, ya que siempre había sentido un gran cariño por Valerie.

El cadáver anteriormente identificado como de Henry Castleton ha resultado ser, positivamente, el de Quetin Duguesclin.

Almacenadas en un rincón del patio de los Bland han sido descubiertas varias tablas. Pese a haber sido fregadas apresuradamente, tras un tratamiento químico realizado por los expertos, aparecieron en ellas las palabras SNOWFLAKE LAUNDRY, claramente perceptibles.

No quiero molestar su atención con detalles de poca importancia, pero le diré que el fiscal considera fácil la consecución de la orden de arresto de Josaiah Bland. La señorita Martindale y la señora Bland son, como usted supuso, hermanas, pero aunque comparto sus puntos de vista con respecto a la participación de la primera en los crímenes nos costará trabajo hacernos con pruebas satisfactorias. Indudablemente, estamos ante una mujer de despejada mentalidad. La señora Bland me hace concebir esperanzas. Es el tipo clásico de la mujer que acaba por «cantar de plano».

La muerte de la primera señora Bland, a consecuencia de una operación de las fuerzas enemigas en Francia, y el segundo matrimonio de Josaiah con Hilda Martindale (que pertenecía al Cuerpo Auxiliar Femenino), que tuvo lugar en aquella misma nación, son datos que quedarán, a mi juicio, claramente establecidos, pese a que en aquella época no pocos archivos resultaron destruidos.

Experimenté un gran placer al entrevistarme con usted y debo darle las gracias por las provechosas sugerencias que me hizo con

tal ocasión. Confío en que las obras realizadas en su piso en Londres habrán sido ejecutadas a su entera satisfacción.

Suyo affmo. s. s.

Richard Hardcastle

NUEVA COMUNICACIÓN DE RICHARD HARDCASTLE A HERCULES POIROT

¡Buenas noticias! ¡La mujer de Bland ha confesado! ¡Lo admitió todo! Echó la culpa de lo sucedido a su marido y a su hermana. Comprendió «lo que se proponían hacer» cuando era ya demasiado tarde. ¡Creyó que lo único que se proponían era administrar una droga al desventurado visitante a fin de que no advirtiera la suplantación efectuada tiempo atrás! Todo un pretexto, sí, señor. No obstante, considero que no es la inspiradora inicial del caso.

La gente del Portobello Market ha identificado a la señorita Martindale como la dama «americana» que adquirió dos de los relojes.

Ahora asegura la señora McNaughton haber visto a Duguesclin en la furgoneta de Bland, en el instante de entrar el vehículo en el garaje. ¿Vio realmente al desventurado canadiense?

Nuestro común amigo Colin se ha casado con la joven del «Bureau». Si quiere saber mi opinión le diré que creo que está loco. Deseándole todo género de prosperidades,

quedo suyo affmo. s. s.

Richard Hardcastle

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] «Sandy», bermejo, rojizo. «Cat», gata, abreviatura y deformación de Katherine. (N. del T.) < <

[2] Para una exacta comprensión del texto es necesario que el lector tenga en cuenta que la palabra «Crescent» se emplea en inglés para designar una manzana de casas en forma de media luna. Esto es, «La Luna y las Estrellas», «La Luna Naciente», «La Hoz Alegre», «La Cruz y la Media Luna». (N. del T.) <<

[3] Equivalente a casita, cabaña o choza de Diana. (N. del T.) < <

[4] «Crescent»: vocablo inglés, equivale también a «creciente». «Croissant», vocablo francés, posee el anterior significado y es, asimismo, un artículo de pastelería en forma de media luna. Esto explica la alusión del coronel Beck a las panaderías y el juego de palabras que hace dicho personaje. (N. del T.) <<

[5] «La Luna Creciente», como se recordará. (N. del T.) < <

[6] Juego de palabras. Una de las acepciones del vocablo «lamb» es, efectivamente, «cordero». (N. del T.) < <

[7] Esto es «¿No exagera?». En francés en el original. (N. del T.) < <

[8] Forense. < <

[9] Ven y morirás. (N. del T.) < <

[10] «Curry». Especie de salsa fuerte y plato sazonado con ella, lo cual explica la asociación de ideas de Geraldine. (N. del T.) <<

[11] Equivale a «¡Vete al Infierno!». (N. del T.) < <

[12] Esto es: «Lavandería El Copo de Nieve». (N. del T.) < <

[13] «Romero» es en inglés «rosemary», esto es, uno de los nombres de Sheila Webb, como ya se sabe. (N. del T.) < <